

LA PIEL DEL ALMA

Relatos de Terror Femenino

Lisa Tuttle

Introducción

El miedo es una emoción básica y universal, algo que no siempre tratamos de evitar. Aunque quizás prefiramos que la vida cotidiana sea segura y predecible, la mayoría de nosotros descubrimos de niños que el miedo puede ser divertido. Tal como Sigmund Freud afirmara en su ensayo sobre Lo sobrenatural: A pesar de buscarlo, el frisson del terror, entre las numerosas singularidades de nuestra vida emocional, es una de las más singulares. Los románticos tenían su estética del terror; creían que el terror y la belleza estaban ligados, y que las experiencias atemorizantes que inspiran un temor reverente constituían un camino para alcanzar la iluminación.

Parte del encanto de la literatura de terror es que nos permite disfrutar de esta emoción sin causarnos daño físico. Sin embargo, la buena literatura de terror nos proporciona algo más que un sobresalto o una estampida de adrenalina. A diferencia de una vuelta en el tren fantasma del parque de atracciones -o su equivalente en el cine-, la literatura de terror verdaderamente eficaz nos permite explorar zonas de experiencia a las que a menudo sólo accedemos en nuestros sueños, si es que alguna vez lo hacemos. En su libro *Danza Macabra*, donde presenta su análisis personal de las películas y libros de terror contemporáneos, Stephen King afirma que la obra de terror no se interesa en el mobiliario civilizado de nuestras vidas sino que busca otro lugar oculto y muy primitivo: El buen relato de terror logrará llegar al núcleo de vuestra vida y encontrar la puerta secreta de esa habitación que sólo vosotros creíais conocer... Desde una formación y una postura filosófica muy diferente, Julia Kristeva define el terror de una manera similar, al sugerir en su libro *Powers of Horror* que trata con elementos que se encuentran en el límite del inconsciente: elementos no del todo reprimidos.

La literatura de terror es tan antigua como la narración de cuentos. Se la ha designado con diversos nombres: fantasía negra, cuentos de fantasmas, cuentos extraños, relatos macabros, cuentos sobrenaturales, novelas de suspense, noveluchas, literatura horripilante o desagradable, pero quizás terror sea el término más útil y global. Tal vez no esté a la altura de la fantasía negra, ni sea tan respetable desde el punto de vista social como el cuento de fantasmas, y sin embargo coincido con el director David Hartwell, quien promueve el término terror pues indica una transacción entre el lector y el texto que es la esencia de la experiencia de la lectura de la novela de terror, y no su contenido (como por ejemplo, un fantasma real o simbólico). No son los adornos del género ni el tema los que definen el horror, sino más bien su atmósfera y la experiencia del lector.

Aunque resulte absurdo, aún hoy algunas personas se preguntan (y al parecer con suma seriedad) si las mujeres también se dedican a escribir relatos de terror. Habiendo sobrevivido la época en que a las mujeres se las consideraba unas intrusas en el género de la ciencia ficción, me encuentro con que hoy en día soy una rareza por escribir cuentos de terror. La autora y directora de la obra *What Did Miss Darrington See? An Anthology Of Feminist Supernatural Fiction*, Jessica Amanda Salmonson, nos ha comentado acerca de su experiencia desagradablemente cómica al observar un plantel de expertos integrado exclusivamente por hombres tratar el problema de Por qué las mujeres no escriben cuentos de terror. ¡Pero desde luego que lo hacemos! Siempre lo hemos hecho, desde el comienzo.

¿Es que acaso nos olvidamos de la madre de Frankenstein, la madre de todas nosotras, Mary Shelley?

Podrán argüir que eso era antes, y que las cosas han cambiado en la actualidad. Hoy en día... el terror es un género lucrativo y popular al que identificamos cada vez más con las portadas negras y lustrosas y las imágenes simbólicas como la sangre, los dientes y las garras, y no con aquella transacción textual de la que hablábamos más arriba. Desde la década del setenta y el surgimiento de autores tan exitosos como Stephen King, Ira Levin, William Peter Blatty y Peter Straub, el terror ya no forma parte de la trama de la literatura, sino que se ha convertido en un género comercial como los relatos de misterio, del oeste o las novelas románticas históricas. Todos los autores taquilleros eran hombres. Quiero decir, casi todos; había desde luego excepciones como Anne Rice, V. C. Andrews, Daphne Du Maurier, Anne Rivers Siddons, Chelsea Quinn Yabro... Sin embargo, los hombres extendieron su dominio no sólo al mercado masivo sino también a las editoriales menos importantes; ellos escribían la mayoría de las obras taquilleras y los clásicos del género como también las obras comerciales y las críticas. Han establecido el género (si es que podemos llamarlo así) para ellos. Las escritoras tienden a ser consideradas raras excepciones, o se les otorga otro nombre: ya no escriben relatos de terror sino novelas románticas, fantásticas, o algo imposible de clasificar pero diferente. Este se ha convertido en un argumento circular y completo en sí mismo: sólo los hombres escriben relatos de terror, de modo que si las mujeres lo hacen, ya no se trata del mismo género.

El crítico y autor Douglas E. Winter (al que sus editores llaman la conciencia del terror y la fantasía negra) publicó una colección a la que denominó *Prime Evil* (1988), en la que invitaba a los maestros de la literatura de terror moderna a que colaboraran. No sólo todos los autores eran hombres, sino que la introducción a cargo de Winter, a pesar de fomentar la herejía de que el terror no es un género sino una emoción (Podemos encontrarlo en toda clase de literatura) y de hacer una larga y variada enumeración de las fuentes sobre las que se basa esta afirmación, sólo nombra a una mujer (El maltrato de los niños es el tema despiadado de las novelas taquilleras de V. C. Andrews...) y parece ignorar, curiosa e inocentemente, que los hombres tal vez no comprendan todo el Género humano.

En ciertas ocasiones las contribuciones de las mujeres al campo de la literatura de terror han sido célebres y ovacionadas (¿quién podría olvidar a Shirley Jackson, Edith Wharton, Charlotte Perkins Gilman, May Sinclair o Patricia Highsmith?), pero sólo para construir un modelo diferente de la línea central dominada por los hombres. En la introducción a *Haunting Women* (1988), Alan Ryan llega a la conclusión de que los relatos de terror escritos por mujeres son diferentes de aquellos escritos por hombres: menos horripilantes, carentes de monstruos y con la presencia recurrente (me pregunto por qué) de un hombre dominante (ya sea el esposo, el padre o el amante). Los cuentos que fundamentan esta afirmación fueron seleccionados entre los miles disponibles, y aunque afirma que no me propuse probar nada ni ilustrar modelos, también admite que las antologías reflejan el pensamiento del director, así como una novela el del novelista, sin reconocer, al parecer, ninguna contradicción. Naturalmente encontró lo que buscaba.

No sé cuantas veces he oído decir que, a pesar de haber pocas escritoras que se dedican a este género, ellas escriben un terror más suave, menos visceral, o quizá más sutil

o más blando que sus colegas masculinos... La misma dicotomía de lo suave o duro que obsesiona a las escritoras de ciencia ficción y cuentos fantásticos nos atormenta a nosotras, las escritoras de terror. En definitiva, es sólo otra manera de afirmar que las mujeres no escriben terror.

Y desde luego que lo hacemos. ¿Por qué no? El terror es una emoción humana, así como el deseo, que experimentan tanto hombres como mujeres, y que puede expresarse por escrito mediante indicios sutiles o detalles gráficos. La elección de cualquiera de estas dos formas de expresión tiene que ver más bien con una inclinación y técnica individual que con el género. La manera en que definimos el terror, los detalles específicos de lo que nos asusta, éstos también son aspectos personales, individuales... pero, claro está, las mujeres probablemente tiendan a tener más cosas en común entre ellas que con los hombres. Algunos temores son universales (la muerte), otros son individuales (las arañas), y otros temores parecen ser parte esencial de nuestra identidad sexual. Es aquí donde la concepción de terror femenina diferirá de la masculina.

Ya antes se había vinculado el terror con la pornografía, aquel otro terreno dominado por los hombres. Resulta una comparación evidente, y no sólo debido a la asquerosidad cada vez mayor de casi toda la pornografía o a la manera en que con frecuencia se sexualiza en nuestra cultura, o incluso se define como sexo, la violencia hacia la mujer. Otro punto en común es que tanto el terror como la pornografía tienen otros objetivos fuera de los literarios: despertar sentimientos de temor o deseo en el lector. En algunas oportunidades se han formulado suposiciones con respecto a la diferencia entre la sexualidad masculina y femenina basadas en las respuestas distintas de hombres y mujeres a la pornografía: que los hombres son más voyerísticos, o que las mujeres no reaccionan con indicaciones visuales, o que las mujeres detestan la pornografía explícita pues prefieren un enfoque del sexo más suave y sutil, menos visceral... Sin embargo, olvidamos que la mayoría de la pornografía no sólo se crea por y para los hombres, sino de acuerdo con concepciones masculinas y en gran parte inconscientes, de lo que es sexy y de lo que es el sexo. La idea de que la experiencia sexual femenina pueda diferir por completo de su representación aceptada en nuestra cultura ha sido expresada, en su mayor parte por feministas, pero es un terreno que apenas se ha comenzado a explorar. Lo mismo ocurre con el sentido del terror femenino.

Todos nosotros, hombres y mujeres, comenzamos en el mismo lugar, en el mismo mundo en nuestra humanidad común, pero aquel mundo comienza a dividirse por la línea del género tan pronto como nacemos y nos catalogan como hombre o mujer. Nuestros recuerdos más profundos, casi inconscientes, deben ser muy parecidos: la expulsión de la seguridad del útero, estar abrigados, alimentados y saciados, tener frío, estar mojados y abandonados, impotencia absoluta, enfrentar los miedos de la vida por primera vez solos. No obstante, incluso antes de ser plenamente conscientes, como bebés o bebas tenemos un lugar diferente en el mundo, una relación diferente hacia los demás, y esta diferencia se fortalece en forma constante a medida que crecemos. Por ejemplo: a pesar de que tanto los niños como las niñas son víctimas de abusos sexuales por parte de sus parientes masculinos, y que para ambos la experiencia sea profunda y quizás peligrosa, no reaccionarán ni manejarán aquella experiencia precisamente de la misma forma, no la incorporarán en sus vidas posteriores de la misma forma. Se espera que los hombres

superen su impotencia mientras que no se espera lo mismo de las mujeres; y se espera que ellas, a diferencia de los hombres, encuentren la plenitud sexual con los hombres. El territorio que para un hombre es neutral desde el punto de vista emocional puede estar minado por el miedo para una mujer y viceversa. Por ejemplo: el trayecto desde la parada de autobús a casa en la noche. ¿Y cómo comprender las profundidades imponentes del odio que algunos hombres sienten por el cuerpo (femenino) humano común? Todos comprendemos el lenguaje del miedo, pero se enseña a los hombres y mujeres a hablar diferentes dialectos de ese lenguaje.

El propósito de esta antología no es probar que las mujeres pueden y de hecho escriben literatura de terror -pues no creo que sea necesario probarlo-, ni tratar de establecer una nueva categoría de terror escrito por mujeres. Los hombres no escriben sólo para los hombres, ni las mujeres sólo para las mujeres, ni deberían hacerlo. Los mejores escritores pueden ser andróginos -¿o mejor decir bisexuales?- al imaginarse otras vidas para ellos mismos, hablando en otras lenguas. La experiencia personal sirve de algo, pero también vale una imaginación benévola, y no estoy segura que haya algo que sólo un hombre, o sólo una mujer pudieran escribir. Para citar unos pocos ejemplos de los escritores de terror más populares: Stephen King y Ramsey Campbell muestran penetración en los personajes femeninos, mientras que los narradores masculinos de las obras escritas por Tanith Lee y Anne Rice son siempre convincentes.

De acuerdo con Cynthia Griffin Wolff y Ann K. Mellor, la novela gótica (precursora de la literatura de terror contemporánea) siempre fue particularmente atractiva para las escritoras, pues sus convenciones les permitían explorar las experiencias prohibidas del deseo sexual femenino. Me parece que los hombres hoy en día encuentran atractivo el género del terror por una razón similar. Las expresiones de deseo heterosexual no están prohibidas desde luego en nuestra cultura -¡todo lo contrario!-, sin embargo, hay con frecuencia restricciones reconocidas como tales con respecto a lo que es aceptable. En la mayor parte de las facetas de la vida las dudas de los hombres acerca de su propia masculinidad, sus temores sobre la sexualidad femenina, o de la suya, deben negarse. En la novela de terror estas cosas estallan hacia fuera.

No hay ninguna razón por la cual los hombres no debieran explorar sus propios temores y fantasías, más cuando confunden un prejuicio masculino y lo confunden con la naturaleza humana universal; cuando tergiversan las estructuras sociales patriarcales con la ley natural; cuando perpetúan estereotipos y confunden sus propias fantasías con la realidad objetiva, entonces somos todos prisioneros de sus limitaciones, y el terror se convierte en otro tipo de pornografía.

La novela de terror presenta las mismas libertades peligrosas para las escritoras, mas no lo hace si la definición masculina de terror domina el campo y no permite disidencia alguna; no si los directores, críticos y lectores hombres se niegan a escuchar las voces femeninas que no se hacen eco de su propia experiencia limitada. Si el terror ha de ser más que descartable, más que un disparate propio de muchachos, como creo que puede ser, entonces debemos escuchar las voces de ambos lados.

La idea que se encuentra detrás de este libro es la de comenzar a abrir el campo; de intentar proporcionar algunas alternativas, alguna especie de contrapeso, a lo que es a menudo un género dominado y definido en gran parte por los hombres, y permitir que

algunas mujeres sean escuchadas. Y además de sus relatos, he querido saber por qué las autoras escribieron terror (¡si es que pensaron que lo hicieron!), lo que explica los epílogos personales escritos por las autoras. He contactado con escritoras establecidas cuyas historias de terror me han asustado en el pasado; algunas escritoras buenas que nunca antes pensaron escribir terror; y también me he sentido complacida al descubrir nuevas escritoras muy prometedoras. Mi criterio de selección de un relato ha sido el siguiente: debía producir aquel frisson particular inconfundible mediante el cual defino una historia de terror. Dejando de lado argumentos intelectuales, a la larga se convierte en una respuesta personal. Me gustan estos cuentos pues cada uno me heló o me sobresaltó a su manera.

Lisa Tuttle Harrow, 1990

El pararrayos

Su cuerpo se convulsionó. El diario voló de sus manos y la lámpara se tambaleó. Chocó contra la pared; entre el otro dolor que la invadía, apenas sintió el impacto.

El calor crepitaba deprisa a través de los caminos de su sistema nervioso. Los ojos le lloraban y le picaba la nariz con aquel olor familiar y amargo de su propia carne y su propio cabello chamuscándose.

—¿Mamá?

Kevin se encontraba de pie junto a la cama. Instintivamente, Emma tendió su brazo para cogerle. Después, horrorizada ante su descuido y su necesidad egoísta de curar, retiró las manos hacia atrás deprisa. Justo a tiempo: vio cómo la electricidad echaba chispas entre ellos pero no alcanzó a Kevin.

—Estoy bien —logró decir Emma.

—¿Qué pasa?

A medida que el espasmo disminuía, Emma descubrió que se estremecía ofendida. Por más que fuera un adolescente ensimismado o no, ¿cómo podía Kevin preguntar algo así? Se acordó de que los sacrificios maternos por lo general pasan inadvertidos (que, en realidad, deben pasar inadvertidos para que funcionen) y sólo respondió:

—Recordaba a tu padre —lo cual había llegado a comprender que no era verdad precisamente.

—¿Todavía?

Emma se incorporó temblorosa y se recostó contra las almohadas calientes y luego apretó los nudillos contra las sienes para detener el zumbido. A veces le parecía que, si pudiera producir un circuito completo, la corriente viajaría con mayor suavidad y con un arco voltaico menos doloroso. Sabía que era peligroso hacer las cosas más fáciles para ella, aunque por el momento Kevin parecía a salvo.

—¿Tienes otro dolor de cabeza?

Emma asintió con la cabeza.

—Pero no es muy grave —en realidad, había sido mucho peor, y volvería a suceder antes de que Kevin creciera.

Kevin titubeó, luego se acercó a su madre.

—¿Quieres que te masajee el cuello?

—¡No! —gritó Emma asustada, y después agregó con un tono más suave— ya está mejor.

Para que su hijo no adivinara que la cabeza aún le dolía de manera atroz, hizo un esfuerzo por abrir las manos y posarlas sobre el regazo.

Kevin se acomodó cariñosamente entre las sábanas arrugadas mas no intentó tocarla otra vez. Emma lo estudiaba desde lejos: muslos vellosos, ningún indicio de barba en las mejillas ni en el pecho, la nuez de Adán visible sólo al tacto, ojos grises iridiscentes tan parecidos a los de Mitchell antes de que el cáncer los invadiera. Al parecer, Emma llegó a la conclusión, hasta ahora estaba haciendo su trabajo muy bien; a los trece años Kevin no había sufrido ningún dolor verdadero en su vida.

Pensar que Mitchell no estaría allí para ver crecer a su hijito le produjo a Emma una

tristeza ardiente, y pensaba en ello con frecuencia deliberada, lo único que podía hacer por su esposo. El dolor de la orfandad de Kevin era realmente desgarrador. Holly ya era grande y vivía con su abuelo del otro lado de la ciudad cuando murió Mitchell, pero Emma aún tenía la obligación de proteger a su hijo para que nunca comprendiera cuánto había perdido.

—Yo también pensaba en él —decía Kevin, sin lágrimas en los ojos y con una leve sonrisa incluso—. Pero cuando comenzaba a ponerme triste de veras te oí gritar y tuve que venir aquí y cerciorarme de que te encontrabas bien.

Emma cerró los ojos aliviada. El desastre se apartaba una vez más. Al menos esto podía hacer.

—Sin embargo, no pienso en él como lo haces tú. Nunca lo hice.

Kevin la observaba con cautela. Con los oídos aún zumbando, la vista nublada y sin aliento, Emma logró mover la cabeza en señal de aprobación.

—La mayor parte del tiempo estoy bastante contento, ¿sabes? Incluso inmediatamente después de que murió, unos días después, me sentía bien.

Esos primeros días tormentosos, antes de que Emma consiguiera orientarse, no había podido evitar que Kevin llorara, vomitara y llamara a su padre.

—Eso es bueno, cariño —le dijo Emma—. Eso es lo que quiero para ti.

—Me preocupan otras cosas. Cosas normales, como las notas por ejemplo.

—Mas no demasiado —protestó Emma—. No te preocupas demasiado, ¿no es así?

—O las chicas —se ruborizó. Emma contuvo su aliento; cuan guapo era, cuan perfecto, inocente y absolutamente vulnerable sin el amparo de una madre.

—Eres demasiado joven para preocuparte por las chicas.

—¿Está bien ser feliz aun después de la muerte de tu padre?

—Así es como debe ser.

—Pero mi vida no cambió en realidad. ¿No crees que es extraño? Parece que nunca hubiera muerto; ni vivido.

Su rostro se contrajo apenas; Kevin estaba triste. Emma sintió un escozor en la garganta, pero pudo decir:

—Continuar con tu vida. Eso es lo que debes hacer.

—¿Qué hay de ti? ¿Qué hay de tu vida?

—Esta es mi vida —Emma juzgó aceptable el riesgo de abrazar a su hijo. El hundió el rostro de manera infantil contra ella y frotó las nuevas heridas en su pecho, mas Emma ni siquiera pestañeó.

—¡No le extraño! ¡No sé cómo, y quiero! —Kevin rompió a llorar.

Confundida, Emma lo abrazó hasta que cesaron los sollozos, lo cual no llevó mucho tiempo. Casi de inmediato se volvió inquieto, se sentó, limpió su nariz con el dorso de la mano y preguntó:

—¿Holly y el abuelo vienen a cenar esta noche?

—Desde luego.

—Caramba, vienen aquí todos los días. Qué bueno que vivan cerca.

—Holly sólo tiene veintiún años. No es posible que ella haga todo para él. Es suficiente con que viva allí.

—Cuando crezca no voy a cuidar de nadie.

Emma le sonrió con cariño a su hijo y no dijo nada.

— ¿A qué hora deberían venir?

— Alrededor de las seis — Emma sintió la breve oleada de terror que siempre la invadía cuando se daba cuenta de que no estaba preparada para recibir a su padre —. ¿Qué hora es?

Kevin se encogió de hombros.

— Ay, Kevin, ¿qué le pasó al reloj nuevo que hace poco te compré?

— Creo que lo perdí. ¿Cómo es posible que tú no uses un reloj?

— No puedo. Se detienen.

— Solías usar relojes. Tenías ése muy bonito con diamantes que Papá te obsequió para vuestro aniversario ese año — de pronto, esa carita suave tembló un poco, y los ojos grises brillaron con lágrimas —. Desearía que Papá...

Emma apretó los dientes. Los vellos de su brazo se erizaron y estaba caliente y luego se enfrió. No duró mucho y cuando se relajó, la preocupación por ella misma había borrado todo rastro de la tristeza de Kevin.

— Será mejor que preparemos la cena — le dijo a Kevin.

— ¿Spaghetti, no es cierto? Sacaré las cacerolas.

Bajó las escaleras ruidosamente. Emma le gritó:

— ¡No enciendas el horno hasta que yo no esté allí! — aunque sabía que no lo haría; le temía a los quemadores, tal como ella deseaba.

Emma dejó colgar sus piernas desde el borde de la cama con cautela. Desde que tenía memoria su cuerpo le había dolido, y este dolor se había acrecentado desde la muerte de Mitchell, las articulaciones se endurecían y los músculos se desgarraban poco a poco. Atravesó la habitación, enrollando su camisa con cuidado de modo que, antes de estar de pie frente al espejo de cuerpo entero en la puerta, podía ver todo su torso.

Tres cicatrices nuevas se retorcían entre los bordes endurecidos y elevados de las anteriores, un color rosa brillante se mezclaba con un rojo más oscuro, el marrón y el blanco. Una de ellas descendía una pulgada o dos a lo largo del esternón; otra desaparecía en el vello del pubis; la más grande se ramificaba hacia el lado inferior pálido y vulnerable de su brazo izquierdo. La piel absorbente alrededor del corazón tenía tantas cicatrices que no podía ver ni encontrar tanteando con los dedos donde comenzaban las nuevas marcas.

Debajo de todas las otras cicatrices (la mayoría de ellas se anidaban en su pecho como esas fotografías horribles de las espaldas de los esclavos después de la Guerra Civil) estaba la marca de nacimiento que se enroscaba como una cola roja amarronada fuera de su ombligo. Emma la tocó; no le dolía. Le pareció recordar que alguna vez le había dolido, pero eso no podía ser verdad; sabía que las marcas de nacimiento no dolían. Siempre le había avergonzado hasta conocer a Mitchell, quien solía besarla con respeto cariñoso.

Durante un instante nada más, Emma echó de menos a Mitchell. Pero desechó este sentimiento; no había lugar para su propia tristeza entre la de los demás.

No había salvado a Mitchell del cáncer. En ese momento pensó que debería haberlo adivinado, debería haber sabido que él estaba en peligro antes de que él mismo lo supiera, antes de que los médicos le hubieran puesto un nombre a ese peligro. Si hubiera sido más valiente o más hábil podría haber transportado la enfermedad a su propio cuerpo.

La consoló un poco saber que había sido capaz de absorber mucho de su dolor y de

su temor a la muerte. Gracias a ella, Mitchell había estado en paz al final, mientras que el temor de Emma de que él la dejara se había dispersado y endurecido como el tejido de una cicatriz.

Emma había permanecido en la cama junto a él durante esos últimos días y noches largas. Kevin les llevaba sus tareas y el diario de la mañana; Holly les había llevado sopa. ¿Por qué no descansas, mamá? Yo me quedaré con él. Pero Emma sabía muy bien que no debía abandonarle. Si le dejaba, Mitchell sentiría dolor y estaría asustado. Ella podía sentir las heridas y las cicatrices en sus órganos interiores y en las cavidades de su mente y cuerpo. Finalmente el circuito se había hecho continuo, un circuito cerrado que se perpetuaba por sí mismo, y se había sentido más cerca de Mitchell que antes.

Justo antes de morir Mitchell le había susurrado:

—Algo pasa. Siento como si fuera otro el que se está muriendo —Emma había tomado ese comentario como una medida de lo bien que había hecho su trabajo.

El padre de Emma había ido al funeral. Nunca había prestado demasiada atención a Mitchell, y tampoco parecía hacerlo entonces. Esta vez estaba a salvo; no había perdido a nadie que había amado.

El padre de Emma no tenía nombre. Ella sabía que le habían dado un nombre, desde luego, y un apellido que lo emparentaba con generaciones de personas además de ella, pero nunca se consideró la hija de aquel hombre con nombre. Se esforzó por no llamarle nada, por retenerle donde pudiera observarle en relación directa con ella; mi padre y nada más. En las pocas ocasiones que habían requerido alguna forma de dirigirse a él, Pa y Papá le habían asustado, y a continuación había sufrido un ataque terrible y heridas profundas. Durante un largo tiempo Emma no había sabido cuál era el dolor que amenazaba a su padre en aquellos momentos, pero siempre podía sentir cuando se acumulaba.

—No podemos dejar que tu padre se lastime más.

Mamá le había dicho eso desde que tenía memoria, en canciones de cuna, cuentos de hadas y canciones de feliz cumpleaños. Emma no recordaba cómo era su madre ni nada de lo que habían hecho juntas, sólo ellas dos, mas recordaba el sonido de su voz al pronunciar aquellas palabras, y las cicatrices en el pecho y el estómago de la mujer mayor que parecía un árbol de espinas en flor. Mamá nunca se había avergonzado de dejar que Emma viera su cuerpo, y siempre parecía haber una nueva rama en el árbol de cicatrices, una nueva flor rosada. Eso es lo que haces cuando amas a alguien como él. Le proteges; no puede sufrir más.

Su abuelo había muerto cuando Emma tenía seis años. Nunca le había conocido y Mamá dijo que ella tampoco; su abuelo vivía a cientos de millas de distancia y se había apartado de su hijo durante años. En el coche que las llevaba al funeral, Emma y su madre habían llorado todo el viaje, y Emma, sentada en el asiento de atrás, había observado los espasmos ocasionales de la cabeza de Mamá, la tensión de sus hombros. Su padre no había dicho nada, excepto que debían detenerse para cargar gasolina y si acaso no era ese el empalme de la carretera 36 donde debía girar. Había mirado el cuerpo de su padre en el ataúd sin expresión, mientras Mamá lloraba. Sin hacer ningún comentario ni sacar nada, su padre había limpiado la casa en la que había crecido; Mamá había estado tan acongojada entonces que no pudo ayudar, y el pecho de Emma le había dolido durante varios días.

—Ha sufrido demasiado.

Emma conocía la historia, aunque no por boca de su padre. Le hubiera asustado que él se la contara. Antes de que ella existiera siquiera, antes de que hubiera necesidad de ella, su padre había tenido otra familia, una esposa llamada Mary-Allen y dos niños llamados Joseph y John. Todos habían muerto al incendiarse la casa en que vivían mientras su padre se encontraba en el trabajo. Sólo pensar en sus nombres le hacía contener el aliento a Emma con dolor; intentaba recordar sus nombres todos los días, y se aseguraría de enseñárselos a Holly.

Nuestro trabajo es proporcionarle felicidad y apartar el dolor de él. Mamá aún decía eso el día que murió; Emma tenía trece años, ya no era una niña.

El llanto de su padre la había despertado la noche anterior, seguido de un relámpago que iluminó su dormitorio de color violeta, un trueno furioso, el olor punzante del ozono, y una sacudida de electricidad que la sujetó a la cama durante largos instantes. Había sentido el avance de la quemadura, que en segundos viajó desde la base de su garganta hacia el abdomen; había gritado, aunque débilmente, y su padre no había oído. La quemadura le había lastimado mucho, y había formado el tronco y las raíces para todas las demás cicatrices.

El dolor amenazaba en forma constante a su padre durante aquel primer año, y a Emma le aterraba pensar que quizá no fuera lo suficientemente buena, que parte de aquel dolor le atravesara y su padre explotara. Sin embargo, aprendió. Estoy aprendiendo, Mamá. Al poco tiempo podía percibir cuándo su padre se encontraba en peligro de estar triste aun cuando estuviera lejos de él. La enfermera de la escuela pensó que

Emma padecía ataques; el doctor estuvo de acuerdo con ella y le recetó un remedio que Emma fingió tomar, pues temía que hasta la autoprotección fingida detuviera los ataques.

Una vez, sin mirar, había cruzado la calle demasiado cerca de un coche que iba a toda velocidad. Había oído el sonido desesperado del claxon y a su padre que gritaba su nombre al mismo tiempo, y para cuando su padre la alcanzó al otro lado de la calle Emma temblaba con violencia, asida a un poste indicador y jadeaba ¡Lo siento! ¡Lo siento! Sin embargo, su padre había estado absolutamente tranquilo; más tarde, Emma se había preguntado si se habría dado cuenta siquiera de que ella había estado en peligro.

Durante el otoño de su último año en la escuela secundaria, su padre había sido trasladado a California. Emma apenas había comenzado a pensar en todo lo que dejaba cuando se encontró con su padre que estaba de pie desolado en el patio de atrás. Yo construí esta casa le había dicho; Emma no lo sabía. Viví aquí veintitrés años. Tu madre... Emma se había desplomado en el césped. Su padre la había ayudado a ponerse de pie. Cuando su mente se hubo despejado, terminaron de empaquetar sus pertenencias, y ambos dejaron la casa vacía sin echar una mirada hacia atrás. En ese momento Emma no podía recordar cómo una habitación se comunicaba con otra en aquella casa, ni cómo la luz del sol llegaba al patio de atrás.

Su padre le recordaba a una marioneta hecha con calcetines sin cara, a un pedazo de arcilla modeladora alisada con el dedo. Cercano a los ochenta, su padre prácticamente no tenía rasgos. Ya no tenía el cabello ni restos de barba o bigotes. Sus cejas ralas tenían casi el mismo color que su piel. No tenía arrugas. Hacía muchísimo tiempo que Emma no le veía

reir, fruncir el ceño o bostezar siquiera, y desde la noche en que Mamá había muerto y Emma había comprendido cuál sería su trabajo, nunca le había visto llorar.

—Nosotras le quitamos el dolor. Es por eso que se casó conmigo; ésa es la razón por la que naciste tú.

De pronto, Emma se acercó al espejo y contempló la marca de nacimiento que se prolongaba desde el ombligo como si fuera un delgado alambre rojo. La tocó; no le dolió, pero una vez si le había dolido. De repente se dio cuenta de que era esto lo que la unía a su padre; ésta era su primera cicatriz.

Emma se bajó la camisa e intentó fijar su imagen en el espejo. Desde la muerte de Mitchell apenas podía verse, sin embargo no creía que se notaran ninguna de las cicatrices.

La camisa, no obstante, estaba muy arrugada y en el frente una tenue quemadura pardusca se extendía como ramitas chamuscadas. Su padre y Kevin no lo advertirían, mas Holly sí. Emma se cambió de camisa de prisa y se peinó sin mirar realmente, sólo procuraba atenuar la electricidad estática con las palmas de sus manos. Su padre pronto estaría aquí y aunque Holly cuidaba de él ahora, Emma tendría que bajar.

Emma no cesaba de mirar a su alrededor. Estudiaba una y otra vez cada una de las personas sentadas a la mesa que ella amaba, e intentaba adivinar sus estados mentales cambiantes. Sus nervios tirantes como alambres en un viento cálido y creciente. Apenas comió; no tenía hambre, y no se animó a distraer su atención de su padre, su hijo, su hija, su padre, su hijo. Una y otra vez fijó la vista en cada uno de ellos; los amaba, y por lo tanto tenía la obligación de resguardarles del dolor.

Mitchell debería estar sentado en la cabecera de la mesa. Su lugar parecía destruido por el fuego; Emma debería haber sido capaz de evitarlo.

Del otro lado de la mesa Holly también observaba, y Emma advirtió que había comido muy poco. De vez en cuando, las miradas de madre e hija se cruzaban como antenas; una vez, sus miradas se trabaron durante un instante, y Emma sintió un mínimo reflejo de pérdida, algo se vació, antes de que apartara la vista.

—¿Muy bueno, no es cierto, abuelo?

Emma se concentró nuevamente en su hijo pues temía llegar demasiado tarde y que la falta de expresión de su padre hubiera lastimado ya a Kevin. Kevin estaba inclinado en su asiento y agachaba la cabeza de manera infantil para poder ver el rostro distraído de su abuelo.

—Mmm —dijo el padre de Emma, todo lo que parecía decir estos días. Cuando cogió un poco más de ensalada agachó más la cabeza y Kevin casi se cayó de la silla.

El dolor se acumulaba alrededor de su hijo. Emma se preparó. Desde muy chica había dejado de atraer la atención de su padre al notar lo incómodo que se sentía; había dejado de decirle que le quería pues le ponía en peligro. Holly había hecho lo mismo, mas Kevin, inconsciente o tozudo, no se rendía.

—Te quiero, abuelo —insistía aún, y su abuelo, si decía algo, era—: Mmm.

Todavía no había cesado de cuestionarle:

—¿Acaso el abuelo nos quiere?

—Desde luego que sí.

—¿Por qué no lo dice? ¿O lo demuestra?

—No puede, cariño. Al principio estaba demasiado asustado, y ahora ha olvidado

cómo hacerlo.

Kevin había contado una broma. Emma se había perdido la mayor parte, mas sonrió alentadora ante las palabras esenciales del chiste. Holly soltó una risilla. Kevin parecía ilusionado y satisfecho consigo mismo. El padre de Emma sorbía impasible su café.

—¿Sabes algún chiste bueno, abuelo?

El viejo le miró sin expresión y luego negó con un mínimo movimiento de cabeza. Su rostro atrapaba la luz como la superficie de un huevo.

—¿Quieres ver mi tortuga?

Kevin se estaba arriesgando demasiado, de modo que Emma intervino.

—Kevin, deja que el abuelo termine su comida.

—¡Ha terminado! ¡Sólo está allí sentado!

—Kevin, basta.

Su hijo se levantó de la mesa frunciendo el ceño, al borde de las lágrimas, mas antes de que estuviera fuera de la sala, Emma sintió un hormigueo en el punto débil debajo de su esternón, y vio que Holly se encogía de miedo. Un instante más tarde, Kevin salía silbando por la puerta trasera.

—Kevin está bien —se encontró Emma diciéndole a Holly, y luego vio por primera vez la tenue línea roja que asomaba desde el cuello abierto de su hija. Un rasguño, se dijo para sí, o el borde de una quemadura de sol. Mas sabía qué era.

De pronto, Emma se puso de pie y llevó los platos a la cocina. Kevin se encontraba a salvo afuera; le oyó jugar con el perro, dando gritos como si fuera un niño. Los demás estaban fuera de su vista pero podía oír a su hija hablando con dulzura a su padre, podía oír los silencios de él.

Emma se recostó pesadamente contra el fregadero y sollozó. Apretó la boca con los dedos para acallar el ruido, pero éste explotó como un código Morse desesperado. Extraño a Mitchell. Quiero a mi madre. Inesperadamente, este dolor era sólo suyo.

El dolor era enorme e intenso. Emma lo abrazó, lo reclamó, se arrodilló con él.

Luego desapareció. Como si hubieran encendido un interruptor, como si hubieran desviado una corriente.

—¡No! —susurró—. ¡Es mío!

Levantó la cabeza y vio a Holly en la puerta, desplomada contra la jamba. Su cuerpo joven y robusto se sacudía y su cabello rizado parecía salvaje alrededor de su cabeza. Emma creyó que olía algo que se quemaba, y sus oídos zumbaron como si hubiera oído un ruido fuerte cerca. Quemaduras largas y rojas atravesaban la parte inferior de los brazos tendidos de su hija.

—¡Holly, no lo hagas!

—Mamá, déjame. Siempre cuidas de todos los demás; deja que cuide de ti. Sé cómo hacerlo.

—Devuélvemelo.

Holly negó con la cabeza con violencia, y su cabello voló.

—Te quiero y no quiero que estés triste.

—¡Es mío! —gritó Emma—. ¡Me pertenece!

Arremetió contra su hija e intentó tomarla en sus brazos, mas Holly era más fuerte. Llevó a Emma a su regazo con fuerza y la meció como si fuera un bebé. La acarició y

Emma sintió sus músculos faciales relajarse mientras los dedos de Holly se torcían y se extendían.

—Les extraño —dijo lloriqueando, pero ya no sabía a quién se refería. Holly se había llevado todo.

Epílogo

Escribo relatos de terror pues me parece que estudiar la naturaleza humana desde ese ángulo resulta más esclarecedor que desde otros enfoques más directos. Soy también asistente social, y fui educada para adoptar una actitud teórica, por no decir analítica, hacia la naturaleza humana. No descarto eso, pues considero que algo puedo aprender de mí misma y de la vida de esa manera, mas la novela —y a esta altura de mi vida, la fantasía negra en especial— agrega otra dimensión resonante. Me gusta comenzar con una verdad psicológica literal que no comprendo —por ejemplo, ese instinto tan fuerte que sienten las mujeres en particular, mas no sólo ellas; las esposas y madres en especial, pero no exclusivamente— de proteger a las personas que aman del dolor, hasta el punto de negar tanto a ellas mismas como a los que aman la experiencia humana vital del dolor. Al extender esta idea un poco, al empujarla espero observarla de una manera nueva y más amplia.

Tetas

Es algo así: parece que tu mente quiere continuar pensando en el horrible examen semestral de historia que tienes que dar mañana, pero tu cuerpo se apodera. ¡Y qué cuerpo! Puedes ver en la oscuridad y correr como una liebre, y saltar coches aparcados de un solo brinco.

Por supuesto pagas por esto a la mañana siguiente (pero vale la pena). Yo siempre me levanto entumecida y dolorida, con las manos, los pies y el rostro sucio, y debo correr hacia la ducha para que Hilda no me vea así. No es que ella sepa de qué se trata, ¿pero para qué arriesgarse? Entonces finjo que es otra cosa lo que me molesta. Ella dice:

—Venga, dulce, todos tenemos calambres y ésa no es razón para andar por ahí gimiendo y lamentándose. ¿Qué estás haciendo, tratando de no ir a la escuela sólo porque tienes tu período?

Si no me gustara Hilda (y en verdad me gusta, aunque sólo es mi madrastra en lugar de mi verdadera madre), le enseñaría algo que me mantendría fuera de la escuela para siempre, y que tampoco sería fingido.

Pero hay muchos otros a quienes preferiría mostrárselo.

Ya se lo he mostrado a ese cabrón de Billy Linden.

—¡Oye, Tetas! —gritó en el pasillo junto a las aulas. Muchos de los chavales se rieron, naturalmente, pese a que Rita Frye le llamó gilipollas.

Billy es el que comenzó todo, es decir, él con su boca era el que siempre comenzaba todo. El primer día de clases vino corriendo hacia mí.

—¡Oye, mirad a Bornstein, algo le ha de haber sucedido durante el verano! ¿Qué te ha sucedido, Bornstein? ¡Oye, todos, mirad a Tetas Bornstein!

El apretujó mi pecho y yo le golpeé en el hombro, luego él me dio un puñetazo en la cara, frente a todos, que me dejó aturdida y medio atontada, y hasta me hizo llorar.

Lo que quiero decir es que yo siempre acostumbraba pelear y lidiar con los chavales pues era muy fuerte para ser mujer. De repente todo era diferente. El me golpeó fuerte, realmente me dolió; me pegó en la boca del estómago y sentí náuseas y una gran vergüenza.

Tuve que regresar a casa con la nariz sangrante, recostarme con la cabeza hacia atrás y poner un poco de hielo en una toalla sobre mi rostro, mientras el agua caía en mi cabello.

Hilda se sentó en el sofá junto a mí y me acarició.

—Lamento esto, guapa, pero alguna vez debes aprender. Todos estáis creciendo y los niños se vuelven más fuertes que lo que tú puedas ser. Si riñes con varones siempre saldrás herida. Debes encontrar otra manera de manejarlos.

Para peor, a la mañana siguiente comencé a sangrar allí abajo; Hilda ya me había explicado con cuidado de qué se trataba, de modo que al menos sabía lo que me estaba sucediendo. Hilda realmente se esforzó por no ser pesada, pero la odié cuando habló sobre cómo todo esto era parte de esos cambios excitantes de mi cuerpo que son tan importantes, y sobre cuán maravilloso es convertirse en una señorita.

Seguro, todo esto era tan repugnante y sucio, peor de lo que ella había dicho, peor de lo que yo podía imaginar, con esos coágulos negros que salían salpicados de sangre rosa.

Pensé que iba a vomitar.

—Es tan sólo la pared de tu útero —dijo Hilda.

¡Qué diablos! ¡Aun así era asqueroso. Y qué olor por otro lado!

Hilda procuró hacerme sentir mejor, de veras lo intentó. Dijo que deberíamos conmemorar esta ocasión como lo hace la gente primitiva, convertirla en algo especial, no tan sólo en una cosa desagradable que pareciera que te acomete.

Entonces decidimos guardar a Pinkie, mi perro de lana con quien duermo desde los tres años. Pinkie es calvo y un poco duro y áspero puesto que cayó en la lavadora por error, y nunca podríamos adivinar que su felpilla había sido suave o incluso de color rosa cuando le compramos.

La última vez que me visitó mi amiga Gerry-Anne, antes del verano, vio a Pinkie echado sobre mi almohada y, pese a que no dijo nada, percibí que pensaba que era algo muy de niños. Para entonces ya pensaba yo en quitar a Pinkie de mi lado.

Hilda y yo le hicimos una linda caja que forramos con bellos trozos de sus clases de costura de cojines, y le agradecí en voz alta por haber sido mi amigo durante tantos años, y luego lo colocamos en el estante superior del guardarropas.

Me sentí muy mal, pero si Gerry-Anne decidía que era muy pueril para continuar siendo su amiga, yo podría terminar sin amigos.

Lo que ocurre es que cuando nunca has sido popular, no como cuando eras más delgada y ágil y todos te querían en su equipo, te vienen estas ideas a la mente.

Hilda y Papá me obligaron a ir a la escuela a la mañana siguiente para que nadie pensara que le temía a Billy Linden (aunque fuera cierto), o dejara que él me apartara con sus cabronadas.

Todos continuaban echando miradas burlonas y murmuraban, y yo estaba segura de que era porque no podía evitar caminar como una chula con ese algodón entre las piernas, y porque podían oler lo que me estaba sucediendo, algo que según tengo entendido, no le había sucedido a nadie aún de octavo A. Tampoco nadie en toda la clase tenía algo bajo sus tontos sujetadores, excepto yo, ¡maldición!

De todos modos me mantuve apartada de todos tanto como pude, y ni siquiera quería hablar con Gerry-Anne pues tenía miedo de que me preguntara por mi forma de caminar chula y mi mal olor.

Billy Linden me eludió al igual que todos, excepto uno de sus estúpidos amigos que a propósito me topeteó y tropecé contra Billy en la fila del almuerzo. Billy se vuelve y dice en voz muy alta:

—¡Hola, Tetas! ¿Desde cuándo usas maquillaje azul y negro?

No le di la satisfacción de saber que realmente me había fracturado la nariz, tal como había dicho el médico. Por suerte no deben vendarte toda por esto; Billy haría un alboroto y diría que tengo la nariz sujeta por un cabestrillo al igual que mis tetas.

Aquella noche me levanté cuando debería estar dormida y me quité las bragas y la camiseta con la que duermo, y me puse de pie para mirarme en el espejo. No necesité encender la luz. La luna llena resplandecía en mi habitación a través de la gran ventana del dormitorio.

Me crucé de brazos y me di fuertes pellizcos para castigarme de alguna manera por lo que me estaba haciendo.

Como si así pudiera detenerlo.

¡No es de asombrarse que Edie Siler se haya matado de hambre en décimo grado! La comprendí perfectamente; intentaba no engordar sino mantener su aspecto normal, delgada y fuerte, como yo también era antes, cuando parecía una persona y no una caricatura que alguien llamaba Tetas.

Entonces algo tibio, un hilo delgado, corrió por el interior de mi pierna y supe que era sangre y ya no podía soportarlo más. Apreté los muslos y cerré los ojos con fuerza, e hice algo. Quiero decir, sentí que algo sucedió. Sentí que mi cuerpo se encogía hasta llegar a un núcleo duro, algo así como un fuego frío dentro de mis huesos, y todos mis músculos, mis entrañas, mi piel se encendieron y, en cierto modo, flotaban libremente, todo resplandecía a la luz de la luna y sentí una especie de tambaleo.

Pensé que me desvanecía debido a mi estúpido período. Entonces giré sobre mí y me lancé sobre la cama, y al caer sobre ella me di cuenta de que algo no estaba muy bien.

Por un lado, mi nariz y cabeza estaban embotadas con estas sensaciones fuertes y descabezadas; hasta me llevó un segundo comprender que eran olores tanto más fuertes que cualquiera que había olido antes. Y eran —supongo— interesantes, no simplemente apestosos, aun los más nauseabundos.

Abrí la boca para percibir los olores un poco mejor y oí que jadeaba de una manera rara, como si hubiera estado corriendo, lo cual no era cierto, y entonces sentí esa prolongación de mi cara y algo en ella se movía... era mi lengua; me relamía las quijadas.

Bien, durante un instante me envolvió un pánico total y absoluto. Eché a correr por mi habitación, gimiendo y jadeando, oía las uñas de mis pies golpear contra las maderas del suelo, y luego me acurruqué en el rincón pues tenía miedo que Papá y Hilda me oyeran y vinieran a averiguar qué era lo que provocaba tanto jaleo.

Puesto que podía oírles. Podía oír el crujido de su cama cuando alguno de ellos se daba la vuelta, y la respiración de Papá, un silbido que luego se transformaba en un ronquido. Y también podía olerles, cada uno con sus olores bien definidos, como esas sobremesas de helados mezclados que llaman batidos.

Mi cuerpo se agitaba y brincaba con miedo y energía, y mi habitación construida en el ático, ancha pero con el artesonado bajo en algunas partes, mi habitación parecía una prisión. Además me aterraba verme en el espejo. Podía adivinar lo que vería, y no quería verlo.

Por otro lado, tenía que orinar pero no podía soportar ir al baño en el estado en que estaba.

Entonces, abrí suavemente la puerta del dormitorio con el hombro y casi caigo por las escaleras al intentar bajarlas en cuatro patas y pensar en ello, en lugar de dejar que mi cuerpo lo hiciera. Quise abrir la puerta de entrada con las manos, mas no eran manos sino garras con dedos largos y nudosos cubiertos de pelos, y los dedos tenían zarpas gruesas y negras que sobresalían de sus extremos.

La boca de mi estómago pareció explotar del horror y grité. Sonó como un aullido vacilante que retumbó de manera horripilante en los huesos de mi cráneo. Allí arriba, Hilda pregunta:

—¿Jack, qué fue eso?

Huí hacia el sótano cuando oí a Papá andar por su dormitorio.

El cerrojo de la puerta del sótano siempre se destraba, de modo que la abrí de un empujón y hacia allí fui, esta vez sin mejor suerte al bajar las escaleras pues estaba muy aterrorizada para pensar. Pasé el resto de la noche allí gimiendo (en realidad era un aullido por la nariz) y trotando por el sótano, frotando mi cuerpo contra las paredes para deshacerme de ese aspecto estrafalario, o simplemente moviéndome porque no podía quedarme quieta. El lugar estaba viciado de olores apestosos y remolinos de aire caliente y frío. No podía asimilar todo lo que percibía.

En cuanto a mis ganas de orinar, finalmente logré elevar mi cola sobre el borde de la batea junto al banco de trabajo de Papá y allí lo hice. El único problema era que no podía abrir los grifos, debido a mis garras, para enjuagar el olor. Luego, alrededor de las tres de la madrugada, desperté de un sueño breve acurrucada en un lugar del suelo vacío donde era poco probable que las arañas anduvieran, y no pude ver ni oler nada, entonces supe que nuevamente estaba bien, aun antes de comprobarlo y encontrar en mis manos dedos en lugar de garras.

Corrí escaleras arriba y estuve bajo la ducha durante tanto tiempo que Hilda me gritó por consumir toda el agua caliente cuando ella tenía mucho que lavar a la mañana. Sólo trataba de relajar los músculos, pero no podía decirle eso.

En verdad me resultaba extraño el hecho de vestirme e ir a la escuela después de una noche como ésta. Lo bueno es que dejé de sangrar después de un día, y Hilda me dijo que no era extraño por ser la primera vez. Entonces debería ser el gran cardenal verdoso en mi cara del puñetado de Billy lo que todos observaban.

Eso y lo de siempre, por supuesto. Bien, ¿por qué no? Ellos no sabían que había pasado la noche transformada en un lobo.

Entonces el obeso Joey me arrebató mi cartera en el pasillo fuera de la clase de ciencias y la arrojó a unos chavales de octavo B. Tuve que correr tras ellos para recuperarla (estaba todo planeado, por supuesto) de modo tal que los chavales pudieron festejar el balanceo de mis tetas bajo mi camisa.

Estaba tan enfadada que casi cojo al obeso Joey, de no ser porque tuve miedo de que me golpeará al igual que Billy.

No dejes que te dominen, hija, todos los chavales son tontos a esa edad, me había aconsejado Papá.

Hilda me había dicho aquel verano: Mira, no te hace nada bien andar por ahí toda encorvada y de brazos cruzados, debieras echar los hombros hacia atrás y caminar como una persona orgullosa y muy satisfecha de estar creciendo. Es sólo que es un poco temprano, eso es todo, y te aseguro que las otras niñas están secretamente envidiosas de ti, con sus sujetadores de práctica bonitos y pequeños, por Dios, como si hubiera algo que practicar.

La entiendo, pero ella no está en la escuela, no recuerda cómo se siente.

Entonces dejé de correr y anduve tras Joey hasta que sonó la campana, y recuperé mi cartera entre los arbustos de afuera, donde él la había arrojado. Lloraba un poco, y entré cabizbaja en el lavabo de las niñas.

Stacey Buhl estaba allí, maquillándose sus labios sin hablarme, como siempre, pero Rita entró de prisa y dijo que alguien debería frenar a ese tonto cabrón de Joey, aunque por supuesto, era Billy quien en verdad le incitaba. Como de costumbre.

Rita es agradable aunque muy independiente, puesto que su hermanito tiene SIDA, y muchos de los padres de los niños consideran que ni siquiera debería estar en la escuela. Entonces no me mezcló mucho con ella. Tengo ya suficientes problemas y de todas formas, llegaba tarde a mi clase de matemáticas.

Empero, necesitaba hablar con alguien. Después de la escuela le dije a Gerry-Anne, que ha sido mi mejor amiga con algunos intervalos desde cuarto curso. No la vi después de la escuela, pero la encontré luego en la biblioteca y le conté que había tenido un sueño extraño en el que yo era un lobo. Ella quiere ser psiquiatra como su madre y, por supuesto, me escuchó.

Me dijo que estaba loca. Eso fue una gran ayuda.

Aquella noche me aseguré de que la puerta no estuviera atrancada, y me eché en la cama desnuda —se imaginan transformarse en un lobo con bragas y camiseta— y sólo me estremecía, esperando que algo sucediera.

La luna salió y resplandeció en mi ventana, y me transformé al igual que antes: no es nada parecido a como se ve en las películas, todo es confuso y lleno de gritos y huesos que se quiebran con crujidos horribles y ruidos desgarrantes, de la misma manera en que, creo, se lo imaginarían si tuvieran que construir máquinas especiales para hacerlo ante las cámaras y que se viera real: es decir, si fueran un producto de efectos especiales en lugar de un hombre-lobo.

Para mí, no tenía que parecer real pues lo era. Este disolverse y dejarse llevar en cierta manera me excitó esta vez.

Quiero decir, me resultaba... interesante. Como algo que hacía yo en lugar de padecer otro tonto desorden en mi cuerpo, algo que me sucedía sólo porque alguna descabezada hormona así lo establecía.

Debo haber hecho ruido. Hilda vino hasta la puerta de mi habitación, pero por suerte no entró. Ella es alta, y el artesonado de mi dormitorio muy bajo para ella, entonces muchas veces me habla desde el rellano.

De todas formas la había oído venir, de modo que estaba en mi cama con la cabeza bajo mi almohada, rezando desesperada para que nada sucediera.

Podía olerla, era de lo más descabellado: su propio olor, una especie de sudor dulce, y por encima de eso su perfume, como una tenaza para hielo clavada en mi nariz. En realidad no oí una palabra de lo que dijo, tenía mucho miedo, y también un estremecimiento dentro de mí, una excitación que era sólo parcialmente terror.

Lo veis, de repente me di cuenta, con pleno asombro, de que no debía temerle a Hilda, ni a nadie. Yo era fuerte, mi cuerpo lobuno era fuerte y, de todas maneras, bastaría que me mirara una sola vez para que cayera desmayada.

Qué alivio, no obstante, cuando se fue. Estaba desesperada por salir debajo de mis mantas pesadas, y además tenía que estornudar. También me di cuenta de que parte de esa fuerza que rugía dentro de mí era hambre.

Ellos se fueron a la cama; oí sus voces en el dormitorio, aunque no comprendí del todo lo que decían, pero estaba bien. Las palabras ya no eran importantes para mí, podía darme cuenta más por el tono en que lo decían.

Presentía que lo iban a hacer, y estaba acertada. Podía oír a través de las paredes cómo jugueteaban —esto también era algo nuevo— y nunca había sentido tanta vergüenza

en mi vida. Ni siquiera podía cubrir mis oídos con las manos, porque mis manos eran garras.

Entonces, mientras esperaba a que se quedaran dormidos, me miré en el espejo grande de la puerta de mi ropero.

Había allí una gran cabeza de lobo con un hocico largo y delgado y una pelambre espesa alrededor de mi pescuezo. Esa pelambre se paraba y retrocedía un poco cuando yo gruñía.

Eso era tonto, por supuesto, puesto que no había otro lobo más que yo en el dormitorio. Empero, yo estaba toda estirada, creo, y un lobo, mi cuerpo lobuno y yo, era todo lo que podía asimilar, menos aún dos lobos, yo y mi reflejo.

Luego del primer sobresalto, fue genial. Continué girando hacia uno y otro lado para verme desde diferentes ángulos.

Era delgada; tenía patas largas y delgadas pero fuertes, se veían los músculos, y los pies eran un poco más grandes de lo que hubiera querido. Pero siempre prefiero cuatro pies grandes a dos tetas grandes.

Mi cara era horrible, con dientes blancos y rugosos como los de una sierra y ojos pequeños, límpidos y brillantes a la luz de la luna. La cola era un poco grotesca, pero me acostumbré a ella, y en realidad tenía una bonita forma de pluma. Mis hombros eran grandes y cubiertos de pelos largos y brillantes, con ese bello colorido, oscuro en la espalda y una especie de plateado en mi pecho y partes inferiores.

La cuestión era, sin embargo, que mi lengua colgaba. Me preocupaba bastante pues se veía grosera y absurda a la vez. Quiero decir, aquélla era mi lengua, de casi treinta centímetros de largo prolijamente doblada sobre las puntas de mis caninos inferiores. Fue entonces cuando me di cuenta de que no tenía demasiadas expresiones para usar, no con esta cara, que parecía más bien una máscara.

Pero tenía vida, era mi cara, eran mis propios labios largos y negros los que mi lengua lamía.

Sin lugar a duda, ésa era yo. Era un hombre-lobo, como en las películas que mostraban el fin de semana de Halloween. Pero no me parecía en nada a esos horribles hombres-lobo de película que simplemente tienen toneladas de maquillaje. Me veía magnífica.

No obstante no quería permanecer tan sólo dando vueltas por ahí, admirándome en el espejo. No podía soportar estar enjaulada en aquella habitación viciada de olores.

Cuando todo se calmó y pude escuchar a Papá y a Hilda respirar como lo hacían cuando dormían, me escapé sigilosamente.

La oscuridad no era demasiado oscura para mí, y el frío lo sentía ácido como el vinagre, pero no de una manera que me doliera. A cada lugar donde iba, podía absorber con mi larga nariz de lobo esas corrientes como ondas en el aire y enrollar su olor sobre la parte posterior de mi lengua. Era un mundo totalmente diferente, con sonidos nítidos en todos lados y olores fuertes y ricos.

Y podía correr.

Eché a correr pues vino un coche mientras olfateaba una bolsa de residuos en el bordillo, y realmente temí que me vieran bajo la luz de los focos. Me marché por el corredor de tierra entre nuestra casa y la de los Morrison, nuestros vecinos, y ¡oh,

sorpresa!, podía precipitarme casi sin hacer ruido, podía saltar las cercas de púa casi sin pensar. Mis patas traseras eran como resortes de acero y caía firme y pareja sobre mis cuatro patas casi sin sobresaltos, ni qué hablar de preocuparme por perder el equilibrio y doblarme un tobillo.

Hombre, podía desplazarme a través de ese aire frío, denso, húmedo y lleno de olores, podía volar prácticamente. Igual que el año pasado cuando no tenía tetas que se bambolean y sacuden delante de mí, aun cuando camino ligero.

Eran tan solo dos hileras de pequeñas protuberancias ordenadas a lo largo de la curvatura de mi estómago. Me senté y las miré.

Abrí bolsas de residuos para conocer su olor, pero no comí nada de ellas. No estaba para ingerir restos rancios de perritos calientes y cortezas de pizzas de otras personas, ni grasas ni huesos de sus platos, y todo ello mezclado con puré de patatas y rellenos.

Cuando encontraba lugares donde los perros habían parado y dejado sus marcas, yo también me agachaba y orinaba, encima de ellas; las borraba por completo.

Brinqué a través del jardín enorme de los Wascombe, donde nadie más que el jardinero oriental lo pisaba alguna vez, y caminé por encima del maletero y el techo de su BMW, dejando huellas de mis patas grandes y gruesas por encima. Nadie me vio, nadie me oyó, era una sombra.

Bueno, excepto los perros, por supuesto.

Se escuchaban muchísimos ladridos a mi paso, realmente histéricos, y en un principio estaba realmente asustada. Pero luego brinqué hacia un pasadizo en la calle Ridge, donde se encuentran las casas grandes, y caí justo frente a unos seis perros que corrían juntos. Sus dueños los dejan fuera toda la noche y no les preocupa si los atrepella un coche.

Habían estado trotando juntos con el viento a sus espaldas, revisando todas las bolsas de residuos que se dejaban afuera para su recolección a la mañana siguiente. Cuando me vieron, uno de ellos dejó escapar un gruñido de sorpresa y todos se resbalaron hasta detenerse.

Seis de ellos. Tenía miedo. Gruñí.

Los perros giraron velozmente, chocándose unos con otros en su prisa, y salieron corriendo.

No sé qué hubieran hecho si se hubieran encontrado con un lobo verdadero, mas yo era algo especial, eso creo.

Los seguí.

Se dispersaron y corrieron.

Bueno, yo corrí también, y ésta era una forma diferente de correr. Quiero decir, me estiraba y corría y sentía tal regocijo. Perseguí a uno de ellos.

Ese perrito tipo terrier corría de un lado al otro, luego intentó virar a la izquierda y escabullirse bajo la entrada de una casa, todo sin hacer un ruido, corría demasiado de prisa para gritar, y yo estaba feliz corriendo tranquila.

Justo antes de que pudiera escaparse bajo la puerta le alcancé y, sin pensarlo, le cogí por la parte trasera del cuello, le arranqué del suelo y le sacudí tan fuerte como pude, de lado a lado.

Sentí su cuello crujir, el sonido vibró en todos los huesos de mi cara. Lo recogí con mi

boca y parecía no pesar nada. Me retiré al trote sujetándolo en el aire, y tras un arbusto en el parque Baker lo coloqué en el suelo con mis garras y mordí el interior de su panza, que aún se mantenía caliente y temblorosa.

Como dije antes, estaba hambrienta.

La sangre me regocijó de una manera increíble. Permanecí allí mirando en derredor y lamiendo mis labios, jadeando y paladeando el sabor pues me había sorprendido; era como comer miel o el mejor chocolate malteado que jamás hayáis probado.

Entonces bajé la cabeza y mordisqueé a ese perrito, como si restregara la cara en una pizza y la olierá. Por Dios, estaba hambrienta, de modo que no me importó que la carne fuera dura y de sabor hediondo después de aquel primer bocado maravilloso. Hasta lamí la sangre del suelo después, no me importaba que estuviera mezclada con polvo.

Comí dos perros más aquella noche, uno que estaba atado al tendedero de la ropa en un patio mugriento lleno de piezas de automóvil viejas y oxidadas en el lado sur, y un perro viejo y amarillo que paseaba solo, muy lento y olfateando. Sabía bastante mal, y para entonces yo me sentía satisfecha, de modo que dejé gran parte.

Anduve por el parque, empujando los columpios con mi hocico grande y negro, y encontré el banco donde el señor Granby se sienta y alimenta a los palomos todos los días, aunque nadie quiera que aquellos pájaros hagan sus necesidades sobre sus coches. Oriné allí, exactamente donde él se sienta.

Luego le di las buenas noches a la luna que se ocultaba con un aullido salvaje y trémulo: ¡Auuuuuuuu!. Regresé a casa brincando sobre mis garras con la lengua colgando hacia afuera y sintiéndome fundamentalmente muy bien.

Me deslicé dentro y troté hasta arriba, y una vez en mi habitación me detuve para mirarme al espejo.

Era tan vistosa como antes, y sólo tenía unas gotas de sangre en mi cuerpo que limpié lentamente con mi lengua. En realidad me preocupé un poco; quiero decir, ¿sería esto todo, matar y después comer lo que había matado mi cuerpo lobuno? ¿Quedaría así para siempre? Como si os pasearais por un castillo de fábulas y comierais y bebierais cualquier cosa, y nunca más pudierais salir. ¿Y si al llegar la mañana no me volvía a transformar?

Bien, de todos modos no había mucho que pudiera hacer al respecto, y al diablo con ello, me sentí como que no me importaba; había valido la pena.

Cuando estuve limpia y bella, incluso tras haber limpiado con mi lengua mi propio órgano, algo que me pareció perfectamente normal y bonito en aquel momento, salté sobre mi cama, me acurruqué, y me dormí de inmediato. Cuando desperté con el sol en mis ojos, allí estaba, era nuevamente yo.

Era muy extraño, tomar el desayuno y lucir mi vieja camiseta de gran tamaño para que no se me notaran tanto, mientras Hilda bostezaba y se desplazaba en su bata y chanclas y simulaba que ella y Papá no lo habían hecho al menos anoche, cosa que sabía que no era verdad.

Además, resultaba evidente que ella no tenía ni la mínima pista de lo que yo había estado haciendo, y eso me produjo una extraña sensación.

Uno de los aspectos del crecimiento que ellos se cuidan de no mencionar es que comenzáis a tener más cosas sobre las que no habláis con vuestros padres. Y yo tenía algo muy especial.

—¿Qué pasa? ¿Estás loca, muchachita? —preguntó Hilda—. ¡Honestamente, Kelsey, no sé qué hacer contigo! ¿Por qué no puedes usar algo más bonito que esa camiseta vieja para ir a la escuela? ¿Ah, ya comprendo: es para ocultar, verdad?

Ella suspiró y me miró algo triste pero sonriente, sus manos sobre los labios.

—Kelsey, Kelsey —dice ella— si tan sólo yo hubiera tenido la mitad de lo que tú tienes cuando yo era una niña; era lisa como una tabla de planchar y me sentía muy desdichada, no te lo puedo explicar.

Ella es aún muy delgada y luce bien, de modo que ¿qué sabe ella al respecto? Empero, su intención fue buena, y de todos modos yo me sentía tan bien que no discutí.

No obstante, no me cambié la camiseta.

Aquella noche no me transformé en un lobo. Me eché allí esperando, y pese a que la luna salió, nada sucedió, no importa cuánto esperé, y después de un momento miré por la ventana y me di cuenta de que la luna no era realmente luna llena sino que estaba menguando.

No estaba aliviada sino más bien apenada. Compré un calendario en la librería de la escuela dos semanas más tarde, y marqué las noches de luna llena futuras y esperé ansiosa a ver qué sucedería.

Mientras tanto, las cosas marchaban como de costumbre. Tuve una erupción de acné en mi mentón. Solía mirarme en el espejo y pensar en mi cara lobuna, que tenía un hermoso pelo lustroso en lugar de acné.

Con acné incluido fui a la fiesta de Angela Durkin, y al día siguiente Billy Linden dijo a todos que había ido con él a uno de los dormitorios en lo de Angela y lo habíamos hecho, cosa que no era verdad. Pero puesto que no había ningún mayor en la casa y el obeso Joey trajo un poco para fumar en la fiesta, casi todos estaban colocados y no sabían quién había hecho qué o dónde.

Casualmente, un día Billy había dado de fumar a una chávala de séptimo B en la cochera de la casa de sus padres, y él y dos de sus amigos se lo hicieron mientras ella estaba fuera de sí, o al menos decían que lo habían hecho; ella sintió mucha vergüenza como para decir algo al respecto y poco tiempo después se cambió de escuela.

Supe de ello por la misma razón que todos lo saben, y es que Billy era el fanfarrón más bocazas de toda la escuela, y uno nunca podía saber si era verdad o mentira.

Entonces supongo que no me sorprendía demasiado que algunos creyeran lo que Billy había dicho sobre mí. Gerry-Anne no me habló después de esto. Entre tanto Hilda se quedó embarazada. Tuvimos una larga conversación: me contaron cómo Hilda se había preocupado por su ciclo biológico, entonces ella y Papá habían decidido tener un bebé, y esto no debía afectarme, sería divertido para mí y una buena preparación para cuando luego yo misma fuera madre, cuando encontrara un chaval bueno y me casara.

Seguro. Gran preparación. Como Mary O'Hare la de mi curso, quien debe cambiar los pañales de su hermana menor todo el tiempo, que asco. Ella bromea al respecto pero es evidente que realmente lo odia. Parece que ha llegado mi turno, como es costumbre.

Lo único que hacía mi vida llevadera era mi secreto.

—Hoy estás echada hacia atrás —me dijo un día Devon Brown en el comedor después de que Billy hubiese estado particularmente repugnante, tratando de disparar bollitos de pan desde su mesa para que hicieran blanco en mi pecho. Devon estaba

sentado junto a mí pues él era malo en francés, mi única asignatura fuerte, y yo le ayudaba con algunos verbos. Creo que quería saber por qué no me sentía molesta ya que Billy me estaba provocando—. ¿Cómo es posible? —me preguntó.

—Es un secreto —dije yo, pensando en lo que diría Devon si supiera que una mujer lobo lo estaba ayudando con su francés: loup, manger.

—¿Qué secreto? —quiso saber. Devon tiene pecas y es en realidad un poco guapo.

—Un secreto —dije yo— entonces no puedo decírtelo, tonto.

El se muestra muy altivo y agrega:

—Bien, no puede ser demasiado secreto, puesto que las chávalas no pueden guardar secretos, todo el mundo lo sabe.

Seguro, como esa chávala, Sara, en octavo B, que resultó que su padre había estado acosándola durante años, pero nunca se lo mencionó a nadie hasta que un psicólogo lo descubrió en uno de esos exámenes que todos tuvimos que pasar en séptimo curso. Hasta entonces, Sara había guardado su secreto muy bien.

Y yo guardé el mío, tachando los días en el calendario. Lo único que no me entusiasmaba era tener mi período nuevamente, ya que la última vez había venido justo antes de la transformación.

Cuando llegó el momento, me contraíe toda y más granos brotaron en mi cara, pero no tuve mi período.

No obstante, me transformé.

A la mañana siguiente todos hablaban en la escuela acerca de un par de diminutos terrier de exposición que alguien había arrastrado y matado fuera del jardín de los Wascombe, y casi nada quedaba de ellos.

Bien, mi estómago se retorció un poco cuando oí a algunos chavales describir lo que el señor Wascombe había encontrado en el parque Baker, los restos, como dijo la gente. También me sentí un poco culpable porque la señora Wascombe amaba realmente a esos perritos, cosa que de ninguna manera había pensado cuando era un lobo que trotaba hambriento bajo la luna la noche anterior.

Yo conocía personalmente a esos terrier, entonces estaba apenada, aunque no fueran más que dos tontos fastidiosos que hacían mucho ruido.

Pero qué diablos, los Wascombe no debían haberlos dejado afuera en el frío. De todos modos, ellos eran ricos, podían comprar otros si lo deseaban.

Pese a todo. Quiero decir, los perros son tan sólo animales estúpidos. Si son malos, es porque así nacieron o alguien los hizo malos, no hay nada que ellos puedan hacer al respecto. Ellos no pueden decidir ser buenos, como una persona. Y además, no saben tan bien; pienso que es porque comen tanta basura en esos alimentos comerciales para perros: antiparasitarios, cenizas, pescado molido y cosas así. Qué asco.

En realidad, luego del segundo terrier me había sentido un poco enferma y esa noche no dormí muy bien. Entonces no estaba de muy buen humor, y aquél fue el día que mi sujetador nuevo desapareció mientras estaba en clase de gimnasia. Luego recibí una nota que me indicaba dónde hallarlo: engrapado a la pizarra junto a la oficina del rector, donde todos podían ver que estaba probando un sujetador con armazón de alambre.

Naturalmente, tenía que ser Stacy Buhl quien cogió mi sujetador mientras estaba de espaldas cambiándome para gimnasia, puesto que ahora se juntaba con Billy y sus amigos.

Billy pasó todo el día haciendo apuestas a los gritos sobre cuan pronto estaría usando un tamaño grande.

A Stacy no le importaba, era tan sólo una cabrona. A Billy sí le importaba. Me había arruinado en esa escuela para siempre, con su mente sucia y su boca obesa. Yo estaba más allá de llorar o reñir y recibir puñetazos. Estaba furiosa, ya me habían basureado lo suficiente, y tenía una idea.

Seguí a Billy hasta su casa y esperé en el pórtico hasta que su madre regresó a casa y le hizo venir a hablarme. Se paró en la entrada y habló tras la puerta de alambre mientras comía un plátano y se paseaba como si nada le importara en este mundo. Entonces preguntó:

—¿Qué pasa, qué quieres, Tetas?

Tartamudeé mucho, me ponía muy nerviosa decir tamaña mentira, pero eso quizá me haya hecho sonar más creíble.

Le dije que haría un trato con él: lo encontraría aquella noche en el parque Baker, tarde, y me quitaría la camiseta y el sujetador y lo dejaría hacer lo que deseara con mis tetas si es que eso satisfaría su curiosidad, y luego él encontraría alguna otra para molestar y me dejaría en paz.

—¡¿Qué?! —exclamó clavando su mirada en mis pechos, con su boca abierta. Su voz era chillona y babeaba prácticamente hasta el suelo. No podía creer su buena suerte.

Le repetí lo mismo.

El casi salió del pórtico para intentarlo allí mismo y en ese momento.

—Vale, cojones —dice él bajando mucho el tono de voz— ¿Por qué no lo mencionaste antes? ¿Lo dices en serio?

—Seguro —respondí, aunque no podía mirarle.

Después de un minuto él dijo:

—Vale, es un trato. Oye, Kelsey, si tú lo deseas, ¿podríamos, hmm, repetirlo..., tú sabes?

—Seguro, pero Billy, esto es sólo un secreto entre nosotros. Si se lo dices a alguien, si hay algún otro merodeando por allí esta noche...

El me interrumpe y dice de prisa:

—No diré nada a nadie, de verdad. ¡Ni una palabra, lo prometo!

Por supuesto, lo que quería decir era que no lo haría hasta después que sucediera, pues si había algo que Billy Linden no podía hacer era estarse callado si sabía algo malo sobre alguna persona.

Hablando estrictamente por sí mismo, como siempre, dijo:

—Te gustará, sé que te gustará. ¡Jolines, no puedo creerlo!

Pero lo creyó, el muy gilipollas.

No pude cenar mucho aquella noche, estaba muy excitada, y subí temprano a mi habitación para hacer mis tareas, eso dije a Papá y Hilda.

Entonces esperé a que asomara la luna, y cuando salió, me transformé.

Billy estaba en el parque, le olí todo sudado y excitado, pero me mantuve tranquila. Anduve con sigilo un rato, tan silenciosa como pude, es decir, muy silenciosa, asegurándome de que ninguno de sus amigos estuviera al acecho. Quiero decir, no le hubiera creído ni por un millón de dólares.

Pasé delante de media hamburguesa arrojada en la alcantarilla donde alguien se había detenido para almorzar en el parque Baker. Se me hizo la boca agua, pero no quería quitar mi apetito. Estaba hambrienta y feliz, cantaba dentro de mi propia cabeza, por supuesto sin hacer ruido.

Billy estaba sentado en el banco con las manos en los bolsillos, girando sobre sí y mirando hacia uno y otro lado, esperándome a mí, a mi forma humana, que se aproximara. Llevaba una chaqueta pues hacía frío.

No se detuvo a pensar en que quizá una persona sana no podría ser tan loca de sentarse allí afuera y quitarse lo de arriba dejando su piel desnuda al viento. Pero ése era Billy, completamente egoísta y sin ninguna consideración para con nadie. Apuesto a que lo único en que podía pensar era en lo buena que estaba esta embaucada, manosear a la conocida Tetas en el parque, y luego jactarse en toda la escuela.

Ahora él andaba por el parque, pateaba los regadores y levantaba la vista de vez en cuando, fruncía el ceño y se le veía malhumorado.

Adiviné que comenzaba a pensar que bien podría yo haberlo plantado. Quizá hasta sospechara que la conocida Tetas le estaría acechando y observando y riendo para sí puesto que era él quien había sido engañado. Y quizá Tetas hasta había traído algunos chavales de la escuela para mostrar lo idiota que era.

En realidad eso hubiera estado bueno, sólo que de haberlo hecho, Billy hubiera fracturado mi nariz nuevamente, o algo aún peor.

—¿Kelsey? —preguntó enfadado.

No quería que regresara a su casa ofendido. Me aproximé, y dejé que las ramas crujieran un poco sobre mis hombros.

—¿Hostias, Kelsey, es tarde, dónde has estado?

Oí sus palabras, pero más me llamó la atención un dejo de preocupación en su voz trémula y cambiante, mientras intentaba darse cuenta de lo que sucedía.

Dejé escapar un gruñido.

El se quedó realmente tieso, clavó su mirada en los arbustos y preguntó:

—¿Eres tú Kelsey? Respóndeme.

Me sentía salvaje por dentro, no podía esperar ni un segundo más. Me precipité hacia él desde los arbustos, parecía que volaba.

Billy cayó hacia atrás y dio un graznido:

—¡Qué...! —exclamó moviendo las manos delante de su rostro, y justo estaba tomando una bocanada de aire para gritar cuando le golpeé como si fuera un gran camión.

Logré darle un fuerte tarascón en su cara a través del hueco de sus manos.

No emitió ningún sonido, a excepción de ese grueso y húmedo gorjeo que pude saborear más que oír pues el sonido entró directamente en mi boca con el borbotón de sangre y la bola de carne caliente y piel que mastiqué y tragué.

El se revolcó a mi alrededor, me golpeaba, pero yo casi no sentía nada a través de mi cuerpo. Quiero decir, él no era tan grande y fuerte echado allí en el suelo mientras yo, delgada y fuerte con mis músculos de lobo, le abría las piernas. Además él estaba alterado. Le di una olfateada fuerte desde abajo mientras él se orinaba en los pantalones.

Los perros ladraban, pero tanta gente en los alrededores del parque Baker tiene perros para prevenir a los ladrones, y los perros arman siempre tal jaleo, que nadie les

presta atención. No me preocupaban. De todos modos estaba muy atareada para preocuparme.

Introduje mi hocico por debajo de lo que quedaba de la mandíbula de Billy y arranqué su garganta de un mordisco.

Ahora, dejadlo ir por ahí diciendo mentiras sobre la gente.

Sus ropas eran un problema y realmente eché de menos no tener manos. No obstante me las apañé para arrancar su camisa fuera del cinto con mis dientes, y fue fácil desgarrar su panza. Me resultó bastante difícil, pero una vez que llegué a ella sabía mejor que una cena de Acción de Gracias. ¿Quién diría que alguien tan horrible como Billy Linden podría saber tan bien?

Para entonces apenas si se movía, y dejé de pensar en él como Billy Linden. Ya no pensaba, sólo empujaba mi cabeza hacia adentro y arrancaba trozos calientes y deliciosos, y comí hasta que quedaron las sobras, y ya se estaba enfriando.

Camino a casa vi un coche de policía que patrullaba la zona como lo hacen a veces. Me escondí en las sombras y por supuesto no me vieron.

Había mucho que lavar en la mañana y cuando Hilda vio mis sábanas, sacudió la cabeza y dijo:

—Deberías ser más cuidadosa cuando calculas tu período para que no te coja por sorpresa.

Todos en la escuela sabían que algo le había sucedido a Billy Linden. Al día siguiente se enteraron. Los chavales y chavalas se agrupaban e intercambiaban rumores sobre cómo un animal salvaje había devorado a Billy. Yo me acercaba y les escuchaba, hacía una o dos acotaciones horribles para molestarles, con detalles ficticios, hasta que empalidecieran y tuvieran náuseas y ver quién vomitaría primero.

Sin duda no sería yo. Quiero decir, cuando alguien mencionaba cómo toda la cabeza de Billy había sido roída hasta el cráneo y no sabían quién era de no ser por el pase del autobús en su cartera, me ponía un poco molesta. Me asombraba lo que la gente podía imaginar. Pero cuando yo pensaba en lo que realmente le había hecho a Billy, tenía que sonreír.

Me resultaba en verdad maravilloso andar por los pasillos sin nadie que me gritara: ¡Hola, Tetas!.

Hay personas que lisa y llanamente no merecen vivir. Y, esto va para el obeso Joey, si es que no deja de acosarme en el laboratorio de ciencias tratando de manosearme.

Hay algo extraño, no obstante: ya no tengo más períodos. Me acalambro un poco y mis pechos se hinchan y me impaciento más que de costumbre, y luego en lugar de sangrar, me transformo.

Eso me sienta bien, sólo que ahora soy mucho más cuidadosa cuando cazo en mis noches de lobo. Me mantengo fuera del parque Baker. Los suburbios se extienden por kilómetros y kilómetros, y hay muchos sitios en los que puedo cazar y aún regresar a casa por la mañana. Un lobo puede abarcar mucho territorio si echa a correr.

Y me aseguro de matar en lugares donde puedo comer en privado, de modo que ningún coche de policía pueda cogerme desprevenida, algo que fácilmente podía haber sucedido aquella noche cuando maté a Billy. Aquella primera vez estaba muy concentrada comiendo. Ahora miro mucho más a mi alrededor cuando como mi presa, me mantengo

alerta.

Menos mal que es sólo una vez al mes que esto sucede, durante un par de noches. La Asesina de la Luna Llena tiene a todo el estado en guardia y aterrado.

Con el tiempo supongo que tendré que ir a otro sitio, y no me apetece para nada. Si tan sólo pudiera aguantar hasta tener mi propio coche, entonces la vida sería mucho más fácil.

Entre tanto, algunas noches de lobo ni siquiera me apetece cazar. Ya no estoy tan hambrienta como lo estaba aquellas primeras veces. Creo que he saciado bastante mi apetito. A veces me paseo sigilosamente y corro, y vaya si corro.

Si tengo hambre, algunas veces como de los cubos de basura en lugar de matar a alguien. No es divertido, pero el paladar se acostumbra. No me molesta la basura siempre y cuando pueda comer lo real a veces, una presa recién muerta, sabrosa y jugosa. La gente puede ser terriblemente guarra, pero os aseguro que saben dulce.

Sin embargo, selecciono mi presa. Busco gente que anda a hurtadillas en el miedo de la noche, como cuando Billy esperaba en el parque aquella vez. Me imagino que a esas horas tienen que andar por ahí en busca de problemas, ¿entonces de quién es la culpa, si los encuentran? Creedme, he hecho mucho más por el problema de los ladrones en el parque Baker que cien tontos perros guardianes.

Gerry-Anne no sólo me habla nuevamente sino que me ha invitado a salir con un par de chavales. Un chaval que conoció en una fiesta la invitó, y él tiene un amigo. Ambos son de la escuela secundaria de Fawcett al otro lado de la ciudad, de modo que será un cambio. Estaba nerviosa pero finalmente acepté. Iremos al cine el próximo fin de semana. Mi primera cita real. A decir verdad aún estoy bastante nerviosa.

Para Año Nuevo, he hecho dos promesas solemnes.

Una es que en esa fecha no me preocuparé más por mis pechos, no seré tímida, aun si un chaval me mira fijo.

La otra es que nunca más comeré un perro.

Epílogo

Años atrás alguien me invitó a colaborar en un proyecto sobre una colección de cuentos de lobos para adolescentes. Yo dije (como lo hago generalmente): Bien, no suelo escribir cuentos cortos, pero si algo se me ocurre os lo haré saber. Y olvidé el caso. Según tengo entendido, dicha colección nunca se publicó; pero dos o tres años más tarde, llega Tetas, rodando a gran velocidad en mi máquina de escribir, un relato destinado a un comprador que hace tiempo se dedica a otros proyectos, y una historia muy difícil de vender en cualquier otro lado. Pensé que realmente debía publicarse y encontrar al público mayoritario, puesto que trata un tema que concierne a la mitad de la raza humana (menstruación, no lobería), entonces me puse a buscar una editorial de gran tirada para el producto. Pero Tetas no es exactamente apta para Redbook o Mademoiselle, Seventeen ni siquiera la leería, y Ms me dijo que no recibían cuentos de ficción en ese momento. De modo que lo guardé donde suelo hacerlo, en el cajón. Continué recibiendo respuestas de editoriales que decían lo siguiente: Dios, realmente me encantó ese relato, qué bien lo

recuerdo, pero no es exactamente para nuestros lectores.

Finalmente Gardner Dozois compró Tetas para Asimov's. Me pidió que cambiara un poquito el final, quería algo que no fuera tan escalofriante, por así decirlo. Dijo que tanto él como su asistente de editorial hallaban a nuestra heroína demasiado antipática, y sugirió un cambio que me pareció apropiado pues conservaba esta sensación sin alterar demasiado el cuento.

Mi hijastra había reaccionado de una manera similar, objetando que Kelsey es demasiado fría con respecto a la violencia de los lobos. Yo le recordé lo siguiente: a) La tendencia de los jóvenes hacia una moral muy estrecha (lo que me hace daño es terriblemente imperdonable y lo que yo hago está bien); b) Los sorprendentes defectos de identificación en los niños, que puede conducir al comportamiento más sorprendente y asqueroso cometido de una manera inocente; por ejemplo, la verdadera bestialidad de las pandillas de adolescentes. Personalmente me siento satisfecha de ver en esta colección el final original reconstruido para aquellos lectores que pueden no estar dispuestos a ver a sus jóvenes y coléricas heroínas reaccionar de un modo más suave.

Quizá sea interesante saber que las personas que trabajan en el centro de procesadores de textos en la oficina de mi marido, donde realicé la edición final de este relato, como de todo mi trabajo, tuvo una reacción muy diferente. Estas son, en su mayoría, mujeres trabajadoras entre veinte y cuarenta años de edad. Dejé una copia de la historia para que la leyeran, como de costumbre; ellas son, después de todo, las personas que gentil y velozmente acuden en mi ayuda cuando estoy sentada y montando en cólera frente a la pantalla y grito: Socorro, qué hago ahora, he perdido el cursor, o algo así. Dijeron que les había gustado mucho el relato, pero muchas objetaron la matanza de perros.

Muros

Muros que se derrumban, y algo se precipita adentro.

Muros que se derrumban para revelar, de pie exactamente detrás de ellos, algo blanco como el hueso que ha esperado con mucha paciencia.

Muros que se derrumban hacia dentro, bloqueando la luz; y todas las luces se apagan. Oscuridad. Luego, abriéndose camino entre los escombros, llega el sonido de algo con una uña larga.

Muros que no se derriban ni hacia dentro ni fuera, sino que se diluyen, a fin de que caminemos a través de ellos sin querer y no lo sepamos hasta que, al darnos vuelta, allí están los muros, una barrera a nuestras espaldas.

Muros que se arrastran, cercándonos con ojos y pies, y aunque miran, y se empecinan, son perfectamente normales.

Muros que gritan, o que resuenan con gemidos, o lloran en la noche, sin consuelo.

Muros que cantan, en especial antes del amanecer, un canto agudo y frágil que viene de algún lugar cerca del rodapié.

Muros que sudan.

Muros que se estremecen de risa.

Muros que se agrietan como la cáscara de un huevo para dejar que algo ciego, recién nacido, salga meneándose a través de ella.

Muros que se cascan como la cáscara de un huevo, y un pico puntiagudo y maternal llega hasta él.

Muros que se vuelven polvo.

Muros que se funden, rezumando suavemente desde el centro de quienquiera actúe como pábilo.

Muros que respiran: adentro-afuera, adentro-afuera. Muros cual pulmones, que como tales absorben el aire.

Muros que corren de pronto como ratas a través de las sombras cuando nadie mira.

Muros que rapiñan.

Muros cazadores.

Muros como dioses, que exigen sacrificios.

Muros tan celosos como amantes, que nos estrechan como amantes.

Muros como buhos, que evacúan pequeñas bolas de piel y cartílago.

Muros que son como la muerte, perdurables.

Epílogo

Nuestro sentido del terror es la piel del alma. El terror está siempre presente en nosotros; define la forma de nuestra alma tanto como, por ejemplo, nuestro sentido de la belleza, otra parte de la piel del alma. Sin embargo, mientras que la así llamada vida cotidiana nos ofrece algunas veces estímulos para ser precisos con respecto a nuestro sentido de la belleza, nos enseñan a ignorar aquello que parece individual sobre nuestro

sentido del terror, y con buenas razones: este planeta está atiborrado de acontecimientos terribles, persecuciones y padecimientos, y articular una respuesta horrorizada a aquéllos es de un valor moral inmediato superior a la exposición de nuestra piel personal. No obstante, la piel existe, y al reconocer estos sentidos del terror individuales y explorarlos, podemos fortalecer nuestra comprensión de cada uno y también nuestro respeto por la vida, que constituyen ganancias vitales si queremos detener los acontecimientos terribles y las persecuciones desde su origen. Sin duda, la función de este sentido del terror individual es en esencia moral; ensalza la vida, con la que quiero significar un equilibrio natural, ya sea en el medio ambiente, o las entidades vivientes, o en la relación entre ambas; la enaltece al activar una alarma cuando violamos uno u otro de estos territorios. Con todo, al igual que la mayor parte de la piel del alma, la capa más personal de nuestro sentido del terror puede entorpecerse o pervertirse por los códigos sociales, todos los anestésicos de la conveniencia y el exceso de familiaridad; y esto aumenta la importancia de exhibirla de vez en cuando, de echarle una mirada y estimularla para cerciorarnos de que aún funciona de manera saludable.

El día de ANZAC¹.

Veríamos la casa de la tía Madge a través de los macro-carpa: un techo rojo, de hierro ondulado, postes de la galería blancos. Mi hermano Billy, de seis años, dijo que era como la casa de Nan y le contradije ásperamente. No podía soportar cuando estaba nostálgico por nuestra vida anterior, por nuestra propia granja y la casa donde había vivido nuestra abuela. Mi madre dijo: ¡Rachel, debemos hacernos presentables nuevamente!.

Un hombre viejo en un Ford nos había llevado hasta este portón en el medio de la nada. Era un día de abril perfecto; un roble solitario en la carretera nos indicaba que estábamos en otoño. Los campos era de un verde denso, jugoso, a ambos lados de la carretera polvorienta. Detrás de la casa del cortijo se elevaba una ladera verde salpicada de esqueletos grises de árboles muertos, luego otras colinas cubiertas de arbustos, de un verde-azul rico. A ambos lados de la carretera corrían paralelos unos alambrados y una zanja; el césped verde crecía denso fuera de cada alambrado con juncos y flores silvestres que brotaban en la zanja. El alambre de púa combeaba a través de la carretera; una vaca Jersey joven puso su cara a través del alambrado y mascó ranúnculos. Teñiría su leche.

El nombre del tío Len, Fell, estaba escrito en el buzón. Nos sentamos en una plataforma techada para alcanzar las latas de crema. Me peiné el cabello, me limpié el rostro —había estado comiendo galletas— y me lustré los zapatos con un manojo de césped. Mi madre se ocupó de Billy ante todo. Luego sacó la polvera, se empolvó la nariz y se pintó los labios con la punta del dedo. Llevaba un traje azul marino, un sombrero de fieltro impertinente con un moño de gros. Yo llevaba una falda tableada de tartán real con un sostén de algodón y sobre éste, una blusa de seda color crema con cuello tipo peter pan y una rebeca azul marino. Billy tenía pantalones cortos de estameña gris, casi hasta la rodilla, una camisa azul de mangas largas y un jersey con un motivo de herraduras y tréboles de cuatro hojas verdes y color cervato. Habíamos estado de malas y comenzaba a notarse.

Habíamos partido de Te Waiau sin pagar a la señora de la pensión. No había sido tanto una escapada a medianoche, sino más bien a la hora del té, lo cual nos había valido una noche incómoda en la sala de espera de la estación. El tren temprano desde Te Waiau hasta Claraville había llevado algunos soldados en uniforme dados de baja, otros vestidos con sus mejores trajes cubiertos de condecoraciones. Hoy era el día de Anzac. Después del misterio solemne del servicio de la aurora junto al cenotaño, el pueblo se reunía para un desfile a media mañana. A pesar de la depresión, la gente en las calles se veía alegre y bien alimentada. La pirámide conmemorativa con su lista de los caídos estaba adornada de púrpura; en su base había apiladas coronas de flores.

Comenzamos a caminar por las calles de Claraville; mi madre conocía el camino. Las tiendas estaban cerradas hoy; todas las tiendas habían estado más o menos cerradas para nosotros durante mucho tiempo. Incluso ver un Woolworths o un Bar Lácteo significaba muy poco para Billy. Continuamos deambulando por delante de setos y jardines y llegamos a una casa mucho más grande, una mansión victoriana enclavada entre césped

¹ Significa Australian and New Zealand Army Corps (Cuerpo del Ejército australiano y neozelandés).

suave. Un letrero rezaba Bethany, Asilo de ancianos.

Surgió el problema habitual de dónde deberíamos esperar. Yo quería de veras quedarme con Billy en el jardín. Miramos fijo a algunos ancianos y a una acompañante, una mujer vestida con un uniforme almidonado color malva.

—Mejor no —dijo mi madre.

Tomamos el portón que decía Entrada de los Comerciantes y fuimos por un camino separado del jardín por un seto alto. Bethany era oscuro por dentro, barnizado de color marrón con linóleo del mismo color en el suelo. Nos embargó un olor a comida caliente al pasar la cocina. Había un banco de madera sin cojines para que esperáramos afuera de la puerta de la enfermera jefe, la señora McCormack. Billy estaba cansado y hambriento; gimoteaba y no podía permanecer quieto.

La vida se había convertido en un viaje en tren interminable lleno de comodidades, del que Billy y yo no teníamos derecho alguno de quejarnos, al ser niños. Esperamos, no podían dejarnos solos por mucho tiempo, nuestro cuidado y alimentación eran una preocupación constante. Los adultos que conocíamos exigían una conducta determinada. ¡Más fuerte! ¿Te gusta eso, no es cierto, niñita? ¿Te has limpiado los pies? ¡Aprieta el puño, niña! Estaban actuando para los niños, al igual que las señoras que se asomaban al moisés de un bebé y hacían ruidos como gu-gu, y nosotros debíamos reaccionar de acuerdo con ello. En realidad, no me gustaba esperar sola; era más seguro con Billy. Los hombres tanto extraños como borrachos, esperaban una conducta especial de las niñas, pero también algunas personas simpáticas como el jardinero de la pensión. No mucho más, en la mayoría de los casos, que familiaridad, un cambio de actitud pernicioso, mas yo sufría desconcierto y terror. Cuan estrecha era la línea entre algo que podía minimizarse y la necesidad de gritar o hablar a mi madre.

Cuando nos sentamos en el pasillo una sirvienta maorí pasó fregando el suelo con una solución de fluido Jeyes fuerte.

—¿Vosotros, pequeños, os limpiáis los pies? —preguntó.

Una vieja horrible vestida con un kimono rosado le hablaba a Billy, le dio palmaditas en la cabeza y luego un caramelo. Un viejo con un bastón y bigotes blancos solicitó nuestros nombres y luego imitó nuestras respuestas. Cuando cesamos de contestarle se excitó, y comenzó a golpear nuestra maleta con su bastón. Apareció una enfermera y dijo, llevándoselo:

—¡Este no es un lugar para niños!

Por fin mi madre salió sonriendo con la señora McCormack, una mujer enormemente majestuosa vestida de seda gris; supe de inmediato que había conseguido el empleo.

—Entonces éstos son tus dos hijos —dijo la señora McCormack, yendo al grano—. ¿Qué va a hacer con ellos, señora Tanner?

—Vamos a la granja de mi prima —dijo mi madre orgullosa—. La señora Fell. Justo a las afueras por esta calle.

—Tengo hambre —dijo Billy.

—¡Oh! —rió la señora McCormack—. Ah, desde luego. Bueno, no queremos arruinar vuestra cena.

Atrajo mi atención.

—Mas éste es un día especial —confesó.

Cuando pasamos delante de la cocina asomó su cabeza por la puerta giratoria y dijo:

—Alma, dame algunas de esas deliciosas galletas para el día de Anzac.

Mientras caminábamos por la calle mascando, mi madre le dijo a Billy:

—¡Nunca más digas eso!

—¿Por qué? —preguntó con la boca llena.

Mi madre se comió una de las galletas. Nos encontrábamos ante un camino campestre de un largo poco usual. La senda pronto cedió el paso a un sendero, que luego desapareció. Nos detuvimos en este punto y el Ford vino rugiendo en la dirección correcta. El viejo, cuyo nombre era Wilson, nos llevó hasta la granja de los Fell. Nos depositó en medio de la nada y lo observamos seguir conduciendo, fuera de nuestra vista. Había otra casa al otro lado de la carretera, visible justo desde donde nos encontrábamos, mas no era su casa.

Cuando estuvimos presentables una vez más, abrimos el portón, lo cerramos después de pasar y franqueamos el establo. Las vacas en el campo levantaron sus cabezas cuando pasamos a su lado. Cuando alcanzamos el roble mamá dijo:

—¡Esperad!

Representó una pequeña parodia de agotamiento.

—No puedo llevar esta cosa otra pulgada más.

Luego se dirigió hacia el árbol con nuestra maleta. Me llenó el corazón de terror. No tendríamos nada —ninguna cama, nada de comida, ni siquiera un excusado— a menos que tía Madge y tío Len nos recibieran en su casa. Mamá dudaba tanto de nuestra recepción que no se atrevía a caminar hasta la casa con la maleta y todo.

Mi madre presionó en el césped largo al pie del árbol y de pronto retrocedió con un chillido horrendo.

—¿Qué es? —pregunté.

—Nada —dijo—. Nada, sólo estiércol de vaca.

Caminó en un arco más amplio alrededor del árbol y puso la maleta en el suelo. Caminamos despacio por la calzada; ningún perro ladró. La casa era más grande y más hermosa de lo que parecía desde la carretera, un chalet extendido, su tabla de chilla recién pintada de blanco, el techo de un carmesí intenso. Anhelaba la casa, sus amplias galerías y las habitaciones frescas, hermosas adentro. El jardín de la entrada estaba rodeado por una cerca vigilante blanca y un seto privado para proteger el césped y los macizos de flores del ganado. La persiana de una de las habitaciones del frente estaba enganchada en un ángulo agudo torcida a través del cristal. Un gran cochecito de muñeca de mimbre tumbado hacia el costado estropeaba la perfección del sendero del jardín de ladrillo barrido. Pensé con envidia sorda en mi prima Beryl, de nueve años comparado con mis once; tenía una casa, juguetes caros, un padre que no había desaparecido.

Fuimos hacia las macrocarpas que tenían ramas gruesas y bajas que colgaban sobre pedazos de tierra deteriorada, como si allí hubiesen jugado niños, cabalgando y columpiándose en los árboles. En la sombra negra las hojas se agitaron como si una niñita estuviera a punto de salir. De pronto me embriagó una emoción por completo inapropiada, una ola de temor y tristeza que parecía brotar del suelo en el que me paraba. No era parte de mí en absoluto.

No pensamos en ir hasta la puerta del frente sino que seguimos el sendero más ancho

hasta la puerta de atrás. Billy se movía torpemente delante, luego se detuvo en seco.

—¡Ey, mirad! ¡Ey, mirad! —gritó.

El cadáver de un perro pastor yacía en el césped; oí el grito aterrorizado de mi madre por segunda vez.

—Marchad —dijo—. Pobrecito.

—Debemos decirle a la tía Madge —dije.

—¡No! —exclamó mi madre—. No queremos entrar de prisa con malas noticias. Ni una palabra, Billy.

Billy miraba el perro muerto con gran concentración. No había pruebas de cómo había muerto; la pequeña cantidad de sangre en su hocico estaba oculta prácticamente por una masa brillante de moscas azules.

—¡Vamos!

Le arrastré de la muñeca. Caminamos por el costado de la casa hacia un patio trasero de un libro de imágenes con campanillas, espuelas de caballero y gladiolos, árboles frutales, un puriri grande con un columpio, dos perreras; el retrete blanqueado estaba semicubierto con madreSelva de olor dulce. Mi madre se pasó la mano por el cabello y tiró de la chaqueta del traje. Subió dos escalones y golpeó la puerta trasera, llamando alegremente:

—¡Yiuuu! ¡Madge querida! ¡Mira quién está aquí!

Tuvo que repetir el ritual antes de que sonaran pasos pesados dentro de la casa y la puerta se abrió de golpe. Un soldado estaba de pie en la puerta. Llevaba pantalones color caqui, polainas cubiertas prolijamente, y botas militares, pero su túnica colgaba sobre los hombros. Había estado afeitándose, vestía sólo un chaleco de franela y sus tirantes, había aún pequeñas manchas de espuma en su rostro. Una navaja relucía en su mano.

—¡Ay, Len! —dijo mi madre—. Siento haberte cogido...

—Cogido desprevenido... —repitió él.

Se enjugó la cara chupada con la toalla que llevaba alrededor del cuello. El tío Len era más viejo y tenía un bigote, mas no era distinto de mi padre: un hombre alto, robusto, musculoso, de piel pálida y cabello negro. Vi que sus ojos eran de un azul mucho más claro con un curioso anillo más oscuro alrededor del iris.

—Soy Grace Tanner, la prima de Madge —dijo mi madre—. Debes recordar, nos conocimos todos en el casamiento de Violet. Y éstos son mis dos niños... Rachel y Billy.

Sus ojos no se movieron; miraba fijo por encima de la cabeza de mi madre.

—Grace, la prima de Madge —dijo—. Gracie. Gracie Tanner.

La miró por primera vez a la cara y retrocedió torpemente.

—Entrad —dijo—. Pondré la tetera.

Mi madre ya había entrado, haciendo gestos detrás de la espalda para que la siguiéramos. La estancia estaba insoportablemente caliente; la cocina encendida a todo vapor con la parrilla del hogar abierta y las ventanas estaban cerradas. Una tetera negra de hierro hervía. Los platos estaban apilados en el fregadero y había un olor a comida quemada. El tío Len se paró de espaldas al fregadero, una figura oscura contra las ventanas, abotonando su túnica. Mi madre soltó una carcajada.

—Bueno, veo que puedes arreglártelas solo, Len —comentó—. Qué te parece si yo hago el té.

Emprendió la tarea con gran eficiencia, al encontrar la tetera, la cajita para el té, tazas y platos limpios, leche y azúcar en la cocina de la tía Madge sin la mínima ayuda de él. Limpió la mesa de la cocina, tendió un mantel a cuadros, encontró pan, mantequilla y mermelada, le sacó el jersey a Billy y enrolló las mangas de su camisa, cerró la cocina, cambió el regulador de tiro, puso dos ollas quemadas a remojar y abrió las ventanas. Cuando pasó alrededor de él para hacerlo, el tío Len se estremeció como un caballo nervioso; vi el blanco de sus ojos.

—Madge... —dijo, cerrando su navaja con un golpecito seco.

—Madge y Beryl deben estar de visita —agregó mi madre—. ¡Qué lástima! ¿Están en Auckland con Violet?

—Con Violet —contestó él—. Yo estoy solo.

Mi madre nos indicó con la mano que nos sentáramos y sirvió el té.

—Sácate la rebeca —me dijo—. Hace calor aquí dentro.

Len se sentó en una silla de capitán en la cabecera de la mesa.

—Bueno, el día de Anzac —dijo mi madre— en este año triste.

No podía quitar los ojos del tío Len. Pensé que la imitaría de nuevo con su voz sepulcral: Año triste. En cambio, ladeó la cabeza, mirando más o menos al reloj en la pared y exclamó animado:

—¡Sí, el día de Anzac!

—¿Fuiste tú uno de los soldados de Anzac, tío Len? —gritó Billy violentamente.

El tío Len se volvió de pronto alerta; su expresión era lobuna y taimada. Le sonrió burlón a Billy y estiró las piernas.

—El niño de Grace —dijo—, quiere saber si fui uno de los Anzacs. No hay ningún mal en decir que fui uno de ellos.

—¿Mataste algún turco? —gritó Billy.

Mi madre, aún sonriendo, le negó con la cabeza.

—¿Matar turcos? —imitó el tío Len—. Eso fue lo que nos ordenaron hacer. Las órdenes venían de arriba. Johnny Turk era un buen soldado, sabía cómo se hacía. Aprendí muchísimo de él, Johnny Turk. Le maté y le vi morir. Le maté de un tiro como un perro. Aún mejor, usé la bayoneta...

Mi madre hizo un sonido bajo de protesta y golpeó su taza de desayuno blanca en su plato. Len se calló. Mi madre nos cortó a todos un poco de pan, luego lo untó con abundante mantequilla y mermelada de frambuesa enlatada.

—¡Necesitas ver rojo! —exclamó el tío Len—. Entonces puedes realmente dárselo a ellos. ¿Cuál es tu nombre, hijito?

—¡Billy!

—¡No hables con la boca llena! —le ordenó mi madre.

Ella se limpió los dedos con delicadeza con una toalla de té, me la pasó a mí, luego se disculpó.

—Sólo estaré un minuto.

Salió por la puerta trasera. Oí sus pasos en el sendero de ladrillos hacia el retrete. Estábamos solos con el tío Len.

—¡Como un cuchillo a través de la mantequilla! —exclamó—. Una bayoneta es lo suficientemente afilada como para cortarte la mano. Vi eso también. Montones de manilas.

Las manilas de los bebés belgas. ¿Sabes qué hizo el viejo Jerry con los bebés belgas?

—¡No es verdad! —grité con voz entrecortada.

El tío Len me miró ferozmente.

—¡Cállate, niñita! —dijo—. ¿Quién te preguntó? Ahora bien, Billy, muéstranos el tamaño de tu mano...

—¡Billy! —chillé.

—¡Que te calles, te dije! —rugió el tío Len—. ¡Por Dios, Beryl, estoy harto de tus embustes! Ya veremos quién manda aquí!

—No soy Beryl —dije.

Mi madre regresó a la cocina. El tío Len se controló, las ventanas de su nariz dilatadas por el esfuerzo.

—¿Es ésta tu hija, Grace? —preguntó—. Será mejor que se cuide de no meter la pata.

—¡Cómo, Rachel! —dijo mi madre—, ¿has estado molestando al tío Len?

Vi lo que iba a pasar y estaba aterrada.

—No —contesté.

—¿No qué?

—No, no le molesté.

—¡No madre! —dijo ella severamente.

Se dejó caer en la silla y dijo con voz temblorosa:

—Ay, Len, es tan difícil arreglárselas sola. El pobre Will está en Auckland buscando empleo. La granja ha desaparecido. ¿Lo sabías? He obtenido un empleo en el asilo de ancianos aquí en Claraville y espero y confío que no te importe alojarnos durante unos pocos días. Madge siempre nos ofrecía la habitación para huéspedes.

El tío Len se acercó con mucha tranquilidad al fregadero y mostró una pequeña cuchilla de carnicero. La limpió con la punta del mantel y dijo:

—¡Tiende tu mano, Beryl...

Le guiñó el ojo a mi madre.

—Bueno, vamos... —dijo mi madre— sólo está bromeando.

—Tiende tu mano, mami —dije yo—. Dile a Billy que tienda su mano.

—Ay, Rachel —dijo mi madre—, ¿no puedes aceptar una broma?

El tío Len se abalanzó sobre mí sosteniendo la cuchilla horizontal, como una tajada de pescado, y retrocedí con tanta fuerza que volqué la silla. Tío Len soltó una gran carcajada, Billy se le unió y luego mi madre. Tío Len elevó la cuchilla muy alto y cortó una rebanada de pan prolijamente en dos sobre la tabla del pan con un chasquido sordo.

—¡Oh, Len! —le reprendió mi madre—. Ahora se volverá rancio. Guarda esa cosa.

—Desafilada de todos modos —dijo tío Len.

La cuchilla traqueteó dentro del fregadero.

—Con respecto a la habitación para huéspedes... —dijo mi madre—. Debo volver a Claraville a las cuatro para el turno de la noche.

—Simplemente por allí —indicó tío Len—. Está abierta.

Mi madre se relajó y sonrió. Tío Len saltó de su silla.

—Debo ir a trabajar.

—¿Vas a ir al desfile, Len? —preguntó mi madre.

—¿Desfile? —dijo él.

—Por el día de Anzac —aclaró Billy.

—Ven conmigo, hijito —dijo tío Len—. Puedes darme una mano. No hay tiempo para un desfile. Haremos nuestra propia pequeña celebración.

Billy bajó de su silla.

—¿Qué dices? —murmuró mi madre.

—¡Permiso!

Billy lo gritó sobre su hombro mientras seguía a tío Len hacia el patio. Me paré y senté nuevamente sintiendo la sangre drenar en mi rostro. La cocina se oscureció ante mis ojos.

—Mami —susurré—, por favor...

Traté de coger su mano.

—Por favor, mami, no podemos quedarnos con él. ¡No puedes dejarnos con él!

Pasó su brazo a mi alrededor, y me estrechó con demasiada fuerza.

—Todo esto ha sido demasiado para ti —dijo.

—Mami —dije—, no deja de decir cosas horribles. Sigue llamándome Beryl.

—Pobre hombre —susurró—. Creo que sé lo que ha ocurrido.

Carecía de palabras para expresar mi temor hacia tío Len.

—Se ha vuelto extraño —dije—. Está tocado. Padece de neurosis de guerra.

—Tú eres una niña grande, Rachel —dijo mi madre—. Conoces los hechos de la vida. Deberías ser capaz de entender.

—¿Entender qué?

—Creo que Madge desapareció y le abandonó —dijo—. Se llevó a Beryl con ella. Las cosas no han andado bien en esta parte del mundo tampoco.

Me dejó desplomada sobre la mesa y comenzó a lavar los platos. Encontró el fregasuelos y colador del jabón de tía Madge. Me puse de pie tambaleando y comencé a secar los platos. Mi madre traqueteaba en la despensa, luego examinó el horno e hizo un fuego. Fue a trabajar a la mesa y vi que estaba haciendo una tarta de tocino y huevo. Antes de que estuviera en el horno dijo, mimosa:

—¿Por qué no vas y miras la habitación?

Terminé de limpiar el banco y fui hacia el pasillo. La casa estaba oscura y fresca después de la cocina... Pude ver que la puerta de la habitación para huéspedes estaba entreabierta, pero primero fui a explorar. Había una sala de estar al lado de la cocina con un radioreceptor y sillas cómodas. Una arcada de madera cubierta con una cortina de cuentas dividía la casa; detrás de ella, la casa se volvía mucho más fría.

Había un gran armario para ropa blanca y frente a éste un baño que estaba cerrado con llave. En una pequeña franja del pasillo había una habitación; a través de su abanico podía verse el techo rosado... El dormitorio de Beryl pensé, pero también estaba cerrado con llave. En el frente de la casa encontré la mejor habitación con un piano reluciente, un armario para la porcelana, una pequeña biblioteca. Sobre la repisa de la chimenea había una fotografía de tío Len con su uniforme completo: su gorra con visera y su cinturón tipo Sam Browne. En el hogar vacío se encontraba un revoltijo de vidrio roto y cartón; deduje que se trataba de dos fotografías enmarcadas de tía Madge y Beryl, hechas pedazos, retorcidas y manchadas de algo parecido a barniz marrón. La habitación de la persiana torcida era el dormitorio del frente y también estaba bajo llave.

Había paneles de vidrio coloreado en la puerta del frente; miré un mundo verde, luego uno rojo. Pude ver el cochecito de la muñeca sobre el sendero, los árboles, el cerco vigilante, el cielo, todos tan rojos como la sangre. Me asusté entonces y corrí hacia la habitación para huéspedes. Cuando miré hacia atrás pensé nuevamente en un niño, una niña, de pie justo detrás de la sarta de cuentas centelleante en la penumbra.

La habitación para huéspedes era perfecta para nosotros tres; tenía una cama doble y una más pequeña en el pórtico cerrado. La cama doble estaba hecha con un grueso cobertor de algodón blanco. Había un lavatorio antiguo con un lavabo y aguamanil con motivos de nenúfares. Anduve por la habitación silenciosa como un sonámbulo hasta llegar al tocador y abrí el cajón superior izquierdo. Estaba forrado con papel de diario y no había nada salvo una pulsera de oro. No tuve que leer el grabado pues sabía que pertenecía a Beryl. Cualquier tipo de impresión atraía mi vista: volví la cabeza y leí el titular de una copia del Truth que revestía la pared del cajón. DESPEDAZADA: extendí el diario para descubrir las primeras palabras, pero parte de la hoja había sido arrancada, sólo quedaban tres letras:... DRE. ¿Dre despedazada? ¿Vio a dre despedazada? Las escasas líneas de letras de molde BOLT debajo del título hablaban de una tal Sra. Emma Palmer, que había muerto en un accidente en el aserradero horripilante. Oí pasos en el pasillo, cerré el cajón y me alejé de él cuando mi madre entraba.

—Ahhh... —suspiró—. Ah, ¿no es hermoso? ¡Esta vez hemos salido bien del paso realmente!

Se sentó en la silla de mimbre en la cabecera, se quitó los zapatos y apoyó los pies envueltos en medias sobre el suelo encerado. Tomó mi mano y me atrajo hacia abajo hasta que me senté en el borde de la cama.

—Déjame verte —me reprochó—. No tienes ni una pizca de color en tu rostro.

Me quitó mis zapatos de charol y comenzó a desabrocharme la blusa.

—¡Levántate!

Corrió el cobertor y una frazada color verde suave y me puso en la cama. Apoyé mi cabeza sobre la almohada fresca. Quitó con un cepillo el cabello de mi rostro y apoyó su mano en mi frente.

—Billy... —dije.

—Shh —dijo mi madre—. Necesita salir con su tío. ¿Recuerdas cómo su papi solía llevarlo a todas partes? Les estoy preparando un rico almuerzo. Len no ha cuidado mucho de sí.

Sus ojos eran oscuros y brillantes; comenzó a cantarme una canción de Anzac:

Hay un camino largo, largo y serpenteante que llega a la tierra de mis sueños, donde los ruiseñores cantan y brilla la luna blanca...

Sentí que mi temor se escabullía como una marea negra que se va.

—¡Despiértame antes de irte! —le pedí.

—Te guardaré un pedazo de tarta de tocino y huevo —prometió mi madre.

Mientras me dejaba llevar por el sueño pensé en la palabra que faltaba: MADRE DESCUARTIZADA. Dormí profundamente y me desperté a medias por las voces en la cocina. No podía deducir en forma exacta quién estaba allí. Al principio creí que eran mi madre, mi padre y Billy, pero sabía que no podía ser verdad, luego sonó como tres personas diferentes por completo. Me volví y vi que nuestra maleta estaba en la habitación

y luego me quedé dormida de nuevo.

Soñé con puertas que se cerraban de golpe y un paso lento, pesado, que retumbaba en toda la casa. Una voz decía en tono bajo: Muerte al mundo.... El terror me envolvió en el sueño y mi corazón golpeaba en mi garganta. Los pasos lentos, resueltos, continuaron, se cerró otra puerta, se oía una respiración ronca. La voz dijo: ¡Quédate quieta!.

Después se oyó un golpeteo cortante, sordo, y otra voz gritó muy fuerte, luego se redujo a un gemido inhumano que cesó de pronto. Yo estaba de pie en el pasillo, en el frío helado de la casa, detrás de la cortina de cuentas. La niñita, Beryl, se encontraba en la puerta del frente; yo podía ver su camión blanco y su pelambreira rizada de cabello dorado. Yo estaba más asustada que nunca. Ella abrió la puerta y salió corriendo hacia su cochecito para muñecas bajo el brillo del sol. Se inclinó sobre el cochecito y luego una sombra la hizo desaparecer. La voz terrible dijo: ¿Qué estás tramando ahora?.

Intenté gritar, mas no pude. El sueño volvió sobre sí mismo. Beryl se encontraba nuevamente en la sala, en la puerta del frente; miró hacia atrás donde estaba yo por encima de su hombro.

— ¡Corre! —dijo—. ¡Corre hacia la carretera! ¡No puedo abrir la puerta!

Luego se volvió hacia mí y vi que su hermoso camión blanco estaba manchado de sangre desde la cabeza hasta los pies. Tenía los brazos torpemente levantados, contra su pecho, y le habían cortado las manos.

Salí del sueño y estaba oscuro. Sabía dónde estaba y sabía qué me había despertado. Alguien había cerrado una puerta pesadamente. Estaba muy despierta, extraordinariamente alerta, sintiendo un hormigueo en la punta de los dedos.

— ¿Billy...? —susurré.

La habitación no estaba tan oscura: la luz entraba desde el pasillo, a través del abanico arriba de la puerta. Pude ver nuestra maleta abierta de golpe. Mi madre se había ido a trabajar y me había dejado dormir. Busqué mi rebeca, que estaba sobre el respaldo de la silla, pero no me puse los zapatos.

Oí un paso alegre, pesado, que reconocí: alguien llevaba puestas botas altas de goma. Abrí un poquito la puerta de la habitación de huéspedes y vi a tío Len en la cocina. Estaba alerta, como yo, resuelto. Llevaba botas altas de goma ahora, y un viejo jersey azul en lugar de su túnica color caqui. Traía, en la estela, un rifle con una bayoneta fija. Cruzó hasta la puerta de atrás y salió.

Me deslicé hacia el pasillo y dije tan fuerte como me atreví:

— ¿Billy?

Seguí un hilo de sonido hasta la sala de estar. Había un charco de luz desde el sostén de la lámpara y otro desde el dial de la radio. Billy estaba arrollado sobre el sofá debajo de una frazada. Cuando corrí hacia él se sentó y preguntó:

— ¿Cuál es el santo y seña?

— ¡Gallipoli! —contesté.

— ¡Mal! —se jactó—. ¡Es Cortad sus panzas!

En la radio una señora cantaba Rosas de Picardy. Vi que Billy estaba tan sucio y desaliñado como sólo un niño podía estarlo. Las manchas de barro en sus mejillas le hacían parecido a un niño de las imágenes: como el propio El Niño o un miembro de Nuestra Banda.

—¿Qué hiciste allí fuera? —pregunté.

Sus ojos estaban muy abiertos, sus dientes apretados, su cabello erizado. Extendió sus manos manchadas y dio un golpe en la frazada gris del ejército. Sabía que estaba dolido, mutilado, un día junto a tío Len le había dejado neurótico por la guerra a los seis años. Me envolvió una preocupación peligrosa por mi hermanito. Cogí sus manos y me arrodillé junto al sofá.

—Cuéntame —dije—. ¡Billy! ¡Billy querido!

—Las vacas entraron —dijo—. Tío Len las ordeñó.

—¿Antes de eso?

—Cavé pozos... —dijo.

—¿Te ordenó cavar pozos?

—Pusimos los perros muertos dentro...

Aún estaba tenso.

—Debimos... debimos... cortarlos por completo primero...

—¡No! —dije—. No pienses en ello. ¡No debería obligarte a hacer cosas así!

—¡Al ser soldados! —susurró.

—¿Dónde ha ido tío Len ahora?

—A patrullar —contestó.

Tío Len entró muy lejos, en la puerta del frente. Comenzó a mirar en cada habitación. La habitación buena del frente, luego el dormitorio del frente con la persiana torcida. Le oí abrir la puerta con llave. No levantó la voz pero ésta se extendió por toda la casa.

—Tú lo pediste —dijo.

Su paso pesado continuó dentro de la habitación, un mueble cayó. Luego tío Len hizo un ruido de repugnancia, una especie de relincho, y salió maldiciendo por lo bajo. Abrió el baño con llave y oí el agua chorrear, choque de metales. Volvió al pasillo, más cerca esta vez, justo detrás de la cortina de cuentas.

—Ahora bien mi señorita —dijo—. ¿Me ocupé de ti? ¿Niñita?

Intenté sacar a Billy del sofá.

—¡Sal de esta casa! —susurré.

La gran ventana de guillotina que daba a la galería estaba abierta de par en par; podía ver el viento agitar las cortinas.

—Debemos escaparnos —dije—. ¡Nos está buscando!

—A mí no —dijo Billy razonablemente—. Sólo a ti. Eres una niñita.

Levantó la voz y gritó:

—¡Aquí dentro, tío Len! ¡Aquí hay una!

Intentó coger mis manos. Cuando me puse de pie tambaleando, el alto sostén de la lámpara se balanceó y cayó. Quizás había tirado de la alfombra. Gateé a medias a través de la habitación oscura y salí por la ventana abierta a la galería. Oí a tío Len entrar en la habitación con grandes zancadas. Billy le desafió:

—¿Cuál es el santo y seña?

—¿Es éste mi amiguito? —rió tío Len.

Corrí con suavidad por la galería hasta el frente de la casa. La puerta del frente estaba abierta. Rápidamente me deslicé adentro y entré al dormitorio del frente con la persiana torcida. Entré a aquella habitación porque era un buen lugar para ocultarme: él

ya había estado allí, no le había gustado. Yo también buscaba pruebas.

Era difícil estar en aquella habitación. La luz de arriba estaba encendida; tenía una sombra con borde rosado. Había caído una silla; había una gran grieta en forma de estrella en el espejo largo sobre la puerta del ropero. Los cajones del tocador estaban abiertos: se habían utilizado puñados de ropa para borrar la sangre. Era oscura y pegajosa como la pintura en los felpudos; había surgido en una fuente desde la cama. En algunos lugares estaba escarlata aun a la luz, pero en gran parte más oscura. Había charcos de sangre coagulándose en el medio de la cama donde el colchón se inclinaba. Tía Madge había estado recostada en la cama; su cabeza estaba aún sobre la almohada, se veía una amplia franja de la funda de la almohada manchada de sangre entre la cabeza y el tronco. Un brazo había sido cortado a la altura del hombro y del codo, el otro había caído en tres pedazos al suelo. Yacía descosida como una gran muñeca y había heridas de puñal como agujeros oscuros en su pecho. La puerta del pequeño armario de pie junto a la cama había sido arrancada, yacía sobre la otra almohada; tío Len la había utilizado como tajadera.

Me aplané contra la pared junto a la puerta pegajosa y me limpié la mano en mi falda. El olor a sangre llenaba la habitación; una bruma roja se levantaba ante mis ojos. Durante un momento flotaba libre, estaba en lo alto del rincón de la horrible habitación contemplando allí abajo a la mujer desmembrada sobre la cama manchada de sangre y la niña con la falda tartán, contra la pared junto a la puerta. —¡Corre! —le ordené a la niña—. ¡Por la puerta del frente otra vez! ¡Ahora! ¡Deten un automóvil... díles que llamen a la policía!

Luego volví a mi cuerpo otra vez, la experiencia había durado sólo unos pocos segundos. Estaba fuera de la puerta del frente, en el sendero, entre los árboles, en la calzada cubierta de hierba, corriendo tan rápido como podía hacia la carretera en el aire claro de la noche. Había automóviles, dos, tres, cuatro automóviles, una caravana de automóviles que regresaban a casa después del día de Anzac en Claraville. Franqueé el portón y me acurruqué en el césped junto al buzón. Dejé pasar varios automóviles pues los conducían hombres solos.

En mi sueño intento detener un automóvil, luego otro, mas pasan junto a mí y el que se detiene es el equivocado. El horror no cesará nunca, nunca ha cesado hasta hoy. En realidad, fue el mejor automóvil el que se detuvo: la familia Reti que vivía en la granja carretera abajo y que sabía que el viejo Len Fell estaba un poco loco. Había matado a tiros a uno de sus perros una vez. Creyeron mi relato de inmediato pero no estoy segura de que la policía se hubiera convencido. George Reti remachó el asunto al ir por la calzada y llamar al tío Len desde el refugio en las macrocarpas. Tío Len prendió las luces de afuera y disparó tiros en la oscuridad; era un asunto para la policía.

En otro sueño, a veces un ensueño, salvo a Billy, él corre conmigo, nunca entro a la primera en las habitaciones de la muerte como las llamó Truth. Desde luego nunca entré a la segunda habitación de la muerte, el dormitorio rosado de Beryl, aunque he oído y leído que ella yacía muy tranquilamente en su cama, su cabeza dorada sobre la almohada. No había mucho para ver hasta que se corrió la ropa de cama, entonces los hombres fuertes se amedrentaron. Esto ocurrió mucho tiempo después de que el sargento hubiese salido llevando a Billy y lo hubiera depositado en los brazos expectantes de nuestra madre. No había ni una marca en él. Creció en el Asilo para Niños Gillworth, Auckland, se preparó

como carpintero y se degolló a los veinte años mientras su equilibrio mental estaba trastornado.

Cuando vi a mi madre por primera vez aquella noche, pues la habían llevado desde Bethany hasta la estación de policía de Claraville, ella se lanzó sobre mí y arañó mi cara, mientras gritaba: ¡Abandonaste a Billy! ¡No cuidaste de él! ¡Aún está allí dentro con aquel hombre!.

Ella estaba en lo cierto, desde luego, pero yo no veía qué otra cosa hubiera podido hacer. Su comportamiento asombró a los policías. Mi madre pasó luego a contradecir mucho de lo que yo le había relatado a la policía. Negó que yo alguna vez mencionara la conducta extraña de tío Len. No recordaba en absoluto el incidente con la cuchilla y la flauta de pan. Ella nunca había insinuado que tía Madge y Beryl habían desaparecido. También mintió con empeño elegante acerca del dinero. En realidad, mintió tan desesperadamente y sin motivo acerca de todo aquello que estuviera relacionado con nuestras vidas y con las circunstancias en la granja de los Fell que despertó recelos. ¿Había sido invitada o no? ¿Cuan cerca de Len Fell estaba?... una mujer con dos niños en la casa del asesinato... insinuaban los diarios. Perdió su empleo, naturalmente, y sufrió la primera de sus crisis nerviosas. Ninguno de nuestros primos y tías restantes estuvo cerca de ella. Mi padre obtuvo el divorcio. Tanto a Billy como a mí nos internaron en un asilo.

Cuando el valiente sargento fue hasta la casa con la primera luz del día, delante del cordón de policías armados que ya se extendía, descubrió que tío Len había huido hacia los arbustos. Billy, profundamente dormido, era la única persona con vida en la casa. Hubo una larga persecución del fugitivo, por todas las callejuelas. Se oían disparos distantes de vez en cuando; después de tres meses se suspendió la búsqueda. La policía creía que su hombre estaba muerto; a los niños de Claraville aún se les advierte que tengan cuidado, pues de lo contrario el viejo Len Fell los atrapará.

En mis sueños voy a cazar a tío Len con mi fiel 303.22, un arma muy nueva. Beryl también está allí e incluso tía Madge. Somos como furias, feroces y manchadas de sangre, al acecho de nuestra presa indefensa en el crepúsculo verde. Sé que éste es un sueño perverso. En los bosques suaves de Nueva Zelanda no hay criaturas peligrosas, ni víboras, ni animales de presa.

Epilogo

Al mirar hacia atrás me doy cuenta de que siempre hubo un toque de lo misterioso y lo extraño en mis cuentos, incluso en la mayoría de los relatos que escribí antes de comprender y volcarme a la ciencia ficción alrededor de 1973. En la actualidad estoy escribiendo mucho terror, incluso una novela, *Cruel Designs* (Piatkus, 1988). Aún no sé cómo escritores exclusivamente de terror tales como Ramsey Campbell y Stephen King mantienen el horror durante una infinidad de años. A menudo llego al punto en que digo: ¡No, no puedes poner aquello! y luego me recuerdo con firmeza: Cherry, éste es un cuento de terror.... Lisa tuvo que incitarme a presentar algo de enfrentamiento para esta antología: el resultado fue *El día de Anzac*.

El lobo nocturno

A veces las grietas en el techo del dormitorio de Anna se transformaban en la cabeza de un lobo. No siempre era fácil de ver. No podía verse recién acostados, cuando nuestra madre acababa de apagar las luces y no podíamos ver nada con claridad. No podía verse por la mañana cuando veíamos todo demasiado bien y la cabeza del lobo era sólo grietas en el techo, al igual que todas las demás. Cuando la veíamos, era en la mitad de la noche y nos habíamos despertado de pronto, y la veíamos en especial cuando la luna era brillante y entraba por nuestra ventana. Entonces estaba justo encima de nuestra cabeza mientras estábamos recostados y mirábamos hacia arriba. Estaba tendida hacia un costado, con la mirada hacia afuera, de modo que era imposible ver los ojos, mas se veía el punto oscuro donde se encontraba la nariz y todos sus dientes triangulares.

Anna obligó a su madre a correr la cama hacia el otro extremo del cuarto, lejos de la puerta, hacia la otra pared, a pesar de que su madre pensaba que era tonta. ¿Qué había allí que asustara?, había preguntado la madre de Anna. Aquellas grietas en el techo que no se parecían a un lobo para la madre de Anna, dijera lo que dijera Anna. De todas formas, ya era demasiado tarde. Por entonces el lobo había encontrado el camino hacia el dormitorio de Anna en medio de la noche, en medio de sus sueños, y en especial en aquellas noches en que la luz de la luna era clara y brillante. Por entonces, el lobo había encontrado su camino hacia Anna y venía cada vez que quería.

Un rectángulo oscuro reveló de pronto dónde debería haber estado la puerta cerrada. No era el lobo; el lobo nunca entraba con una luz detrás. Era la madre de Anna.

— ¿Aún estás despierta? —susurró.

— Sí —contestó Anna.

— ¿Por qué? —su madre fue hasta su cama.

— No puedo dormir.

— Mañana debes ir a la escuela.

— Simplemente no puedo dormir. ¿Te quedas conmigo?

— Compórtate como una niña grande —dijo la madre de Anna, besándola—. Dile a tu imaginación que te obsequie unos sueños dulces.

No cerró la puerta por completo cuando se fue; Anna vio la franja brillante de la abertura antes de que su madre apagara la luz de la sala. Anna no estaba más segura con la puerta cerrada. Un lobo de verdad no podía girar el tirador resbaladizo con sus patas, aunque quizás pudiera hacerlo con sus dientes. Sin embargo, un lobo con la magia de la luna detrás de él y la oscuridad siempre podía entrar. Malhumorado y resollando. ¿Quién está asustado? ¿Quién no lo estaría?

— Nombra un vegetal —dijo Emily.

— ¿Qué? —preguntó Anna.

— No, rápido. Cualquier vegetal.

— Zumo.

— Eres extraña —le dijo Siri—. Pero yo dije apio, así que también soy extraña.

Las tres niñas regresaban juntas a sus casas después de la escuela y no había nada de extraño, en absoluto, con respecto a Siri, a quien su madre llevaba a la tienda de ropa

Esprit y le trenzaba el cabello todas las mañanas, en una larga trenza francesa que caía por la espalda, y su padre la llamaba princesa, pero la dejaba ir sola en avión a la casa de su abuela. Anna pensaba que si llegaba a la casa de Siri temprano a la mañana siguiente, la madre de Siri podría trenzarle también el cabello. Algunas veces lo hacía. El cabello de Anna era de largo irregular y su madre no podía trenzarlo.

—¿Qué hay de extraño acerca del zumo?

—No es naranja —respondió Emily.

A Emily le estaban creciendo los pechos y podían verse debajo de su camiseta, unos bultitos exactamente donde se encontraban los pezones. Anna se compadecía de ella y siempre intentaba no mirar. Era extraño lo difícil que era no mirar algo si se pensaba en no mirar. Quizás se pensara que sería fácil. Siempre había infinidad de otras cosas para mirar.

—Una persona normal, si debe nombrar un vegetal rápido, nombra un vegetal naranja.

—¿Acaso el zumo no es naranja? —preguntó Anna—. Especie de naranja.

—¿De qué color es el zumo? —quiso saber Siri.

—No es naranja —afirmó Emily.

Michael Paxton apareció detrás de ellas sobre su monopatín. Cortó camino por el bordillo redondo y luego subió a la acera enfrente de ellas. Las ruedas delanteras cogieron una grieta y cayó hacia adelante, aterrizando sobre sus manos y rodillas. Se puso de pie, mirándolas desafiante. Siri rió.

—Zumos —dijo.

—Tú no podrías andar en monopatín —Michael no miraba a Siri. Examinó la palma de su mano. Anna pensó que sangraba, pero con tanta suciedad no podía asegurarlo. Anna no quería saber si era sangre.

—Me gustaría verte intentarlo —Michael miró a Anna, apretando la palma contra su camiseta para que dejara una mancha—. Tu madre te obliga a usar casco y andar en bicicleta por la acera.

Era verdad. No había nada que Anna pudiera decir. Michael era un niño tan pequeño. ¿A quién le importaba lo que pensara Michael Paxton?

—Ella nunca te dejaría subirte a un monopatín —el tono de Michael hizo que sonara como algo bastante malo. Se volvió a Emily—. Tú tendrías que usar una pechera.

—Michael, eres una basura —dijo Siri—. Eres la basura de sus zapatos.

El se alejó en su monopatín, saltó el bordillo sin caerse.

—Habla sobre tus vegetales naranjas —dijo Siri. Las niñas rieron a espaldas de él lo suficientemente alto como para asegurarse de que éste las oyera.

Habían llegado a la casa de Emily.

—Llámame esta noche —le dijo a Siri.

—Te llamaré —prometió Anna.

Corrió adentro. Anna podía oírla, gritándole a su madre que estaba en casa, que estaba hambrienta.

—¿Sabes qué dijo ella sobre mí? —preguntó Siri a Anna.

Cruzaron la calle. La luz del sol entre las hojas hacia un motivo de papel pintado. Se movía alrededor de los pies de Anna como si estuviera caminando en el agua.

—Dice que hablo sobre las personas a sus espaldas. Eso es lo que le dijo a Debbie.

Ella es la que lo hace.

—Tú no hablas sobre las personas a sus espaldas —convino Anna. No le gustaba hablar sobre las personas.

—Llámame esta noche —Siri fingió que era Emily, su voz aguda y con una dulzura solapada. Habló con su propia voz otra vez—. Con que falsa —dijo—. Espera y verás. Cuando te llame te diré algo malo acerca de mí.

—Te diré si lo hace —dijo Anna.

—Siempre lo hace —afirmó Siri—. Finge ser tu amiga y luego trata de poner a todos en contra tuya. ¿Te dejará tu padre hablar por teléfono esta noche?

—Sólo quince minutos si he terminado mi tarea.

—Apenas podemos decir unas palabras en quince minutos. Te llamaré yo —dijo Siri.

Abrió el portón de su patio. Un cocker spaniel embarrado la esperaba y saltaba excitado.

—No saltes, Pumpkin —le ordenó Siri. Se volvió a Anna—. Después de hablar con Emily, te llamaré y te contaré qué dijo. Pero no le digas que te conté.

—No lo diré —dijo Anna.

Anna podía guardar un secreto. Aunque, en realidad, lo más probable era que su padre no la dejara hablar tanto con Emily como con Siri.

—Las ves todo el día en la escuela —le diría—. Cualquier cosa que necesites decirles, tienes todo un día para hacerlo.

El padre de Anna hincó el tenedor y luego el cuchillo en su filete.

—Esto está bueno —le dijo a la madre de Anna, mientras masticaba—. Me sorprende que podamos comprarlo, pero esto está bueno.

—Esta vez —dijo la madre de Anna. Le pasó una escudilla de guisantes a Anna. Esta la pasó de nuevo—. Come un poco de guisantes, Anna. ¿Cómo te fue en la escuela?

—Bien —respondió Anna.

—¿Qué hiciste?

—Nada.

—¿Estuviste en la escuela durante seis horas y no hiciste nada? —preguntó la madre de Anna.

Anna miró su plato y dejó caer los guisantes uno a uno dentro de él, preguntándose cuántos debería servirse. Un guisante, dos, tres. Miró a su madre, miró de nuevo su plato. Cuatro guisantes, cinco.

—Nada en especial —comentó.

Colocó la cuchara nuevamente en la escudilla y pasó los guisantes a su padre. En la ventana detrás de su madre, el cielo comenzaba a oscurecerse. Ya podía ver la luna. A partir de ahora sólo se volvería más brillante.

—Pues cuéntame algunas de las cosas que hiciste que no eran especiales —pidió la madre de Anna.

—Déjala tranquila —intervino su padre—. Si no quiere hablar, no la hagas hablar. No hay nada de malo en no hablar —cortó otro bocado de filete—. Dios sabe, el mundo siempre puede utilizar algunas mujeres que no hablen.

Anna oyó que la puerta se abría de un empujón. La puerta no crujió ni nada. Era un sonido apenas audible. Tan sólo un movimiento de aire. Podía soñarse. Hasta podía

soñarlo. La puesta de la luna formaba un charco azul en el techo, un gran charco soñador de luz, la ventana cortaba su forma. Se extendía por toda la habitación hasta donde yacía aún la cabeza del lobo, la vieran o no. Anna no la vio, pero cerró los ojos de todos modos, o soñó que lo hacía, pues si estaba soñando entonces nunca había abierto los ojos en realidad. El lobo entró en su sueño. Sabía exactamente dónde estaba ella. No había manera alguna de que ella se hiciera tan pequeña en la cama que éste no la viera. La oscuridad le ocultaba, mas no a ella. No la transformó en otra persona. El lobo podía oler ese olor tan suyo, tan de Anna. Ella podía olerlo a él. Podía sentir su aliento y su pelo. La cama crujió con su peso.

Anna se obligó a soñar sobre trampas. Era una tarea difícil.

Le tomó toda su atención. Soñó que atrapaba al lobo. Vio los dientes triangulares de la trampa, como la boca de un lobo, al cerrarse sobre la pata del lobo. Justo cuando éste pensaba que estaba a salvo. Justo cuando se decía a sí mismo, Anna nunca me haría daño. Anna no. La trampa lo cogería hasta que finalizaran la noche y la oscuridad. Hasta que la luz clara, dura, del sol le sorprendiera en su forma de luz de sol vulnerable.

Anna había oído una historia en algún lugar acerca de un lobo que pisó una trampa y masticó su propio pie para poder escapar. ¿Podría hacer él lo mismo? ¿Cómo podía hacer alguien una cosa así?

La casa estaba en silencio y la luz del sol inundaba. Anna se vistió y pasó delante de su padre, quien se afeitaba delante del espejo del baño. Colocó una brocha blanca de crema de afeitar en su pera y luego la quitó de nuevo. Mojó la navaja en la pila de agua.

—Buen día, Solecito —dijo—. ¿Cómo anda mi niñita?

La madre de Anna estaba preparando harina de avena.

—Dormilona —le dijo a Anna—. ¿Quieres pasas de Corinto o plátanos?

—Pasas de Corinto —pidió Anna.

El día entero se extendía delante de ella. Todo un día entero antes de que llegara la noche. El padre de Anna se detuvo en la puerta de la cocina y limpió el resto de la crema de afeitar de su cara con la manga de su camiseta. Olía a hojas de laurel. La madre de Anna raspó la olla de la harina de avena en el fregadero. Anna comió deprisa.

—¿Puedo ir a la casa de Siri? —preguntó—. He terminado mi desayuno.

—Tú te quedas aquí —dijo su padre—. Siempre huyes a lo de Siri. Concédenos el placer de tu compañía para variar un poco.

Después del desayuno solía ponerse una camisa con botones y una corbata sobre su camiseta. La madre de Anna solía ponerse medias y zapatos de tacón bajo y maquillarse su rostro. Se transformarían en personas que trabajan. Anna sería la persona que era en la escuela. Era la de siempre dondequiera que fuera.

La madre de Siri trenzó el cabello de Anna en la mesa del desayuno mientras Siri terminaba sus huevos con tostadas.

—Es más fácil cuando tu cabello no está tan limpio. No quiero decir que recomiende el cabello sucio. Déjame humedecer un poco el cepillo —dijo la madre de Siri dirigiéndose al fregadero y llevando su albornoz, un viejo albornoz rosado con partes brillantes y pedazos de lanilla.

Anna bostezó. A veces lo hacía deliberadamente, pues Siri no podía evitar responder con un bostezo; sin embargo, éste era un bostezo verdadero. Siri bajó su tenedor y se

cubrió la boca.

—No lo haré —dijo, pero lo hizo y las dos niñas rieron.

—Es demasiado temprano para estar bostezando —dijo la madre de Siri.

—Anna me provocó.

—Quédate quieta ahora, Anna —dijo la madre de Siri, cepillando el agua en todo el cabello de Anna—. Tenemos dos minutos para convertir este revoltijo mojado en una cosa hermosa antes de que lleguen tarde a la escuela. Siri, debes comer tu huevo. Y no pierdas de vista la cinta de goma.

Anna hizo una mueca de dolor cuando el cepillo prendió en un nudo.

—¿Te estoy lastimando, ángel? —preguntó la madre de Siri—. Lo siento. El precio de la belleza es muy alto ¿Has terminado de comer, Siri? ¿Has perdido ya la cinta de goma?

Siri se la tendió. Su madre la tomó, enroscándola alrededor de la trenza terminada.

—Ahí está —dijo besando a ambas niñas—. Sois unas niñas muy buenas. Ahora corred a la escuela.

Anna colocó la silla de su escritorio en frente de la puerta de su dormitorio. El lobo la empujó a un lado en medio de la noche. Cayó al suelo con un ruido fuerte.

—¿Anna? —su madre llamó desde su cama.

—¿Anna? —su padre estaba en la puerta—. ¿Estás bien, Anna? ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —la voz de su madre se acercó. Se encendió la luz en el pasillo—. He oído un ruido en el dormitorio de Anna.

—¿Anna, te encuentras bien? —preguntó su padre.

Abrió la puerta de un empujón hasta donde ésta se podía abrir. La silla estaba encajada entre la puerta y la pared. Su padre y su madre se introdujeron con dificultad a través de la puerta semiabierta. Su madre se sentó en la cama. Su padre levantó la silla y la colocó nuevamente junto al escritorio.

—Me asustaste —dijo la madre a Anna—. Oí un estruendo. ¿Qué hacías fuera de la cama?

—No estaba fuera de la cama —contestó Anna.

—Alguien volcó la silla —dijo su madre.

—Estaba durmiendo —dijo Anna.

—Caminando sonámbula quizás —sugirió su padre.

La madre de Anna corrió el cabello de su frente con dulzura. Anna cogió su mano.

—Y durmiendo —convino la madre de Anna—. Todos deberíamos hacerlo.

Se puso de pie.

—Volvamos a la cama —le dijo al padre de Anna—. ¿Estás segura de que te encuentras bien? —le preguntó a Anna.

—El lobo volcó la silla —contestó Anna. Lo dijo en un susurro.

—No hay ningún lobo aquí, cariño —dijo su madre.

—No hay nadie aquí salvo nosotros, las gallinitas —dijo su padre. Estaba de pie en la sombra de la puerta.

La madre de Anna se inclinó y la besó.

—Tuviste otra de tus pesadillas —dijo—. Ya terminó. Puedes volver a dormir.

De pie junto a la cama, esperó otro momento hasta que Anna soltara su mano.

—Creo que es divino —dijo Siri.

Ella y Anna estaban sentadas en el columpio del pórtico de atrás de la casa de Anna con sus libros de historia abiertos sobre su regazo. Se columpiaban lentamente, como el péndulo de un reloj. Era sábado, temprano en la tarde. El anochecer se encontraba a muchos vaivenes de distancia.

—No cuentes a nadie que dije eso.

Anna siempre recibía órdenes de callar. De no contarle nada a nadie.

—Está bien —dijo—. De todos modos, creo que le gustas.

—¿Por qué piensas eso?

El padre de Anna salió al pórtico y pasó delante de ellas. Vestía su gorra de los Red Sox. Siri cogió su libro deprisa.

—Entonces, ¿quién estaba al mando en el Álamo? —le preguntó a Anna.

—Bowie —contestó ella.

—Travis —dijo el padre de Anna—. ¿Estoy en lo cierto, Siri? ¿Tengo razón, no es así?

—Travis —confirmó Siri, asintiendo con la cabeza.

—Dale al hombre con la gorra de béisbol un cigarro de oro.

El padre de Anna le sonrió. Continuó su camino hasta el cobertizo para herramientas. Anna podía oírle dentro, silbando el tema de David Crockett. Se crió en el bosque de modo que conocía cada árbol. Le dieron una barra cuando sólo tenía tres años.

—¿Por qué crees que le gusto? —preguntó Siri.

—Porque es así. Es terriblemente amable contigo.

—Nunca me dice una palabra.

—Nunca me habla a mí tampoco, pero no es tan amable.

—Entonces le gustas tú —dijo Siri—. Mi madre dice que así son los muchachos a esta edad.

El padre de Anna empujó el cortacésped fuera del cobertizo para herramientas, se arrodilló y lo llenó de gasolina.

—Travis —dijo Siri, en voz alta, girando su libro para que Anna pudiera verlo, señalando el renglón apropiado—. Travis era el comandante. Bowie enfermó o algo así antes de la batalla. Tuvo que luchar desde su lecho.

El cortacésped a motor comenzó a funcionar. El padre de Anna se puso de pie.

—No seas tonta —Anna se inclinó hacia Siri para que pudiera oírla por encima del cortacésped. Anna estaba enfadada y no podía precisar por qué—. A la gente que le gustas es amable contigo. Si no lo son, no le gustas. No importa lo que digan. No le gusto para nada.

Anna dejó de ver la televisión y fue a la cocina. Intentaba trenzar su propio cabello como lo hacía la madre de Siri. Su padre estaba de pie en el fregadero. Su madre, un poco más atrás, observaba.

—¿Qué querías? —preguntó su padre.

—Sólo un poco de agua —se acercó y se paró al lado de él, tendiendo el cepillo.

—Dame un minuto. El desagüe no funciona —le dijo su padre. Se agachó, su mano era demasiado grande para el orificio. Tuvo que moverlo mucho y rotarlo—. Tu madre tiró algo en él.

—No creo —dijo la madre de Anna excusándose.

—Puedo sentirlo. Algo fibroso. Apio o algo así —el padre de Anna intentó tirar de su

mano hacia afuera—. No lo vais a creer.

—Tu mano está atascada —dijo la madre de Anna.

—No puedo sacarlo —el padre y la madre de Anna se miraron.

—Jabón —dijo la madre de Anna con viveza—. Podemos intentar enjabonarlo —se arrodilló y abrió el armario debajo del fregadero.

Anna miró la mano de su padre.

—Bastante vergonzoso —le dijo él—. Atrapado en mi propio fregadero. Espero que no tengamos que llamar al departamento de bomberos.

Puso la otra mano sobre la muñeca e intentó tirar. El fregadero lo había tragado hasta el reloj. Anna buscó la llave del desagüe.

—¡Anna! —dijo su padre sorprendido.

Ella movió la llave de un tirón.

—¡Anna! —su madre estaba de pie mirándole fijamente. Había dejado caer el jabón y la botella de plástico giro a sus pies hasta que señaló a Anna. Sus ojos eran grandes. Su cara estaba pálida.

—Está bien —dijo su padre—. Ella sabía que estaba roto. Cierra la llave, cariño, para que pueda trabajar en ella.

—Podrías haber lastimado a tu padre —dijo la madre de Anna—. Si el desagüe hubiese andado, lo podrías haber lastimado seriamente.

—Ella sabía que estaba roto —afirmó su padre—. No quería hacer nada con ello. ¿Anna no me haría daño, no es cierto, Anna? —la miró—. Cierra la llave.

Anna no podía enfrentársele. Miró hacia arriba desde la botella para el jabón hasta donde desaparecía la mano de su padre en el fregadero oscuro y silencioso. Su propia mano temblaba sobre la llave del desagüe. La tiró hacia abajo.

—Lo siento —dijo Anna.

Desde luego que lo sentía. Por supuesto, no quería hacer daño a su padre.

—Eres una niña con mucha suerte —la voz de su madre era cortante y enojada—. Si aquel desagüe hubiese andado, tu padre podría haber perdido el uso de su mano. Hubieras llevado esa culpa el resto de tu vida.

—Olvidémoslo. No ha ocurrido nada. Nadie se hizo daño —dijo su padre—. Vierte el jabón y sácame de aquí.

Una cosa tan pequeña como una silla ya no detiene al lobo. Abre la puerta despacio, y si ésta coge algo, extiende una pata hacia adentro y quita el obstáculo tan suavemente que nadie se despierta.

—Tú no me harías daño, Anna —dice. Susurra, casi inaudible—. Tú no quieres hacerme daño. Tú sabes que te quiero. Puedes mantener un secreto. No dirás nada.

El lobo viene mientras ella sueña y se arrastra desde la habitación en la oscuridad para ocultar su forma diurna. Nadie puede ver el lobo excepto Anna, y ella trata de no mirar. Es muy cansado para ella. Es tan difícil. Como no mirar los pechos de Emily, pero mucho más difícil pues el lobo viene tan cerca.

Una vez Anna encontró uno de sus pelos sobre la almohada. Lo tiró de inmediato, por el fregadero, con muchísima agua, pero era demasiado tarde. Ella lo había visto y luego había encontrado otros pelos, a menudo. Algunas veces los tira, pero otras los guarda. Los pone en un sobre en el cajón de su escritorio y algunas veces hasta los mira de

nuevo. Ahora tiene cinco de ellos. Está construyendo una trampa. Quizá se los vaya a mostrar a alguien. Adivina que son éstos, dirá, pero ellos nunca adivinarán. Y ella no lo debe decir.

Sácame de aquí, dice el lobo, sácame de aquí, pero él no está atrapado en realidad. Puede cambiar su forma e ir donde quiera. La trampa es de Anna. Anna está atrapada y no puede soñar una fuga hasta saber qué pedazo de ella misma debe comerse y dejar atrás.

Epílogo

Tres lecturas inspiraron este relato. La primera fue un artículo que leí unos años atrás que afirmaba que Freud se negaba a creer a propósito a sus pacientes mujeres que llegaban a él con historias de incesto, decidiendo descartar sus experiencias como fantasías sexuales. La segunda fue un estudio estadístico que insinuaba que una de cada cinco mujeres había sido importunada. La cifra podrá ser demasiado baja, pues muchísimas no pueden recordar la experiencia. La tercer influencia, y la más poderosa, fue un poema escrito por Lucille Clifton. La historia debe su forma a este poema que sólo oí una vez pero que fui incapaz de olvidar. Se llamaba: Los que cambian de forma; Lucille Clifton lo leyó el verano pasado en un taller en Brockport, New York.

El resultado es este relato, creo, una especie de reflejo de una historia de terror. Yo no acostumbro a escribir literatura de terror, pues me asusto con facilidad y siempre he sentido que si lo hiciera correctamente, estaría demasiado asustada para terminar y si pudiera terminar, entonces no lo estaría haciendo correctamente.

La predecesora

Clare finalmente encontró el templo en Stanley, en la costa sur de la isla de Hong Kong. Había caminado millas con vahos de calor, buscando imágenes de Kum Yin, la diosa a quien las chinas oraban, con el mismo espíritu con que las mujeres católicas rezan a la Virgen. Kum Yin es mucho más antigua y más poderosa que la Virgen, pero Clare, que no era ni taoísta ni católica, no buscaba de ninguna manera ayuda. Ella estaba ilustrando un libro sobre figurines de porcelana de esta deidad de sonrisa dulce.

La guardiana del templo era una señora muy anciana con los restos de su cabello enroscados en un nudo pequeño y duro. Se despachingó aún más abajo en su hamaca, encendió un cigarrillo, puso más fuerte su transistor, tosió y carraspeó con violencia y escupió con destreza en una caja de cartón a varios pies de distancia. Por el sonido de éste, pronto sería uno de los antepasados adorados en este santuario pintado con colores brillantes, tan chillón que con un pequeño esfuerzo podría convertirse en un tiovivo de un carnaval. El interior principal estaba lleno de pequeñas grutas iluminadas con bombillas coloreadas, y velas, decoradas con máscaras, flores, farolillos y serpentinas maravillosamente feas. El incienso que emanaba desde el enorme brasero la hizo toser también a Clare, mientras se paseaba mirando los obsequios para los dioses y los muertos. Naranjas en descomposición, dulces, bebidas. Algunas de las estatuas eran de papel maché; mas no obstante, había algunas esculturas doradas, y también porcelanas, una de las cuales era Kum Yin. No era una efigie grande, pero era muy hermosa. A Clare le hubiera encantado tomarla y sentir la superficie delicada que absorbía las luces de colores al igual que arco iris perlino en su expresión enigmática. Los templos en Hong Kong son desvergonzadamente materialistas; se los visita para propiciar los demonios que proveían la riqueza y para asegurarse bien la protección de aquellos poderes que conferían prosperidad. Querido Santa Claus.

Clare no se sentía bien, pues se recuperaba de una violenta infección en el pecho que la había atacado tan pronto como aterrizó en este vapor de junio. En su casa en Inglaterra tenía sesiones mensuales con un acupuntor, para mantener su salud razonablemente estable, sin embargo, algunos virus simplemente no hacían caso de ello. Además, no confiaba en un médico que no podía hablar en inglés, de modo que se había sometido a un tratamiento de antibióticos prescrito por una clínica que en realidad había tomado muestras correctas y realizado análisis antes de recetar las pildoras. Había sido caro, desde luego.

No se había ido a la cama con el virus, sino que se arrastró por el cuarto con una confusión febril que de alguna manera parecía apropiada. Aumentó su paranoia en las callejuelas hostiles por donde nunca pasaban las mujeres blancas. La habían chillado y golpeado mientras observaba un funeral chino en una de las islas. Muchos chinos consideraban aún a los blancos demonios —qwai los— que traían mucha mala suerte, en especial en los funerales.

Había palos para adivinar la suerte en el altar, entonces Clare, que algunas veces utilizaba el I Ching que su exmarido le había dado, hace mucho tiempo, los tiró y luego preguntó:

—¿Por favor, me libraré de la depresión? —los palos cayeron: no.

Detrás de ella percibió una agitación de desaprobación y se volvió para ver a tres mujeres alrededor del brasero, quemando efigies de papel representando muebles y vestimenta para los muertos. Clare pensó: ¡Coño! ¡Creen que soy simplemente una turista ignorante, pero sé lo que ocurre aquí, y de donde vengo el I Ching no es nada esotérico!. Sin embargo, estaba imperturbable, sin expresión. Sabía que los chinos consideran hasta una leve sonrisa europea una mueca espantosa, más adecuada para un mandril. Las mujeres prosiguieron desenvolviendo los paquetes de papel, que podían comprarse en los negocios del templo; chaquetas y pantalones brillantes, sombreros, bolsas, vestidos, impresos en lana y decorados con galones de papel dorado que a menudo se utilizan para mejorar el aspecto de los pasteles. A Clare le hubiera gustado hablar con las mujeres, preguntarles acerca de la religión en primer lugar, mas el problema del idioma era insuperable, y como mujer blanca paseándose sola debía ignorársela en el mejor de los casos.

Tomó algunas fotografías, y deseó que Kum Yin fuese realmente servicial. Sus espíritus estaban caídos después de la enfermedad, pues estaba muy deprimida y siempre lo había estado. Había probado todo y decidido que era el temperamento hereditario sobre el cual nada podía hacerse. ¡Era afortunada, con su padre loco, su madre horrible, dos primos tontos y una tía lela! por no ser una perfecta demente. Algunas veces, demasiado a menudo, un abismo profundo aspiraba toda su dicha y felicidad. Su matrimonio; terminado. Las personas depresivas son difíciles de amar. Amor.

Mediando la madurez, de aspecto juvenil para todas sus miserias. Ninguna diosa de porcelana iba a ayudarla, ella estaba paralizada por lo inevitable. Salió, pasó por delante de la guardiana que escupía y que no agradeció las monedas que Clare pagó por un palo de incienso para prender y dejar. El incienso chino no era muy oloroso, pero hacía bastante humo. Con los ojos bañados en lágrimas, salió para apoyarse sobre la pared del puerto para recuperarse.

Sintió una fatiga intensa, y se inclinó con pesadez, inspirando lentamente para inducir el regreso de la fuerza. Observaba a dos pescadores en una pequeña barca podrida. Parecían una acuarela china, en la que no podía olerse el agua inmundada. Todos comían pescado de este agua, era delicioso. Aquí comían cualquier cosa que se moviera. Despellejaban las ranas y las víboras vivas en el mercado para que se mantuvieran frescas. Clare pensó: esta cultura es tan diferente que finalmente me encuentro en un lugar verdaderamente extraño. En ninguna ciudad europea se había sentido tan extranjera. Sin embargo, si somos todos humanos, ¿cómo podemos ser tan diferentes? Parece que sí. Aquí, las prácticas antiguas encajaban a la perfección con las modernas; los hombres de negocios llamaban al feng sui para que arreglara las cosas con el arquitecto de un nuevo rascacielos, para que los demonios no interfirieran en la obra exitosa. Los muebles no se disponían de acuerdo con la practicidad o la estética, sino según el feng sui, para colocar las cosas sobre las líneas de los dragones, para desviar las influencias malignas siempre presentes, era una parte de la vida. Pensó en su propio apartamento en Inglaterra; ¿cuál sería la disposición según el buen feng sui? Sería divertido conseguir un libro e intentarlo; quizás estuviese deprimida porque los muebles no estaban bien. Muchísimas amas de casa han debido sentir probablemente esto inconscientemente, dado que continúan probando el

sofá y la tele primero aquí, luego allí.

Contemplando esto, en especial la ciudad moderna y Kowloon, no había nada importante salvo grandes bancos, grandes almacenes, comercio, alimentos, artefactos. Los europeos eran todos ricos, algunos de los chinos eran en extremo ricos. Y en los barrios pobres y los portales, vivían chinos que parecían extremadamente necesitados; no obstante, un expatriado rico y gritón le había contado a Clare, en una fiesta que parecía una muestra del éxito de los años sesenta, que ellos vivían de esa forma por elección, y que invariablemente tenían una fortuna en el banco. Clare observaba a los comerciantes callejeros, y no sabía; quizás era verdad, ¿pero quién podría elegir vivir de esa manera? Era un lugar extraño, podríamos estar en una luna lejana, no sólo en un lugar diferente sino en una época diferente. Ser pobre y blanco aquí significaba morir, ignorado por ambas razas.

Juntó fuerzas y se paseó por el mercado. En un negocio del templo, una especie de choza debajo de un toldo, compró docenas de paquetes de ropa de los muertos, algunos espejos que ahuyentan los demonios con los trigramas del I Ching alrededor del borde, un montón de incienso en hermosos paquetes y unos pocos farolillos. La ropa de los muertos luciría muy elegante prendida de las paredes del baño de sus amigos en casa, entre posters políticos y mujeres desnudas. El dueño del negocio era claramente hostil a su presencia, incluso detrás de su máscara imperturbable Clare vio temor y aversión. Clare se mantuvo firme, diciendo mentalmente: ¡A ti también!. Y luego tomó un taxi caro de regreso al rascacielos donde vivía su anfitriona, su amiga durante tantos años que ahora trabajaba en Hong Kong. La vida de un expatriado era fácil, pagaban muchísimo para sufrir mucho calor y humedad, alienado y lejos de casa.

Anne, menor que Clare, bella, atractiva y ambiciosa, abrió una botella de vino blanco australiano frío y llenó dos vasos muy grandes que de inmediato se empañaron.

—Salud. ¿Cómo te fue? —Anne era una periodista y escritora de moda en la actualidad, pero habían estudiado en la misma universidad en diferentes épocas. Los ex-estudiantes de arte a menudo tienen muchas cosas en común.

—Bárbaro. Realmente grotesco, desde luego, pero algunas piezas hermosas. ¡Un guardián del templo perverso, creo que me escupió!

—¡Maldito! Recibí una carta de mi mami hoy —la madre de Anne la había visitado hace poco—. Disfrutó completamente de todo, dice, pero siente el frío allá en casa. ¡En junio!

—Aquellos veranos en los Apeninos pueden ser infernales —Clare se estremeció. No sentía nostalgia alguna por su lugar de nacimiento ni por cualquiera de las personas que vivían allí, ni de su familia, ahora en gran parte muerta o emigrada. Ella había escapado. Anne se había mudado, pero quería sus raíces.

—¿Cómo se las arregló con la comida aquí? —Clare pensó en su propia madre, que nunca había tocado nada que no fuera ni remotamente inglés, comida u otra cosa. Porquerías grasientas, chinos, italianos, dagos: estas palabras habían decorado el vocabulario de odio de su madre.

—Probó todo, incluso trajo un poco de víbora fresca aquí y la cocinó. Yo por mi parte no comí. Hasta comió durum.

Esta misma fruta le habían ofrecido a Clare, y ahora se encontraba en el balcón

debido a su olor, muy parecido a las aguas residuales. Su madre se hubiera quejado de su olor durante años, la madre de Clare estaba muerta, y Clare estaba contenta.

—Hay una fiesta esta noche, recuerda. Tenemos alrededor de dos horas para prepararnos, no hay prisa.

El vino había golpeado a Clare de modo que pensó: qué bien, un poco de baile. Anne dijo que habría muchos tíos. A Clare no le importaba aquello. Sentía que había terminado con los tíos. Sin embargo, la perseguían aún más que cuando era joven. No quería otra relación íntima, y no quería joder por ahí, así que eso se resolvía solo. Se retiró. Pero le encantaba bailar en las fiestas. El baile le llenaba el vacío interior, como lo hacía el excelente vino barato. Las dos mujeres charlaron durante un rato, luego Anne se fue para prepararse. Había dos baños, pero Clare no tenía prisa.

—¡Estaré bañada, cambiada, pintada y a medio cortar antes que tú y también seré veinte años más joven! —gritó, y rieron juntas. Anne regresó para volver a llenar su vaso y llevarlo al baño.

—¿No estás deprimida, no es cierto? —preguntó con una pequeña mueca triste. Clare la tranquilizó, no. Sin embargo, estaba deprimida, como siempre que mencionaban las madres. Su propia madre había regresado para perseguirla. Tenía aversión a los hombres e imitaba la personalidad de Mae West cuando estaba de buen humor. En otras ocasiones había odiado a la mayoría de las personas y las cosas, y vertido desprecio como ácido fuerte en los hombres y en cualquier cosa fuera de lo común, o estafalario o presuntuoso, en cualquier cosa que ella siempre quiso y nunca logró tener. Había sido muy acida con su odio pero terminó completamente sola, temida y marginada. Muerta de ira y amargura.

Una noche recibió una llamada telefónica de larga distancia, de parte de un asistente social, que solicitaba la autorización de Clare para internar a la fuerza a su madre en un hospital. Se encontraban allí un psiquiatra y un médico, mas se precisaba el consentimiento de Clare, que ella había otorgado. La alternativa hubiera sido acudir a la policía pues su madre había intentado prender fuego al edificio de apartamentos donde vivía sola, ignorando a los vecinos, como de costumbre.

El fuego había consistido en cosas nuevas en su mayoría, lo cual parecía provocar un dejo de trastorno en la voz del trabajador social, quien era evidente que nunca había disfrutado de sus visitas a Clarinda, ni del hecho de que la señora mayor perdiera la cabeza y perpetrara un acto absolutamente ilógico y peligroso. Clare sabía que era probable que su madre explotara en algún acto desesperado de vez en cuando, ella había presenciado gritos y objetos arrojados desde que podía recordar. Amenazar con incendiar la casa era un viejo truco; en realidad, prender cerillas contra la ropa nueva y las chucherías era ir demasiado lejos.

Al día siguiente, después de una noche de excitación que interrumpió su sueño, Clare viajó al norte para visitar a su madre en Sheepscar Dene, el manicomio local acerca del cual a cualquier persona remotamente excéntrica se le decía: terminarás en Sheepscar. ¡Su madre había profetizado que ella misma terminaría allí, loca por todos ustedes!, pero había querido decir en realidad, que todos los demás deberían ir allí, para enderezarse según su propio punto de vista, el de Clarinda.

Clare nunca olvidaría cómo estaba su madre aquel día. Su rostro, que alguna vez fuera hermoso, se veía hinchado de agua debido al tratamiento con calmantes químicos, y,

vibrando hacia afuera y adentro con una expresión confundida o en blanco, había disparado miradas de malicia y odio, de maldad triunfante.

—Pues mira lo que has hecho. ¡Pero aún no he terminado contigo!

¿Había dicho eso, o Clare lo había imaginado? Se había sumido en un silencio total y, al fin y al cabo, Clare había logrado que la transfirieran a un instituto cómodo donde ignoraba a todos incondicionalmente. Más tarde se rompió la cadera, padeció neumonía y murió en el hospital al día siguiente de una de las visitas de Clare, durante la cual ésta había dibujado un retrato entre la administración de pequeños sorbos de agua y la medición de la orina. Su único intento por preocuparse físicamente además de los obsequios de ropa y golosinas para comer. El dibujo era el más poderoso que jamás hiciera, y ahora estaba oculto. En la pared había asustado a la gente y trastornado a ella misma. La culpa desde luego. Clare sabía que debería haber cuidado de su madre ella misma. Sin embargo, nadie podría haber sobrevivido a ello, todos los que la habían conocido habían dicho que Clare había hecho lo correcto.

Anne entró bailando, prácticamente lista. Clare recobró la calma y, casi tambaleando, corrió para lograr transformarse. Una artista del disfraz, pronto produjo una imagen adecuada para impresionar a las personas en las pródigas fiestas de los expatriados, y luego salieron juntas, riéndose con tono de colegialas muy excitadas.

En el avión de vuelta a casa, con el trabajo terminado y las Vacaciones a su fin, en el sopor que sólo puede venir del vino gratis del avión, su vecino de asiento sedujo a Clare. Según la fortuna o la sincronicidad, era un psiquiatra junguiano y un coleccionista de porcelana. Al principio era interesante discutir sus ideas sobre los aspectos parecidos de la Virgen María y de Kum Yin, pero finalmente comenzaron a hablar sobre las madres verdaderas, riendo de sus bromas autodesaprobadoras de ser un desvergonzado nene de mamá cien por cien, y luego su madre, su culpa, sus depresiones. Ella sabía que era mejor no hacerlo, pero él parecía estar sonsacándola y ella sucumbió una vez más a relatar su problema, que nunca cambiaba nada. Salió el desdén y la malicia de su madre, cómo su ex-marido le había dicho cierta vez —y cavado su propia tumba en aquel instante— el problema contigo es que eres una copia al carbón de tu madre. Era quizás la cosa más cruel que podría haber dicho. Le llenó de temor que fuera verdad. Había intentado con tanto tesón en que fuera de otra manera.

Clare y su nuevo compañero bebieron, comieron, rieron y él le sonsacó poco a poco, casi sin que ella se diera cuenta, la descripción de un sueño en especial que la había perseguido durante tantos años. Era como un médico interesado en su tos, un abogado en su divorcio: nada probable, y sin embargo parecía fascinado. ¿Quizás ella le atraía? Lo siento, tío, estoy fuera de ello. Tomemos un poco más de vino barato.

Clare no había soñado tanto ni con tanta vivacidad durante algún tiempo. Había habido una vez días frecuentes en los que ella había despertado de realidades más claras que el sentir de las sábanas, el sabor del café, el agua corriente. Estas habían sido sombras que cubrían ligeramente la realidad en la que ella había caminado bajo los rayos del sol oblicuos, conversando con los espíritus en sus noches coloridas. Luego, el color y la vida habían regresado a sus mañanas con dolor, como las venas de una mariposa que llenan e introducen la vida por fuerza. La noche había sido su mejor momento, poblada de una claridad intuida en las pinturas prerrafaelistas. Algunas veces soñaba con extraños, y otras

veces con aquéllos que realmente conocía, de modo que si se encontraba con ellos al día siguiente, ella sentía que había estado debajo de sus máscaras, y los conocía como realmente eran. Una de dichas personas había sido su madre en el sueño que ella relataba, mientras volaban sobre la India.

Estaba de pie en una pista junto a una escuela allá en su ciudad natal, una escuela fuera de Angela Brazil, con una torre, donde jugaban lacrosse. Su madre le había hecho creer que ella iría a esa escuela, pero cuando llegó el momento y Clare había conseguido la beca, había sido desdeñada como demasiado elegante y cara, y de qué valía educar mujeres —mira a la prima Lorna— para ser una secretaria privada, ahora bien, aquélla era una buena ambición. ¡Su prima Lorna había continuado con la educación terciaria, lo cual le costó a su madre muchísimo dinero, y luego se casó! ¿Para qué?

Clare se había abierto su propio camino en la educación mucho más tarde, sin lacrosse, pero allí estaba, en el sueño. Había comenzado un funeral, los dolientes de pie vestidos de negro con velos y flores, en el césped verde que era más vívido que el verdete, que el musgo, que las algas, que cualquier verde sobre la tierra. Cada brizna de hierba definida con brusquedad. Junto a la tumba, inconsecuentemente lejos de una iglesia, yacía un ataúd vacío, cuya tapa abierta revelaba un forro de seda fosforescente con pequeños pliegues adecuados para el vestido de casamiento de una princesa. Y la madre de Clare había aparecido junto al ataúd, con su mandíbula dura y enérgica, su mano gruesa y trabajadora extendida, el rosa brillante de su piel ajada reflejando una nube que pasaba, una nube blanca pequeña, la única en un cielo de acuarela pintado por algún perfeccionista con un gran pincel negro, utilizando prusiano, azul de cobalto y la velocidad de la luz. El dedo extendido y señalando había abajo, al ataúd. Los ojos de su madre, amargos y oscuros como los de un pequinés incontinente que ella una vez había sacrificado, sostenían a Clare en una mirada fija de tal fuerza que se sentía paralizada como una muñeca a cuerda sin una llave. Su madre había abierto la boca en una sonrisa de dientes perfectos que luego se habían separado para articular el nacimiento del sonido que parecía llenar el cielo y retumbar, como si fuera el interior de una escudilla de vidrio opaco y no el claro infinito.

—Entra —ordenó su madre, y Clare había mirado el ataúd maravilloso. No estaba casada desde hacía mucho tiempo, había escapado de su madre para siempre, era feliz, su madre ya no podría tocar su corazón y su alma con su mirada resentida. Por lo menos eso había creído Clare.

—Entra, Clare. ¡Tú me perteneces!

Clare había sabido que estaba en un sueño, y que si podía despertar estaría a salvo, de modo que luchó para eludir la atracción del ataúd, luchó por salir de aquel mundo, retorciéndose dentro de su cadáver, para resistir el útero de seda en el que sería enterrada para siempre. Un sepulturero esperaba de pie con una pala larga. Los velos se movían lentamente, como si debajo del agua los dolientes disimularan su impaciencia.

Clare hizo como una torsión interior, se echó hacia un costado y de pronto estaba despierta, mirando a los ojos preocupados de su marido. El le había dicho: Tus ojos han estado abiertos durante varios minutos pero no podía hacerte responder, era espantoso. ¡Espantoso para él! Clare tembló, y perdió la mitad de aquella noche en calmarse, en explicar. Y había comprendido, entonces, aún soy esclava de mi madre, no he escapado de

la esclavitud después de todo, pues me he casado con un hombre que en realidad parece querer a mi madre, se han confabulado. No hay lugar alguno donde pueda ir para ser yo misma. Sin embargo, cuando esté muerta seré libre. Y finalmente había pensado, cuando me divorcie, también viviré mi libertad.

Su oyente, guapo y vestido a la moda, sirvió vino y dijo que muchas mujeres jóvenes tenían sueños de aquel jaez, todavía no se habían encontrado a sí mismas, individuadas, habían cometido el error de equiparar el matrimonio con la libertad. ¿Cómo se sentía ahora que su madre había muerto y era soltera nuevamente?

—No me siento diferente, en verdad, en mi ser más profundo.

El no tenía ninguna respuesta de importancia, no obstante se murieron de risa, atrayendo la atención del otro lado del pasillo y de la azafata, cuyo ceño él transformó en una sonrisa suave al pedirle cubos de hielo, de una manera muy tranquila y seria. También se rieron de ello. Clare se regocijó al encontrar otra persona que también consideraba las mismas bromas sombrías y una cierta trivialidad divertidas. Se intercambiaron las direcciones, y un par de semanas más tarde él la invitó a una fiesta y ella aceptó, pensando que no iría. Estaba cansada, no había dormido bien desde Hong Kong. Quizás era un largo retraso del avión. Tenía la sensación de haber soñado muchísimo pero nunca podía recordar nada y esto era de alguna manera peor que tener sueños claros, por más perturbadores que fueran. La sensación de haber olvidado algo importante a menudo la molestaba, la distraía mientras trabajaba. Con frecuencia se levantaba sintiéndose peor que cuando se había acostado, su energía consumida.

Y luego, tres días antes de la fiesta, soñó con mucha claridad. Su madre había regresado.

—Deberías haber cuidado de mí en mi ancianidad —dijo la voz cruel y voluminosa. Clare había estado parada en una playa mirando el mar y la voz había soplado desde una montaña detrás de ella. Miró alrededor para ver a su madre de pie desnuda, como Clare nunca la había visto en su vida. Los huesos grandes asomaban claramente a través de la piel vieja, sus pechos marchitos, una cicatriz grande y vertical sobre la que Clare no sabía nada. Los ojos oscuros la miraban acusadores mientras que un viento frío agitaba su cabello ralo, y la voz se reflejaba desde un cielo espejado: Era tu deber.

La culpa puede ser una fuerza muy destructiva. Clare la reprimió, temblando y muy enojada en la noche fría, mientras preparaba un té y mascaba un puñado de muesli, murmurando en voz alta su recuerdo de un día crudo. Le dije al médico, no puedo. Simplemente no puedo tenerla conmigo, ella pelea y se queja todo el tiempo, provoca riñas, mis hijos la odian y la temen, ella esparce una atmósfera horrible. Aunque sea mi propia madre no puedo manejarla, ella destruiría mi hogar y me consumiría. El médico había respondido, ante el asombro de Clare, sin embargo, su madre todavía es una mujer muy atractiva, sabe, y Clare, asombrada, había pensado, bueno, si es tan atractiva, maldita sea, cuide usted de ella.

Clarinda, su madre, antes había sido atractiva. En la década de los veinte se parecía a Clara Bow, había sido una femme fatale. Aunque pequeña y oscura, la personalidad de Mae West le sentaba, tenía el modo duro de hablar por el costado de la boca cuando humillaba a los hombres, cosa que ellos parecían adorar. Clare recordó ese humor perverso con una sonrisa irónica. Su madre había carecido de tacto y gracia, sin embargo,

había hecho reír a los hombres incluso cuando se retorcían de dolor. Le habían dicho a Clare que ella también podía ser así, pero Clare no lo creyó en absoluto. No obstante, basta de tonterías; los hombres no nos miman, ¿por qué debería hacerlo ella? Desde luego, haz lo que digo y después vete al diablo. Casi podía oír el modo de expresarse con la mandíbula apretada, caderas como una víbora; de niña, Clare no había comprendido esto, pues las víboras no tienen caderas, se menean lentamente. Exactamente. Se ondulan, y desaparecen en la maleza.

Clare había dejado enfriar el té, de modo que se sirvió un vaso de Chablis a las cuatro de la mañana, temblando de pie junto al frigorífico abierto, mientras olía polvo sepulcral en el delicioso olor a humedad del vino. Con cuidado, quitó la etiqueta de la botella y la colocó en el cajón de la cocina junto a muchas otras etiquetas y recortes. Esta botella traía una imagen realista en colores de un racimo de uvas.

Fue a la fiesta y tuvo una velada agradable. El psiquiatra, cuyo nombre era Phil, era atento y divertido, pero otros tres hombres le prestaron atención también, y les mintió diciéndoles que tenía una relación comprometida con otra persona, que no se encontraba allí. Pensó, debo estar loca, qué ocurre conmigo, cuando estaba casada pensé que sería agradable ir de acá para allá un poco después de mi divorcio. Hombres, presentables, ricachos: la mayoría de las mujeres de mi edad estarían encantadas. Relaciones comprometidas nada, apenas tenía amigos en estos días, se resistía a todos ellos, al igual que la Garbo, otro de los papeles de su madre, quería estar sola la mayor parte del tiempo.

Se fue a su casa sola y se puso un quimono, llenó un vaso grande de vino y se encaminó a su sala de estar para poner un vídeo, pues el sueño había desaparecido, hasta que se aproximara el amanecer; siempre ocurría lo mismo si había estado comiendo y bebiendo hasta tarde. Los mismos viejos pensamientos regresaron al silencio de su elección de los pocos vídeos que había en la casa. En algunos aspectos, era una copia al carbón de su madre, aunque aún no era tan amarga y horrible, ¿verdad? No quería ser nunca amarga.

¿Y qué hay de su padre, quién hablaba de él? Los genes, bueno, había sido un alcohólico y un depresivo. Su espíritu nunca la había molestado, se había desvanecido mucho tiempo atrás, no sabía por qué, para que después Clarinda transformara su muerte en un milagro de la humanidad: No hacen hombres así en estos días. La historia. ¿Había, acaso, alguna manera de trascenderla?

Se alegró de que la atrapara un vídeo, uno de Jodorowski que había mirado docenas de veces a lo largo de los años. Su madre no lo habría entendido ni aprobado, lo cual se aplicaba también a la mayor parte de los pasatiempos, gustos y posesiones de Clare. Había algo, muchísimas cosas, en Clare que eran una copia al carbón de nadie. ¡Entonces vete al diablo, mamá! Clarinda solía decir eso a su madre.

En la pantalla, la muchacha alta y hermosa, vestida con un traje de cowboy negro, rodeó a un hombre con pasos lentos, como un chamán, mientras entonaba nada, nada, nada. La siguiente escena sería la de la violación, y Clare, de pronto aburrida, lo apagó. Al hacerlo, se fundieron todos los plomos. Bueno, eso podrá esperar hasta mañana, estaba muy cansada después de todo. A ciegas, se encaminó hacia el sofá y se desplomó en algo parecido al sueño.

El timbre sonó insistente en la oscuridad intensa. Clare sabía que debía contestar,

debía al menos mirar a través del vidrio aguafuertista para ver quién estaba allí. Era peligroso acudir a la puerta en medio de la noche, pero debía ver. Sin luz, maldita sea, desde luego. Tropezó con un almohadón en el suelo, el timbre continuó sonando mientras abría su puerta interior. Gracias a Dios que había un vestíbulo entre ella misma y los de afuera; dos puertas era mejor que una.

Afuera en el vestíbulo había un resplandor de luz sobrenatural brillante y un frío húmedo y malsano mayor que el del amanecer, y no había nadie en la puerta, ninguna sombra salvo el motivo de ramas de una vistaria caprichosa, que ahora parecía una mano interrogante.

De prisa, regresó a su apartamento, cerró la puerta con llave otra vez, y permaneció de pie en la oscuridad, bañada en un sudor frío, desconfiando. Luz, y frío. Brillante. ¿Y los plomos todos fundidos? ¿Un circuito diferente? ¿Por qué tanto frío? No era bueno buscar explicaciones, Clare sabía, había ocurrido algo bastante diferente.

Aquellos pasos suaves, de una mujer desnuda, ¿estaban justo afuera? No, había un silencio vacío. Inútilmente, Clare gritó:

—¿Quién está ahí? —y llegó la respuesta—: Soy yo tonta. Soy yo. ¿Quién podría ser? ¡Está frío aquí, no tengo nada, nada, nadie cuida de mí, debería ser responsabilidad tuya, eres una niña mala, siempre lo dije!

Clare lloró, pues sabía que las palabras venían de adentro de su propia cabeza y, sin embargo, al escucharlas no lo eran. Permaneció en la oscuridad, su rostro húmedo oculto en la chaqueta que colgaba junto a la puerta. Una copia al carbón. Clarinda no había cuidado de su madre tampoco. La abuela de Clare había sido internada en un asilo, ninguno de sus ocho hijos quería asumir la responsabilidad de una mujer muy difícil y extraña. Ella también había sido psicótica de alguna manera, ¿quizás esto se transmitiera a través de los genes, las visitas extrañas, los sueños? Locura. Su abuela se despertaba con frecuencia por la noche para oír voces, sólo una broma familiar, una voz que ordenaba Persevera. Percy Vera el fantasma. Y más de una vez la habían oído hablar mientras dormía en un idioma extraño.

¿Acaso es demasiado tarde para arreglar las cosas, es posible modificar los genes? ¿Me meterán en un manicomio mis hijos, a quienes no veo frecuentemente estos días, cuando sea vieja e imbecil? Probablemente. Mejor que ser una molestia y entrometerme en sus vidas. Clare permaneció así hasta que la luz se filtró entre las cortinas, luego reparó los fusibles, comenzó el día con calma, exhausta. Debo hacer algo con respecto a esto, pensó: estoy sufriendo un colapso nervioso.

Como siempre que estaba afligida, abandonó su trabajo y se fue de compras, evitando los grandes almacenes y concentrándose en los negocios de baratijas, donde a menudo podía encontrar algo para su colección. Encontró una figurilla preciosa de Kum Yin y la compró por demasiado dinero, mientras pensaba; bueno, es simplemente un paso anterior al de gastar una fortuna con la tarjeta de crédito, como hacen muchas mujeres solas. Las había visto con frecuencia, tomando el té con paquetes crepitando alrededor de sus pies, con la dicha falaz de una parranda. Clarinda se había comprado una vez dos pares de zapatos en un mismo día, y después se sintió muy agradable con todos durante unos pocos días después. Clare había visto a las mujeres de los expatriados en Hong Kong, terriblemente aburridas, gastando y gastando. Una pequeña diosa no constituía

demasiado consuelo. Llevó su trofeo a casa y lavó la mugre de la porcelana delicada. Sonó el teléfono.

—¡Hola! Para que te pongas contenta, soy yo —dijo Phil—. ¡Ay!

—Ah, hola.

—Tengo tres entradas de teatro para el viernes, una obra de Tom Stoppard, ¿te gustan sus obras?

—En realidad, sí, la mayoría de ellas...

—Oí que era una buena representación, di que vendrás. ¿Cenamos después?

—No sé, tengo bastante trabajo...

—No saldrás con aquel tonto de Kingsley, le vi seguirte en mi fiesta, no te hará ningún bien.

—No saldré con nadie, y nadie me hará ningún bien, en especial un nadie masculino, gracias. No me gusta Kingsley, si ése es el nombre de sólo uno de los tontos que me prestaron atención, y no me gustan más los hombres —ella reía pero él no pudo haber pasado por alto su seriedad.

—Tonterías, te gusto. Te pasaré a buscar a las seis, copetines enormes primero. Y no debes pensar que sólo estoy tras tu cuerpo, también estoy tras tu mente. Pero más que eso, simplemente no soporto ir al teatro sin una compañera hermosa, ¿está bien?

—¿¡Qué!? —la había cortado. Ella rió alto. ¡Bestia descarado! ¡Hermosa! ¿Ella? Se miró en el espejo arriba de la repisa de la chimenea, y luego cogió uno de sus pequeños espejos ahuyentademonios feng sui de Hong Kong para echar una mirada más de cerca junto a la ventana. Todo lo que podía ver era una cara envejecida con una boca menos que perfecta. Y unos pocos vellos del bigote que habían escapado a sus atenciones rituales. Clarinda, no podía negarse el parecido. Se volvió más hacia la luz que se apagaba, observando una y otra vez todos los detalles que eran de ella sola. Y luego, de pronto, tembló de frío junto a la gran ventana antigua, y colocó el espejo en su lugar con prisa. El fuego aún no se había prendido y octubre resultaba frío. Ya octubre; debería escribirle a Anne, que estaría muy interesada en oír cosas acerca de Phil. Si bien no había mucho que decir, él no la había besado todavía. Bien.

Se sentó junto a las llamas que luchaban, mientras intentaba decidirse por leer el último libro de Anita Brookner o escuchar algo de Tom Waits, mas una idea repentina con respecto a los elementos en cada una de estas actividades le desanimaron. Cogió su nueva figurilla de Kum Yin y la frotó sobre su camisa para quitar las manchas, y la encontró caliente de inmediato, casi quemando. La devolvió a su lugar sobre su mesita de café hindú, viendo que la figurilla sonreía a la luz del hogar.

—¿Por qué te excitas, Kum Yin? —preguntó, y pensó, Dios, ¿es así como comienza la locura, hablando con estatuas? Desde luego que no, le había hablado a las plantas durante años con buenos resultados. Solamente cuando la tradescantia comenzara a formular declaraciones amenazantes habría una razón válida para alarmarse.

Se marchó deprisa a la cocina pequeña para tostar bollos blandos y hacer té, y regresó con su bandeja que también llevaba una botella de vino y un vaso.

Despertó en la noche por soñar un desagradable encuentro con Clarinda. La habitación estaba fría, los vestigios de su vino cálidos. Su segunda noche en vela, diablos, sería un adefesio si saliera con Phil, su imagen parecía ahora resucitada y plácida. De

pronto supo qué debía hacer, había sido obvio justo debajo de la superficie de su mente durante algún tiempo. Sin embargo, le había parecido una locura. Agitó las cenizas con suavidad y halló un calor vivo. El fuego era un símbolo del amor, todo el calor que debe proporcionar una familia. Alimentó las brasas con un poco de combustible y se acurrucó para observar, mientras recordaba su sueño.

Clarinda estaba desnuda, como nunca la había visto Clare en su vida, y lloraba como Clare la había visto solamente una vez. Sólo una vez, en Navidad, estaban todos sentados ante la comida especial, con sus sombreros de papel, los fuegos artificiales, todas las tradiciones tontas que la Clare adulta aborrecía secretamente, pero que ella mantenía para sus hijos de modo que no se sintieran pobres. No había habido ninguna Navidad importante durante su niñez. Clare había alzado la vista mientras servía pudín para ver lágrimas que caían por las mejillas empolvadas de su madre. La había llevado con suavidad hacia el salón, corrido las cortinas, hecho una taza de té, y luego la rodeó los hombros delgados con su brazo en un gesto rígido. Clarinda se había disculpado. Siempre he sido muy inclemente, ése es mi problema. No obstante, en esos momentos, tuve que serlo. Se había recuperado con severidad, bebido su té y unido a la fiesta, en ese entonces concentrada en el Mago de Oz. Clare se había sentido completamente impotente ante una Clarinda debilitada, había sido incapaz de brindar nada más alentador que ya, ya, anímate, las palabras más temidas por los gravemente deprimidos. Las palabras que desconcertaban a los esposos y emocionaban a las esposas. Había sido una oportunidad desechada para algún tipo de reconciliación, de alguna manera quizás hubieran podido abrir zonas de perdón mutuo. Probablemente.

Clare esperaba que durante su última visita anterior a la muerte de su madre, hubiera ocurrido algún entendimiento, mientras ella dibujaba y realizaba aquellas tareas mínimas. Clarinda no había podido hablar, no obstante Clare articuló unas pocas palabras muy reales, y había considerado aquella mirada como el fin del odio. Quizás haya sido un mero vacío.

Ahora traía su colección de diseños para recortar y se arrodillaba sobre el felpudo del hogar, mientras reprimía sentimientos de estupidez.

—Aquí tienes, madre. Obsequios. Te envío montones de cosas preciosas: Una chaqueta elegante de lana pura convertida en cenizas en un instante, seguida de un vestido negro, dos pares de zapatos, una cartera de cocodrilo con guarniciones doradas y forro de seda, guantes de cuero, un collar de perlas, ropa interior de encaje discreta (de seda pura), las uvas, ilustraciones de una comida inglesa tradicional de colores intensos, una botella de whisky, cigarrillos, perfume, cosméticos, un jersey de cachemir.

—Aquí tienes, cosas realmente caras y lujosas.

La ceniza flotaba dentro de la chimenea, el humo se arrollaba. Clare se sentó cómodamente rebosante, su corazón latía.

—Es verdad que te descuidé, ¿pero está en la familia, no es cierto? Tú no cuidaste de la abuela, nunca le escribiste a tía

May, no éramos una familia unida. Lo siento, Clarinda, perdóname. Toma estas cosas, siempre te gustaron las cosas finas.

Incineró una fotografía de los bombones favoritos de su madre. Kum Yin sonreía. Clare sintió que se sacaba un peso de encima y, sonriente, se obligó a ir a la cama

finalmente.

No obstante, el sueño no venía. La experiencia de propiciación alteró algo profundo. Se preguntó, ¿será esto lo que sienten las chinas en el templo, al quemar sus ropas de muertos? ¿Una elevación de los espíritus, como si hubiera desaparecido una nube? Siento como si realmente hubiese hecho algo por mi madre, como si le hubiese dado un sustento, pero ¿cómo puede ser? ¿Acaso podría el espíritu de un jersey de cachemir elevarse en su vuelo con las moléculas transformadas y vestir el espíritu de una mujer muerta? No era aquello desde luego. Era un cambio de corazón, un perdón dentro de ella que había cambiado.

Luego olió humo. Regresó al salón en un instante, sofocada por las nubes espesas. El felpudo del hogar estaba en llamas. Miró fijamente, paralizada. Imposible. El fuego se había extinguido, ella había colocado el guardachispas en su lugar. ¿O no? Luego comprendió. De pronto, furiosa y encolerizada comenzó a apagar el felpudo de Turkestán con los almohadones del sofá, corrió a buscar un cubo de agua, mientras gritaba.

—Tú, perra, tú, perra maldita, siempre fuiste avara e ingrata, al no contentarte con intentar prender fuego a tu propia casa, por puro despecho empiezas ahora con la mía. Bien, estás muerta, ¿recuerdas? No puedes hacerme esto a mí. Vete ya, vete. Estoy harta de ti, haciéndome sentir culpable porque tú eres una maldita mujer horrible. Nadie podría haberte aguantado, en la forma que actuaste. Lo sé, lo sé, tuviste una vida muy dura, mi padre murió, todo salió mal para ti, lo sé. ¡Dios mío, si lo sabré! —en su frenesí Clare golpeó a Kum Yin, ésta voló hacia el hogar donde se rompió en dos—. ¡Maldita sea, maldita sea, mira ahora! Basta ya, vieja malvada, aléjate de mí. ¡Tu desdicha no es mi culpa, nunca lo fue. Lárgate, vete para siempre!

El fuego no había sido en realidad muy grave, pero el felpudo se había quemado y todos los lugares parecían mugrientos o húmedos. Quizás una sección de la alfombra valiosa cubriera un escabel o alcanzara para hacer un pequeño cojín.

Ruinas, siempre rescatando cosas de las ruinas. Vida desdichada, pero no, no la suya. Ella sería diferente. Lo era.

Cansada, mientras limpiaba resistió un impulso de llamar a Phil. Podría arreglárselas con esto sola. Durante un instante pensó que sería una historia divertida para la cena el viernes, pero desde luego, aquello era estúpido. Habiendo limpiado la mayor parte de aquel desorden regresó a la cama. Al apagar la luz, creyó oír el sonido despectivo de una vieja al escupir.

Este relato es para Clarice, mi madre, una persona inolvidable, con amor.

Epílogo

Encontrarnos a nosotros mismos convirtiéndonos poco a poco en un monstruo, debe ser, con seguridad un buen material para un cuento de terror. Sospechar que quizás nos estamos volviendo dementes es también un campo bastante rico para explorar, no es que ninguno de estos temas sea original, más bien diría clásicos. Y viajar alrededor del mundo en la búsqueda de la armonía interior sólo para entrar en contacto más profundo con un fantasma que nos persigue, siendo el contacto una imagen de una religión extranjera,

sobre aquello también se ha escrito demasiado a menudo. Para ser honesta, hasta el preciso instante de escribir esto, no había cobrado conciencia que había entrelazado estas tres ideas en *La predecesora*, al no brindarle demasiado análisis literario. Estoy sorprendida ante la facilidad con que se encuentran estos modelos en aquello que había pensado como un relato autobiográfico, explorando el tema de cuan poderosa es la influencia genética, y cuan difícil resulta deshacernos de aquello que nos es innato; en efecto resulta imposible, debemos transformarlo de alguna manera. Y cuando digo autobiográfico, debo destacar que este relato es sobre todo ficción. No colecciono porcelanas ni me ligo hombres ricos y poderosos en los aviones, ¡ay de mí! Sin embargo, no es así: serían meros pasatiempos.

Lo que es ficción es la manera en que los elementos separados se han combinado, han cobrado forma, bastante diferente de la forma en que se desarrollan los acontecimientos originalmente. Hice relaciones que no estaban en la vida real. Otra forma de decirlo sería afirmar que había descubierto relaciones gracias a la ficción, sin embargo debo agregar que el proceso estuvo lejos de ser terapéutico, un proceso que en cualquier caso, debería divorciarse de la escritura. Todo lo contrario; cuanto más escribo y pienso acerca de la corriente más profunda de todo lo que hay en este relato, la tolerancia espiritual favorita de las mujeres, la culpa, más me persigo. Miro mis manos, mi rostro, oigo las cosas que algunas veces digo y pienso, mi Dios, está ocurriendo, a pesar de todo. No hay nada más que hacer. Quizás, lector que estás pasando una hora en calma, te esté ocurriendo a ti también, un hechizo desde los reinos interiores, universos enteros y acontecimientos comprimidos en bombas de tiempo en miniatura llamadas genes. ¿Qué es el *Libre Albedrío* cuando se encuentra ante un determinismo como éste? Si llevas una marca dentro de ti, que dice que te convertirás en aquello que una vez odiaste, ¿podrá borrarse alguna vez? Esta es una pregunta que vosotros responderéis, o quizás constituya el tema para otro relato.

Alejarse de todo

Las ratas vinieron la primera noche. Ella había visto sus huellas en la cabaña al abrir la puerta con llave y, en un intento por ocultar su propia repugnancia, había persuadido a las niñas a que recogieran los excrementos y las matas de algodón arrancadas del sofá tapizado. Antes de que, de acuerdo con las instrucciones de la señora de la inmobiliaria, hubiera activado las bombonas de butano, llenado el depósito que proveía de agua corriente con la bomba y tirado los dos platos llenos de veneno para ratas, las niñas habían concluido con su intento por barrer. Estaba bastante limpia por el momento, pensó. Mañana barrería de nuevo, y limpiaría el suelo con una solución de blanqueadora fuerte. Extenuada por el largo viaje y la búsqueda de la cabaña retirada que había alquilado para el verano, arrojó a las niñas con firmeza dentro de sus sacos de dormir en un dormitorio, se instaló en el otro, y cayó en un sopor profundo, sin sueños.

Tendría que haberse dado cuenta, se dijo a la mañana siguiente, tendría que haberse dado cuenta de que las ratas regresarían. Los comestibles que había dejado apilados sobre la mesa de la cocina estaban diseminados por el suelo; macarrones sueltos que se mezclaban con el arroz, el azúcar y los copos de maíz. Cada caja, cada bolsa, cada artículo que había embalado con tanto cuidado se había dañado. Hasta los artículos menos comestibles —el jabón, la pimienta, las toallas de papel— habían sido atacados, y por todas partes yacían excrementos negros y frescos, como una nevada satánica.

Limpió todo y, antes de que las niñas despertaran, la cocina no mostraba señal alguna de la invasión. Todo estaba guardado en el horno, la nevera, o en botes sellados que había encontrado en un armario, y también había descubierto una caja grande de veneno para ratas con el que llenó nuevamente los platos.

La cabaña había estado abandonada varios años, razón por la cual el alquiler se encontraba al alcance de su presupuesto de madre soltera. Afuera un descolorido cartel de En venta colgaba torcido de un árbol, reclamando en silencio nuevos dueños. Aunque no estaba lejos de una ciudad pequeña, la carretera de acceso, once millas de camino traicionero con muchos baches, probablemente habría desalentado a los compradores.

Alrededor de la cabaña la maleza llegaba hasta la cintura, y ella tuvo que llevar en brazos a la de cuatro años mientras luchaban por llegar a la playa. Un pedazo de tierra abrasada señalaba el hoyo para la lumbre, y cerca de éste había una mesa para comidas campestres, casi oculta por una mata densa de chamico.

—¿Mami? —la voz de Jenny, por lo general estridente con la efusión del primer grado, era suave, tímida—. ¿Debemos quedarnos en este lugar? No creo que me guste estar aquí.

—Tonterías, Jen. Es sólo que las hierbas han cubierto todo y nadie ha frecuentado este lugar. Nadie ha cuidado de él durante largo tiempo. Lo despejaremos un poco para hacer un lindo sendero hacia la playa —ves, hay un sendero debajo de la maleza—, entonces te será más fácil caminar. Podemos hacer una hoguera de campamento esta noche y comer perritos calientes y bombones de pastilla de altea. ¡Será divertido! —le sonrió a la niña, mientras se preguntaba por qué su propia voz había sonado tan fuerte y áspera.

La playa era hermosa; un largo trecho arenoso y poco profundo protegido por una ensenada pequeña que mantenía el agua calma y cálida. Mientras las niñas chapoteaban y buscaban ranas, ella comenzó a despejar el sendero con una guadaña oxidada, pero que aún era útil, encontrada cerca de la mesa para excursiones campestres.

Una vez, al detener su tarea para enjugar el sudor de sus ojos y controlar a las niñas, alzó la vista hacia la ladera detrás de ella y vio, prácticamente oculto entre los cedros altos, el bulto oscuro de otra cabaña más grande.

Curiosa, pues nadie había mencionado una segunda cabaña cerca, gritó a las niñas que permanecieran fuera del agua hasta que ella regresara, y subió por la ladera, abriéndose camino entre la maleza, hasta llegar a la cabaña escondida.

Era grande, construida con troncos descoloridos por la exposición a la intemperie, y la rodeaba un portal de madera con una barandilla baja. A medida que se acercaba, advirtió que evidentemente estaba desierta desde hacía mucho tiempo. Las ventanas estaban entabladas con madera contrachapada, unos arbolitos que empujaban los cimientos ladeaban los escalones que conducían al portal de delante, y sobre la puerta había clavadas dos tablas sólidas en forma de cruz. Con una extraña decepción, se volvió, y comenzó a descender. Mientras caminaba, comprendió por qué la cabaña grande se había construido tan lejos del agua. La vista era espectacular. Divisaba a lo lejos, al otro lado del lago, un recodo de una montaña solitaria, con la cima todavía nevada en julio, que se erguía lejana a través de la calima. Debajo de ella el lago despedía trozos de luz solar, y podía ver a sus hijas cavando atentamente en la arena. De su propia cabaña, vislumbró solamente el techo y la ventana de su dormitorio entre los árboles.

Cuando caía la noche, tostadas por el sol y exhaustas, las niñas se arrastraron a la cama temprano. Se preparó una taza de té y con ella caminó por el sendero ahora despejado hacia la playa, admirando su obra. Permaneció allí hasta que el sol comenzó a ocultarse, observando los rayos coloridos inclinarse desde el agua, y luego, cansada, regresó por el sendero.

Cuando llegó a la cabaña, ambas niñas lloraban. Corrió a su dormitorio, se detuvo de pronto, al tiempo que una rata grande y gris, sentada entre las dos camas, se volvió lentamente, la miró fijamente durante un instante con ojos de basalto, y luego se escabulló entre sus piernas y desapareció por la puerta.

Tranquilizó a las niñas, colocó otro plato de veneno, y se fue a la cama. Aquella noche soñó que oía música.

Poco a poco, la cabaña se convirtió en su hogar. Las ratas quedaron fuera, a pesar de que no parecían haber tocado el cebo envenenado. La guadaña y un viejo cortacésped manual descubrieron un césped diminuto, y la aparición de pensamientos le alertaron sobre la presencia de un macizo de flores ribeteado con rocas pintadas de blanco. Quitó las malezas de varios años y descubrió otras plantas perennes: claveles, azucenas y una mata de amapolas en flor. Alguna vez alguien pasó mucho tiempo en este lugar, pensó. La cocina a butano, la nevera y el calentador, el cuarto de baño en perfecto estado y el suministro de agua ingenioso, los macizos de flores y los muebles sólidos, agradables, todo indicaba que se trataba de un hogar y no de una mera cabaña de verano. Un hogar que alguien había amado y, sin embargo, abandonado. ¿Por qué? se preguntó, pero rápidamente apartó aquel pensamiento de su cabeza. Ahora era su hogar; al menos por un

tiempo. Las niñas estaban contentas; sus cuerpos se tostaban al sol y su cabello se decoloraba. Los tesoros del lago y los bosques, nuevos para los niños de la ciudad: pececillos de agua dulce, ranas, ardillas listadas y la pequeña canoa de esquimal que habían encontrado, las mantenían alegremente ocupadas. Se dio cuenta de que ella también estaba feliz. Contenta. En paz.

No obstante, antes de que finalizara la primera semana en la cabaña ya no dormía bien. La música que había oído en sus sueños se hizo más fuerte, más persistente. Había también sonidos de fiesta: el tintineo de vasos, carcajadas lejanas, trozos repentinos de conversaciones que no lograba comprender del todo. Sus sueños eran siempre los mismos; ella estaba recostada en la hamaca angosta de la cabaña y escuchaba encolerizada los sonidos de una fiesta a la que no estaba invitada.

Luego, una noche comprendió que no estaba dormida, ¡no estaba soñando! Se incorporó, completamente despierta, y escuchó. La música aún sonaba, las voces casi imperceptibles reían. Fue hasta la ventana del dormitorio, corrió la cortina y contempló la oscuridad. La gran cabaña sobre la montaña resplandecía. La luz corría a través de la grandes ventanas del frente, sobre el portal, coloreando los cedros. Unas sombras se movían contra las ventanas, y la música parecía más fuerte.

Perpleja, dejó caer la cortina en su lugar y entró a la cocina. Prendió las lámparas, preparó té e intentó reírse de sí misma y de su temor momentáneo. Los dueños de la cabaña grande habían regresado y ella, tan atareada con las niñas, el lago y las flores, no había notado su llegada, eso era todo. No obstante, ¿no hubieran oído ella o sus niñas un automóvil? ¿Varios automóviles en realidad? Y no había ningún camino que subiera por la montaña hasta la gran cabaña. Bueno, quizás había otro camino, uno que ella no había notado. Podrían haber venido por allí, probablemente.

Sin embargo... habían quitado la madera contrachapada de las ventanas, la puerta del frente estaba abierta, desatrancada. Desde luego habría oído martillazos, gritos, los ruidos de una casa que se abre después de mucho tiempo.

Se quedó allí en la cocina brillante hasta el amanecer, escuchando los sonidos que se desvanecían con la luz cada vez mayor. Cuando el sol hizo palidecer las luces de butano y alcanzó a tientas el otro lado de la habitación, se puso de pie y salió. Desasosegada, pero con una sensación de previsión cada vez mayor, se abrió camino por entre las sombras largas de la madrugada, trepó por la montaña, hacia la cabaña grande, ahora silenciosa.

Nada había cambiado desde la última vez que la había visto. Las puertas y ventanas entabladas, los arbolitos y la maleza que empujaba contra el portal y las escaleras, y la maraña densa, imperturbada en todos los costados, estaban exactamente igual que la primera vez que las había visto.

Después de eso, no intentó dormir, sino que pasó todas sus noches en la cocina, volviendo las páginas de un libro, tomando té, intentando escuchar las voces que sabía no podía estar oyendo. La duodécima noche oyó que pronunciaban su nombre.

Los turistas eran gente de edad, americanos y amables. Apearon su gran automóvil a la vera del camino campestre y hablaron con dos niñas desaliñadas que se encontraban allí, tomadas de la mano e intentando no llorar.

—Mami se fue —dijo la más grande, frotándose los ojos con una mano tostada por el sol y rasguñada—. Durante dos días enteros. Nos asustamos, de modo que caminamos

hasta la carretera.

—Nos perdimos —dijo la más pequeña—. Y mirad, una rata grande en la cabaña me mordió. Pero no lloré.

Extendió su brazo, orgullosa. Los turistas se miraron, un pensamiento inexpresable cruzó sus ojos grandes, luego metieron a las niñas sin ceremonia en el automóvil, se volvieron, y se fueron de prisa al pueblo que acababan de pasar.

Pues en el brazo de la niña estaba la impresión perfecta de una mordida viciosa: dos semicírculos profundos, aquella marca inconfundible que sólo dejan dientes humanos.

Epílogo

A principios de los 80 me obsesionaba la idea de comprar un refugio de verano, una pequeña cabaña en un lago apartado donde podría alejarme de todo. Durante dos largos meses de un verano, arrastré a mis niños de una cabaña a otra, pues no encontraba el lugar acertado. Un día de agosto, un día nublado con vestigios de una helada temprana, anduvimos dando sacudidas por una carretera de arbustos hasta llegar a una cabaña desierta sobre la orilla de un lago que estaba tan apartado como cualquiera podría desear.

Aquella cabaña había sido abandonada por seres humanos, mas no por las ratas. Ellas habían estado en todos lados; los muebles estaban destrozados, los excrementos formaban una costra en el piso y el aire estaba viciado por su olor. Mis niños anunciaron que ese lugar estaba encantado y se retiraron de prisa al automóvil. En el dormitorio que alguna vez perteneciera a los niños, en el dormitorio donde las paredes aún llevaban dibujos de soles sonrientes sobre lagos de crayón azul, las ratas no se habían aventurado. Las colchas sobre las literas yacían suaves y enteras, ningún excremento negro cubría la cómoda naranja o la pelota de playa acurrucada en un rincón, desinflada y sin aire. Una barrera invisible había detenido a los roedores en el umbral de aquella puerta abierta, y el dormitorio de los niños permaneció intacto. Intacto e impregnado de una sensación de espera, espera con camas ya tendidas y una pelota de playa que aún podría resultar útil, esperando el regreso de aquellos niños desconocidos.

Conduje tan rápido como pude hasta la carretera principal, los niños iban extraordinariamente callados en el asiento trasero del automóvil. Nunca les dije realmente que yo también había percibido la rareza de aquella cabaña vacía, había sentido la presencia de los fantasmas que habitaban allí con las ratas, esperando.

Este relato, Alejarse de todo, es la manera en que enterré aquellos fantasmas, pues aquello que había visto y percibido en aquella cabaña devastada atormentó mis sueños durante varios meses.

Finalmente compré mi pequeña cabaña, en otro lago. Escribo allí en las noches de verano, los golpes de mi vieja máquina de escribir manual hacen temblar con suavidad las lámparas de aceite que arrojan una luz dorada sobre la mesa. Escucho los gritos solitarios de los somorgujos, el beso de las pequeñas olas en la orilla y el arrullo de los pinos altos que me rodean. Escucho los sonidos de la noche, y veo la luz plateada de la luna sobre el lago. Los fantasmas de aquella otra cabaña han sido bien enterrados, pues ninguna rata se ha acercado nunca.

El pretexto

Ella despertó de un sueño profundo como si fuera una anestesia general. De pronto tomó conciencia de que el tiempo había pasado y de los acontecimientos ocurridos y ella no había estado presente, y además, le habían pasado cosas. Luego sintió un dolor cada vez más intenso a medida que exploraba su cuerpo desde el cerebro hasta el corazón, el intestino y la ingle, cada uno le dolía a su manera única e inmaterial. Las heridas eran emocionales; sin embargo, se las infligieron en su sueño mientras ella dormía indefensa, y no podía iniciarse ningún juicio por negligencia médica contra su mente.

Se preguntaba qué se habría extirpado esta vez.

Después de que desaparecieran las dunas, observó el descenso de ese hombre a través del aire calmo, oscuro, un hálito a su alrededor se fundía en una neblina. Debajo de sus ojos negros relucientes, su boca con forma de corazón en la garganta de ella era un punzada brillante de dientes blancos que sonaba como una succión sensual. Ella se sintió débil y mareada, y tendió la mano para agarrarle, pero sólo cogió neblina. La humedad pasada la traspasaba como lágrimas solitarias, y ella rompió a llorar sobre la almohada. Las lágrimas secas, insuficientes, del sueño no aliviaron en absoluto el dolor tirante de su cuerpo, sin embargo, podría haber sido peor; esta vez había sido un sueño diferente, con mínima violencia. La habitación estaba fría y tendió la mano para coger la colcha, más despierta ahora, deprimida pero alerta. Giró y dio contra un bulto cálido y se quedó helada.

Era más grande que un gato y respiraba, de modo que no podía ser ni una manta hecha un ovillo ni su oso de felpa gigante. No parecía ninguno de sus antiguos amantes, y ahora no tenía ninguno.

Y se movía.

—¿Quién eres y qué quieres? —preguntó con voz monótona.

—No me creerías si te lo dijera —fue la respuesta suave que llegó justo desde atrás de su cabeza. Había un extraño dejo de diversión y desesperación en ella, y un timbre débil como el eco de una cerca de estacas puntiagudas.

El no la tocó ni habló más; casi invisible, la dejó flotando en una parálisis pasiva. ¿La atacaría si ella se moviera? ¿La estrecharía con aquel placer masculino por la fuerza, la...?

—¿Quién demonios eres? —insistió ella, mientras la antigua amargura brotaba en ira que la impulsaba desde él hacia el aire negro —hacia la puerta, la llave de luz, su albornoz — mientras la piel de su espalda se estremecía a la expectativa de una bofetada.

—Si enciendes la luz me reconocerás —propuso amablemente, pero la advertencia que había en este ofrecimiento detuvo su mano a mitad de camino hacia el interruptor. Durante un instante sus dedos se mantuvieron suspendidos en la oscuridad, y luego su palma golpeó con furia el plástico sobresaliente.

No había nadie en la habitación.

Y luego sonó el teléfono.

Despertó legañosa y extenuada al amanecer y a un cigarrillo agrio y al café que la llevarían al metro. Mientras el temor y la repugnancia restante cesaban de burbujear en su estómago, hizo un alto en una charcutería para comprar un desayuno para llevar. En la

cola, se aliñó de prisa delante de su polvera, levemente exasperada por la nueva grieta en el espejo que bisecaba su imagen grotescamente. Corrió la mano por su cabello negro y espeso y agregó más delineador azul a sus ojos para contrarrestar la red de venas rojas. Sería hermosa nuevamente si alguna vez descansara.

Al entrar en el vestíbulo fresco de su edificio de oficinas, se sintió reanimada por el vidrio claro y el mármol suave, indiferente. Un ejecutivo moreno con un traje a rayas entró al ascensor detrás de ella, y apretó el botón del piso arriba del suyo; al pasar delante cuando salía, él alzó la vista del periódico, y sus ojos parecieron atraer toda la calidez de la cara de ella. Sorprendida, se dirigió directamente hacia su cubículo; el teléfono sonaba, y tardó un poco en atender, de modo que la voz metálica estaba hablando antes de que lo tuviera junto a la oreja.

—... dijo: ¿Es ésta la gente de asesoramiento legal?

—Sí —susurró ella, mientras su mano apretaba el plástico frío.

—¿Quieres asesorarme, nena? —zumbó la voz, distorsionada por algún aparato electrónico. Colgó el auricular de un golpe, sin embargo, los tonos fríos, inhumanos tenían una inflexión terriblemente familiar que perduró en sus oídos, atormentándola, durante el resto del día.

Por lo general ella sonreía un poco, con disimulo, mientras unos ojos acompañaban su entrada al bar; todavía disfrutaba como una adolescente volviendo cabezas. No obstante, éste era su refugio habitual, y cualquiera de los hombres en el bar podría ser su obscuro interlocutor telefónico. Era reconfortante ver a Dave, el rostro afable del cantinero; se deslizó en su taburete preferido del rincón y pronto reflexionaba las profundidades ámbar de una bebida, mientras observaba la liberación inminente de una burbuja de un cubo de hielo que se derretía.

¿De dónde diablos sacó mi número de teléfono?, pensaba. Cuando todo esto había empezado seis meses atrás, ella hizo cambiar su número por uno que no se encontraba registrado para desbaratar los planes de este hombre que la molestaba, a pesar de que eso aún la dejaba vulnerable en la oficina. Hasta que leyó que la compañía telefónica brindaba la opción de rastrear las llamadas, era inútil contactar a la policía otra vez, e informarles sobre la parte realmente inquietante, sobre el hombre en la cama, esto sería pedir una visita al psicólogo; diablos, ni siquiera podía explicárselo a ella misma. ¿Habría sido una de esas pesadillas doblemente peligrosas donde soñamos que nos hemos despertado sólo para ser amenazados nuevamente en nuestro propio dormitorio distorsionado? El recuerdo ya se escabullía, desafiando sus intentos por racionalizarlo. Resolvió comprar un contestador automático al día siguiente para poder investigar sus llamadas; quizás eso le hiciera sentirse con mayor dominio sobre las cosas otra vez.

Cuando Dave le dijo que un señor cerca de la puerta le había invitado a una bebida, ella echó una mirada curiosa sobre su hombro, con la intención de negarse a aceptar la invitación y la riña, como de costumbre. No obstante, había algo en el hombre que le señaló el cantinero que le hizo estremecerse en forma involuntaria, y para disimularlo se volvió hacia atrás y se encogió de hombros en señal de aceptación. Dave, quien había estado particularmente protector estos últimos meses, depositó el vaso y permaneció inmóvil mientras el cojín desgarrado del taburete junto a ella despedía aire bajo un nuevo peso.

—Gracias por esto —dijo ella, mientras por fin alzaba la vista y levantaba su vaso insinuando un brindis—. Quizás pueda retribuir el gesto.

—Eso no será necesario —se inclinó hacia la luz, su rostro de porcelana se fundió en una sonrisa cuando ella cruzó una mirada. Eran negros, y ella pensó durante un instante que podía ver a través de ellos las tinieblas detrás, tan poca luz reflejaban. De pronto se sintió incapaz de respirar.

—¿Te encuentras bien?

Susurró un sí, estoy bien automático. Luego depositó el vaso con violencia sobre el mostrador.

—No, no estoy bien. He tenido un día horrible. Demonios, he tenido un año horrible. Ahora bien, me resultas conocido y eso me molesta. De modo que dime: ¿te conozco?

—No del todo bien.

Le miró de soslayo durante un instante.

—Bien, ésa fue una respuesta extraña, pero probablemente haya sido la manera en que te he preguntado —sorbió su whisky de centeno—. ¿Nos hemos conocido antes?

—Esa es una pregunta difícil de parte de alguien que no conoce mi nombre ni ha dicho el suyo.

—Soy Alex. ¿Por qué me ha invitado a esta bebida?

—Eres muy atractiva. Quería entablar una conversación.

—¿Por qué?

—Te lo acabo de decir.

Exasperada, extrajo un cigarrillo de su bolso.

—Bien. Disculpa mi paranoia. ¿Vienes aquí a menudo?

—No.

—¿Trabajas por aquí?

—No.

—¿Has considerado la posibilidad de que alguien te enseñe a mantener una conversación?

Sonrió nuevamente, sin embargo sus ojos no se arrugaron, y parecía analizarla. Ella tomó su mirada como una advertencia, pero al levantarse para irse su expresión cambió por completo y él la contuvo con un roce suave y eléctrico.

—Lo siento —dijo en tono muy bajo—. Como te he dicho antes, no creerías la verdad, y dudo en asustarte más de lo que ya has estado.

Su rostro de pronto triste, desesperado, atenuó su afirmación, de modo que ella se volvió a sentar e hizo señas a Dave con una inclinación de cabeza tranquilizadora.

—Continúa entonces.

El pareció reponerse.

—Resulta tan fácil en los sueños, ¿no es cierto? Conoces a alguien, conversas durante un rato, se van juntos; en la realidad, debes estar alerta a los perversos y explotadores. Pensé que podía atraerte con misterio, pero casi te ahuyento.

Su expresión había cambiado casi hasta sus propias facciones, como si los huesos de su rostro fuesen maleables. Ella estaba fascinada, intentando distinguir esta nariz de la última, de identificar el cambio preciso en su boca, y se perdió las siguientes oraciones.

—... hemos conocido antes. En el ascensor...

—Y en mi apartamento. De modo que eras tú. ¿Es esto una gran broma o qué? ¿Te contrató Eddie o algo así? —Este tío debe ser el que me llama, pensó; ¿qué hago ahora?

—No, y no —sonrió otra vez—. Para responder a tus otras preguntas, he venido aquí varias veces; cuando soñaste que este edificio se había incendiado, y cuando fantaseabas que Dave te seducía. Y sí trabajo en esta zona, cuando tú lo haces; he estado en tu escritorio cuando dormitabas después de un gran almuerzo, y te he acompañado mientras dormías en el tren de regreso a casa.

—Vengo de tus sueños, Alexis, y te estoy pidiendo que me ayudes.

Buscó las luces a tientas en su apartamento, temiendo a la oscuridad, temiendo a su propio miedo. Encendió la radio, cerró las persianas, desconectó el teléfono y se cubrió con su albornoz, protegida por el sonido y la luz. Pensó en el episodio de *Twilight Zone* (La zona crepuscular)² en el cual un hombre cree que una mujer de ensueño le sigue los pasos, y en *Misión Imposible*³, donde una compleja organización engañaba a ejecutivos y dictadores, pero aún no estaba loca, y no se merecía una cosa así. Revolvió todo en busca de una caja de No-Doz que le sobraba desde la universidad hasta que recordó que el insomnio provoca alucinaciones. Se paseó preocupada, eludiendo al gato, luego se dejó caer pesadamente sobre el sofá y pensó en el zumbido horrible y medio conocido en el teléfono, intentó en vano unirlo al rostro raro del extraño.

Esperaba que apareciera, que concluyera la conversación que ella había dejado. Sin embargo, no lo hizo, y cuando el DJ anunció las tres de la mañana y habían fracasado varios intentos de distracción, ella se rindió y se fue a dormir, abandonándose a lo que le depararan sus sueños.

La playa era familiar, roja y borroneada, la duna sobre la que se encontraba de pie se extendía cientos de millas hacia el océano. Cosas rotas caían desde la cara del acantilado cercana, salpicaban el agua, y ella temía intentar descender para que no le ocurriera lo mismo. No obstante, ella sabía que la ola se acercaba, pues siempre lo hacía, y titubeó, sin saber si zambullirse a través de ella hacia donde se encontraba Eddie, o correr para coger tierra más alta. Era demasiado tarde; la pared de agua se elevaba sobre ella, y se volvió y corrió hacia arriba de la duna, alcanzó la cima, pudo ver justo la ciudad pequeña debajo cuando la ola rompió en silencio sobre ella. Esperó que el agua se alejara de prisa, que el sueño finalizara, pero Eddie la arrastró fuera de la espuma y luego la empujó hacia atrás debajo de la ola.

—¡Estaba a salvo! —gritó, enfadada—. ¡Lo había logrado! ¡Estaba a salvo!

Se transformó en la voz de su padre que gritaba. No había palabras, simplemente ira, y su nombre una y otra vez, su nombre completo, el nombre de una niña, el nombre de él deformado para adaptarse al de su decepcionado primogénito. Sus hermanos más mayores jugaban a los soldados afuera. Querían que ella fuera una enfermera, pero ella exigía ser un oficial, y ellos rompieron todos los soldados de juguete de su hermana y reían mientras su padre tiraba los pedazos. Eddie se acercó para llevarlos, pero ella había escondido la bolsa de residuos en su dormitorio, y cuando él la encontró los anillos de Eddie brillaron en un arco convexo hacia el rostro de ella, una y otra vez, hasta que ella supo que nadie reconocería otra vez la carne sin huesos. DE MODO QUE CREES QUE

²Serie de TV de ciencia ficción.

³Serie de TV.

PUEDES ENGAÑARME EH, ENGAÑARME EH.

Despertó gritando su frustración, con un chillido cascado, que el sueño había terminado de la misma manera, jurando a su maldito dios católico cualquier cosa si sólo pudiera romper el lazo interminable de acontecimientos, regresar a aquel momento y...

¿Y qué? pensó, despierta ahora. ¿Matar a Eddie? ¿Vengarse de los huesos que habían sanado, recuperar su orgullo oprimido? Aquéllos eran los sueños reales. Tendría que haber ido hasta la policía cuando tuvo oportunidad, se regañó ella misma por milésima vez; fui una gilipollas al tratar de protegerlo. Con todo, echarse la culpa a ella misma no haría nada bien; las relaciones humanas no venían aseguradas contra errores, y cualquiera fuesen los motivos complicados, el hecho era que él le había pegado severamente un año atrás y ella le había dejado y todo había terminado. Si no fuera por un extraño que la acosaba en el teléfono, estaría bien ahora. El estaba bien, desde luego, por lo que había oído; le había cortado cuando ella lo llamó para recuperar sus llaves (lo que le costó cerraduras nuevas), y uno de sus compañeros de trabajo lo había visto con otra mujer varias veces. Quizás, pensó, él nunca la había amado en absoluto. De manera que por milésima vez lo apartó de su mente, mientras ponía en una caja todas las cosas de Eddie y las vaciaba en el cubo de la basura, tal como había empeñado el anillo por un precio absurdo, descargando su agresión, pensaba, sobre cualquiera de los restos físicos de él. Sólo había conservado el osito de felpa que ahora yacía junto a ella, y clavó las uñas en su brazo, a punto de arrojarlo contra la pared; luego recordó la arcada, los ojos danzantes y los rizos despeinados y la sonrisa burlona de Eddie al timar a la muchacha para que arreglara el juego de modo que él pudiera ganar el premio imposible para ella. Era el único recuerdo agradable que le quedaba, y apretó la cosa gigante y sedosa contra su pecho y sollozó con cuidado, lejos de ella, sobre la almohada hasta el amanecer.

Abandonó su trabajo temprano al día siguiente, incapaz de mantener los ojos abiertos, resentida por los problemas de sus clientes, sabiendo que parecía un poco drogada o con resaca. Quería pedir socorro a voces, se preguntaba qué pensarían si corriera por el vestíbulo chillando, sabía que era inútil. Había estado deprimida antes, y algo dentro de ella la empujaba fuera de esto. Decidió tomar unos tragos mientras esperaba.

En el bar de Dave, el extraño estaba sentado en el rincón oscuro junto al excusado para hombres. No estaba segura de que fuese él, pues parecía más bajo, más moreno; sin embargo, estaba demasiado cansada para jugar a las adivinanzas y llevó su trago justo a su mesa. Esto, al menos, podía decidir.

—Bien, he regresado —dijo ella—. Siento haber salido corriendo anoche. Pero lo que dijiste sonó bastante extraño.

—Era verdad —respondió él con calma, y la voz seca confirmó su identidad—. No obstante, tenías todo el derecho de ser escéptica. Yo ni siquiera sé con seguridad cómo cobré conciencia, sólo sé que fue así, atrapado en una pesadilla que resultó ser tuya. Tenía que salir. Resulta bastante cobarde despertar en el medio de un sueño.

—Por supuesto —bebió rápidamente su trago de centeno, saboreando el fuego lento en su garganta—. Sin embargo, al darte el beneficio de la duda, debería haberte visto en mi apartamento otra vez. O en mi sueño.

—No tengo ninguna intención de regresar a tu cabeza, no en este estado actual. Y

después de que me rechazaste aquí anoche, supe que no me haría ningún bien alienarte más. Respeto tu intimidad.

—Qué cortés.

—Sólo se trata de autoayuda. Te he dicho que mi vida depende de ti. Y sé que quieres ayudarme. En realidad, conozco partes de ti que nunca podrías enfrentar en tu sano juicio. Y de todas formas confío en ti.

Ella pensó en cómo había escuchado su historia y luego se retiró, sólo para esperar afuera, de pie, fumando tres cigarrillos, observando que él saliera. Nunca lo hizo, y cuando ella miró con cuidado nuevamente adentro él no estaba allí. Alzó la vista, pero era difícil concentrarse en él. Quería llorar de nuevo.

—La otra noche —comenzó a decir en voz baja, dirigiéndose a su bebida—, soñaba con un vampiro, y allí estabas tú. Eres un parásito, te alimentas de mí, me utilizas para hacerte real.

La voz de él era paciente y más profunda que antes aunque conservaba aquella extraña sequedad ósea.

—Pero mira lo que te ofrezco. Puedo ser cualquier hombre que tú desees, durante el tiempo que quieras —toda tu vida, si lo deseas— o uno diferente cada día...

Su broma lastimaba.

—Eres una prostituta entonces.

—Te he dicho cuánto deseo vivir.

—Entonces convénceme, si me conoces tan bien. Busca las palabras que terminarán por convencerme, evócalas desde el fondo de mi mente.

—Los argumentos son ilógicos —él sonrió—. Los sueños no lo son.

—Sin embargo, parecen serlo mientras ocurren. Eres un fracaso incluso como sueño —lamentó sus palabras de inmediato, pero era demasiado tarde para recuperarlas, de modo que alzó la vista y obligó a sus ojos a permanecer en su rostro. Esta vez no estaba tan alarmada por el cambio: el extraño moreno había desaparecido, y sus ojos eran azules y rasgados debajo de un cabello leonado—. Mira. ¿No puedes ser tú mismo? No puedes ser tu propio yo?

—Sólo el tuyo.

—Entonces estás de malas —colocó su cabeza entre las manos y apretó su cabello con fuerza, con dolor, y lo arrancó de su cuero cabelludo. La bebida y la serie de noches parecían acumuladas detrás de los párpados como una espuma pegajosa, pesada. Qué vergüenza, Alex. Estás preparada para saber la diferencia entre ayudar y ser usada. No obstante, su mente se había percatado de algo, un acertijo, un desafío. De pronto, alzó la vista y le miró fijamente—. Pareces la estrella de cine, Brett Davis.

—Es verdad.

Ella negó con la cabeza, fastidiada.

—No. Brett Davis nunca diría eso. En primer lugar, tiene un acento sureño, y el tuyo es el clásico acento del Atlántico medio. Tenía razón con respecto al profesor de conversación; necesitarás uno. Además, deberás dejar de ser todos estos personajes diferentes. Incluso si buscara algo de realización en mi vida sexual —ya no aguanto más los romances, deberías saberlo, Sigmund— en público tendrás que convertirte en un rostro si en verdad quieres ser real. En realidad, hay varias cosas que debes tener en cuenta aquí.

¿Qué vas a hacer con el dinero, tu identidad, la ropa y demás? ¿Puedes extraerlos de mi cabeza?

Su mano grande se cerró sobre una de las suyas y la llevó a su rostro. Su mejilla estaba caliente con una barba incipiente; ella podía sentir su mandíbula, la bolsa carnosa de su carrillo, la contracción de los músculos mientras sonreía nuevamente.

—Eres muy buena en tu trabajo —dijo él con suavidad mientras la mano flaccida de Alexis caía. Se sintió mareada de nuevo, incapaz de fijar la vista, como si sus lentes de contacto estuvieran resbalándose, pero continuó mirándole fijamente con tozudez, resuelta a ver cómo terminaba todo esto. El se llenó como si estuviera respirando profundamente; su cabello apenas rizado se enrojeció junto con su palidez, y después de lo que pareció un largo rato ella parpadeó con fuerza pues estaba mirando a Eddie.

—Bien, eso no es justo, pelmazo —le espetó Alexis, mientras su corazón latía muy rápido—. Intentas distraerme...

—Sin embargo, yo no inicié el cambio. Tú lo hiciste. Y desde luego te diriges a mí como lo harías con Eddie.

Apareció la camarera y quiso saber qué bebía el señor. Alex frunció el ceño —ella ya le había servido una bebida a él—, luego se dio cuenta de que ésta era la muchacha que pasaba su tiempo en el baño y gastaba su sueldo pagando las cuentas retrasadas, y desde luego, éste no era el mismo caballero.

—No sabría —dijo ella, y le dio a la muchacha un billete de diez—. Esto es por mí y por mi amigo que se marchó.

—Revolvió un poco antes de cerrar su bolso de golpe, esperando que la muchacha se retirara. Luego se levantó para salir.

—Lo último que necesito es volver a abrir viejas heridas. Dios mío —miró furiosa hacia el rincón donde él se había apartado de la luz, sin importarle que ella no pudiera ver su rostro, sin importarle de quién era el rostro—. Me voy a casa para descansar un poco, y puedes aprovechar esta oportunidad para salir de mis ondas alfa o delta o como diablos quiera que se llamen. Y si recibo alguna otra llamada o te veo de nuevo, te haré arrestar, lo juro por Dios.

—¿Alexis?

—¿Qué?

—Quizá quieras volver a sentarte.

—Pues bien, ¿por qué diablos querría hacer eso?

—Eddie acaba de entrar.

Eddie sonrió con esa mueca ladeada llena de dientes que parecía haber sido cercenada en un ángulo, de modo que debía ladear su mandíbula para compensar. Sus ojos alegres echaron un vistazo a la mesa detrás de ella y registraron los dos vasos. Aflojó su corbata, tiró su cazadora sobre una silla, la dio la vuelta para ponerse a horcajadas.

—Entonces Ally, ¿te he dicho que ATT me hizo una oferta inmejorable? —dijo Eddie, como si continuara una conversación. Ella estuvo a punto de responder, por costumbre, antes de que los meses silenciosos intermedios regresaran de prisa; llevó unas manos temblorosas a sus bolsillos e intentó no mirar la sonrisa cordial y torcida que se esfumaba en el recuerdo de una boca retorcida de ira irracional. Les llevó bastante tiempo; finalmente lo resolvieron dado que soy su mayor amenaza en este preciso momento serían

muy inteligentes de integrarme en su equipo...

Eddie ni siquiera había mirado en el rincón ni reconocido otra presencia. Había adoptado su papel dominante como un abrigo viejo, y ella sabía que en su pasividad no tenía más que colocarlo sobre los hombros de él. La mente de Alexis comenzó a girar, una y otra vez, alrededor de su parloteo egoísta, como si intentara tejer una telaraña tan ceñida que sofocara las palabras, mientras tanto otra parte de ella gritaba, Di algo, haz algo, cállalo, haz que se detenga, sus huesos le dolían aún desde la vez que lo había intentado. Una y otra vez...

—Hola, Ed —interrumpió la voz frágil, precediéndole desde el rincón a oscuras mientras él se inclinaba hacia adelante, hacia la esfera de luz que irradiaba la falsa lámpara de techo antigua. Tendió una mano pecosa. La mano de Eddie.

Ella se oyó a sí misma reír.

—Eddie Lester. Te presento a Eddie Lester.

Los ojos de Ed fueron de la mano al rostro.

—¿Es esto una broma?

—No lo creo. ¿Acaso no quieres estrechar las manos?

—¡Qué! ¿Ahora son unos malditos cirujanos plásticos?

El lazo se ciñó alrededor de ella una vez más. Logró mover su cuerpo alrededor de la mesa sobre la cual descansaba la mano tendida, y tiró de la manga. Ella debía sacarlo de allí antes de que Eddie perdiera el control.

—Está bien, vamonos. Una broma es una broma, ¿no es así? Iremos a algún lado y terminaremos nuestra conversación...

—Espera, Ally. Quiero hablar con este tío. ¿Cómo diablos has fingido esto? Dios mío, te pareces a mí.

A ella le gustaba la mirada desconcertada en el rostro de Eddie: había intentado tan a menudo obtener al menos esa mirada en lugar de aceptación, de amor, cualquier cosa salvo altanería. No obstante, todo lo que ella quería ahora era huir, huir de su propia parálisis, y se estremeció cuando el extraño comenzó a hablar, pues los ojos grandes, perplejos de Eddie se estrechaban, y ella los había visto hacer aquello demasiadas veces antes.

—... comprendo su confusión, pues le entiendo —su brazo se escabulló de la presión insistente de los dedos de Alexis—. Sé cómo se enamoró de Alexis en el teléfono cuando ella era la recepcionista en la compañía telefónica donde tú eras un representante de ventas. Ella estaba en la universidad en aquel entonces y a ti te encantaba hacerte el importante. Sin embargo, ella se graduó y obtuvo un empleo prestigioso, y tú tuviste que trabajar más y más duro para mantenerte arriba, para aprovecharte de su temor de que no fuera lo suficientemente buena para trabajar con hombres importantes, para que ella te prestara atención a ti y no a los sujetos con los que trabajaba.

Las manos de Eddie estaban extendidas, su boca abierta incrédula.

—¿Qué son todas estas tonterías? ¿Qué le has estado diciendo a este loco, Ally?

—Al final, ella se sintió ahogada por ti, no correspondida, humillada por tus compañeros de bebida. Entonces comenzó a frecuentar hombres que la hicieran sentirse amada. Ahí es cuando tú la maltratas. No obstante, cuando ella te dejó fue como si se hubiera quedado con la última palabra, entonces comenzaste con las llamadas telefónicas.

Ed estuvo del otro lado de la mesa con un movimiento ágil, sus manos llenas de solapa y cuello.

—Ella follaba con cualquiera que estuviese a la vista. Era una puta, tienes suerte de que le haya propuesto recibirla otra vez. ¿Quieres hablar de violencia aquí?

Alex sintió como si hubiera recordado algo que había estado en la punta de la lengua, algo evidente que se le había escapado.

—Eddie, aquellas llamadas telefónicas...

Los ojos verdes de Ed se volvieron astutos. Empujó a su doble contra la pared y soltó una de sus manos.

—¿Qué llamadas telefónicas? ¿Cómo puede saber este tío de las llamadas telefónicas a menos que él las haga, eh?

—Si eres inocente, ¿por qué quieres pegarme? —dijo la voz del extraño.

Los ojos de Alex fueron de un Ed al otro y se sintió encoger —la garganta, las entrañas y los conductos lagrimales— hasta que la tensión pareció estremecerse por sus brazos, gritar a través de sus tendones, cada neurona atrapada en una antigua repetición de gritos, puñetazos, arredramiento y gruñidos de los cuales emergía la voz de Ed, la voz que no había oído en meses, excepto, desde luego, en el teléfono. Ella vio el brazo de Ed que regresaba, con los puños apretados, los anillos relucientes, un año atrás y ahora, pero esta vez tenía su mano sobre la mata de cabello rizado de él antes de que este puñetazo pudiera tocarle, tirándole con toda la fuerza de un año de recuerdos reprimidos de modo que el brazo se balanceó por el aire, inofensivo esta vez; y antes de que ella supiera que había golpeado, él había dado contra el piso, la nariz chorreaba sangre, y la mano de Alexis cayó flácida e insensible a su lado otra vez. Se preguntaba si su anillo de la universidad dejaría una cicatriz en su rostro, al igual que el del Fantasma.

Dave gritaba para entonces, procuraba meterse para detener la pelea que ya había finalizado, la lámpara se balanceaba locamente, su sombra se mecía mientras ocultaba la desaparición del extraño. Alex apenas lo vio irse; le gritaba a Eddie que a su vez le gritaba y, sin embargo, ella reía por dentro, regocijada, sabiendo que nunca más caería en el lazo.

—Está bien —Dave golpeó el puño contra la mesa, que alguien había enderezado oportunamente—. ¿Dónde está el otro tío, aquél que lo empezó todo?

—Ed lo empezó —dijo ella con veracidad.

—¿Dónde diablos está ese tío? —solicitó Eddie a través de un pañuelo ensangrentado—. Ese maldito chadde debe haber huido.

Ella comprendió que a Eddie le avergonzaba admitir que había sido ella, la pequeña Ally que nunca se defendía, y dado que Dave sabía cómo la había tratado Eddie y estaba de su lado —quizás estuviera enojado ahora porque no había logrado protegerla esta vez— decidió continuar con la representación.

—¿Qué tío?

—¿Qué quieres decir con que tío? Tu novio, Ally...

—¿Hay alguien aquí que haya visto un hombre salir corriendo? —preguntó Alex al círculo de clientes papando moscas. Murmuraron un no y un no sé, incluso la camarera, quien probablemente había estado en el baño de todas formas.

—Bien, ¿cómo era? —preguntó Dave a Eddie.

Eddie miró fijamente a Alex durante un largo instante, luego maldijo.

—Me las pagarás, perra.

—Bueno, alguien te ha atropellado, eso es todo lo que vi —dijo un hombre.

Alex sabía que todos habían estado en el bar mirando el partido de los Mets y, no obstante, el chasquido delicado del puño sobre la carne y el sonido contra la madera que produjo la caída de Eddie debió haber sido evidente.

—Yo lo hice, Dave —dijo ella, sonriendo abiertamente ahora, levantando sus nudillos rojos como prueba—. ¿Y recuerdas esas llamadas telefónicas que recibía últimamente?

Dave asintió con la cabeza.

—Bueno, el usuario tendrá que doblar el auricular alrededor del vendaje de su nariz.

Cuando llegó a su casa él estaba allí, acariciando al gato; se puso de pie, siempre tan caballero, cuando ella entró. Esta vez parecía bastante normal, cabello y ojos marrones, más o menos de su altura, vestido de sport. Le recordaba a alguien, pero ella no podía identificarlo y no lo intentó.

—Bueno, este es un año maldito —dijo ella a modo de saludo—. Eddie admitió lo de las llamadas telefónicas tan pronto como le acusé de obtener mi número no registrado a través de su nuevo empleo. Fue bastante tonto de parte de él venir a buscarme para jactarse de su trabajo en primer lugar, pues así fue como lo relacioné, por así decirlo. Pero siempre fue así. Le dije que tenía cintas de grabación de todas aquellas llamadas en una cámara acorazada y que las entregaría a la policía si me molestaba una vez más, que permitiría que su gente de electrónicos descifrara su voz. En realidad yo no...

—Lo sé.

Ella se interrumpió.

—Sí. Tú sabes muchas cosas. Cosas que nunca logré expresar con palabras. Realmente te debo una —se sentó junto a él en el sofá—. En realidad, también eres el primer hombre que se acercó a mí sin dominarme. Mi madre murió cuando yo tenía cinco años, y mi padre... no importa, veo que ya sabes todo esto también. Bueno, ¿qué quieres a cambio de tu ayuda?

—He conseguido lo que quería.

—No, en serio, puedo ayudarte a empezar, ¿puedo hospedarte durante un tiempo mientras buscas un empleo? Pensé que tú eras el parásito, pero ahora creo que es al revés. Maldición, ¿dirás algo por favor?

El levantó los ojos, y ella descubrió que le era fácil ahora encontrar su mirada tranquila. Pasó una mano por su cabello oscuro espeso, parecía cansado, y humano. Alex tendió la mano hacia él y tocó su mejilla nuevamente, y él sonrió.

—Todo lo que en realidad puedo decir es adiós.

—¿Qué? ¿Adonde vas?

—Al mismo lugar del que vine.

—¿A mis sueños?

—Más o menos.

Ella resolló, indignada.

—¿Entonces, por qué diablos te molestaste en salir?

—Porque tú me necesitabas.

—Sin embargo, dijiste que tú me necesitabas —ella se detuvo y negó con la cabeza—. Mira, me importa un rábano de dónde vengas, pero no puedes irte simplemente, no antes

de que llegue a conocerte realmente. Diablos, ¿te gusta el béisbol, te gustan las aceitunas? ¿Qué tipo de libros lees?

—Sí, no, y los libros sobre el Oeste.

—Igual que yo. Eso son tres puntos a tu favor. Podríamos hacer una buena pareja — eso le sonó superficial, así que agregó—: te amo —pero eso sonó tan monótono y extraño que Alexis se sumió en el silencio.

—Desde luego que me amas —dijo él con suavidad—. Siempre lo has hecho, a través del miedo y la violencia. Admito que no te cuidé cuando nos conocimos por primera vez cara a cara; disfrutaba asustándote, por despecho. Sin embargo, ahora te quiero. Eso es lo importante. Eso y regresar a donde pertenezco.

Ella logró entender, poco a poco, por qué le resultaba tan familiar.

—¿Todo estará bien entonces, en? ¿Cuando regreses... cuando te vuelvas?

El asintió con la cabeza.

—Tú sí entiendes.

—Creo que sí. Hay una cosa, no obstante...

—Nunca me dijiste tu nombre. Quiero decir, ¿acaso tienes alguno? ¿O debo decir adiós a oye, tú?

—Eso no será necesario —dijo él, en voz muy baja, la voz que ella oía cuando leía o exteriorizaba sus pensamientos, esa voz característica, su propia voz—. Oye, yo bastará.

Epílogo

Mi interés por la fantasía negra o cualquier otra, parece ser genético, heredado de mi madre, Lee, que leía ciencia ficción allá por la década de los cuarenta (cuando no se consideraba propio de una dama hacerlo), y que me alimentó con una dieta constante tanto de libros de fantasía como relatos a la hora de acostarme. Más tarde, después de que descubrí la obra de Shirley Jackson y que aprendí que los monstruos más terribles son los de la mente, mi madre me habló acerca de una pesadilla recurrente que solía tener. Soñaba que se había despertado en su propio dormitorio y había salido de su habitación y bajado al vestíbulo de su casa sin darse cuenta movida por una corazonada cada vez mayor. En la sala de estar ella vislumbraba una criatura grotesca, pesada, indefinida, y permanecía de pie paralizada por el terror hasta que realmente despertara. El sueño continuó acosándola hasta que encontró el valor para ir a la sala de estar, caminar hasta la criatura y mirarle a la cara, después de lo cual despertó llorando con pena ante el dolor y la soledad que encontró allí, y nunca más tuvo ese sueño. Mientras que El pretexto no es forzosamente su relato, o el mío, intenta ser el relato de la lucha de una mujer por mirar parte de ella misma a la cara. Para ayudarla a hacer eso debo agradecer a Shawna McCarthy y los miembros de su taller literario en The New School (La nueva escuela) en New York; y en honor a la otra mitad de mi composición genética, quien amaba la fantasía más que cualquiera de nosotros, El pretexto está dedicado a la memoria de mi padre, Pat.

La dama de compañía

La repugnancia de su cabaña alquilada era una fuente de satisfacción perversa constante para la Sra. Clyrard. Haber viajado, en el transcurso de setenta y tantos años, por la mayor parte del mundo civilizado, haber vivido en varias de sus capitales más elegantes, y haber llegado, por último, a descansar en el número tres, Vascoe's Cottages, implicaba una incongruencia que complacía su espíritu agrio e irónico. La Sra. Clyrard se abandonaba a una batalla constante contra la irracionalidad y las injusticias de la vida. Su pasatiempo íntimo consistía en detectar defectos: en el gobierno británico, en los así llamados líderes mundiales, en su banco, en sus amigos, en los jóvenes, los viejos, los estúpidos, el Tercer Programa de la BBC, el tiempo y las tartas de la tienda del pueblo. Le proporcionaba una gratificación intensa, no del todo masoquista, examinar sus horribles muebles alquilados, entrar en su pequeña cocina oscura nada práctica y descubrir que el piloto del gas se había salido nuevamente, que antes de poner una tetera a hervir debía introducir con dificultad una cerilla de tronco largo en los intersticios sucios del horno, girar, al mismo tiempo, un volante pequeño, arenoso y colocado de modo poco práctico, y esperar la explosión apagada resultante; este ritual, que a menudo debía representarse varias veces en el día debido a las fluctuaciones en la presión del gas, le colmaba con un regocijo terco, terminante, como lo hacía con todos sus sentimientos pesimistas sobre el mundo. Las viejas cubiteras de plástico reacias, que con toda seguridad se partirían en dos bajo la presión del pulgar exasperado al expulsar un solo cubo de hielo, la puerta delantera que se negaba a cerrar con picaporte correctamente, los grifos rebeldes que giraban en direcciones inverosímiles, dejando pasar un hilo delgado de agua tibia, los niveles diversos de la cabaña, que tenía escaleras hacia arriba y hacia abajo entre todas sus habitaciones, incluso unas en el medio del cuarto de baño; estas cosas colmaban su expectativa de que la vida debía ser una serie de trampas cínicas explosivas.

No obstante, la Sra. Clyrard podría haber vivido cómodamente si hubiera querido. Era rica, había estado casada, había tenido una carrera exitosa como pintora, había tenido hijos, incluso, crecidos y despachados en forma satisfactoria en la actualidad; era una mujer hermosa, inteligente y culta; la muerte le había arrebatado a su marido, era verdad, mas por lo demás no tenía mucho de qué quejarse; sin embargo, parecía que todas las comodidades posibles se habían esfumado sin motivo en favor del retiro hacia el exilio de un pueblo cómico. Ni siquiera un exilio romántico, pues Talland se encontraba lejos de ser pintoresco: era una conglomeración pequeña, de construcciones de dudosa variedad, en su mayor parte de granito, establecidas en la ladera de una colina sin árboles como si las hubieran dejado caer allí sin propósito alguno.

Vascoe's Cottages, de las cuales la Sra. Clyrard ocupaba la número tres, había sido un agregado del siglo XIX; dos pares de simples viviendas para albañiles de ladrillos rojos, que la mano de algún propietario optimista posterior había embellecido con carpintería decorativa pesada de tipo chalet, oscureciendo más, por tanto, los interiores que ya estaban iluminados de modo inadecuado.

—Ah, eso está muy bien para mí —había observado la Señora Clyrard con su habitual sonrisa breve, al observar por primera vez la número tres, por encima de su cerco de ligustro sólido.

—¿Estás segura? —preguntó dudosa su amiga y futura casera la señora Helena Soames—. ¿Estás segura de que será lo suficientemente grande para ti, lo bastante cómoda? Me temo que los muebles exigen mucho trabajo, podría haberlos retirado, si prefirieras colocar tus propias cosas...

—No, no, déjalos en el depósito. No puedo preocuparme por ellos. Esto es excelente. Y los muebles durarán lo que resta de mi vida.

La Sra. Clyrard gozaba de una salud excelente, y no obstante siempre hablaba y actuaba como si estuviera a la espera de una muerte inminente.

Se mudó a la cabaña con el mínimo de trámites y equipaje adicional: una máquina de escribir, algunos libros; pronto aprendió los nombres y las costumbres de los tenderos locales; y pronto se había establecido en términos de admirable cordialidad con todos sus vecinos; términos que implicaban que ella escuchaba —en efecto, atraída por alguna osmosis propia— todas sus insatisfacciones y quejas, mientras tanto, conservaba una reticencia considerable. La queja es adictiva; las personas regresaban ansiosas, una y otra vez, buscando más; la Sra. Clyrard tenía toda la compañía que hubiera deseado. Ella escuchaba, hacía sus propias observaciones secas y nunca desembolsaba consejos; éste era el secreto de su popularidad. Nunca brindaba información sobre ella misma, ni divulgaba sus propios sentimientos. Si se le preguntaba qué hacía con ella misma todo el día —pues resultaba evidente que no cuidaba muy bien de su casa ni era una jardinera dedicada— ella respondía: Estoy escribiendo mis memorias. He conocido gran cantidad de personas famosas —lo cual era verdad, así había ocurrido—, a bastantes reputaciones se les quitará la alfombra debajo de ellas si no me muero antes de haber terminado.

A pesar de que se refería a su posible muerte con frecuencia y sin entusiasmo, no manifestaba inquietud alguna con respecto al porvenir, y no parecía especialmente preocupada en cuando terminaría sus memorias; muy pocas cosas parecían inquietar a la Sra. Clyrard especialmente; ella descubría un placer amargo en sus ocupaciones. Mientras tanto, los años rodaban, sin otorgarle señal alguna de vejez o achaques; tampoco manifestaba disposición para buscar una vivienda más cómoda que la número tres, Vascoe's.

—No sé cómo puede soportar la casucha —comentaba la señorita Morgan con frecuencia cuando la visitaba inesperadamente para quejarse de la señora Soames—. Es tan oscura y tan fría. Cuando vivía aquí con la anciana pensé que me volvería loca con la incomodidad. Debe ser la casa más incómoda del mundo. Incluso con la instalación de aquel ascensor...

La anciana había sido la madre de Helena Soames, la señora Musgrave. Durante diez años anteriores a su muerte a causa de una enfermedad del corazón había ocupado la cabaña número tres, Vascoe's, y la señorita Morgan había sido su señora de compañía. El ascensor se había instalado a beneficio de la señora Musgrave; consistía en una silla de metal, con un contrapeso, en el hueco de la escalera, impulsado por un motorcito eléctrico. El propio hijo de la señora Musgrave, un ingeniero, lo había instalado. La anciana se sentaba en la silla, abrochada con un cinturón de seguridad; luego apretaba un botón y era transportada lentamente hacia arriba o hacia abajo. El ascensor, con su estructura metálica horrible, aún perduraba; sin embargo, la señora Clyrard, que tenía un recelo arraigado hacia cualquier maquinaria, no vio ocasión alguna para utilizarlo.

Diez años después de la muerte de la señora Musgrave, y al quedar la señorita Morgan sin una función, ésta fue transportada a la finca para encargarse de la economía doméstica de la hija, la señora Soames, un arreglo que deparó muy poca satisfacción a ambas partes.

Casi todos los días, a la hora del té, la señorita Morgan visitaba a la señora Clyrard con alguna pena para relatar sobre la manía de criticar, la crueldad, la inconsecuencia o el sarcasmo de la señora Soames, que la señora Clyrard escuchaba con su impasividad aguda habitual.

—Me gustaría en verdad que usted me tuviera por su dama de compañía, querida señora Clyrard —suspiraba a menudo la señorita Morgan, quien tartamudeaba levemente—. ¡Estoy segura de que nos llevaríamos tan bien! Yo estaría tan contenta de ocuparme de todo en lugar suyo mientras usted escribe sus memorias, y no soñaría siquiera en pedir un sueldo; todo lo que quiero es un hogar.

—Mi querida mujer, ¿qué uso posible tendría yo para una dama de compañía en esta cajita de casa? Soy casi demasiada compañía para mí misma.

La delgada, miope y pequeña señorita Morgan se rebajaba rogando:

—Considérelo detenidamente, querida señorita Clyrard, ¡considérelo!

Por las tardes la señora Clyrard oía con frecuencia el otro lado del caso: su amiga Helena la visitaba para tomar un vaso de jerez y para refunfuñar sobre la autocompasión, la ineficiencia, el descuido, el desorden, la tendencia al martirio y la incapacidad general de la señorita Morgan. La señora Clyrard tampoco hacía ningún comentario sobre eso. Tampoco le pareció adecuado intervenir cuando se agotó finalmente la paciencia de la señora Soames y despidió a la dama de compañía poco eficiente, quien, al ser demasiado vieja a estas alturas como para obtener otro empleo, se fue lamentándose a vivir con una hermana casada en Lanlivery, después de una súplica final e infructuosa a la señora Clyrard para que la tomara.

Pasó más tiempo. La señora Clyrard prestaba un oído no comprometido a las efusiones de los otros vecinos: de padres preocupados que no podían manejar a sus muchachos; de adolescentes rebeldes que no podían soportar a sus padres; de esposos traicionados; de esposas frustradas; y de amigos desilusionados que habían reñido. Su propia vida privada se mantuvo tan aparentemente tranquila como siempre; su cabello gris acero excelentemente peinado se volvió un tono más pálido, su perfil parecido a un halcón no se modificó; escribía unas pocas páginas por día en su escritorio en el estudio de arriba, cocinaba comidas livianas para ella misma, libraba su guerra de guerrillas habitual contra los inconvenientes de su casa, y continuó en su estado usual de compostura sardónica.

No obstante, luego —y la señora Clyrard no sabía precisamente cómo había ocurrido, pues el cambio se había operado por etapas tan graduales— su tranquila rutina diaria se desbarató; no fue muy grave, pero lo suficiente como para ser perceptible.

La forma adoptada por el cambio fue la siguiente: la señora Clyrard, sentada arriba en un estado de tranquilidad recordando ante su máquina de escribir, de pronto encontraba su concentración rota por un impulso extraño de ir abajo y realizar alguna tarea innecesaria e insignificante en la cocina. Algunas veces su ser más racional era capaz de resistir el impulso trivial; sin embargo, otras veces no lo era; y casi antes de que tomara

conciencia del proceso se encontraba en el fregadero lavando los paños de cocina; o limpiando las hojas de vidrio emplomado de la puerta delantera (lo mismo daba a la luz, pues el cerco de ligustro sin podar crecía a seis pies de ésta); o lustrando zapatos, o descongelando el refrigerador.

Esto era muy molesto, sin embargo la señora Clyrard no tenía ninguna intención de resignarse a ello. Era una mujer de espíritu práctico absoluto. Si sentía una punzada en un diente, consultaba con su dentista; si detectaba un traqueteo en su automóvil, lo remitía al garaje. Posibles fenómenos psíquicos no pesaban ni más ni menos en su juicio que las fallas del sistema eléctrico o los ratones en la despensa: así como llamaría a un electricista o a un gato por estos últimos inconvenientes, para los primeros había recurrido a un exorcista. Afortunadamente, conocía a uno: un viejo amigo de ella, un deán rural, que vivía en semiretiro en Bath, que aún se interesaba activamente en los casos paranormales, y de vez en cuando oficiaba una ceremonia para extirpar algún espíritu inoportuno o alborotado.

La señora Clyrard le escribió y le invitó a que la visitara, decidiendo que se hospedara en una casa de huéspedes cercana, pues detestaba tener personas alojándose en la cabaña.

Cuando él llegó, no perdió tiempo en explicarle la molestia.

—Alguien intenta ocupar mi mente, o mi casa —dijo en tono flemático, aunque con un grado de exasperación importante—. Te agradecería enormemente que por mí trataras este tema, Roger.

El deán, deleitado con el extraño problema, prometió ver qué podía hacer. Para asistirle, fue a buscar una médium de Bath, una ciudad muy azotada por fenómenos psíquicos, quizás debido a su ubicación encerrada y baja.

La médium, señora Hannah Huxley, una dama gorda y ciega, consintió con el deán en tomarse el problema como un desafío de lo más serio. Dieron la vuelta a las alfombras, inscribieron fórmulas y diagramas para ahuyentar a los espíritus invasores en los suelos de todas las habitaciones, recitaron conjuros, encendieron velas y rociaron agua, realizaron diversos rituales que incluían las puertas, las ventanas, las cortinas, los espejos, las escaleras, el hogar, las luces. En cierto momento durante los procedimientos, que fueron largos, y de alguna manera aburridamente reiterativos para la señora Clyrard, la señora Huxley entró en un trance.

—¿Acaso su esposo —preguntó de pronto, mientras salía de esta condición de manera tan abrupta como había entrado—, acaso su esposo murió de una herida en la cabeza, señora Clyrard?

—Desde luego que no —dijo la señora Clyrard con aspereza, sobresaltada y para nada encantada con esta invasión en sus asuntos privados—. Murió de carcinoma intestinal.

—Qué extraño. Tengo pruebas inconfundibles de una presencia bastante cercana a usted que sufrió alguna vez una herida en la cabeza. ¿Está usted segura de que no puede pensar en una persona semejante?

La señora Clyrard se movió uno o dos pasos a un lado, con repugnancia, antes de responder nuevamente:

—Absolutamente no.

Su fe había disminuido algo por entonces, observaba en un silencio irónico mientras el deán y la señora Huxley concluían con su ritual, habiendo localizado ahora, aparentemente, a la entidad intrusa.

En forma amable, halagando, profiriendo frases en latín melifluas formadas con el propósito de engatusar dichos visitantes indeseados fuera de su alojamiento, el deán caminó lentamente, hacia atrás, haciendo señas, hacia la puerta delantera, la abrió, esperó, y recitó una advertencia prohibitiva final, antes de cerrar la puerta y regresar junto al hogar.

—¡Bien, se ha ido! —dijo con una sonrisa radiante—. Eso no podrá entrar otra vez por ahora.

¿Eso? pensó la señora Clyrard, en un impulso por protestar enérgicamente. ¿Cómo es posible que aquella emanación vaga, infeliz, intrusa e indefinible se reduzca y se precise por semejante palabrita concreta y brusca como eso?

—Pobrecito, simplemente odiaba irse —prosiguió el deán—. No, me temo que no quería irse en lo más mínimo. ¿Le oíste lloriquear?

La señora Clyrard no le había oído lloriquear.

Sofocando su escepticismo, no obstante, ella dio las gracias al deán y su colega cortésmente, les refrescó después de sus esfuerzos con té y tartas de la tienda del pueblo, conversó durante una hora cortés y, finalmente, con alivio, les acompañó a la puerta y les despidió. Aún escéptica, mas con un espíritu de investigación científica tranquilo, subió las escaleras para escribir durante una hora a modo de experimento.

Y el deán había acertado por completo, perfectamene disculpado por su confianza: no había nada que perturbara su concentración; descubrió que podía trabajar en paz imperturbable durante la hora entera. Ni un solo pensamiento de las cosas del té esperando abajo sin lavar se deslizó siquiera por el borde de su conciencia.

Cuando Helena Soames llegó poco después para beber un vaso de jerez, a las seis y media, la señora Clyrard se encontraba en un estado mental altamente satisfactorio y, contrario a su hábito reticente usual, narró la historia.

—Sin embargo, aún no puedo imaginar quién puede ser la persona que sufre de una herida en la cabeza —finalizó.

—Ah, ¿acaso no puedes? —dijo la señora Soames, quien había escuchado con sumo interés—. Sin embargo, es perfectamente evidente, querida mía. Debe ser la pobre señorita Morgan.

—¿La señorita Morgan? ¿Acaso tenía una herida en la cabeza? Nunca lo supe.

—Sucedio antes de que vinieras al pueblo, desde luego. En realidad, ocurrió mientras la señorita Morgan cuidaba de mi madre en esta cabaña; después de que Edward instalara la silla-ascensor. La señorita Morgan había sujetado a mamá a la silla con una correa y después —mujer tonta— asomó la cabeza por encima del pasamanos para decir: ¿Hay algo que desea que le traiga, señora Musgrave?. Naturalmente, el contrapeso cayó, le golpeó en la cabeza, y la dejó tonta. Nunca fue del todo la misma después de eso, pero hasta entonces tampoco había sido demasiado brillante. Afortunadamente, mamá murió poco después.

—La señorita Morgan, sí, por supuesto —dijo la señora Clyrard reflexionando, al recordar la súplica de la mujercita triste para que se le permitiera regresar a las

incomodidades de la número tres, Vascoe's—. Estaría tan contenta de cuidarle la casa mientras usted escribe sus memorias. Ni soñaría con pedirle un sueldo. Todo lo que quiero es un hogar.

Simplemente odiaba marcharse —había dicho Roger—. No quería marcharse en lo más mínimo.

Mirado a través de aquellos ojos, la salita de estar oscura con sus muebles de estilo Tottenham Court Road adoptó, por un instante, la apariencia de un refugio cálido y feliz.

—La señorita Morgan —repitió la señora Clyrard—. ¿Qué fue de ella?

—Ah, se fue a vivir con aquella hermana suya casada a Lanlivery. Esta hermana la había despreciado. La señorita Morgan no quería ir, ¿pero qué podía hacer? A su edad no podía conseguir otro empleo. De todas formas, evidentemente fue un arreglo desastroso, pues alrededor de seis meses más tarde oí que se había ahogado en un arroyo. Todo conduce al bien a la larga; como dije, nunca había estado demasiado bien después de aquel accidente. Bien, tú lo deberías haber notado, ella solía venir aquí protestando ante ti muy a menudo.

—Sí. Eso hacía —dijo la señora Clyrard de la misma forma pensativa.

La señorita Morgan: aquella mujercita melancólica, ineficaz, tanto en la muerte como en la vida al parecer.

¿O era ella?

Al acompañar a Helena a la puerta, media hora más tarde, al cerrarla enérgicamente detrás de ella, la señora Clyrard tomó conciencia por primera vez de que las distracciones mentales anteriores triviales aunque irritantes que le habían asaltado podrían haberse intercambiado por algo todavía más inusual: una sensación de desconcierto, de inquietud; quizás incluso —para analizarlo más de cerca— ¿miedo?

Pues aunque el deán y la señora Huxley habían llevado de la mano a esa cosa fuera lo que fuera lloriqueante y poco dispuesta hasta la puerta delantera y fuera de la casa, eso era todo lo que habían hecho; ellos no afirmaron haberlo aniquilado, o conducido más allá del umbral.

La señora Clyrard se permitió echar una mirada intranquila a la puerta que servía de marco a su cuadrado de oscuridad con hoja de vidrio.

Acaso su visitante —allí afuera en el jardincito encerrado por el ligustro, allí afuera detrás de la puerta de vidrio en la noche lluviosa— no sentiría ahora, ¿quizás un cierto grado de resentimiento por su exclusión?

La señora Clyrard oyó que la puerta del jardín —que como de costumbre no se había cerrado correctamente— comenzaba a chirriar y a hacer ruido mientras se balanceaba de un lado a otro con el viento creciente.

Ella sabía que debía ir y cerrar la puerta antes de que se estropearan las bisagras. Y, sin embargo, vacilaba en el pequeño vestíbulo triste, extrañamente poco dispuesta a poner los pies fuera de la seguridad de su casa.

Epílogo

La dama de compañía es una historia verdadera. Solamente he cambiado los

nombres, en caso de que algunas de las personas mencionadas se encuentren vivas aún. El personaje principal, la señora Clyrard, era una antigua amiga de mi padre, que se estableció, cuando ya era mayor y viuda, no muy lejos de donde vivo, y a la cual le tenía un gran cariño. Vivió toda su vida al margen del mundo literario, había conocido poetas, críticos y compositores; su mayor deseo era figurar, ella misma, en alguna obra literaria.

¿Por qué no escribes un relato sobre mí? solía decir, de modo que, cuando me contó los elementos básicos de La dama de compañía, y la convertí en un relato corto y la hice publicar, ella estaba encantada. Mi padre también había escrito un relato acerca de ella con el título de Spider, Spider (Araña, araña), mas nunca tuve el valor de preguntarle si ella era consciente de que éste era un retrato de ella. Hacia el final de su vida, comenzó a fastidiarnos a mi hermana y a mí amenazándonos con nombrar a alguna de las dos como su testamentaria literaria. Ella siempre había anunciado su intención de escribir un gran libro de memorias.

Todos los diarios que he conservado, todas las personas, todos los escándalos que he conocido, será su trabajo, el trabajo de una de vosotras, clasificarlos.

Mi hermana y yo considerábamos este proyecto con terror y alegría mezcladas. Habíamos visto los papeles; sabíamos que estaban en la cabañita encantada, pilas y cajas de ellos. ¿Qué no podríamos encontrar? ¡No obstante, qué trabajo Y por otro lado teníamos muchísimo trabajo propio que continuar.

Tal como resultó luego, después de la muerte de nuestra amiga, a los noventa y tantos años, llegó una nieta de los EE. UU., embaló todos los libros de prisa (muchos de los cuales le habíamos prestado nosotras) y, cuando le preguntamos qué había hechos con los papeles, dijo:

— Ah, los quemé.

— ¿Los has quemado? ¿Todos aquellos papeles?

Si nosotras hubiéramos sabido, dijo ella misteriosamente, qué vieja arpía había sido su abuela mientras ella crecía, convendríamos con ella en que quemarlos era lo más seguro y mejor que podía hacerse con aquellos papeles.

Aturdidas, consternadas, no obstante, por la pérdida de la inmortalidad de nuestra pobre amiga, no sabíamos qué responder; después de todo, los papeles habían desaparecido, no había nada que hacer. Sin embargo, a mí sí se me ocurrió preguntarme si este acto despiadado podría haberse realizado por la nieta que era, sin saberlo, el agente de otra persona; si ésta habría sido la venganza final de la pobre señorita Morgan.

Las manos del señor Elphinstone

Las manos del señor Elphinstone eran frías y levemente húmedas.

Esta desagradable característica física fue la primera impresión que tuvo Eustacia Wallace del médium, incluso después de haberle estudiado con la mirada a la luz —los ojos grandes y hundidos, la barba encanecida, la frente alta—, incluso después de oírle hablar con voz educada, bien modulada, Eustacia no podía dejar de pensar cuánto le había desagradado el roce de sus manos.

Echó una mirada a su hermana y advirtió que, al igual que las demás mujeres presentes en aquel salón atestado y casi sin aire, Lydia Wallace Steen estaba completamente embelesada. Eustacia advirtió de pronto que se estaba limpiando las palmas de las manos en su falda, y se obligó a detenerse. De haber llevado guantes, como cualquier muchacha bien educada (si no hubiera sido tan tosca como para perder su último par de guantes, ni demasiado descuidada como para tomar prestado el de su hermana), de haber estado vestida como las demás señoras, como debería ser, no hubiera sabido nada acerca de la piel del señor Elphinstone.

Lydia se espantaría, y con mucha razón, si conociera los pensamientos de su hermana mayor. Eustacia se esforzó, como lo había hecho tan a menudo antes, por elevarlos a un plano superior. El señor Elphinstone hablaba sobre el Éxtasis Celestial, la Vida Eterna y el Amor que Trasciende Toda Comprensión.

Eustacia no lograba concentrarse. No era su intención preferir pensar en las manos del señor Elphinstone, o en el calor viciado de la habitación, o en el hecho de que su cena había sido escasa, sólo... todas estas cosas, que pertenecían al mundo real, tenían un poder del que carecían las ideas abstractas, a pesar de su belleza. ¿Qué posibilidad tenía el Amor Perfecto contra un trozo de carne o una mano humana fría y húmeda?

—Nos imaginamos a los difuntos, nuestros seres queridos, como nosotros, tal como los conocimos: nuestros hijos, padres, hermanos, amigos, novios. Cuando pensamos en ellos nos los imaginamos con los mismos cuerpos, sin diferencia alguna, sólo más allá de nuestra comprensión. Sin embargo, mis queridísimos hermanos y hermanas —prosiguió el señor Elphinstone, bajando la voz de modo teatral— no es así. La muerte es una transformación mucho mayor que el nacimiento, con el que a veces se la compara. El alma abandona el cuerpo en el momento de morir, y alcanza una existencia nueva y maravillosa. La mortalidad se extingue junto con la carne. No hay cuerpos en la vida después de la muerte, ni carne en el cielo. ¿Me comprendéis?

Varias cabezas asintieron. Eustacia también lo hizo, mientras se preguntaba si habría refrescos más tarde.

—Los muertos son diferentes. No podemos concebir esta diferencia; sólo lo sabremos cuando nos reunamos con ellos. El camino más sabio es aceptar nuestra ignorancia, aceptar que ya no están con nosotros, que se ha cumplido la voluntad de Dios, y todo está bien... Aunque, desde luego, es propio de la naturaleza de los vivos cuestionar y lamentarse... no aceptar, sino querer saber siempre más. ¿Acaso no es este el motivo que las trajo aquí?

Se detuvo, al parecer esperando una respuesta. Hubo cambios incómodos entre los

que lo escuchaban, y Eustacia aprovechó la oportunidad para apartar de prisa la silla del fuego. Una señora delgada de avanzada edad vestida con sedas negras anticuadas se aclaró la voz suavemente, y el señor Elphinstone posó sus ojos morenos en ella.

—¿Sí, señora Marcus? Cuéntenos por qué ha venido.

—Usted lo sabe.

—Sí, ya lo sé, pero díganos.

—Se trata de mi hijo, Nathaniel. Murió en Bull Run. Sólo tenía dieciocho años. Mi único hijo... Nunca supe el momento en que murió; esperé durante mucho tiempo hasta saber que había muerto, e incluso entonces no podía estar segura... Durante años yo... Pero finalmente... Creí que lo había aceptado. Dos años atrás murió mi esposo. Y desde entonces he pensado cada vez más en nuestro Nathaniel... me he preocupado por él. Despierto en la noche pues temo que tenga frío, hambre o dolor. El señor Marcus siempre podía cuidarse solo, y yo estuve junto a él al final. Mas Nathaniel era sólo un niño, y murió en un campo de batalla... Nunca sabré con certeza cómo murió. No dejo de pensar, si tan sólo pudiera haber estado junto a él al final, para limpiar su rostro o coger su mano, para consolarlo un poco... Si tan sólo pudiera verle una vez más, para asegurarme que no sufre y que es feliz... Simplemente verle una vez más... escuchar algún mensaje de él, eso sería otra cosa.

—Sí —afirmó el señor Elphinstone en tono suave—. Sí, por supuesto. El tacto, la vista y el oído son todos tan importantes para nosotros, los vivos. No podemos comunicarnos sin nuestros sentidos; sin ellos, ni siquiera podemos creer. Y los muertos, que han trascendido este estado, todavía perciben nuestras necesidades e intentan darnos lo que queremos... intentan tocarnos, hablarnos, comunicarse con nosotros. Y sin embargo, ¿cómo pueden hacerlo sin un cuerpo? ¿Cómo pueden hablar, o tocar sin él?

Los ojos ardientes del señor Elphinstone estaban fijos en Eustacia. Ella sintió calor y frío. ¿Qué quería él de ella? Todos los que estaban allí reunidos esperaban que respondiera. No tenía escapatoria. Abrió la boca y disparó:

—Fantasmas.

—¿Fantasmas? —él sonrió con seriedad—. ¿Pero qué son los fantasmas? ¿De qué están hechos? Los muertos no poseen ninguna sustancia material. No obstruyen el paso de la luz. Es imposible verles. Y si deben comunicarse con nosotros de alguna manera, sea cual fuere, la sustancia física resulta imprescindible. ¿De dónde habrá de venir? Nada viene de la nada, tal como afirmó el poeta. Y ellos deben tener algo si debemos conocerles. ¿De dónde proviene este algo? Pues bien, queridos, queridísimos amigos: proviene de mí —su sonrisa era ahora absolutamente beatífica; su rostro parecía brillar—. Tengo el don extraordinario de otorgarles a nuestros queridos difuntos un aspecto terreno breve, transitorio, aunque no del todo inadecuado. Algunos médium han sido dotados de la capacidad para producir una sustancia conocida como ectoplasma, una emanación de mi propia carne que viste a los espíritus descarnados y les permite, aunque fugazmente, vivir y hablar a sus seres queridos. No ha querido la voluntad de Dios que deban regresar a esta vida. Cuando él los ha elevado a una mejor, como tampoco ha querido la voluntad de Dios que los que quedaron aquí deban sufrir indebidamente, o dudar de su promesa de vida eterna. De hecho se ha afirmado: Busca y encontrarás; pide y te será dado. De modo que ahora, queridos amigos, ustedes que están en la búsqueda, les pido que observen y

aguarden mientras me ofrezco con toda generosidad a cualquier espíritu que esté flotando cerca.

A medida que hablaba, se apagaron las lámparas, y sólo la luz del hogar alumbraba la habitación. Lydia tocó el brazo de su hermana y susurró: obsérvale.

Los ojos del señor Elphinstone estaban cerrados. Parecía una estatua allí en su asiento. Los demás, al haber estado antes aquí, sabían qué debían mirar, de modo que estaban enterados de lo que ocurría antes de que Eustacia advirtiera algo inusual. Solamente por el movimiento y el murmullo de las otras personas, y por la mano de Lydia que había asido la suya comprendió que no se trataba de una jugarreta de sus ojos en la luz mortecina: un vapor blancuzco emanaba desde la zona de las rodillas del señor Elphinstone, sobre las cuales descansaban sus manos.

No obstante, no era solamente un vapor. Parecía más sólido y voluminoso que eso. Luego el señor Elphinstone elevó las manos a la altura del pecho y resultaba evidente que esta cosa amorfa, turbia y que se desplazaba estaba adherida de alguna manera a sus manos, se originaba en ellas quizás. Al sonido de boqueos, gemidos y suspiros de los allí reunidos, la nube reluciente entre las manos inmóviles del señor Elphinstone comenzó a moldearse, a cobrar forma. Una forma humana, aunque pequeña. Una cabeza, un cuello, hombros, brazos... ¿Acaso no era eso una cara? Eustacia no estaba segura si había rasgos faciales distinguibles bajo la luz trémula, o si era ella que hacía figuras de manera inconsciente, como cuando observamos las nubes.

De pronto, Lydia exclamó:

—¡Ese es mi bebé ¡Mi dulce George

Luego se cayó de su asiento, completamente desmayada.

La sesión espiritista se detuvo de manera abrupta por la necesidad de ayudar a Lydia. En el alboroto por buscar sales aromáticas y agua y encender nuevamente las lámparas, Eustacia no vio qué le ocurrió al bebé fantasmal, pero había desaparecido. El señor Elphinstone, pálido y agotado, se mantenía apartado y en silencio mientras las mujeres se preocupaban por la pobre Lydia.

Mas la pobre Lydia estaba extática. Algo temblorosa, le aseguró a los demás, pero la emoción había sido gozosa, y no se había sentido tan bien, tan exaltada, en años.

—Sonreía —dijo Lydia—. ¡Nunca creí que vería a mi bebé sonreír nuevamente! Me lo quitaron cuando tenía tres meses, pero es feliz en el Cielo. Siempre será feliz, sonreirá para siempre. Qué consuelo, verle otra vez y saber que es feliz.

Este era el motivo por el cual Lydia había venido a ver al señor Elphinstone, desde luego. Eustacia se avergonzó de sí misma por no haberlo advertido. Al principio, había pensado que este paseo vespertino era sólo una de las maneras de Lydia de presentar a su hermana menor en sociedad y, por lo tanto, a jóvenes más idóneos. Luego había pensado que la sesión espiritista era otra de las travesuras de Lydia, como oír a los oradores por el sufragio femenino. No había advertido que era algo personal... En efecto, tendía a olvidar que su hermana alguna vez había conocido la bendición fugaz y penosa de la maternidad. El niño no había vivido mucho tiempo; había muerto tres años atrás, y durante ese tiempo no había llegado ningún otro para llenar su cuna. Y sin embargo no se le había ocurrido que Lydia todavía estuviera llorándolo. Por lo general, Eustacia envidiaba a su hermana por la libertad que le proporcionaba su matrimonio, mas ahora sólo se compadecía de ella.

Durante varios días después, cuando Eustacia había regresado a su casa en la granja y la excitación de la visita a su hermana había quedado atrás, algo extraño en sus manos le fastidiaba. Parecía no poder calentarlas, ni siquiera frotándolas delante del hogar, cosa que rara vez le permitían. Pues había trabajo que hacer —siempre había trabajo que hacer— y la mejor manera de mantenerse caliente, decía su hermana Mildred, era mantenerse atareada. De nada valía discutir. Y en realidad no era la temperatura de los dedos lo que le molestaba sino otra cosa contradictoria: aunque estaban frías, sus manos sudaban en abundancia y de manera constante. Las limpiaba cada vez que podía, en su delantal o con una toalla, pero era inútil. Sus manos estaban siempre frías y húmedas.

Exactamente igual que las del señor Elphinstone.

Intentó no pensar en ello. Era demasiado absurdo. ¿Acaso sus manos podían tener algo que ver con las de ella? ¿Acaso existía tal enfriamiento en las manos que ella pudiera haber cogido de él? Nunca había oído una cosa así —un enfriamiento en la cabeza o en el pecho, pero no en las manos— aunque eso no quería decir que no fuera posible. Un médico lo sabría... pero los médicos eran caros. Su padre, al verla en perfecto estado de salud, no aprobaría una visita al médico. Si intentara explicárselo a su padre, estaba segura que lo que él consideraba una cura sería lo mismo que pensaba Mildred: más trabajo, menos ensoñaciones ociosas. No intentó contárselo, ni a él ni a nadie. Avergonzada por este extraño problema, se lavaba las manos a menudo y llevaba una provisión de pañuelos de bolsillo.

Una tarde, mientras ayudaba a su hermana a sacudir y a doblar ropa blanca limpia de la cuerda para tender, Mildred de pronto torció el rostro y preguntó con severidad:

—¡Eustacia! ¿Te gotea la nariz?

—No, hermana —sintió que su cara se calentaba.

—¿De dónde crees que vino esto? —allí, en la blancura recién lavada y dura de la sábana, brillaban cuatro gotitas de moco. Del otro lado, Eustacia estaba segura, encontraría una quinta marca que había dejado su pulgar. Permaneció muda, mientras su rostro se ruborizaba.

—¿Has perdido tu pañuelo de bolsillo? Es un hábito sucio e infantil, Eustacia, sonarte la nariz con los dedos; algo que no me hubiera esperado de ti, a pesar de lo desaliñada que eres con tus hábitos personales. ¡Y es tan poco saludable! Deberías pensar en los demás.

—¡No fui yo! Mi nariz no... ¡No fui yo, Mildred de veras!

Mildred podría haberla creído, pues Eustacia, a pesar de todos sus defectos, no era mentirosa, mas ella no podía evitar, y lo sabía, los pequeños gestos furtivos con los cuales intentaba secar y ocultar sus manos.

Mildred entrecerró los ojos:

—Enséñame tus manos.

Había una especie de alivio en que la cogieran; en obligarla, finalmente, a compartir su secreto sucio. Aunque acababa de limpiárselas, sus manos estaban húmedas nuevamente. Algo más espeso, más viscoso y menos líquido que lo que ella, durante varios días, había creído —o deseado— que era sudor, brotaba de las yemas de cada dedo y luego se juntaba en sus palmas.

Con el rostro torcido en una mueca de asco, Mildred sostuvo las manos de su hermana y las examinó. Era algo desagradable. Pero era evidente, tanto para Mildred como

para la propia Eustacia, que aquella sustancia no había llegado hasta allí después de haberse sonado la nariz o limpiado las manos, sino que se producía —secretaba— a través de la piel de las manos.

—No sé lo que es —dijo Eustacia—. Ha estado ocurriendo... hace varios días. Te dije que mis manos estaban frías. Puedes comprobarlo. Al principio sólo estaban frías... luego, parecían húmedas... y ahora... esto. No sé lo que es; no sé cómo detenerlo —rompió a llorar.

Las lágrimas fueron siempre la estrategia equivocada con Mildred. Frunciendo el ceño, soltó las manos de Eustacia y limpió las suyas severamente en su delantal.

—Deja de llorar a gritos, niña, no te duele, ¿no es cierto?

Todavía sollozando, Eustacia negó con la cabeza.

—Bien. Entonces, no es nada. Es sólo tu nariz que gotea. Ve y lávate. Lávate bien las manos, recuerda. Y mantenlas calientes y secas. Tal vez deberías descansar. Eso es. Échate y mantente caliente. Puedes prender el fuego en tu dormitorio. Descansa y mantente caliente y mañana estarás muy bien.

Eustacia dejó de llorar, satisfecha al saber que tendría el lujo de encender el hogar en su dormitorio, y el lujo aún mayor de no hacer absolutamente nada.

En una familia de trabajadores muy constantes, Eustacia era la holgazana. Lydia, también, había despreciado el trabajo que se le exigía a las hijas en una casa sin sirvientes, mas Lydia nunca fue perezosa. A ella le gustaba coser, en especial el bordado y la costura fina, amaba la música y se la solía encontrar leyendo libros para instruirse. Cualquier momento que pudiera robarle a los quehaceres domésticos lo dedicaba a sus propias actividades artísticas e intelectuales. Eustacia, por otra parte, disfrutaba de la conversación y de la lectura de novelas, pero su mayor felicidad consistía en no hacer nada. Le gustaba dormir, le gustaba soñar, meditar y construir castillos en el aire, sentada junto a la lumbre en el invierno, sentada a la sombra de un árbol en el verano.

Aunque Mildred y Constance solían criticar a Eustacia por holgazana, Lydia había formado una alianza con ella, pues creía que su hermana menor era, al igual que ella, de un temperamento artístico. Animaba a Eustacia a que olvidara sus pesares presentes al pensar en la felicidad que sería suya dentro de unos años, una vez que hubiera contraído matrimonio y fuera la dueña de su propia casa. Ella, después de todo, había hecho una buena elección: un hombre que la obsequió un piano para su cumpleaños y pagaba sus clases particulares. Su casa en la ciudad estaba provista de un cocinero, dos criadas y un criado, y también un muchacho que venía dos veces a la semana para arreglar el jardín. El esposo de Lydia no era rico, pero sí holgado, como decían, además de estar profundamente enamorado de su esposa. Lydia no era tan vulgar como para proponer que Eustacia se casara por dinero, mas su esposo conocía varios jóvenes que prometían en el mundo de los negocios; jóvenes que pronto serían capaces de tener los medios para mantener a una esposa. Era con la intención de darle una oportunidad a Eustacia de que conociera un consorte adecuado que Lydia con frecuencia la invitaba a que se alojara en su casa y la llevaba a conciertos, veladas, bailes y otras reuniones sociales.

Eustacia acompañaba a Lydia dondequiera que fuera cada vez que se lo pidiera, aunque dudara de que el matrimonio fuera la respuesta. No era bonita; muy por el contrario, carecía del encanto personal que impulsaba a los hombres a idolatrar a Lydia.

Tal vez encontrara un esposo, pero seguramente no encontraría romanticismo. E incluso si lograra contraer matrimonio con un hombre que la amara, que no fuese un granjero, ni pobre, ni un tirano despreciable como su padre, su destino sería igual al de su madre: dar a luz diez niños en diez años, y morir de agotamiento. Ella no anhelaba cambiar una forma de servidumbre por la otra.

En el dormitorio que una vez compartiera con Lydia y Constance pero que ahora era sólo de ella, Eustacia preparó la lumbre en el hogar. La asquerosidad pegajosa y transparente de sus manos se trasladó a los leños y al papel, aunque ardieron sin ningún efecto nocivo aparente. Cuando la lumbre tiraba muy bien, se desvistió y se colocó el camisón. Por entonces bostezaba poderosamente, y tan pronto como se arrastró dentro de la cama sintió que el sueño la embriagaba.

Cuando despertó a la mañana siguiente sus ojos estaban viscosos, las pestañas tan adheridas que tuvo que luchar para abrirlos; y no sólo los ojos estaban así. Todo su rostro, la cabeza, las manos, la parte superior de su cuerpo, podía sentir el tirón firme y pegajoso del mucus seco. Parecía una tela de araña, o la viscosidad de un caracol, que le atravesaba el rostro en todas direcciones, le enlazaba el cuello y los brazos y se secaba rígida en su cabello. Sintió que se abrían miles de grietas al torcer su rostro con desagrado. Un quejido atormentado escapó de sus labios mientras salía a gatas de su cama. El agua del cántaro estaba helada, pero por una vez no le importó, apenas lo advirtió, mientras la arrojaba en todo su cuerpo, en un desesperado esfuerzo por quitarse esa cosa viscosa y asquerosa. La repugnancia, y no el frío, la hacían estremecerse.

Eustacia no era la criatura extremadamente sensible y refinada que dictaban las costumbres de la época para las mujeres. La hija de un campesino trabajador no podía tener un estómago débil, aunque Eustacia sabía que no era tan quisquillosa, ni tan fina como sus hermanas, lo cual le avergonzaba. Algunas veces la enfadaba, pues no lo consideraba justo. Los hombres no debían fingir que estaban hechos de porcelana, entonces ¿por qué las mujeres sí? La perfección no era natural; el cuerpo era una cosa desaliñada.

Pero no como esto. Esta mescolanza no era natural. Gracias a Dios, resultó fácil de limpiar con el agua. Más tranquila ahora que su rostro, su cuello y sus manos estaban limpios, Eustacia vertió lo que quedaba del agua en el bol y consideró si sería suficiente cantidad para lavar su cabello.

Alguien golpeó la puerta, y antes de que pudiera decir nada para detenerla, Mildred había entrado.

—¿Te sientes mejor esta mañana? ¡Ah! —sus ojos severos habían visto algo, y la preocupación disfrazada de su rostro se convirtió en un instante en otra cosa, en comprensión—. Es tu período, desde luego.

—No... —pero antes de que pudiera protestar, Eustacia comprendió que había estado demasiado preocupada y atemorizada para advertirlo antes. Sintió la humedad entre sus piernas, giró su tronco hacia atrás y vio lo que Mildred había visto: la mancha de sangre en su camisón, distintiva de su estado.

—¿Pero qué haces levantada? Sólo te enfermarás. Debes mantenerte caliente. Te traeré toallas limpias. Bien, ahora ve a la cama. Le diré a Pa que te sientes indispuesta y que no bajarás hoy. Te traeré unas tostadas y un poco de té aquí arriba, y haré el fuego

aquí en tu dormitorio. ¿Y bien? ¿Qué esperas?

Eustacia señaló debajo de su cintura.

—Debo... limpiarme.

—De acuerdo. Pero apresúrate, no te quedes durante mucho tiempo en el frío... sabes que en este momento el físico de una mujer es cuando más débil está.

Una vez sola, Eustacia cayó en la cuenta de que Mildred había decidido que lo de ella no era nada grave. Había redefinido lo extraño que resultaba que unas manos exudaran mucus como un efecto colateral de la menstruación. Poco importaba que fuera extraño y desagradable, pues como sucedía en este preciso momento en que ella sangraba, debía aceptarse como otro síntoma de la indisposición femenina.

Formó una braga de tela de toalla, se puso un nuevo camisón y se metió en la cama. Había sangre en las sábanas, pero estaba seca. ¿Por qué cambiarlas ahora, si seguramente las ensuciaría otra vez? Con cinco hermanas había visto cómo diferentes mujeres padecían la maldición de Eva, incluso mujeres con los mismos padres y la misma educación. Se preguntó si Mildred estaría en lo cierto.

Sin embargo, Mildred no sabía lo que ella sí sabía: que sus manos habían estado frías y húmedas, exudando esta extraña sustancia no simplemente durante un día o dos, sino durante más de una semana.

Al recordarlo, llevó una mano a su cabeza. Vacilante al principio; luego frunciendo el ceño de sorpresa, pasó sus dedos por el cabello limpio: ni coagulado ni enmarañado, ni pegajoso ni duro. Limpio.

Se incorporó para buscar el espejo de mano, para que sus ojos le confirmaran lo que sus dedos le habían revelado. Cogió el vestido de la silla donde lo había colgado la noche anterior y examinó la falda. Pero a pesar de que recordaba cuantas veces se había limpiado sus manos húmedas y viscosas allí, ahora no podía sentir ni ver rastro alguno de la materia extraña. Su pañuelo de bolsillo también estaba limpio, aunque recordaba con mucha claridad la bola pegajosa y horrible que había hecho con él.

Y todo eso había desaparecido ahora; se había esfumado. ¿Había concluido?

Con sus dedos se tocó las mejillas y luego frotó los labios. Sus dedos estaban fríos y apenas húmedos.

Pronto se habituó a limpiarse las manos cada vez que sentía que se humedecían. En este momento, recostada en la cama, contra las almohadas, decidió no hacer nada y ver qué ocurría.

Sus manos descansaban sobre la colcha a la altura de su pecho. Sintió un hormigueo en las yemas de los dedos y luego vio que aquella cosa rezumaba en forma de zarcillos tenues y pequeños.

Esta visión le hizo correr un hormigueo por la piel, y se le ocurrió algo horrible. ¿Y si aquellos brotes pegajosos no emergieran sólo de las yemas de los dedos sino de todo su cuerpo? Ese hormigueo... Casi sin aliento, se mantuvo erguida y rígida, luchando por vencer ese impulso de querer brincar y rasgar su camisón. Esperaría a ver qué ocurría.

Los brotes brillantes se espesaron y solidificaron. Parecían dedos fantasmales. Eran dedos, manos.

Pensó en las manos del señor Elphinstone, y en la forma espectral que había aparecido entre ellas, que aparentemente había brotado de ellas. Mientras tanto, las manos

unidas a las suyas se hicieron aún más grandes, y luego comenzaron a estirarse, a apartarse de ella y formar brazos. Miraba sorprendida. ¡Ella también podía hacerlo! El señor Elphinstone no era tan especial, después de todo.

Pero estas manos y brazos no eran los de un bebé. Eran demasiado grandes para ser de un niño. Por otra parte, había algo desagradablemente familiar acerca de ellas mientras formaban el pecho y los hombros de un hombre. Aún no se había formado la cabeza, pero Eustacia supo de pronto quién era.

Desde luego, era el señor Elphinstone. El le había hecho esto a ella. Había planeado con toda maldad llegar hasta ella de esta manera fantasmal y detestable. En un instante se formaría su cabeza a partir del cuello, su rostro, abriría los ojos y la observaría desde allí arriba, con una sonrisa triunfante, sus manos ciñendo las suyas, sus labios...

No, era imposible. No lo toleraría. Se negaba.

Murmurando incoherentemente, frotó sus manos con furia contra la frazada. La imagen semiacabada y nebulosa de un hombre aún flotaba en el aire, comenzaba a formarse una cara. Una vez que estuviera hecha, una vez que hubiera abierto los ojos y la hubiera mirado, sería muy tarde. Tal vez nunca pudiera escapar de sus garras. Furiosa y con náuseas, con toda su mente concentrada en rechazar su poder, intentó golpearle con ambas manos. Había imaginado que así le dispersaría, pero aunque su aspecto era nebuloso, no estaba hecho de humo. Sus manos se hundieron en una sustancia terriblemente fría y viscosa. Era gruesa y densa, no del todo líquida ni tampoco sólida; algo parecido a la leche cuajada o al queso semisólido pero peor; mucho peor. Era algo que debería estar muerto pero que vivía; algo que parecía vivo y sin embargo estaba muerto. Y era frío; nunca había sentido semejante frío. No un frío límpido como el del hielo o la nieve. Este frío tenía mal olor.

Al tocarla le dieron náuseas; su cabeza daba vueltas, mas ella insistió. Sus dedos cogieron y rasgaron esta sustancia hasta hacerla pedazos; hasta haber destruido aquella efigie fantasmagórica, indeseable.

Luego salió de la cama y caminó tambaleante, sus piernas estaban débiles, y vomitó en la jofaina. Su cabeza le dolía terriblemente. Descansó un instante y luego abrió la ventana. El día era frío y ventoso, y eso la reconfortó. Una ráfaga de aire entraría a la habitación y barrería todos los olores desagradables de la enfermedad: el olor de la sangre, del vómito y de algo mucho peor.

He ganado, pensó para sí, exhausta pero victoriosa. No me has atrapado. Soy libre.

Mildred entró y la encontró reclinada sobre el alféizar de la ventana, la cabeza casi fuera, temblando con el frío y aspirando bocanadas profundas, animadoras de aire invernal puro.

—¿Qué diablos haces? ¿Quieres matarte?

Las manos de Mildred, firmes y resueltas, asieron las suyas. Eustacia se resistió, se negó a que la condujeran de vuelta a la cama, pues temía encontrar los restos horrendos que había dejado temblando y cuajados sobre la frazada.

—Tuve náuseas...

—Sí, ya veo. Debes regresar a la cama y mantenerte caliente.

Cada músculo, cada hueso, cada onza de su piel se resistía aún, hasta que vio la cama, limpia, seca y vacía, sin rastro alguno del horror que había dejado.

Se desplomó aliviada y permitió que Mildred la arrojara en la cama donde cayó dormida de inmediato, completamente exhausta.

Cuando despertó, sus manos estaban calientes y secas.

La única descarga de su cuerpo provenía de entre las piernas, y ello cesaría después de unos días. Había regresado a la normalidad; había triunfado. Hizo un gesto de burla al señor Elphinstone en su cabeza, su imagen se desvanecía de prisa, y casi rió en voz alta. Estaba feliz, con cuatro días por delante donde no debería trabajar en absoluto, y durante los que podría dormir, soñar, leer y pensar. A pesar de lo repugnante y lo incómodo, a Eustacia nunca le había preocupado su achaque mensual; por el contrario, le estaba agradecida por las vacaciones periódicas que le proporcionaba. Sabía que era capaz de trabajar durante su indisposición, pero desde luego no lo discutiría con Mildred. Mildred creía que podía hacerse un daño irreparable a la mujer que esforzara demasiado su cuerpo durante esos días. Y una mujer en su período de menstruación (no es que esa palabra alguna vez pasara por sus labios) podía provocar daños a los demás: en su presencia, la leche se cortaba y el pan no levaba, y su olor enloquecía a los animales domesticos. El recato prohibía a una mujer exhibirse cuando la maldición estaba con ella, lo que significaba que debía vivir retirada y en compañía de otras mujeres. Eustacia creía que Mildred era demasiado amable con respecto a su padre —después de todo, él había estado casado y había compartido una cama con su esposa durante años— pero estaba muy contenta de evitar a sus hermanos, y mucho más a hombres con los que no estaba emparentada. Pensar que podrían advertir algo malo en ella era humillante. Estaba contenta de resguardarse en su dormitorio y descansar.

No fue hasta tarde aquella noche, después de que Mildred había retirado los platos de la cena y le había dejado un vaso de noche y un bulto de toallas limpias, que sintió ese hormigueo en sus dedos otra vez. Entonces se dio cuenta de que estaban fríos y, al ponerlos bajo los brazos para calentarlos, sintió la humedad.

Fijó la vista en sus manos y vio los glóbulos mucosos que se hinchaban y extendían desde las yemas de los dedos, y después se alargaban cada vez más espesos, hasta transformarse en dedos...

—¡No!

Dedos largos, manos, muñecas huesudas... manos que le resultaban familiares.

—¡No!

De nada sirvió que se negara. Estaba dentro de ella, y debía salir. Creyó sentir cómo rezumaba a través de la carne debajo de los senos y detrás de las rodillas, y en las plantas de los pies sintió un hormigueo. No podía mantenerlo dentro de ella; debía salir.

Debía salir, mas no él. Clavó los ojos en las manos y las indujo a que se partieran a la altura de las muñecas. Dos manos incorpóreas flotaban libres, pero esa materia blancuzca continuaba brotando, y creaba nuevas manos.

Ectoplasma, así lo había llamado el señor Elphinstone. La sustancia que produce el cuerpo de los vivos para dotar a los muertos de un organismo temporal.

Allí estaban las manos del señor Elphinstone, sus brazos... ¿Pero por qué los suyos? Vivo o muerto, ella no tenía deseo alguno de comunicarse con él. Si había de proporcionar una morada a los espíritus, deberían ser al menos los que ella misma escogiera.

Pensó en su madre. Sus manos habían sido hermosas, aunque el trabajo pesado las

hubiera endurecido: dedos delgados, elegantes, manos bien formadas. Mientras pensaba en ellas, las imaginaba en su mente, se recrearon delante de ella. Aunque eran formas nebulosas, turbias, era evidente que no eran las manos del señor Elphinstone. Pertenecían a una mujer; eran las manos de su madre.

Las contemplaba asombrada y realizada, sin saber muy bien si era obra suya, o si debía agradecer al espíritu de su madre por echar fuera al señor Elphinstone. Intentó unir los brazos a las manos, pues deseaba ver más de su madre, pero en su esfuerzo se quedó dormida.

Sus manos permanecieron secas durante toda la noche, aunque esta vez no esperaba que este estado durara demasiado. En efecto, los dedos chorreaban como llagas infectadas antes del mediodía.

Sabía que eso significaba que el señor Elphinstone procuraba salir. No podía precisar por qué, pero podía adivinarlo: había leído suficientes novelas. Esta no era la manera habitual en que los hombres se proponían someter a las mujeres jóvenes, mas no por eso era menos peligrosa. Probablemente, pensó, él lo había planeado desde el comienzo, desde el primer instante en que su piel húmeda y fría tocó la suya. Ignoraba cómo podía este fantasma causarle daño, ni siquiera sabía si podía hacerlo; no obstante, no le daría la oportunidad para que lo hiciera.

Durante los cuatro días siguientes Eustacia rechazó con mucho éxito cada intento del señor Elphinstone por regresar. Aunque no podía detener el ectoplasma, podía al menos dominar las formas que adoptaba. Era un trabajo agotador, pero lo disfrutaba. Llegó a pensar que se trataba de una nueva clase de arte, una especie de modelado mental, como si el ectoplasma hubiera sido la arcilla y ella utilizara los dedos de su mente para empujarlo, alisarlo y modelarlo como quisiera.

Al principio, se había concentrado en su madre, pues ella era la única persona que había muerto a quien Eustacia conocía muy bien o que realmente deseara ver otra vez. Sin embargo, era difícil, y no demasiado satisfactorio. Quedaban descartados por completo los cuerpos enteros, pues requerían más ectoplasma del que su cuerpo pudiera segregar por vez, de modo que se concentró en manos (que era lo más fácil) o cabezas. Nunca logró reproducir muy bien el rostro de su madre, y cuanto más procuraba hacerlo, más difícil le resultaba recordar cómo había sido en realidad. También creó imágenes de Lydia y Mildred, pues no se limitaba sólo a los difuntos. No obstante, hasta la forma de Mildred, a quien veía todos los días, no se le parecía mucho. Los rostros que modelaba eran tan torpes e inacabados como si hubiera estado trabajando con arcilla o piedras sin nadie que la enseñara. Sabía quienes eran pues ella misma los escogía. Dudaba que alguna otra persona los hubiera reconocido.

Además de insatisfactoria, era también la tarea más increíblemente agotadora. Mucho más que extraer la leche de las vacas o lavar la ropa. Después de menos de una hora de trabajo con otro espectro de Lydia, solía alcanzarla el sueño, ineludible, y ella dormía profundamente durante varias horas.

Sin embargo, la energía consumida bien valía la pena. Su esfuerzo no sólo detenía al señor Elphinstone, sino que también consumía por un tiempo su reserva de ectoplasma, lo que proporcionaba algunas veces un día entero de vida normal y manos secas.

Si lo hiciera todas las noches, si durante una hora se concentrara en crear formas

ectoplásmicas antes de quedarse dormida, Eustacia consideraba que podía dominar su estado singular y mantenerlo en secreto. Aunque no era fácil. Tal vez fuera pereza —se imaginaba que Mildred lo creería así— pero varias noches estaba demasiado cansada para hacer otra cosa que echarse a dormir al final del día. Le gustaba jugar con el ectoplasma, hacer rostros y manos, pero de todos modos era una tarea agotadora. Le insumía reservas, de energía de las que no siempre disponía, en especial en el momento en que estaba preparada para irse a dormir.

Afortunadamente, no debía compartir la cama con nadie. Le tenía sin cuidado —ahora que sabía que podía quitarse aquella sustancia con un lavado, o que pronto se secaba— la viscosidad que había en las sábanas o la suciedad de su cuerpo a la mañana. Las manos no eran la única fuente de ectoplasma, si alguna vez lo fueron. Al igual que el sudor, la baba emanaba de todos los poros de la piel: de las piernas, del pecho y la espalda, incluso (lo más horrendo por ser lo más visible) de su rostro. Eustacia tuvo más cuidado pues temía que alguien advirtiera este estado; se obligaba a permanecer despierta pasada la hora en que por lo general se dormía, o a despertarse temprano, o a escaparse a la intimidad de su habitación bajo cualquier pretexto durante el tiempo suficiente como para hacer algo con el exceso de ectoplasma.

No obstante, a pesar de sus mejores intenciones, su cuerpo goteaba, y una noche, mientras cenaban, Mildred lo notó. Cuando todos se hubieron retirado de la mesa, detuvo a su hermana con los ojos y dijo:

—Debes ser más cuidadosa.

—Me he limpiado las manos, y de veras las lavé antes de sentarme a la mesa...

—Ya no son sólo las manos, ¿no es así? Has dejado una marca... no, no mires, la limpié. Papa no lo notó, ni tampoco Conrad, pero ¿qué pasa si lo hacen? La próxima vez creo que será mejor que cenes en tu habitación.

—¿Qué? ¿Pero por qué? ¿Cómo es posible? ¿Todas las noches? ¿No comer nunca con el resto de la familia?

—Desde luego que no será todas las noches. Pero mientras estés... durante tu... —inclinó la cabeza de manera significativa, incapaz de pronunciar el eufemismo.

—No es así. No estoy...

—Tu rostro —murmuró Mildred con una mirada de repugnancia. Indicó con gestos en su propia frente que se limpiara, y Eustacia percibió el hormigueo ya familiar y frío en tres puntos diferentes en el perfil de su cuero cabelludo. Ambos pañuelos estaban saturados, pero se llevó uno de ellos, hecho una bola, hasta la cabeza y enjugó las gotas detestables.

—Ve a tu habitación —ordenó Mildred— y límpiate. Les diré a los demás que te sientes indispuesta.

—¡Pues no! No me siento indispuesta. Esto es otra cosa. No sé lo que es, pero no está relacionado con —con eso— en absoluto. Tampoco es parecido a un resfriado, algo que se arregla y desaparece después de unos días... desde que comenzó, nunca ha cesado, no del todo. Ahora forma parte de mí. Algunas veces puedo dominarlo un poco, mas no puedo detenerlo; no puedo hacer que se vaya.

Mildred nunca había sido su hermana favorita; en efecto, si no hubieran estado emparentadas, Eustacia no podía asegurar que la pudiera haber querido. Mas esa mirada

en su rostro, aun si hubiera sido el de un desconocido, esa mirada de horror, de repugnancia, apenas controlada. No pudo soportar que esa mirada proviniera de su hermana y rompió a llorar.

—¡Vamos, acaba con eso! De inmediato. Las lágrimas nunca ayudan.

—¿Por qué estás tan enfadada?

—Porque estás actuando como una tonta.

—¿Pero por qué me miras de esa manera? Como si... como si fuera mi culpa. No puedes culparme, yo no lo provoqué, nunca lo deseé. Si yo estuviera sangrando no me dirías que dejara de llorar; no podrías esperar que lo hiciera; me limpiarías la herida y la vendarías, y quizá enviaras a buscar al doctor.

—Enviaré a buscar al doctor. No en este momento sino por la mañana. Lo habría hecho antes si me hubiera dado cuenta, mas no creo que sea urgente, si ha ocurrido durante todo el mes, y tú todavía caminas como si no fuera nada... Ahora irás a tu dormitorio antes de seguir ensuciando. Estás goteando.

—No es mi culpa —aunque Eustacia sonó agresiva, sólo buscaba seguridad; aceptación.

—No elegimos nuestros dolores —dijo Mildred con un tono de voz frío, mientras apartaba la vista—. Pero no deberíamos enorgullecemos de ellos.

Sola en su habitación, Eustacia lloró nuevamente. Su madre había muerto cuando ella era muy pequeña, y rara vez tenía conciencia de que la extrañaba. Sin embargo, ahora la echaba de menos. Mildred quizás había tomado el papel de la mujer de la casa, mas Mildred no era su madre. Su verdadera madre no se hubiera horrorizado por los cambios que se sucedían en Eustacia, cualesquiera que fuesen. Su madre verdadera la hubiera abrazado en este momento, consolado, llorado con ella; no se hubiera mostrado tan fría y lejana como Mildred.

Un brote pálido y semiopaco salía serpenteante de su muñeca cuando una lágrima gorda cayó sobre él y lo desintegró. El agua salada —¿o quizá sólo fueran las lágrimas? — parecía ser más eficaz que el agua común. Eustacia estaba tan encantada con este descubrimiento que se olvidó de llorar.

Después de un rato, encendió la lámpara y se sentó a escribirle a Lydia. Abajo, sospechaba, Mildred estaría escribiendo una carta al doctor Purves para despacharla por la mañana. Bien, ella también enviaría una carta, sobre el mismo asunto pero desde una perspectiva diferente, y a alguien que probablemente fuera más útil que un doctor. Después de todo, Lydia había visto por sí misma lo que el señor Elphinstone podía hacer. Lydia se compadecería de ella, y tal vez conociera a alguien que pudiera ayudar. No el señor Elphinstone, pero debía haber otros médium, ¿quizá una mujer? Lydia, con su amplio círculo de amistades, seguramente conocía a alguien que conocía a alguien... en caso de que fuera indispensable, tal vez una tercera persona podría acercarse al señor Elphinstone de manera indirecta. Ya debería haberse dado cuenta de que su plan para dominarla no había resultado, de modo que quizá le convencieran de que anulara su hechizo.

Escribir la carta era difícil. Al expresarlo con palabras, lo que le había ocurrido parecía horrible, y Eustacia no quería que Lydia pensara eso. No quería que su hermana favorita se horrorizara o le tuviera asco, como Mildred. Debía escoger las palabras con

sumo cuidado. No podía decir demasiado de modo que se mostró misteriosa. Evocó el espíritu de la sesión espiritista. Lydia debía venir y verlo ella misma. Cuando estuviera aquí, Eustacia lograría hacerle comprender.

Hasta la llegada del doctor, Eustacia debió permanecer en su habitación como si su mal fuera contagioso. Por lo general no le molestaba la soledad, y agradecía cualquier pretexto para evitar trabajar, pero lo que antes le hubiera parecido libertad era ahora una imposición. Le castigaban por algo de lo que no había sido culpable.

Sola en su dormitorio, aislada de su familia, se concentró en extraer ectoplasma y modelarlo. Creó imágenes temblorosas de Lydia y Mildred. Trabajó hasta el agotamiento y más allá de él, resuelta a evacuar toda la materia espectral de su cuerpo, para que el doctor no pudiera encontrar nada cuando llegara. Que pensara que le habían llamado para que viniera hasta aquí por alguna fantasía de Mildred.

De nada sirvió. Tal vez había confiado demasiado en las leyes de causa y efecto y en que tuviera algún dominio sobre la sustancia que su cuerpo segregaba y sobre el momento en que lo hacía; pues a pesar de todo su esfuerzo, despertó a la mañana siguiente en un charco de algo semilíquido, semisólido. Y cuando el doctor Purves llegó esa tarde, la mucosidad goteaba desde las yemas de los dedos, su ropa estaba adherida a la piel húmeda, y sentía hilos de baba junto a la boca, sobre las cejas y debajo de las orejas.

¡Hmmm! exclamó el doctor Purves, y ¡Vaya, vaya! y ¿Qué es esto? No parecía asqueado, horrorizado, ni siquiera asombrado. En su rostro había una mirada imparcial de interés moderado, cuidadosamente ejercitada.

— ¿Te sientes un poco acalorada, no es cierto?

El creía que era sudor.

—No —contestó Eustacia desesperanzada.

— ¿Me permites...?

Ella tendió la mano y percibió la sorpresa que el doctor no permitió que su rostro registrara. Miró su mano, tocó la sustancia, esperó, mientras observaba cómo brotaba nuevamente.

—Hmmm. ¿Durante cuánto tiempo ha estado ocurriendo?

Ella respondió. El preguntaba y Eustacia contestaba con sinceridad. No le preguntó qué era lo que ella creía que le ocurría ni por qué, de modo que Eustacia no le contó nada acerca del señor Elphinstone ni de la sustancia producida por el cuerpo de los médium para que los difuntos la utilizaran. No le contó que podía aumentar el flujo y modelar imágenes con su pensamiento. El doctor Purves era un hombre de ciencia; sabía que él no le creería, y no creía que pudiera ayudarle. Sin duda Mildred esperaba que el doctor pudiera dar un nombre a la enfermedad de su hermana y proporcionarle también una cura, pero Eustacia tenía la certeza de que no sería así. Pudo saber, en ese momento, mientras le observaba examinarla, que nunca antes había visto una cosa parecida y que no le gustaba.

Le pidió que se desvistiera y la revisó. Le dijo que estaba tomando una muestra para analizar. Ella le observó coger con una cuchara un brote de ectoplasma de su axila y colocarlo en un frasco de vidrio pequeño y cerrarlo firmemente. El pedazo que había capturado tenía el tamaño de un caracol de jardín sin la concha. Le observó guardar el frasco sin peligro en su maletín. Antes de que llegara a su casa, tal vez antes de que saliera

de esta casa, ese frasco estaría vacío. ¿Acaso regresaría a buscar más, o decidiría que nunca existió, pues prefería no conocer nada que tal vez contradijera su visión racional del universo?

Mientras Eustacia se vestía, el doctor se lavaba las manos minuciosamente. Se preguntó si el agua y el jabón podrían protegerle, o si no le habría contagiado ya. Pero quizá la ciencia y su propio escepticismo resguardaran al doctor, tan desconfiado del espiritualismo. Deseaba saber cómo lo explicaría, y qué haría, si su cuerpo destilara ectoplasma.

—Bien, no debes preocuparte. Descansa, no te esfuerces —aconsejó el doctor—. Mantente caliente y limpia. Lávate y, hmmm, cambia las sábanas cuando lo creas necesario.

—¿Qué me pasa?

—No tienes nada, no debes pensar eso. ¿Acaso no te dije que no había que preocuparse? Sólo procura estar caliente y descansar, y pronto estarás muy bien. Hablaré acerca de tu dieta con tu hermana antes de irme. Le diré todo lo que necesita saber —se escabulló antes de que pudiera preguntar otra vez.

Eustacia se desplomó en su cama con una sonrisa triste en su rostro. No había esperado una respuesta inteligente. Tenía la certeza de que el doctor no sabía qué le ocurría, y que ni sus conocimientos, ni las opiniones de sus sabios colegas ni su análisis, esclarecerían las cosas. Aunque la encerrara en un hospital y la observara noche y día, no sabría más que antes, pues lo que le había sucedido a ella no pertenecía al reino de la medicina o de la ciencia sino al del misticismo.

Se vio de pronto en un hospital, encerrada en una habitación desamueblada en un edificio donde los locos chillaban y se encolerizaban, y unos hombres vestidos de blanco la observaban a través de un agujero en la puerta, y se heló de pavor. Se escondió debajo de las sábanas y se tapó hasta la nariz con manos que estaban frías pero, por una vez, milagrosamente secas. Eso no debía ocurrir... ¿acaso Mildred permitiría que le sucediese eso? Pero desde luego, Mildred no entendía, y probablemente confiara en un doctor que prometía curarla. Eustacia sabía que él nunca la curaría, por más que lo intentara, y tampoco quería que él la examinara. Si decidiera que ella era un caso interesante... Eustacia apretó los dientes para que cesaran de castañetear. No permitiría que eso ocurriera. Lydia vendría pronto. Ella comprendería; Lydia la salvaría. Lydia llegó cuatro días más tarde. Sentada en la silla junto a la ventana, al abrigo de sus chales y frazadas, sin nada más que hacer sino observar y esperar, Eustacia pensó que nunca se regocijaría tanto de ver a otra persona. Lydia había llevado vida a su dormitorio —La habitación de la enferma, su celda— vida y un sabor mundano que Eustacia tanto anhelaba.

—¿Qué le ocurre a Mildred? —preguntó Lydia al precipitarse dentro de la habitación—. Su rostro era serio mientras me decía que tú te sentías indispuesta pero... ¡ah!

Aquella charla animada cesó, esa exclamación de sobresalto salió de adentro de ella cuando al inclinarse a besar a su hermana, sus labios no encontraron la textura suave, cálida y familiar de su mejilla sino una piel resbaladiza con una capa fría y pegajosa.

—No estoy enferma —declaró Eustacia, mirando de prisa los ojos de su hermana. Afortunadamente, no vio ni horror ni repugnancia allí, sólo asombro—. No importa lo que piense Mildred o el doctor. No obstante, es extraño...difícil de comprender... difícil de

explicar en una carta. Es por eso que quería verte... quería que me vieras, pues estoy bien... aún soy yo.

—¡Por supuesto que sí! Todavía eres mi propia hermana querida. ¿Es éste un nuevo truco para evitar hacer los quehaceres domésticos? ¿O es eso lo que Mildred cree? Por la manera en que hablaba, creí que se trataba con tu período.

Eustacia negó con un movimiento de cabeza.

—Por favor siéntate, Lydia. Tengo que enseñarte algo-es-taba agitada y atemorizada. Sentía dentro suyo un cosquilleo, una reacción nerviosa igual a aquel hormigueo exclusivamente físico en sus manos; la sensación de que algo debía salir. Y esta vez, la excitación era nueva, pues lo que estaba por hacer tenía un significado y un nuevo propósito. Por primera vez tenía público. ¿Sería lo suficientemente buena para su público? La reacción de Lydia era de suma importancia.

—¿Recuerdas... al señor Elphinstone?

—Desde luego que sí.

—¿Y lo que hizo aquella noche, lo que nos mostró? ¿El ectoplasma? También hizo otra cosa aquella noche, a mí, al tocarme. No comprendo cómo o por qué lo hizo, pero de alguna manera me lo transmitió —se detuvo, consciente de que reunía todo su poder, lo concentraba todo en sus manos, que ahora tenía delante de ella, justo sobre el regazo. Lydia no dijo nada, y su mirada sólo denotaba espera y asombro.

—Observa —dijo Eustacia, y contemplaba sus propias manos a medida que la sustancia espesa y vacilante emanaba de ellas, sus dedos se convirtieron en fuentes. Diez flujos separados se fundieron en una única forma semisólida: con cabeza, cuello, hombros, pecho... hasta que se convirtió en un bebé que flotaba allí, y aunque sus rasgos eran algo difusos y vagos, era innegable un bebé. Allí, en el aire.

Eustacia se sentía un poco mareada, y nuevamente la embargó aquella conocida sensación de haberse vaciado. Pero también se sentía triunfante, y al alzar la vista de su creación sonreía feliz.

—¿Lo ves? Es tu bebé.

El semblante de Lydia se había vuelto pálido, descolorido. Negaba con la cabeza lentamente.

—No —dijo angustiada—. ¡Ese no es mi bebé, no es él!

Se llevó las manos a la boca, pues tenía náuseas, y se puso de pie tambaleándose, tirando la silla al suelo con el movimiento pesado de sus faldas. Logró llegar a la jofaina antes de vomitar.

Eustacia cerró los ojos, mas el ruido y el olor hicieron que su estómago se revolviera. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar su garganta.

—Lo siento —se disculpó cuando la crisis de Lydia parecía haber cesado—. Entiendo que debe sobresaltarte ver a tu bebé...

—¡No! ¡Ese no es mi bebé! ¿Cómo puedes decir algo así?

Eustacia luchó por incorporarse y coger a su hermana.

Lydia lanzó un alarido.

—¡No me toques! ¡Eres un monstruo!

—Pero... pero estabas tan feliz cuando lo hizo el señor Elphinstone. ¿Esto es lo mismo no comprendes? Puedo hacer eso mismo...

—¡No es lo mismo! ¡No es lo mismo! —Lydia la miró con ira, y esta mirada era mucho peor que la de Mildred, pues no sólo había horror en ella, sino también odio— ¿Cómo pudiste... qué intentas hacer? ¿Quieres que pierda el bebé?

Eustacia permaneció boquiabierta.

—No sabía...

—¡Monstruo! ¡Eres un monstruo!

En ese instante se abrió la puerta y entró Mildred, atraída por el alboroto. Llorando, Lydia corrió a los brazos seguros de su hermana mayor. Salieron juntas de la habitación y la puerta se cerró, y Eustacia quedó atrapada dentro, sola con la cosa que había creado.

Observó su creación, el bebé que se meneaba y flotaba en el aire como algo que aún no había nacido; como si estuviera muerto. Sin embargo, nunca había tenido vida. No era real, no era un bebé real, como tampoco lo era la cosa que había hecho el señor Elphinstone, aunque a la luz mortecina y trémula, había parecido real a aquellos ojos que deseaban que lo fuera. Comprendió que la situación era diferente en ese momento y en aquel lugar, mas no había querido lastimar a nadie. Pensó en levantarse y bajar las escaleras, ir tras Lydia y explicarle, hacerle entender. Sin embargo, no tenía la fuerza suficiente para hacerlo. Le resultaba imposible, apenas podía pensar. Todo lo que podía hacer era dejarse caer nuevamente en la silla y dormir.

Cuando despertó, mucho más tarde, la oscuridad se había apoderado de su dormitorio, y su estómago se retorció de hambre y la cabeza le latía. El bebé se había desvanecido en la nada de donde provino. Se levantó de la silla y estiró los úsculos doloridos, como si hubiera envejecido mientras dormía. Desde luego se sentía diferente de la niña ilusionada que había esperado impaciente a su hermana aquella mañana. Deseó que el transcurso de las horas hubieran tranquilizado a Lydia. Tal vez pudiera escucharla ahora; y seguramente al escucharla comprendería. Aún creía que Lydia era la única persona del mundo que podía comprender.

No obstante, cuando llegó hasta la puerta no pudo abrirla. Al principio creyó que se trataba de su propia debilidad, y continuó doblando el picaporte sin ningún resultado. Estaba tan torpe después de su sueño que le tomó un tiempo advertir que la puerta de su habitación había sido cerrada con llave desde afuera.

La habían encerrado.

Debía ser un error. Regresó a la silla, la giró para poder mirar por la ventana y se sentó. No deseaba descubrir que no había sido un error, de modo que no aporrearía la puerta ni exigiría cosas que sabía le iban a negar. Mildred vendría más tarde y abriría la cerradura. Deberían haberla cerrado debido al susto de Lydia. Cuando le permitieran explicar lo que había ocurrido no habría necesidad de puertas cerradas con llave.

Para cuando Mildred subió con su cena en una bandeja Eustacia estaba por llorar de hambre y ansiedad.

—Mildred, debo ver a Lydia, debo explicarle...

—Se ha marchado a su casa.

—No fue mi intención perturbarla; debo decirle...

—Ya lo sé; no es tu culpa —aquel tono despectivo no era propio de Mildred. No quería mirar a su hermana menor a los ojos mientras hablaba.

—No es mi culpa. No puedo evitarlo. No quise, por favor..

—Lo sé. Estás enferma —se bufó—. Vi al doctor. Fui con Lydia hasta la ciudad y le consulté. ¿Sabes lo que dijo? No tienes nada en absoluto, es decir, físicamente. Dice que todo el problema está en tu cabeza. ¿Sabes lo que pienso yo? Creo que es algo perverso. No se trata de ninguna enfermedad, sino del mal. No es tu cabeza sino tu corazón. Tienes maldad en el corazón. Y eso es culpa tuya. Será mejor que lo aceptes, muchachuela. Y ruega a Dios para que te la quite. Ahí tienes tu cena.

—¡Por favor!

Mas Mildred ya se había retirado de la habitación sin siquiera mirar hacia atrás. Y luego oyó el sonido de la llave en la cerradura.

Eustacia comió su cena. ¿Qué otra cosa podía hacer? Después de haber comido podría pensar con más claridad, aunque sus pensamientos no eran nada agradables. Era evidente que Lydia no la ayudaría; se había asustado demasiado. Si tan sólo hubiera sido más cuidadosa... si tan sólo hubiera conducido a Lydia con más prudencia... recordó el discurso grandilocuente del señor Elphinstone; la manera en que había obtenido las respuestas de su público; la disminución de la luz. A la luz de la lumbre, mi bebé hubiera parecido más real, pensó para sí. Pero era demasiado tarde para pensar en ello ahora. Lydia no le ayudaría. El doctor se había lavado las manos, literalmente, al declararla demente o una imipostora. Tampoco Mildred le ayudaría, pues había decidido que su hermana era malvada.

Peor aún, Mildred era su carcelera, y representaba a toda su familia.

¿Quién podría ayudarla?

Recordó el roce frío y húmedo de las manos del señor Elphinstone, y la manera en que sus ojos la habían penetrado. El la había marcado entonces, esa noche. La había hecho suya aunque ella había intentado rechazarlo. Si se rindiera ahora, si fuera hasta él a pesar de su repugnancia... estaría canjeando una forma de reclusión por otra. Pero al menos sería diferente; quizá no fuera la vida que hubiera escogido libremente, pero era vida. Y aprendería a utilizar su talento; sería un talento entonces, no una enfermedad repugnante.

Sin embargo, ¿cómo podía ir hasta él si le era imposible abandonar esta habitación? Podría escribirle una carta, mas todo lo que enviara sería examinado previamente por Mildred. Se imaginó a Mildred leyendo la carta y arrojándola al fuego. Y aunque lograra evitar a Mildred, se dio cuenta de que, para su desesperación, no poseía la dirección del Señor Elphinstone.

Era imposible.

Sintió un cosquilleo en la yema de los dedos.

No, no era imposible.

Recordó cómo la forma del señor Elphinstone había surgido primero de su cuerpo... la lucha, y lo aterrorizada que había estado. El aún estaba allí, aún esperaba salir. Eustacia ya no le temía, al menos no como antes. Había otros temores, mayores. Estaba preparada ahora para recibirle y para llevar a cabo los planes que él tenía para ella.

Tendió las manos y permitió que la sustancia sólida y nebulosa fluyera hacia afuera; observó cómo se transformaba en dedos que tocaban sus yemas. Los dedos de un hombre, las manos grandes de un hombre, hombros y pecho desnudo. Ella temblaba ahora y comenzaba a sentirse débil, sin embargo intentó mantener las manos firmes como pudo y permitir que siguiera sucediendo, pensando en todo momento en el señor Elphinstone,

recordando como había sido y como era. Ahora se formaban la cabeza y el cuello. Las nubes cambiantes de su rostro se enturbiaron y se solidificaron finalmente en la forma de un mentón barbado y una boca, una nariz larga y fina, cejas altas, y los ojos... los ojos estaban cerrados.

Fijó su vista en ellos y aguardó a que se abrieran; aguardó a que esas esferas resplandecientes se clavarán en ella, esperó ver moverse los labios, y oírle hablar. Estaba terminado ya, al menos, todo lo que podía hacer de él. No podía hacer nada más. Le correspondía a él hacerse cargo. No obstante, el señor Elphinstone parecía muerto, al igual que el bebé, flotaba inmóvil en el aire.

Lydia había dicho que en la mayoría de las sesiones cuando aparecían los espíritus ellos hablaban, respondía preguntas y hacían observaciones misteriosas. Su bebé había sido demasiado pequeño.

—Háblame —dijo Lydia—. Dime qué debo hacer.

Su respiración alteraba a la figura, le hacía agitarse levemente. Se desintegró un poco de su brazo, dejando un agujero del tamaño de un puño de bebé justo por encima del codo derecho. Nuevamente gritó, y sus dedos se cerraron sobre una materia fría, muerta. Al apartarse, con náuseas, vio que había destruido parte de ambos brazos, y las manos flotaban libres, separadas de ellos. Una de las manos ascendió hasta el artesonado, cada vez más inmaterial a medida que subía.

El señor Elphinstone no podía hablarle pues no estaba allí. Eustacia había creado algo que se parecía al señor Elphinstone —o a lo que ella recordaba de él— y eso era todo. No tenía vida. Nunca la tuvo ni la tendría. Ningún espíritu habitaba en esa cosa. No podía culpar al señor Elphinstone por ello, ni por el hecho de que no podía esclavizarle ni salvarle.

Estaba sola en su habitación mientras observaba la desintegración de su sueño. Sola con su enfermedad, su hechizo, su locura, su talento peculiar e inútil.

Epílogo

No es común oír hablar sobre ectoplasmas en estos días, pero para los espiritistas de la época victoriana ellos eran la explicación de las manos incorpóreas y los rostros espectrales que aparecían durante las sesiones, así como también explicaban las figuras transparentes atrapadas a veces en la película de

las fotografías tomadas por los médium. ¿Cómo se hacían visibles las criaturas exclusivamente espirituales? La respuesta era a través del médium, un individuo capaz de exudar una misteriosa sustancia denominada extoplasma.

Hace alrededor de quince años, me interesé por la historia del espiritismo y los intentos por comunicarse con los difuntos, y al leer sobre estos temas, me asombró en especial la noción de ectoplasma. Parecía la más pura pseudociencia y poseía el encanto de muchos de los disparates lógicos. Me pregunté cómo habría sido el extoplasma, cómo era su consistencia al tacto; me negaba a creer que hubiera sido exclusivamente un truco, algo inventado pra engañar a los crédulos. Había bastantes impostores en los círculos espiritistas, aunque muchos médium eran genuinos y creían en lo que hacían. ¿Habría

alguno que realmente segregara extoplasma? ¿Cómo sería creer que nuestro propio cuerpo es capaz de producir figuras espectrales?

Alrededor de la misma época en que descubrí el ectoplasma, leí un artículo sobre una familia Tuttle de New England, que había cultivado el mismo pedazo de tierra durante varias generaciones. Aunque no estamos emparentados, la coincidencia del apellido atrajo mi atención. He olvidado la mayoría de los detalles, mas nunca lograré olvidar a la señorita Tuttle de un siglo anterior que quedó embarazada sin haber contraído matrimonio. Su familia no la expulsó: a mi entender, creo que lo que hicieron fue peor. La mantuvieron en la casa, físicamente, aunque la rechazaban. Continuó viviendo en el hogar de la familia, pero hasta el final de su vida nadie la volvió a hablar directamente. Dejó de ser una persona por su pecado; se convirtió en una especie de fantasma. Y sin embargo nunca se marchó (¿o acaso no pudo hacerlo?).

Sabía que algún día escribiría sobre ella, así como también algún día escribiría un relato cuyo protagonista sería el extoplasma. Durante el transcurso de los años esas dos ideas (y quien sabe cuantas más) se cubrieron con el montón de abono de la memoria, y un día vino a mi cabeza el primer párrafo, sobre las manos del señor Elphinstone. Y allí estaba el cuento, brotando al igual que una criatura ectoplásmica.

Serena Predice

Bárbara inspiró hondo, mientras el conocimiento se colaba en su trance. Si tan sólo pudiera volver de sus meditaciones para llegar a los que la querían, en lugar de enfrentarse con los escépticos y con las políticas del estudio de transmisión. Trocitos de sonido emanaban de los auriculares alrededor de su cuello. Abrió los ojos y examinó el equipo del estudio. Una de las líneas telefónicas parpadeaba. Desde la cabina de control el técnico indicaba que las cuatro líneas estaban abiertas, tres intervalos antes de las once.

—El nuevo tío está en este horario —dijo el productor por el altavoz en el escritorio de ella—. Regresaré antes de la medianoche.

Ella alzó la vista para mirar a través del vidrio que separaba el estudio de la cabina de control y respondió:

—No.

—Está bien, le di órdenes —dijo él—. ¿Has visto esos ratings (clasificaciones)? Estamos en el primer puesto en este espacio —mostraba su pulgar derecho—. ¿Has verificado tu llave para cancelar o retrasar?

Ella sonrió y asintió con la cabeza. El se marchó. Formaban un gran equipo. Ella entretenía, él hacía la promoción. Acercó la boca al micrófono:

—Probando, uno... dos... tres.

Miró dentro de la cabina de control. El nuevo técnico asintió con la cabeza y por dos veces abrió rápidamente sus manos.

—Adelante, usa el altavoz del escritorio —dijo ella. Se colocó los auriculares. Cronometraje perfecto. La música fantástica, casi misteriosa que le gustaba al productor finalizó.

—Hay cosas más allá de nuestros ojos. Cosas más allá del sonido. Cosas que se encuentran en los espacios oscuros de la mente que pocas personas pueden ver —Bárbara detestaba el eco profundo, bajo—. Ella alumbra el sendero... Serena.

La música aumentó gradualmente; los platillos chocaron con estrépito.

—Buenas noches —saludó Bárbara—. Bienvenidos a Serena Predice. Vuestras preguntas serán respondidas de lunes a viernes desde las diez hasta la una. Todas las líneas telefónicas están abiertas, 387-KNTE. Vuestros problemas, vuestras preguntas; quiero ayudarlos. Llamad al 387-KNTE.

Ella miró al técnico operador; (por suerte, ningún Dave, Ed o Al por el momento, gracias a Dios; sin embargo, él aún continuaba cambiando su nombre). Mary en la primera línea. Presionó el botón correspondiente.

—Hola, Mary. Estás en el aire con Serena. ¿En qué puedo ayudarte?

—Hola, Serena. Es tan bueno hablar contigo. Te escucho todo el tiempo. Eres maravillosa.

—Gracias, Mary. Déjame ayudarte. —Qué bueno, pensó, alguien locuaz. Debería ser fácil.

—Ruego que puedas. ¿Conseguirá un empleo mi marido?

Bárbara suspiró. Estas llamadas la destrozaban; las personas que buscaban consejos en lugar de diversión.

—Ha estado sin empleo durante un tiempo —tentó Bárbara.

—Sí, seis meses. Dicen que es demasiado viejo. Dios mío, tal vez nunca consiga otro empleo.

—Veo un empleo en su futuro, mas no muy pronto. Percibo que empezará un negocio propio.

—Pero era telefonista.

Esa venía difícil.

—Siempre quiso hacer otra cosa.

—Sí. ¿Cómo supiste que quería criar pollos?

—Serena predice. Gracias por llamar. Nuestras líneas están abiertas a vuestras preguntas, 387-KNTE. Hola, Jack, estás en el aire con Serena Predice. Tu pregunta.

Por favor, que no sea él, pensó ella.

—Sí; me pregunto por mi futuro.

Alguien nuevo, bien.

—Tu futuro es turbio, cuanto más sepa, mejor —eso debería darle más confianza.

—¿Se retractará mi chica?

—Veo dolor, palabras violentas entre vosotros.

—Sí.

Era callado, pero quizás...

—Ella quiere casarse; tú no.

—No —contestó él.

—Ella está preocupada por el dinero.

Por favor, habla, se dijo a sí misma.

—Es lo que yo pensaba, eres una impostora.

Uy. Presionó la llave para cancelar.

—No decimos cosas así en Serena Predice —dijo ella. Gracias a Dios; nadie sabrá lo que dijo—. Más Serena Predice después de estos mensajes. Nuestras líneas están abiertas, 387-KNTE.

Bárbara bebió un sorbo de agua mientras las cuñas zumbaban en sus oídos. Sus manos apenas temblaban. ¿Por qué le perturbaba tanto esta vez? Ella ofrecía a las personas lo que ellas querían; no había nada de malo en ello. No, no era el último en llamar. Era aquel otro con la voz fría y calma. Aquel Dave, Ed o Al, o cualquiera que fuera su nombre. ¿Qué quería? ¿Por qué llamaba?

—Cinco segundos —susurró el nuevo técnico por el altavoz del escritorio.

—Habla más alto —dijo ella.

—Está bien —le contestó. Se acercó al micrófono. La cuña terminó—. Es tan bonito estar de nuevo. Nuestras líneas están abiertas para vosotros, 387-KNTE. Hola, Don, estás en el aire con Serena Predice. Tu pregunta, por favor.

—¿Qué ves en tu futuro, Bárbara?

No, aquella voz no, cuatro noches seguidas, una tras otra. Ella no vio al nuevo técnico en la cabina. Presionó la llave para cancelar. ¿Cómo consiguió comunicarse con ella?, pensó.

El rió.

—No lo sabes, ¿no es así, médium? Le dijiste a Cindy que yo estaba equivocado con

respecto a ella, y no sabes nada acerca de nosotros.

La llamada no se desconectaba. Barbara zangoloteó los auriculares; estaban muertos. El hablaba por medio del altavoz en su escritorio. Conectó el auricular en otro enchufe. Se oía la cinta de las noticias de las 10: 30. Pulsó una línea telefónica y disco 911. Nada ocurrió. Las luces se apagaron. Ella sintió una corriente de aire frío al abrirse la puerta que daba al pasillo a sus espaldas.

Epilogo

Lo que más veo de Tejas cuando viajo en mi coche entre Austin y otras ciudades como Dallas o Houston es una franja infinita y llana de carretera que se extiende ante mí. En los días en que viajo 340 o 400 millas, soy prisionera de mi radio AM. Varias emisoras consideran que el entretenimiento debe incluir un médium que lee el futuro de las personas y encuentra sus pequeneces perdidas. En Serena Predice me imaginé a alguien que no estaba de acuerdo con esto.

Trick or Treat⁴

Fue a la mañana siguiente de las Vísperas de todos los Santos cuando Claire prácticamente tropezó con la gran caja de cartón empapada que alguien había colocado en su camino. ¿Pensó que podían haberla dejado los niños que habían golpeado a su puerta la noche anterior en busca de golosinas ante la pregunta truco o regalo?. Su primer instinto fue meter apresuradamente aquella cosa repugnante en el cubo de la basura. Al inclinarse para cogerla, la caja lanzó un grito agudo. Claire se estremeció al pensar que tal vez hubiera una rata dentro. Fue por sus guantes de jardinería de cuero y con una escoba a distancia. Claire levantó las solapas. Nada saltó de su interior, sin embargo, algo comenzó a llorar. Se acercó cautelosa.

Adentro había cuatro bultos de piel muy mojados. Uno alzó una cabeza demasiado grande y la meneó tambaleante sobre un cuello escuálido. Unos ojos ciegos la buscaron. Maulló otra vez.

Ella detestaba los gatos; no obstante, ninguna criatura debía sufrir innecesariamente, de modo que preparó una casita con unos trapos viejos para el gatito y lo alimentó con leche tibia con un cuentagotas; antes de deshacerse de los cuerpos de los otros tres gatitos y marchar al trabajo.

Su aversión por los gatos se había iniciado en su niñez. El recuerdo más vivido de Claire en sus días en la escuela era andar de puntillas por el dormitorio oscurecido de su madre llevando tazas de té con leche. Claudia Gredzinski parecía sufrir siempre de una jaqueca o estar recuperándose de un ataque de asma, y a la niña se le prohibieron las mascotas puesto que su pelo podía perjudicar el pecho de su madre. Claudia incluso solía cruzar la calle para evitar encontrarse con animales como gatos, y aquellos amigos que adquirirían uno ya no eran más bienvenidos en el lugar.

Era Claire la que debía hacer la limpieza que estaba permitida, aunque nunca cuando su madre se encontraba en la casa dado que el polvo agravaba el estado de Claudia. Y era Claire la que debía rociar de pimienta el jardín para alejar a los gatos del lugar. Su padre se había embarcado de regreso a Polonia cuando ella tenía cinco años; Claire a menudo deseaba poder hacer lo mismo.

Claudia permaneció dependiente de su hija hasta su muerte. Claire tenía treinta y ocho años entonces y lo primero que hizo fue limpiar cada rincón que le había estado prohibido antes y redecorar todo para que la casa se convirtiera en un lugar brillante, agradable donde vivir. Al nunca habersele permitido un novio, tal era el dominio de Claudia sobre ella, Claire de pronto no esperaba hallar uno ahora, de modo que prodigó su cariño a una pecera enorme con peces tropicales y se compró un loro. El dueño anterior del ave le había enseñado un vocabulario grosero, pero Claire disfrutaba al pensar que Claudia no lo hubiera aceptado.

Incluso dos años después de la muerte de su madre, ella aún esparcía pimienta en el jardín para ahuyentar a los gatos.

Con gran sorpresa suya, el gatito todavía estaba vivo cuando regresó. Se lamía los

4 N. de la T.: En la noche de Halloween, los niños van disfrazados casa por casa en busca de golosinas, y al tocar el timbre de una casa preguntan: Trick or Treat?. Una traducción aproximada sería truco o regalo.

dedos débilmente mientras le alimentaba una vez más. Cuando estuviera un poco más fuerte, decidió Claire, lo entregaría a la Liga Protectora de Gatos.

Nunca llegó a hacerlo, y Charles aprendió algunas palabras nuevas.

En cuanto a su color, Freddy, tal como lo llamaba Claire, era en su mayor parte blanco. Tenía manchas negras irregulares en ambas ijadas y patas delanteras negras. Una máscara oscura cubría un lado de su cara, y desde el momento en que sus patas fueron lo suficientemente fuertes iba tras Claire por toda la casa, su cola apuntaba rígidamente hacia arriba como si estuviese sujeta al techo por un alambre invisible.

Poco a poco, Claire se habituó a tener un gato por la casa, a pesar de que sus garras afiladas cogían y rompían la tela de las fundas de las sillas al doblarlas en sus juegos. Las manos de Claire también sufrían. El solía tocarlas, sus almohadillas suaves contra las palmas de sus manos, y luego excitado por el juego, rastrillaba su piel con garras extendidas. Cuando ella maldecía por el dolor repentino, Freddy la contemplaba solemne con ojos grandes y verdes.

Freddy no fue el único cambio en su vida. Max Shelton era por lo menos diez años mayor que ella y trabajaba en la sección contable del mismo almacén de Birmingham donde ella era una gerenta de división. Se habían encontrado a veces pero nunca se detuvieron para conversar. Ella había oído que su mujer le había abandonado después de prácticamente treinta años de matrimonio y se sintió un tanto sorprendida cuando él le preguntó si le gustaría ir a tomar algo con él cuando se cerrara el almacén la víspera de Navidad. El le daba lástima, sabiendo lo que era pasar la Navidad sola, así que vaciló sólo un instante antes de aceptar.

Luego, Max la dejó en su puerta. Ella se sentía mareada por el Martini solo con limonada mientras jugaba con su llave. Se volvió y le saludó con la mano mientras él se iba.

Freddy se enroscó alrededor de las piernas de Claire en el instante en que ella cerró la puerta y ronroneó en alto. El sonido tenía una dureza que ella no había advertido antes.

—Lo sé, Freddy —dijo—. Llegué tarde y tú estás hambriento. ¿Acaso creíste que me había olvidado de ti?

Continuó con su parloteo mientras abría una lata y sacaba la carne con una cuchara y la ponía en el tazón del gato. Freddy la echó una mirada llena de reproches antes de atacar la carne. Ella se preparó un bocadillo y lo llevó hasta la otra habitación. Charles se acercó cautelosamente a ella por su percha, cacareando.

—¿Quién es un bonito sodomita, entonces? —preguntó.

—Charles —contestó Claire con una sonrisa.

Debido a que no había nada que valiera la pena ver en televisión, Claire introdujo un casete de música en la grabadora. Se acomodó en un sillón para observar a sus peces y los contó inconscientemente mientras comía su bocadillo. Faltaba uno de los naranjas brillantes. Tal vez estuviera oculto entre las malas hierbas que habían crecido y dominado la pecera. Aquello no era habitual pues ambos peces solían lucirse muy a la vista cerca de la superficie del agua. Claire decidió ir por una toalla y volver a podar las plantas demasiado crecidas.

Una hora más tarde, la pecera parecía más ordenada y un montón de frondas flácidas yacía en un bol sobre la mesa junto a ella. No había rastros del pececillo. Una

búsqueda minuciosa no había logrado descubrirle —vivo o muerto— dentro de la vegetación. Freddy estaba sentado junto al bol y observaba atentamente. Una lengua rosa se asomó de golpe para lamer la nariz de Freddy; su expresión era prácticamente altanera.

Claire se reprendió. Debía cuidarse de no otorgar atributos humanos a sus animales domésticos. Era una cosa de solterona y ella no estaba preparada todavía para llamarse así. Además, no podía ser que Freddy hubiera atrapado el pez; ella estaba segura de que las redes habían estado en su lugar. Rascó al gato detrás de sus orejas y él ronroneó con el sonido del papel de lija sobre la madera vieja.

Las ventas de enero fueron casi tan arrolladuras como la demanda anterior a Navidad, pero hacia el final del mes, el almacén se había calmado y regresado a su habitual ritmo sosegado. Max invitó a Claire a cenar y ella le hizo pasar a tomar un café en su casa al final de la velada.

—¿Te gustaría tomar un coñac con el café? —preguntó Claire.

Max colocó su abrigo sobre el respaldo del sofá.

—No, pues debo conducir —dijo— pero tú bébelo, adelante.

Ella vaciló. Habían bebido una botella de vino entre los dos durante la comida. Ella se sentía más distendida que al comienzo de la velada, pero aún estaba nerviosa. Le resultaba difícil saber qué debía hacer, en especial cuando nunca antes había recibido a un hombre en su casa sola. No quería parecer insegura o ingenua. Consintió y se sirvió un vaso pequeño, sorbiéndolo antes de colocarlo sobre la mesa e ir a buscar el café.

Abrió la puerta de un empujón con el pie, llevaba la bandeja con cuidado e intentaba no pisar a Freddy que se entrelazaba cariñosamente alrededor de sus tobillos. Max estaba de pie junto a la jaula de Charles y levantaba la tapa.

—¿Qué ave magnífica —dijo—. ¿Por qué la cubres?

—Su lenguaje también es magnífico y no muy educado. —Claire colocó la bandeja sobre una mesilla.

—Vete al diablo, Freddy —anunció Charles atentamente.

—Entiendo lo que quieres decir —Max rió.

Claire se sonrojó aliviada, pues Max no parecía ofendido.

—No acostumbro a usar azúcar —dijo ella—. Espero que estos paquetitos estén bien.

Le ofreció una taza a Max con algunos saquitos en el plato y tomó la suya. Freddy andaba majestuosamente por la habitación, se detuvo un instante para alzar la vista y mirar fijo a Charles que le gritaba, y luego saltó hacia la mesa junto a la pecera. El vaso de coñac que Claire había olvidado allí se volcó. Freddy comenzó a lamer el líquido derramado. Claire dejó su taza, tomó un manojo de papel tisú de una caja que había en el estante de arriba de la pecera y puso al gato sin miramientos en el suelo.

—Te enfermarás si bebes eso —le dijo.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Max.

Claire negó con la cabeza.

—No creo que haya ningún daño —dijo, y arrojó el papel tisú húmedo al bote de la basura.

Apenas se había acomodado nuevamente antes de que sintiera un chasquido detrás del sofá. Freddy había vomitado. Le tiró de allí por el pescuezo y lo llevó a la cocina, mientras buscaba un rollo de toallas de papel y un trapo húmedo para limpiar el desastre.

Utilizó el papel para recoger todo lo que pudo. Mientras fregaba la mancha se pinchó el dedo: una espina afilada sobresalía de la toalla. Claire echó un vistazo a la pecera. No había rastros de su pececillo favorito. Volvió la vista hacia la espina, sentía que las lágrimas comenzaban a formarse. Recogió las cosas de limpieza y huyó a la cocina.

—Lo siento —dijo Charlie. Se había enjugado los ojos, sonado muy bien la nariz y aplicado una pequeña cantidad de polvo compacto en sus mejillas antes de regresar a la sala de estar—. Ha sido una velada tan hermosa y yo la he echado a perder.

—No, no lo has hecho —Max apretó la mano de Claire—. ¿Puedo verte la semana próxima?

—Si tú quieres.

—Sí. Te llamaré y arreglaremos —cogió su abrigo y, encogiéndose, se lo colocó—. Adiós, Charles —gritó.

—A ti también —respondió el loro y emitió un aullido estridente de lobo.

La próxima vez, resolvió Claire, Freddy permanecerá en la cocina, o si continuaba siendo una molestia, iría al jardín cuando ella tuviera visitas. Allí sería donde iría en ese preciso instante si pudiera encontrarle. Sin embargo, el animal permanecía escondido. Claire dio golpes en el fregadero al lavar las tazas del café. Luego regresó a la sala de estar y se arrodilló delante del acuario. Parecía vacío sin su favorito. El pez veteado había sido el primero que había comprado.

—Maldito seas, Freddy —dijo en voz baja—. Maldito seas.

Antes de que finalizara el fin de semana, el gato había recuperado el cariño de su dueña seduciéndola con sus mohines. El domingo lo había encerrado en la cocina hasta que dos macetas de geranios habían caído al suelo. Lo sacó de la casa a pesar de que llovía, y sólo le permitió volver a entrar —muy mojado— a la hora de comer. Golpeó el tazón en el suelo ante él y lo dejó comer. Antes de la noche del lunes, su día libre en lugar del domingo, estaba enrollado en el regazo de Claire y ronroneaba satisfecho.

El martes era un día de trabajo. Como de costumbre, Claire dio de comer a los animales antes de meter la leche y preparar su propio desayuno. Se agachó para recoger la botella y Freddy pasó como un rayo delante de ella y desapareció entre los arbustos. Por lo general, cuando ella salía, el gato permanecía en la cocina, abastecido con agua suficiente y un plato para sus necesidades. Las ocasiones en las que entraba al resto de la casa Claire las atribuía a un descuido suyo al no cerrar la puerta correctamente.

Dejó la puerta delantera entreabierta mientras se preparaba para ir a trabajar, y esperó tanto como pudo antes de partir hacia la parada de autobús. Ella le llamó y golpeó su plato, un truco que por lo general funcionaba, y sin embargo no apareció. Al final, Claire cerró la casa con llave y se marchó, aunque no sin echar una última mirada al jardín delantero. Cogió el autobús justo a tiempo. Se desplomó sobre el primer asiento disponible mientras el autobús se ponía en marcha bruscamente. Desde la ventana vio una figura blanquinegra sentada en la pared que la observaba.

A la noche Freddy se acercó con tranquilidad, casi indiferente, cuando ella abrió la puerta.

Era el comienzo de un plan. Al principio, ella sólo vislumbraba a Freddy cuando el autobús se marchaba o cuando se apeaba al regresar del trabajo. Luego comenzó a acecharla, una sombra que se movía con sigilo en los cercos o que la vigilaba escondido

del otro lado de una pared delantera. Al cabo de dos semanas Freddy la acosaba abiertamente, no sólo hasta la parada del autobús sino también cuando ella iba de compra. Y siempre estaba allí cuando regresaba, aunque tomara un autobús diferente. ¿Acaso se sentaba en la parada todo el día, se preguntaba Claire, o sabía de alguna manera cuándo regresaría ella?

A veces, cuando leía o cosía, levantaba la vista para descubrirlo mirándola fijo desde su lugar frente al fuego. Ella se estremecía, al ver algo siniestro en su mirada hipnótica y se formaba una vaga idea de cómo se sentiría un ratón. Se reprochó a sí misma por ser tan necia. El resto del tiempo era un gatito común y cariñoso.

El hecho de que Freddy parecía haber cogido una gran antipatía por Max lo atribuía a que era cachorro aún. La única otra persona que Freddy había conocido era el veterinario que le había vacunado contra la gripe gatuna. Ello podría explicar por qué un gato nervioso rasguñaría una mano que intentaba frotarle detrás de las orejas en señal de amistad, u orinar en un regazo habiendo consentido con cautela sentarse allí. Lo que a Claire le disgustaba era la expresión triunfante de Freddy cuando hacía aquellas cosas. O la forma en que logró hacer caer el abrigo de Max de donde ella lo había colgado y defecar sobre él.

La vez siguiente que Max la invitó a salir, rechazó la invitación de Claire para tomar café en su casa.

—Lo siento Claire —dijo—. Me gustas muchísimo y me gustaría conocerte mucho mejor.

Claire apartó la vista de él y miró fuera de la ventanilla del automóvil, incapaz de mirarle a los ojos. Podía adivinar lo que Max estaba pensando. Freddy estaba sentado en el medio del camino de su casa y la observaba. Era la forma en que suponía que él miraba a su presa.

—Tal vez suene absurdo, pero creo que ese gato está celoso de mí —afirmó Max.

Es él o yo, pensó Claire, eso es lo que estás diciendo.

—Gracias por una velada encantadora —dijo Claire en voz alta, desabrochando el cinturón de seguridad y tendiendo la mano para alcanzar la manija de la puerta.

—Claire —la mano de Max sobre su brazo se detuvo. Max se inclinó y la besó en la boca. Era la primera vez que lo hacía.

Minutos después, estaba de pie sobre el sendero de su casa mientras observaba el auto retroceder. Las lágrimas nublaron su visión; estoy llorando mucho estos días pensó.

Algo rozó sus piernas. Ella retrocedió de miedo y bajó la vista para mirar a Freddy.

—Al menos él me ha dado a escoger —le dijo al gato.

El estrépito despertó a Claire. Su corazón latía más rápido de lo normal mientras procuraba determinar si había venido de afuera, de abajo, o si la chimenea había echado ladrillos a través del techo. Luego oyó a Charles chillar.

Tiró de las colchas hacia atrás mientras buscaba a tientas sus chinelas, lanzando los brazos dentro del salto de cama mientras corría escaleras abajo.

Encendió la luz. La jaula de Charles se había volcado. El loro trepó de prisa por el costado del sillón. Freddy vaciló semiagachado, con una pata en el aire. Volvió su cabeza para mirarla con ceño, su cola se movía de un lado a otro furiosamente. Charles se lanzó al aire con torpeza. Freddy saltó; Charles chilló. Se enlazaron.

El ave y el gato golpearon la alfombra, Freddy con elegancia, Charles como una bolsa.

Claire se abalanzó sobre Freddy, golpeando al animal con las manos, gritando las palabras que Charles le había enseñado. Metió de prisa al gato en la jaula vacía del loro. Sus manos estaban laceradas donde el gato le mordió y rasguñó. Utilizó el cinto de su salto de cama para cerrar la jaula. Se sentó cómodamente; temblaba de rabia.

El martes por la noche Claire llamó por teléfono a Max.

—Se fue —dijo ella.

—¿Quién ha desaparecido?

—Freddy.

Hubo un silencio del otro lado. Se preguntó si él no la habría malinterpretado. Quizás hubiera estado usando a Freddy como pretexto para deshacerse de ella.

—¿Nos encontramos en algún lugar? —preguntó Max—. ¿Puedes ir hasta el pub Bull's Head al final de la calle Highfield Road?

—Creo que sí.

—¿Dentro de una hora? Te esperaré en el salón.

Max tenía las bebidas listas en la mesa cuando ella llegó. una cerveza tipo Pilsen sin alcohol y un Martini con limonada. Tomó su mano cuando ella se deslizó en el banco junto a él.

—Cuéntame —le animó él.

—Mató a Charles.

—Lo siento. Me gustaba aquel loro —los dedos de Max apretaron los suyos.

—Lo llevé a Londres. Ayer. En mi día libre. Encontré un lugar en la Liga Protectora de Gatos y le dejé allí. Dije que me mudaba a un apartamento y que no podía conservarlo.

Max bebió un sorbo de su bebida.

—Claire —dijo—. Quizás no sea el momento adecuado para preguntarte, ¿pero vendrás conmigo el fin de semana?

Claire escupió. Un sorbo de Martini cayó en el lado equivocado. Max le dio unas palmadas entre los omóplatos cuando ella comenzó a atragantarse. Sus ojos se humedecieron.

—Te dije que quería conocerte mejor —prosiguió Max—. ¿Qué mejor manera que unas vacaciones juntos? Dormitorios separados si prefieres.

—¿Cuándo?

—En Pascua. ¿Te gustaría York con los narcisos en flor?

A Claire le gustó muchísimo. El sol brilló para ellos ambos días. Lamentó no haber estado nunca antes, pero cuando su madre vivía no hubiera osado proponerlo. Probablemente hubiera provocado uno de los ataques de Claudia. Desde entonces no se le había ocurrido.

—Es una lástima que debamos volver —comentó ella.

Max le sonrió de prisa antes de concentrarse nuevamente en la carretera.

—Podemos hacerlo otra vez —dijo—. Quizá Lincoln, o Durham.

—Eso me gustaría.

Anduvieron en silencio compartido, Max concentrado en la carretera mientras Charlie se embecía en el paisaje.

A medida que los cruces pasaban de prisa y comenzaba a oscurecer, Max dijo:

—¿Podrías sacar la guía de la Asociación de Automóviles de mi bolso? No quiero perder el cruce.

El bolso con cremallera estaba detrás del asiento del conductor. Claire se tendió hacia atrás.

—¡Ay! —retiró la mano de prisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Max.

—Mi mano dio contra algo afilado —se retorció en su asiento, sacando el cinturón del coche para darse más movilidad. Miró hacia atrás para medir la posición del bolso. Dos ojos verdes reflejaron la luz de un automóvil que pasaba. Volvió la cabeza bruscamente y se sentó muy quieta.

—Max, creo que hay un gato en el automóvil. Vi sus ojos.

—Es tu imaginación, cariño. Algo que atrapó la luz.

Claire miró fijo la hilera de gotas rojas que brotaban del rasguño en su mano. Tan parecido a los rasguños que Freddy solía hacer. Bajó la vista. Una pata blanca y negra apareció entre los asientos, golpeando ligeramente la palanca de velocidades.

—No hay manera de que haya entrado un gato en el automóvil, ¿no es así?

La voz de Claire era tensa, su boca seca y pudo detectar un toque de histeria en ella.

—Desde luego que no.

El gato imaginario se deslizaba entre los pies del cinturón de seguridad. Freddy levantó los ojos para mirarla. Rasgó su falda mientras trepaba a su regazo. Claire no osó moverse. Max estaba en lo cierto. Era su imaginación. Su culpa por haber abandonado al animal. Realmente no sentía el peso del animal en sus muslos, ni el calor de su cuerpo. Su ronroneo era en realidad el zumbido del motor del automóvil. Dentro de un instante Max miraría hacia su lado y le aseguraría que no había nada allí.

La cola de Freddy se movía de prisa hacia adelante y atrás por el rabillo del ojo. Se tensó. A punto de saltar.

Debo cogerlo, pensó ella. Debo cogerlo.

Freddy saltó. Max soltó el volante. La bola de piel desgarró su rostro. Max arañó al gato. A ella. El automóvil se desvió bruscamente. Un camión se acercaba amenazante.

Claire gritó. Oyó el chirrido del metal contra el metal. Y el chasquido del vidrio. Y el crepitar de la goma en llamas.

Y el silencio.

Le dejaron salir del Hospital de Leicester Royal después de tres días, cuando se cercioraron de que no había lesiones ocultas. No había visto a Max. Había temido preguntar, temía que él la culpara por el accidente. El tampoco había intentado verla.

El viaje de regreso a Birmingham fue de pesadilla. Cada vez que echaba un vistazo por la ventana del tren podía ver un gato. Parecía como si toda la especie felina pusiera obstáculos a su marcha. Cuando cerraba los ojos había un par de ojos verdes abrasados en el lado inferior de sus párpados. Al intentar mirar hacia otro lugar, su atención volvió a sus uñas rotas. ¿Acaso había intentado escapar cavando?

Y no había señal alguna de un gato en el automóvil. Había preguntado sobre el particular. Insistido. Le había llevado dos horas a la brigada de los bomberos sacarlos de allí abajo. Con todo, no había ningún gato. Ella se puso histérica cuando se lo negaron.

Necesitaba saber que no era su imaginación.

El tren la dejó en el centro de la ciudad momentos antes de la hora punta y la muchedumbre noctámbula, y permaneció de pie durante lo que le pareció un largo rato mientras esperaba un autobús que la llevara a su casa. Sus pensamientos no cesaban de volver al choque y al gato desaparecido, en la esperanza de que hubiese sido real; un animal extraviado que se hubiera deslizado dentro del automóvil sin ser visto, buscando un refugio. Podría haber escapado en la oscuridad; no recordaba exactamente cuánto había tardado la ambulancia en llegar a ellos.

Sin embargo, debajo acechaba la idea de que hubiera sido Freddy el gato cambiado por otro que había logrado robarle todo: los peces, luego Charles y ahora Max. Todo lo que ella había amado.

La calle estaba desierta mientras ella caminaba apresurada hacia su puerta, su cabeza se balanceaba de un lado a otro mientras buscaba, esperando verlo a cada instante, agazapado sobre una pared. O escondido, al acecho debajo de los arbustos. Vigilándola, tal como solía hacerlo.

Claire buscó a tientas en su bolso la llave de la puerta delantera. A pesar de que la luz de la calle iluminaba directamente sobre ella, tuvo dificultad en poner la llave en la cerradura. Abrió la puerta de un empujón.

Lo primero que advirtió fue el olor. Había estado en la casa cuando ella partió, no obstante estaba tan acostumbrada a él que apenas lo notaba. Sin embargo ahora, incluso después de varias semanas, el olor de la orina de gato era fuerte y hasta desagradable. Casi como si fuera fresco. Su pecho se comprimió. Le resultaba difícil respirar. Se quitó el abrigo.

¿Era así como se sentía Claudia, se preguntaba, al comienzo de un ataque de asma?

Se tambaleó hacia adelante, mareada de pronto por la sangre agolpada en los ojos. Se abrazó a la barandilla de la escalera, sus pulmones empujaban contra la parálisis de su diafragma. Cayó de rodillas.

La luz de la lámpara de la calle se vertía delante de ella. Desde las escaleras, un par de ojos verdes la reflejó.

Epílogo

No puede haber demasiadas niñas que devolvieran su premio de la Escuela Dominical arguyendo que se trataba de bailarines de ballet sensibleros. A los niños se les obsequiaba libros Biggles y yo quería uno también. De modo que alrededor de los once años ya leía géneros que muchas personas consideran cotos masculinos.

Eso no ha cambiado demasiado, pero yo sí prefiero leer la clase de literatura de terror que no necesita fiarse de enormes cantidades de sangre y entrañas para lograr sus efectos. Encuentro un relato mucho más satisfactorio si me obliga a mirar sobre mi hombro y sentir que me puede ocurrir a mí mañana o en este instante, en algún lugar no muy lejano. Los relatos que escribo reflejan, eso espero, la clase de cosas que me gusta leer.

Para algunas personas el límite entre una fobia y la locura es muy estrecho. También lo es aquél entre un terror genuino y la convicción de que algo sobrenatural nos persigue.

En Trick or Treat también quise explorar la manera en que se origina una fobia. Tal vez sea el recuerdo de un acontecimiento ocurrido en la niñez; el terror inicial ha pasado hace tiempo y no obstante la mente asocia un objeto con un efecto. O quizá sea la absorción subconsciente de los temores de otra persona. En este relato he querido que Claire pensara que tal vez su recelo hacia los gatos era irracional y que lo había adquirido de su madre. No obstante, no creo que una fobia pueda curarse con facilidad, y quise que el lector se preguntara si Freddy se comportaba según sus instintos naturales o era algo más siniestro.

Para acrecentar la incertidumbre, la fecha en que fue arrojado en el umbral de Claire era importante. La víspera de Todos los Santos era tradicionalmente la noche en que las hadas robaban los niños no bautizados y los reemplazaban por otros.

A menudo cuando escribo me doy cuenta que subconscientemente he incluido elementos que ignoraba. Freddy recibió el nombre de un gato de casas de labranza suecas que conocí en verano. Adoraba las moscas y solía devorar tantas como fuese posible atrapar para él. Sólo cuando avanzaba en la redacción de este relato me percaté de que Freddy es también el nombre del monstruo de las películas Nightmare on Elm Street (Pesadilla).

Otras escenas también fueron extraídas de la vida: con frecuencia he observado a mi marido podar las malas hierbas excedentes de su pecera de peces tropicales, y he visto al gato de una amiga sentado cerca de ella, al parecer admirando el espectáculo del almuerzo moviéndose.

La niña de Ticanau

Aparqué mi Chevy en el polvoriento aparcamiento cerca del pabellón. Mi familia le llamaba pabellón por el tejido de malla de alambre que unía los techos de chapa de los dos bungalows enfrentados. Unas parras frondosas cubrían la red, daban sombra a algunas mesas de jardín que servían de comedor. Rociadores artificiales giraban sobre los bungalows, pero sabía que el agua hacía poco para refrescar sus interiores sofocantes. Más allá del pabellón se extendía un hermoso prado, y más allá de él podía ver los robles vigorosos que crecían a orillas del río Guadalupe. No podía permitirme este fin de semana fuera del trabajo, pero sabía bien estar nuevamente en el pabellón, una colonia de vacaciones que era más un hogar para mí que cualquiera de las ciudades de Tejas en las que había vivido de pequeña.

Mi madre estaba sentada en su coche con la mirada clavada en el espacio. Me había telefoneado un par de horas atrás, quejándose de que mi padre estaba coqueteando con una mujer que había reservado un bungalow ya vendido. Era poco probable que hubiera algo de cierto en su relato, pero parecía que la única forma en que podía calmarla era venir personalmente al pabellón. Si no hubiera venido a ver a mi madre, sabía que ella querría venir a pasar unos días en mi casa, y de ninguna manera iba a permitir que eso sucediera. Pronto se daría cuenta de que Tom me había dejado, y luego ella exigiría saber por qué nuestro matrimonio había durado tan poco. Simplemente no estaba preparada para vivir esa escena.

Me aproximé a ella.

—¿Mamá? Oye, mamá —dije. Ella me miró con ojos irritados. ¿Quieres ir a algún otro sitio a hablar? Nunca he sido muy buena en el papel de asistente social, pero al menos podía brindarle mi apoyo moral.

—No, ahora no. Por favor, ve y dile a tu padre que estoy aquí fuera.

El viaje caluroso me había puesto irritable.

—Madre, acabo de abandonar mi tesis para poder venir aquí, y lo primero que me dices es que me marche a buscar a Papá. Ni siquiera me agradeces el haber venido.

—Lo siento, Karen, sé que tus estudios son importantes para ti —pasó un pañuelo por los ojos con suavidad—. Es tan sólo que tu padre apenas si me ha prestado atención esta semana pasada. Todos lo dejan pasar como si nada hubiera sucedido. Nadie ha notado el mal momento que estoy pasando.

Resultaba evidente que se sentía desdichada, pese a que no sería la primera vez que un agravio de mi padre era excusa para el melodrama.

—Vale, yo tampoco he debido tomarla contigo. Si me indicas dónde está papá iré a buscarle.

—Está pescando en el río —dijo ella amargamente.

—¿Le digo que quieres hablar con él?

—No, tan sólo dile que estoy aquí.

—Si deseas que papá venga a hablar al respecto —dije yo, intentando mantener un tono de voz parejo—, entonces tienes que decirlo. No te engañes.

—No he hecho nada malo. ¿Por qué me criticas?

Rompió a llorar. Me alejé del coche deseosa de poder cambiar lo que ella había vivido durante estos últimos días. Y de no ser así, me gustaría que ella cambiara. Nunca podía tratar con las personas de manera franca.

Eché a andar por el sendero medio kilómetro hasta el río, dichosa de tener una oportunidad para tranquilizar mi genio. Mi madre no perdía ocasión para que nos apiadáramos de ella, y esto me ponía furiosa, pese a que sabía por qué se sentía tan insegura. Mi verdadero padre la había abandonado por otra mujer. Vanee se había fugado antes de que cumpliera yo tres años, y aunque no podía recordar nada acerca de él, aún podía oír a mamá decir: papá se ha marchado y nos ha dejado. Y luego recuerdo un dolor, un gran dolor... Ahora que recuperaba mi soltería, encontraba más y más razones para meditar con tristeza acerca de la deserción de Vance. ¿Por qué no había sido lo suficientemente bonita o encantadora para retener a mi verdadero padre?

Alcancé la ribera del Guadalupe. El agua era de un verde intenso como jamás había visto antes, y el río era más ancho de lo que debería ser. En los áridos días de verano, el Guadalupe parecía más bien una gran vertiente y no un río, y sin embargo este año no sucedía lo mismo. Ahora parecía una pantera satisfecha que corría pesadamente hacia el golfo, proclamando con arrogancia que había engañado a las estaciones del año. En alguna medida me hacía sentir incómoda. He venido aquí todos los años de mi vida, y creía conocer todos los caprichos del río.

Eché a andar aguas arriba, en dirección al pozo de pesca favorito de Papá. Quizá debiera hablarle acerca de mi divorcio, y luego él podría contárselo a mamá. ¿Pero acaso encontraría él las razones más convincentes que Mamá? En el mundo de ellos, una mujer debe hacer cualquier cosa por satisfacer a su marido, aun si se trata de algo que le aterra. El sexo me atemorizaba. No era tanto el acto en sí lo que temía, como las pesadillas que le sucedían. Trauma poscoital había diagnosticado el psicoanalista.

Nunca traje a Tom al pabellón. Nuestra relación ni siquiera había sobrevivido hasta llegar al verano. Las pesadillas no eran demasiado malas al principio, y Tom había sido muy comprensivo en la cama, muy paciente. Después de hacer el amor, me susurraba palabras tranquilizadoras al oído, hasta que la somnolencia distorsionaba sus palabras. Cuando las pesadillas empeoraron, permanecía echada en la cama, con terror a quedarme dormida, mientras que una sonrisa burlona poscoital cruzaba el rostro de Tom. Interrumpí nuestras relaciones sexuales. Tom permaneció un tiempo más hasta que comencé a olvidar mis compromisos con el psicoanalista. Mis investigaciones me despistaban con facilidad, y era muy propensa a olvidar cosas que no fueran de importancia para mi trabajo. Una noche Tom recogió su peine y cepillo de dientes y se marchó sin decir una palabra. Mientras empaquetaba sus cosas unos días más tarde, me transmitió su queja en su mejor voz de profesor de inglés: No viviría como un inoportuno mendigo sexual. Ya había transcurrido un mes.

Oí voces río arriba que gritaban mi nombre. Los amigos de mi padre flotaban en el agua, cada uno de ellos sentado en una cámara de rueda de coche tratando de mantenerse en equilibrio en la lenta corriente. Había un paquete doble de seis latas de cerveza amarrado a una de las cámaras. Los hombres me dieron la bienvenida y me indicaron dónde estaba mi padre. Estaba sentado en la orilla, con una caña de pescar en sus manos, al parecer ajeno a los gritos de sus amigos. Su pelo claro estaba prolijamente peinado hacia

atrás y lucía un bañador que dejaba ver sus piernas blancas y rechonchas. Según me aproximaba, me impresionó, por primera vez en años, lo evidente que resultaba que no éramos familiares de sangre. No obstante, no me importaba. Aún pensaba en él como papá.

—¡Qué bonita sorpresa, mi pequeña! —exclamó cuando finalmente me vio—. Pensé que no vendrías esta vez.

—Eso es lo que yo también pensaba —respondí, mientras me sentaba junto a él— hasta que una mujer muy alterada me llamó esta mañana.

—Ah, ¿no has visto a tu madre aún?

—Hola, Bob —una mujer joven que vestía sandalias y pantalones cortos sueltos se había aproximado por detrás—. ¿Quién es esta niña guapa con quien hablas?

Se sentó en el pasto mientras papá la presentaba como Yvonne. Se la veía relajada y serena en el horrendo calor, no excitante y chabacana como lo hubiera esperado. Y era extremadamente amable; un poco más alta que yo, con piel y cabellos oscuros. Si pudiera cambiar mis rasgos, mejorando los menos atractivos y conservando los mejores, me vería muy parecida a ella. Quizá por ello es que la veía tan familiar.

—Papá, creo que debes ir y hablarle a mamá. Estaba sentada en el coche cuando llegué.

Tenía la esperanza de interrogar a papá sobre su versión de la historia, antes de que mamá comenzara a forzarme a tomar partido por alguno de los dos. Ahora esto debía esperar.

—Sí, Bob —dijo Yvonne—, parecía muy acongojada anoche.

Tu hija y yo tendremos una charla de mujeres mientras tú te ausentas.

Papá recogió su aparejo y lentamente se alejó de la ribera. Era un hombre de físico grande, y se movía siempre como si no estuviera seguro en qué dirección debía avanzar. Por mi vida que no podía creer que alguien tan atractiva como Yvonne estuviera interesada en él.

Se recostó hacia atrás sobre sus manos, extendiendo sus piernas bien musculosas delante de ella.

—Te habló tu madre sobre lo de anoche.

—No, en absoluto ha dicho nada en particular. Me dijo que papá se estaba comportando como un viejo tonto con una mujer que estaba en el pabellón —Yvonne sacó un cigarro y lo golpeó ligeramente dos veces en cada extremo. Identifiqué ese gesto como el de alguien que conozco, pero no podría decir a quién me recordaba.

—Bien, tu padre y yo permanecemos levantados hasta tarde anoche, matando el tiempo; hablando sobre ti, mayormente. Inclusive llegué a decirle que me gustaría conocerte. Creo que deberíamos habernos ido a la cama cuando lo hicieron todos los demás, pero simplemente perdimos la noción del tiempo. Tu madre salió y nos acusó de comportamiento indecente pero yo le dije que no habíamos hecho nada malo. Tu padre es muy simpático pero en absoluto es el tipo de hombre que me gusta.

Sonreí a eso con una risilla sofocada. No podía imaginar a papá ser el tipo de nadie, ni siquiera de mamá.

—Además —continuó Yvonne—, ¿qué pensó tu madre que hubiéramos hecho? Estábamos en el medio del pabellón con gente roncando a todo nuestro alrededor.

Le pedí un pitillo a Yvonne y traté de mostrarme no comprometida. En realidad, ¿qué podrían haber hecho? Podrían haberse pasado ardientes mensajes el uno al otro, supongo, pero me parecía poco probable. Y era cierto que mamá tenía más vueltas sobre el sexo que una galería de arte cristiana.

—¿Dónde están las amigas de mi madre? —pregunté.

—Allí en las aguas termales, bebiendo cerveza y riendo, supongo. Me he divertido mucho con esas chicas.

Me puse de pie con la intención de caminar hasta las aguas termales. Si papá había sido indiscreto, las amigas de mamá estarían encantadas de hablar sobre ello. Yvonne también se incorporó, y en su rostro había una sonrisa apremiante. Echamos a andar por el sendero que conducía a las aguas termales y caí en la cuenta de que su compañía me alegraba. Si no tuviera con quién hablar, sólo comenzaría a meditar nuevamente.

—¿Cómo supiste del pabellón, Yvonne?

—Una amiga mía que vive en Houston me habló sobre él —había una tensión en su voz, como si se esforzara porque sonara despreocupada.

—¿Estás aquí sola?

—Sí. Abandoné mi trabajo unos meses atrás, así que estoy gozando de unas largas vacaciones.

Formulé las preguntas habituales: si había tenido un novio estable y qué tipo de trabajo realizaba. No se parecía en nada a mis colegas de la universidad, desde luego, pero me puedo adaptar en seguida a los amigos de mis padres.

Se detuvo para señalar una gran víbora que estrechaba las ramas de un laurel de montaña.

—Leí que los indios solían creer que los animales eran mensajeros enviados por nuestros antepasados —dijo.

—Eso no es del todo cierto —respondí—, pero es bastante acertado. Mi disertación será acerca del folclore de los aborígenes de las llanuras. Me temo, sin embargo, que me he especializado demasiado. Mis conocimientos son sobre los coahuiltecas que habitaron esta zona.

Yvonne me sonrió con conocimiento, casi protectora, como si supiera todo sobre el tema, y el tópico de mi tesis le resultara un poco singular.

—Tu padre me habló de tus intereses. ¿Por qué escogiste estudiar a los aborígenes?

—Podría darte muchísimas razones. Podría contarte lo fascinante e interesante que es este tema. Podría explicarte por qué debemos conservar los utensilios y las tradiciones orales indígenas. Todas estas razones son válidas, desde luego, pero la verdad es que mi verdadero padre era mitad indio. Creo que me dediqué a investigar este campo para herir a mi madre. Las únicas veces que accedía a hablar de mi verdadero padre era cuando quería decir cuán inútil era.

Mamá decía que Vance no quería asumir la responsabilidad de tener que criar una familia, de modo que se fugó con otra persona, dejando todo atrás, incluidas nosotras. Nunca dudé de su explicación, pero aún me enfadaba su reserva con respecto a Vance. Ni siquiera quería describírmelo. Mi abuela me había dicho que yo era el calco de él.

—Seco la comida fresca a la manera de los indios —comentó Yvonne— y recojo mis propias hierbas y utilizo remedios indios cuando estoy enferma. Había una curandera en

mi pueblo natal que podía cambiar el tiempo y llamar coyotes. ¡De modo que mientras vosotros los académicos conserváis las costumbres indígenas, algunos las utilizamos!

—Muchísimas personas más jóvenes intentan vivir hoy en día como los indios —afirmé impasible.

La visión de Yvonne sobre la vida de los indígenas era ingenua, pero ya no me mofaba de las nociones absurdas de los amigos de mis padres. Mejor dejarles que sigan pensando que quizá los OVNIS nos proporcionen la cura del cáncer, o que los horóscopos podían combatir los trastornos cardíacos. Las pesadillas de mi matrimonio me habían enseñado a respetar los temores irracionales.

Y por otro lado, el entusiasmo de Yvonne me recordaba la emoción que solían proporcionarme mis estudios. Tal vez mis razones para dedicarme a la investigación de este campo habían sido débiles, pero una vez que hube comenzado mis estudios, me resultaron cautivantes. En lugar de tener citas y socializar como los demás estudiantes, me había recluido con mis libros hasta que conocí a Tom, otro académico que esperaba que no me exigiera demasiado de mi tiempo.

Caminamos en torno de un recodo del río y encontramos a las tres mejores amigas de mi madre bronceándose sobre grandes toallas de playa. Grace, Joy e Irma parloteaban distraídamente bajo el sol ardiente. El cabello teñido de cada una de ellas se adhería a su frente, señal de que habían estado bañándose en las aguas termales.

—¡Bueno, hola, muchacha! —exclamó Grace. Cada una de ellas se empeñaron en darme un gran abrazo.

—Me encantaría quedarme y conversar —se disculpó Yvonne mientras me sentaba en el extremo vacío de la toalla de Grace— pero debo comenzar a preparar el almuerzo.

Grace e Irma parecían aliviadas. Tuve que felicitar interiormente a Yvonne por saber cuándo su presencia resultaba inoportuna.

—Iré contigo —dijo Joy Nolan—. Es demasiado para una sola chica.

Cuando ambas se encontraban bien lejos del alcance del oído me descolgué con mi pregunta:

—¿Podéis decirme por qué mi madre está tan molesta?

Irma fue la primera en responder.

—Bien, esta muchacha dijo que había reservado este lugar al mismo tiempo que nosotros, e intentamos verificarlo con los dueños pero...

—Sólo contestaban el teléfono —interrumpió Grace—. Y antes de que nos diéramos cuenta, Joy le invitaba a Yvonne a compartir las cabañas con nosotros.

—Creo que fue muy amable de parte de Joy —prosiguió Irma.

—Todo esto es muy interesante, muchachas —dije—, ¿pero qué le ocurre a mi madre?

—Bien —continuó Irma—, tu madre cree que Yvonne ha estado un poco más amistosa con tu padre que con los otros hombres.

—¡Demasiado simpática! —Grace estaba indignada—. Anda tras Bob cada vez que alzo los ojos. Pero creo que, en efecto, tu madre exagera, Karen. No vi que coquetearan. En realidad, hablaban de ti la mayor parte del tiempo.

Pregunté qué decían de mí y recibí una disertación acerca del orgullo de mi padre por mi carrera académica. Durante un instante, me pregunté de quién estaría celosa mi

madre realmente; si de Yvonne o de mí.

—E Yvonne parecía tan impresionada por todo lo que decía que simplemente no pudo dejar de hablar sobre ti —concluyó Irma.

Grace destapó un frasco de loción bronceadora.

—Sin embargo pasaban mucho tiempo juntos —se había empeñado en tener la palabra—. Y tu padre sabe mejor que nadie lo celoso que puede ponerse tu madre.

Esto era cierto, desde luego, de modo que asentí con la cabeza. Yvonne debería haberlo notado también. Tal vez estuviera mofándose deliberadamente de mi madre, aunque no podía imaginarme por qué.

—Entonces, ¿qué es lo que en verdad ocurrió anoche? —pregunté, deseando que me proporcionaran información útil.

—¿Qué? ¿Es que acaso ocurrió algo? —preguntó Irma, siempre atenta a la posibilidad de poder contar chismes.

—Yvonne me contó que ella y papá se quedaron hablando hasta tarde anoche y que mi madre los acusó de perder el tiempo. ¿Acaso mi madre los cogió haciendo algo? ¿Estaban... en una situación comprometedora? —pregunté, aterrorizada por decir quizás la palabra joder sin querer. Mamá me mataría si la dijera delante de sus amigas.

Ambas se desternillaron de risa.

—Oye, cariño —dijo Grace deprisa y ciñó mis hombros con su brazo—, tu padre podrá actuar como un tonto la mitad del tiempo, pero no es ningún joven rico.

Eché a reír al pensar en papá como el joven rico y amante de los placeres. El era en cada aspecto el hombre que había esperado fuera Tom: alguien seguro, sólido y predecible. Papá era todo menos del tipo del Don Juan. Su único delito era que a veces podía ser algo necio e insensible.

—Tu madre es demasiado susceptible con respecto a las demás mujeres —dijo Irma—. Supongo que perder a su primer marido la volvió paranoica para conservar el segundo.

Grace volvió a tapar la loción sin usar y se incorporó para marcharse.

—Anda, Irma, vayamos a ayudar a las demás con el almuerzo.

Después de que ambas se retiraron, reflexioné sobre lo que habían dicho acerca de mis padres. Parecía como si mamá estuviera molesta porque papá la había ignorado y ella me había llamado esperando utilizarme como un arma contra él. Y yo creí que mamá quería una amiga con quien contar. Hubo momentos en los que yo parecía no agradarle demasiado. Siempre había sido un poco fría conmigo, tratándome como si fuera simplemente una función secundaria de su matrimonio feliz. Mientras viví en casa, tentaba todo lo que podía ocurrírsele para hacerme salir de la casa y conocer otros chavales. Pero siempre fui una solitaria, y bastante contenta conmigo misma también.

Mi labio sabía a sal, lo que me recordó que el sudor me chorreaba. Me puse de pie y seguí el sendero que conducía al gran roble vigoroso que protegía las aguas termales y la orilla encima de ellas. Me agaché bajo las ramas del roble y descubrí el santuario que los católicos fieles habían conservado durante décadas. Mamá me había contado cierta vez que debajo del árbol se había levantado una bella estatua. Ahora había una Virgen de yeso afligida, sujeta a un bloque de cemento. Con el correr de los años, el color intenso de la estatua se había desprendido. Sólo las espinas que asían su corazón pálido tenían algo de

color. Su pigmentación verde se había vuelto más intensa con los años, o al menos eso supuse, y ahora tenían el mismo color del musgo del río. Mi investigación había incluido un estudio de los mitos que fusionaban los espíritus de la tierra de los indígenas con la figura de la Virgen, pero estaba demasiado perezosa para recordar el nombre del espíritu que se suponía regía este tramo del Guadalupe.

Bajé por la margen alta utilizando las raíces expuestas como asideros, y pisé un saliente rocoso y cubierto de lodo al nivel del agua. Me quité de prisa mis pantalones cortos, mi camiseta y luego me introduje en las burbujas. Las piedras oscuras y cubiertas de musgo del fondo le daban al río una profundidad desconocida, mas el agua sólo llegaba hasta la cintura; tocaba mi panza, un poco más cálida que el calor de la sangre... perfecta. Los hombres detestaban las aguas termales por ser tan calientes, sin embargo, mi madre y yo, y mi abuela antes de morir, adorábamos las aguas. Las burbujas distendían todas las contracturas musculares, calmaban todos los dolores de vientre.

Flotaba sobre mi espalda con los ojos cerrados, deseando ser lo suficientemente capaz de flotar como para quedarme dormida. Desde que Tom se había marchado, llevándose las pesadillas con él, había comenzado a dormitar con frecuencia, para recuperar el descanso que había perdido durante mi breve matrimonio. Nunca podía recordar nada tangible sobre las pesadillas. El temor se quedaba conmigo, sin embargo, y la señal apenas perceptible de algo esquivo pero familiar, algo semejante al olor de la pipa del Abuelo o el tintineo de la canción de cuna de un alhajero. No obstante, cuanto más me empeñaba en recordar los sueños, más se perdían en el sopor.

Mi psicoanalista intentaba por todos los medios hacerme revivir mis pesadillas. Si no puedes recordarlas, había dicho ella con sus tonos bien modulados entonces ¿cómo sabes que debes temerlas?. Simplemente por la evidencia de mi carne, querida doctora. Le conté lo herida que me sentía después de mis sueños, como si me hubieran violado o maltratado. La charlatana luego me había interrogado sobre Papá. Pude adivinar lo que pensaba cuando le dije que no era mi padre verdadero. ¡Es un hombre decente! juré. Desde luego, nunca me hubiera tocado de la manera que ella insinuaba. Sólo había habido una falta de cariño físico en mi familia. Papá era muy cariñoso con sus palabras y sus actos, pero tanto él como Mamá nunca me habían dado algo más que un beso de mala gana en el carrillo. En realidad no me había molestado de niña, pero sí advertía que los demás niños parecían recibir más caricias que yo.

Abrí los ojos y contemplé el juego de la luz con las hojas y las ramas del árbol. El agua se arremolinaba en torno a mis extremidades. Podría permanecer aquí para siempre, pensé, y dejar que mi carne acuosa se diluyera; dejar que la esencia de Karen se confunda con el caldo del río que alimentan las nieves; el río de las aguas termales y nuestras praderas. Nuestra Señora del Guadalupe. Ahora recordaba su antiguo nombre. Era Ticanau. Ella no era tan bondadosa como otros espíritus. Era celosa y codiciosa. Tal vez el santuario católico tenía la intención de hacer que Ticanau se comportara.

Sentí que algo mordisqueaba los dedos de mis pies y di un grito, alarmada. Algunos peces masticaban cualquier cosa que permaneciera quieta el tiempo suficiente.

— ¿Hola? ¿Karen? ¿Eres tú?

Parecía la voz de Yvonne, que gritaba desde algún lugar detrás de las ramas. ¿Cuánto tiempo había estado cerca?

—¿Te molesta si te acompaño? —preguntó mientras bajaba a la orilla. Colgó la toalla en una raíz nudosa.

—¿Es la hora de almorzar? —pregunté. Flotaba erguida ahora, descansando cómodamente en el agua que casi me llegaba al mentón.

—No. Los hombres no regresarán de sus compras hasta dentro de una hora larga — se quitó su camisa holgada por la cabeza, y luego, con un solo movimiento, los pantalones cortos y las bragas.

—¿De compra? Lo único por lo cual irían de compras es más cerveza.

—Y eso es exactamente lo que fueron a buscar —dijo ella. Se metió en las aguas termales y se paró junto a mí, el agua le llegaba a las caderas—. ¿Hablaste con Irma y Grace sobre mí?

—Sí —respondí, sintiéndome molesta. Caí en la cuenta de que la miraba fijamente. Su cuerpo desnudo era perfecto, y hasta donde podía decir, irreprochable.

—¿Crees ahora que tu padre y yo no hicimos nada?

—Bueno, me gustaría hablar con mi padre, pero me parece que te creo. Debo admitir que mamá puede volverse histérica a veces cuando se trata de sexo.

—Bien, me alegro de que te haya pedido que vengas aquí, Karen.

Sonreí al escuchar sus palabras, contenta de gustarle a Yvonne.

—Sea lo que fuere que ocurrió, estoy segura de que mamá lo olvidará dentro de poco. Creo que también me iré a la mierda en algún momento durante el día.

—¿Qué dijiste? —preguntó Yvonne. Me miraba como si hubiera dicho algo chocante.

—Perdóname —me disculpé, antes de estar siquiera segura de lo que había hecho mal—. Como tienes mi misma edad, no pensé que debiera cuidar mi lenguaje.

Se inclinó y cogió mi cara, lo que hizo que mis labios se arrugaran.

—Alguien debería lavar tu boca con jabón, niñita. Y pensar que una vez fuiste la bebé más dulce de tu papá —me soltó y caminó hasta la orilla. Ni siquiera se había bañado en las termas.

Quería soltar una carcajada ante esta exhibición pero, en cambio, me encogía como una niñita.

—Lo siento, Yvonne, de veras —me encontré suplicándole. No creía que estuviera realmente ofendida por la palabra mierda, mas no podía dejar de disculparme por haber provocado que me regañara. Fui tras ella hasta la orilla, donde se estaba secando con la toalla.

—Lo olvidaré —dijo— si me prometes que te quedarás unos días más.

Me sonrió de manera tan encantadora, que casi me dejó sin aliento. Le devolví la sonrisa y ella comenzó a frotarme con la toalla para secarme. Me hizo señas para que me volviera, y luego me frotó enérgicamente, y al terminar me masajeó levemente.

Regresamos al pabellón y antes de que me diera cuenta, le estaba contando cosas acerca de Tom y mis pesadillas. Me prometió que olvidaría todo con respecto a él. Esas palabras me resultaban familiares, supongo, pero ella lo dijo con tal convicción que me sentí más confiada de lo que había estado en varias semanas.

Comí un gran almuerzo de chiles, pan de maíz y cerveza. Mis padres no se veían por ningún lado, cosa que sus amigos evitaron mencionar. En cambio, me preguntaron acerca de la universidad, de Tom y de la clase de coche que conducía. Yvonne se veía

encantadora con los amigos de mis padres, y ellos estaban deleitados con ella, señal de que todos pensaban que mamá sólo quería interrumpir la diversión. Antes de dejarme caer en una hamaca para dormir una siesta, estaba convencida de que la angustia de mi madre era fingida.

Cuando desperté, la hamaca se mecía con furia debajo de mí. Mis genitales y mi trasero estaban amoratados e hinchados. Corrí hacia el lavabo donde tuve una diarrea violenta. Mis antiguas pesadillas habían regresado. Y esta vez no estuvieron precedidas por un contacto sexual. A veces me preguntaba si yo no me golpeaba durante estos sueños, pero nunca había signos visibles de violencia, sólo dolor. Me limpié y regresé a la hamaca, sin querer volver a dormirme, pero añorando tener que abandonar el capullo de hilo suave.

Permanecí allí, echada, sudando con el calor, escuchando las gotas de agua que caían desde los rociadores del techo. Por centésima vez intenté pensar en algo de mi pasado que pudiera explicar por qué tenía estos sueños. Había tenido un buen hogar, una familia estable. No había ningún tío extraño que me estafara y nunca había sido víctima de un delito sexual, ni de ningún delito en absoluto, en cuanto a eso. Demonios, era la única estudiante que conocía que nunca había visto un exhibicionista o cogido a un curioso.

Me levanté y caminé por la cocina hacia las casetas de las duchas, sintiéndome mal. Vislumbé a los amigos de mis padres a través de las persianas de los bungalows. Jugaban a las cartas sobre una mesa de jardín. La ducha era tibia pero refrescante al mismo tiempo. Las agujas del agua calmaron mi piel hinchada. Y entonces me di cuenta. Había soñado con Ticanau. No se trataba de un sueño acerca de violación o de un monstruo loco por el sexo, sino simplemente un relato fragmentado sobre una diosa india. Mas en mi sueño, la diosa del río había sido un hombre. Aún podía verlo de pie sobre un canto rodado, con la vista en las aguas impetuosas. Estaba desnudo y llevaba un cuchillo de piedra en una mano. Luego caminaba entre los hombres, todavía desnudo, fingiendo ser la diosa del río y de la lluvia. Pero las mujeres de la tribu se reían de él, de las líneas oscuras y gruesas que se había pintado entre las piernas. Había intentado pertenecer a su sexo castrándose.

Antes de terminar con mi ducha, prácticamente había recuperado mi alegría; se trataba tan sólo de un sueño estrafalario y caótico que combinaba acontecimientos recientes de mi vida, como ocurre en los sueños normales. Ticanau incluso se parecía a Yvonne. No era un sueño al que debía temer que volviera a tener. No encontraba un motivo para el mal estado de mi intestino, ni la sensación física de violación. Tal vez me estaba enfermando de algún bacilo.

Intenté separar el relato del sueño de lo poco que sabía acerca de la leyenda de Ticanau, pero era inútil. Sólo podía recordar que era una guardiana del río llena de malicia e implacable.

Me vestí con ropas nuevas y me paseé por la cocina. Mamá estaba de pie sobre el horno, dorando una enorme tajada de carne.

—Hola, cariño, ¿dormiste una buena siesta? —preguntó. Parecía tan jovial como una novia nueva.

—Estuvo bien. ¿Papá y tú ya resolvieron sus cosas? —había una única explicación para su buen humor.

—Bueno, Karen, siento que fui muy injusta contigo.

—¿Por qué? Simplemente necesitabas mi compañía. ¿Por qué has sido injusta?

—Simplemente exageré un poco. Tu papá me hizo ver qué tonta había sido al pensar que él estaba interesado en aquella joven.

—Mamá, no seas tan severa contigo. Yvonne dijo que disfrutaba de la compañía de papá —deseaba poder cambiar de tema y hablarle de Tom, pero sabía que sólo comenzaríamos a pelear si lo hacía. En su libro, una esposa no se niega a tener relaciones sexuales con su esposo; una mujer debía ser como la Magdalena, a los pies de su señor lavándole los pies.

Mamá posó los tenedores que estaba utilizando para girar la carne.

—¿Has estado hablando con ella, no es cierto?

—Un poco. No me la imagino echando un tiento a un vejete como papá.

—Tu padre es un hombre muy atractivo todavía.

—Para ti, tal vez, pero Yvonne podría conseguir el que quisiera.

Mamá quería cuestionar el hecho de que Yvonne fuera hermosa pero se paró a tiempo.

—De todos modos —añadí— no me parece una seductora. Es demasiado convencional para ello. Cuando estábamos allí en el santuario, incluso me regañó por mi vocabulario.

Una mueca cruzó el rostro de mamá. No podía aguantar maldecir.

—Ese antiguo santuario ha tenido mucho uso con los años. Tu verdadero padre siempre estaba allí, o al menos eso decía, implorando para obtener un nuevo fonocaptor, o un empleo decente, o liberarse de la tentación...

La voz de mamá se desvaneció y por un instante parecía irremediablemente triste. Le dije que me quedaría unos días más, esperando que las noticias le alegraran, pero parecía no oírme. Olvídalo, me dije para mí, sabes que la verdadera razón por la que te quedas es para complacer a Yvonne.

Aquella noche comí una tonelada de barbacoa, a pesar de haberme sentido mal antes. Yvonne se sentó a mi lado y no cesó de darme trozos selectos de su plato. Fue un banquete maravilloso.

Una vez retirados los platos, ayudé a papá a preparar el pabellón para el baile que comenzaría más tarde, cuando se presentarán viejos amigos de mi madre a una fiesta que ella había organizado. Mientras esperábamos que llegaran los invitados, papá y yo cantamos viejas canciones de vaqueros acompañados por el rasgido enérgico y continuo de la guitarra del señor Nolan. Yvonne se unía a nosotros cuando conocía la letra.

Algunos invitados llevaron trompetas, lo que nos convirtió a nosotros los cantantes en bailarines. Cuando me encontraba demasiado agotada para disfrutar, observé a Yvonne bailar una polka con mi padre, y luego salí a fumar un cigarrillo. Allí del cielo colgaba una luna plateada como un dolar, y su luz sinuosa bañaba la mezquita torcida y los robles vigorosos. Respiré hondo un par de veces y me sentí, no sé, agradecida. Había recuperado mi familia.

Después de un rato, Yvonne salió también para reunirse conmigo, y me propuso que camináramos para refrescarnos. Me apresuré a aceptar su propuesta. Toda la tarde habíamos estado rodeadas de personas y no habíamos tenido realmente la oportunidad de hablar. Cruzamos el aparcamiento, y las sandalias que cubrían nuestros pies dejaban una

huella en el polvo. Le pedí que aguardara un instante mientras yo hurgaba en la guantera de mi Chevy.

—¿Qué buscas? —preguntó.

Sabía que Yvonne no querría unírseme, pero no creía que me regañara por fumar marihuana.

—No me sermonees, Yvonne, por favor, pero de veras me gusta evadirme con un poco de marihuana —tanteaba debajo del asiento sin suerte. Tom debe haber rescatado las reservas antes de mudarse.

—Podemos fumar algo mejor que marihuana —dijo riendo. Avanzó despacio hasta un matorral denso que se encontraba a unas veinte yardas de distancia. Curiosamente, corrí tras ella. Cuando la alcancé, la encontré palpando la rocalla del suelo.

—¿Qué buscas, Yvonne? Realmente no te imagino una fanática del peyote.

—Aquí está lo que necesito —dijo ella. Alzó unas semillas secas para que las viera. Era difícil adivinar el color a la luz de la luna.

—¿Qué son? —pregunté.

—Granos del laurel de montaña. Debes coger los que han caído al suelo. Se habrán secado y no sabrán tan amargos al comer.

—¿Tan sólo los comes?

—Debes molerlos y preparar un té con otro polvo que tengo aquí —respondió, mientras sacaba una latita de uno de los bolsillos de sus pantalones cortos.

Había leído en algún lugar que los coahuiltecas eran aficionados a los granos de laurel. Al parecer, el interés de Yvonne por las tradiciones indígenas era más que superficial.

Me pasó unos pocos granos y una pizca del polvo.

—Simplemente te estimula un poco el espíritu —dijo, mientras se colocaba su parte en la boca. Hice lo mismo, esperando poder controlar sea cual fueren los síntomas que pudieran resultar. Sin lugar a dudas mis padres nunca me perdonarían por haberme drogado entre sus amigos.

Permanecimos allí conversando durante unos minutos. Comencé a sentir una euforia suave, nada que no pudiera controlar.

—Y bien, ¿cómo te sientes? —preguntó Yvonne.

—Es agradable —respondí. Dio un paso hacia mí, sus ojos brillaban. Alzó su mano hasta mi carrillo y siguió la línea de la mandíbula, mi garganta y me esternón. Avanzó otro paso y me envolvió la cintura con sus brazos. Sus pechos casi tocaban los míos. No estaba segura de cómo reaccionar, de modo que dejé que continuara acariciándome. Nunca antes me había atraído otra mujer, pero por alguna extraña razón, no me sorprendía en absoluto haberlo descubierto.

Caí en la cuenta de que alguien había estado llamándome durante varios segundos.

—Perdóname, Yvonne —dije, apartándola—. Creo que oigo a mamá que me está llamando.

—Sólo quiere evitar que nos divirtamos —dijo Yvonne, atrayéndome hacia sí nuevamente—. Anda, vayamos a nadar a las aguas termales.

Negué con la cabeza, mas Yvonne no quería soltarme. Parecía fortísima.

—Por favor, Yvonne, estoy segura de que mamá no quiere nada importante.

—Te emponzoñará en contra mío, lo sé —insistió con los dientes apretados.

—Oye, regresaré tan pronto como haya terminado con ella. De veras. Diga lo que diga, no podrá prohibirme hacer lo que quiero.

—¿Lo dices en serio? ¿Prometes que volverás a mí?

Le aseguré que la encontraría más tarde y me soltó. Caminé hasta el aparcamiento donde vi a mamá sentada en su coche, tal como la había encontrado antes. Comprendí que el pabellón no era el lugar de vacaciones ideal para ella; carecía de la intimidad que ella necesitaba para descargar una de sus rabietas atroces.

—¿Mamá, estás bien? —pregunté a medida que me acercaba al coche.

—No, no estoy bien —su voz se cascó mientras hablaba. Me preparé para resistir otra ronda de lágrimas.

Asomé la cabeza dentro del coche.

—¿Quieres contarme qué te ocurre? —podría habernos visto a Yvonne y a mí juntas, pero estábamos varias yardas dentro de las matas cuando llamó.

—Se trata de esa mujer, esa amiga tuya.

—Creí que habías terminado con todo eso. Dijiste que nada había ocurrido.

—¿La viste bailar con tu padre antes? ¿Viste qué cerca estuvieron?

—Madre —comencé a decir lentamente, esperando poder escoger las palabras adecuadas—. Ni siquiera les vi hablando. Sé que he bebido un poco hasta el momento, pero creo recordar que Yvonne pasó casi toda la noche conmigo.

—Sí, eso también me resulta un poco extraño. Realmente creo que ella haría cualquier cosa, en cualquier lugar, con cualquiera. De veras lo creo.

—Vamos, mamá, sé sincera. Sólo me atacas a mí porque papá ha sido un canalla toda la semana. Es a papá a quien deberías estar hablando ahora mismo, no a mí o a Yvonne —me incorporé y me aparté del coche, deseando que mi cabeza no pareciera tan pesada.

—No debo decirle a tu padre cómo debe comportarse. No puedes decirme que esa mujer no anda tras mi marido —dijo ella con furia—. No tendría que haber bailado con él esta noche, sabiendo cómo me siento.

—Por supuesto, todo el mundo gira alrededor de ti. Todos deben saber cómo te sientes pues nunca soñarías con no decirles lo desdichada que eres. Nunca perderías la oportunidad de arruinar la diversión de los demás —las hierbas de Yvonne me habían quitado toda la paciencia y casi todo mi sentido común.

—¿Por qué me regañas, Karen? No he hecho nada para herir a alguien. Me gritas cuando yo soy más bien la persona ofendida.

No podía soportar su voz quejumbrosa.

—Nadie ha hecho nada contra ti, mamá, salvo venir corriendo cada vez que llamabas. Has actuado bastante por hoy.

—Dios, hemos aprendido unos cuantos tacos en la educación universitaria por la que pagué.

—¿Qué pagaste tú? Creo que era el nombre de papá el que figuraba en los cheques —me pareció como si de pronto hubiese subido el volumen de una música mala; no podía detenerla aun cuando manejara yo misma el control.

—Sí, hija mía, yo pagué por ella. Pagué muy caro por ella, e Yvonne me hará pagar un poco más. Intenta quitar mi lugar en mi familia.

—¿Por qué te perturba tanto una persona que puede estar tan poco interesada por ti o el peso de tu marido? —caí en la cuenta de que estaba tomando sus palabras en serio, si bien sabía que diría cualquier cosa para que la acompañara en su desdicha.

—Algún día sabrás, Karen, lo que se siente cuando tu marido mira otras mujeres —se recostó contra el volante y meció la cabeza en sus brazos.

—Aun cuando sucediera, mamá, no viviría el resto de mi vida con temor de que así fuera. ¿Es por eso que mi verdadero padre te abandonó? ¿Porque encontró a alguien con la que era más fácil vivir? —mamá se irguió en su asiento y volvió su cara hacia mí furiosa—. Casi puedo suponerlo. Y no le has permitido que me viera porque eres una perra rencorosa.

—Eres una pequeña desagradecida... —hacía un gran esfuerzo por controlar su lenguaje—. ¿En verdad quieres saber por qué nunca regresó después de que le dejé? Sólo porque sabía que le mataría si se acercaba a ti otra vez.

—¿Qué quieres decir con le dejé? Siempre has dicho que él te dejó a ti —no podía creer que me había mentado con algo tan importante.

—Karen, abandoné a Vance por lo que te hacía a ti.

—¿Qué hacía? —me sentía mareada y confundida. Ella me diría por qué tenía esos sueños enfermizos acerca del sexo. Me abracé en la cálida noche. Sabía lo que iba a decirme.

—El te importunaba.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que recuperé el habla.

—Y no le abandonaste cuando lo descubriste —no era una pregunta.

—No, intenté detenerle. Intentaba estar cerca de él cuando estaba en casa —mamá tendió su mano para tomar la mía, pero yo la saqué de un tirón—. Yo trabajaba de noche y no podíamos pagar a una niñera. Yo tenía tan sólo diecinueve años, no sabía qué haría sin él.

—Esto es increíble, mamá. Y después de que lo descubriste, ¿cuánto tiempo permaneciste con él?

—Catorce meses. Luego conocí a Bob y él me alentó para abandonar a Vance, si bien sabía yo que debería haberme quedado con él. Yo podría haberle vigilado. Podría haberle forzado a que te dejara en paz, y entonces hubiésemos sido felices todos juntos.

Sus palabras me golpearon como la patada de una mula enfadada.

—¿Cómo podría haber sido feliz yo si nunca significué nada para ti? Era simplemente un estorbo en el camino de tus hombres —di una patada a la puerta del coche con toda la fuerza que pude reunir. Que ella le explicara la abolladura a su querido Bob. Si la ventana hubiese estado cerrada, la hubiera atravesado con mi puño.

—Supongo que tienes derecho a hacer lo que quieras, Karen —dijo ella, adoptando nuevamente esa expresión remilgada en su rostro—. Pero debes saber que hice lo que pensé que era lo mejor para ti —volvió la cabeza hacia el volante como si estuviera a punto de marcharse—. Creía que podía dominar a Vance, pero mira lo que te ha hecho —miró de soslayo—. Te ha lastimado tanto que ya no puedes discernir entre lo que está bien y lo que está mal. Te vi con Yvonne allí entre los arbustos. Peor que los perros; al menos ellos se comportan de acuerdo con la naturaleza.

—¿Cómo te atreves a disculparte echándomelo en cara! ¿Sabes, acaso, cuánto me ha

costado, mamá? ¿Lo sabes? —yo gritaba—. Me despierto bañada en sudor casi todas las noches. No puedo hacer el amor con un hombre por temor a las pesadillas que me castigarán después. Mi propio marido me ha abandonado. Sin embargo, has estado demasiado ensimismada en tus problemas como para advertirlo, ¿no es así? ¿No es así?

Me di cuenta de que había abierto la puerta del coche y agarraba el cuello de su blusa. La empujé de nuevo hacia el asiento y corrí hacia el matorral, sin dirección alguna; sólo deseaba alejarme de ella tanto como pudiera. Las espinas de la mezquita rasgaban mi ropa y mi cabello, mas continuaba corriendo en la noche, corriendo como si nunca fuera a detenerme.

Me encontré en el río. Era una hermosa serpiente pitón que dormía bajo la luz plateada de la luna. Olía a musgos y hojas putrefactos. Dejé de correr y comencé a caminar por la ribera sin sentir nada.

Llegué hasta el gran roble y encontré a Yvonne de rodillas ante el santuario. Avancé hacia ella dando traspiés, buscando su consuelo, pero me detuve en seco. La estatua era diferente, de alguna manera. Su sonrisa virginal y femenina se había esfumado, y su rostro era ceñudo y hombruno en cambio. Una mano tallada mostraba su corazón sin trabas; la corona de espinas ya no estaba allí.

Yvonne se puso de pie y se acercó a mí, mas yo no podía apartar la vista del santuario.

—La Virgen estuvo aquí para prevenirnos contra Ticanau —dije.

—Sí. La colocaron unos tontos celosos. Detestaban a Ticanau porque ella puede bañarnos en cualquier clase de amor, sea cual fuere. Sin embargo, yo la he liberado —Yvonne tomó mi mano; su piel áspera, callosa, raspaba la mía—. Tu madre cometió un gravísimo error al abandonar a su marido y quitarle su niñita encantadora.

El acento suave de Yvonne había cambiado; su voz era ahora ronca de emoción. Me ofreció una calabaza llena de zumo dulzón que caía por mi barbilla mientras bebía. Me condujo hasta la bruma que se arremolinaba encima de las termas. Chapoteamos y jugamos bajo la luz albuminosa, y las gotas de agua parecían perlas diminutas en el aire. Al igual que la estatua, Yvonne no parecía ni hombre ni mujer. Era un hombre-mujer joven e impecable al que el agua y la neblina desfiguraban.

De un empujón me hizo salir del agua y nos echamos en la ribera. Allí Yvonne comenzó a mecarme en sus brazos, en un cálido capullo de extremidades y panza. Y allí presencié el cambio que se produjo en ella, aunque no podía preguntarle por qué o cómo se transformaba. No podía articular ni pensar una sola palabra. Mis pensamientos se congelaron, cual roedores ante los faros de los coches que se acercan. No podía más que balbucir como una niña. Su carne era lava fundida que fluía en torno mío y al solidificarse, adoptaba una nueva forma. Sus músculos se volvieron delgados y fuertes. Levanté mis brazos y alisé sus pechos.

Balbuceaba de alegría ante esta carne que tenía entre mis manos, esta muñeca de arcilla que cambiaba su forma según lo deseaba yo. Te daré un juguete nuevo. En mi mente se mezclaban medias palabras y yo movía los labios en gorjeos de mi propio lenguaje. Habla correctamente, dijo una voz profunda en mi cabeza, habla correctamente pero guarda silencio. Este será nuestro secreto íntimo.

Sentí un aliento en mi cuello y una mano que cogía y sentía el peso de mis pechos.

Será mejor que me hagas caso ahora. Las manos de Yvonne eran suaves y amorosas al principio, luego escrutadoras y persistentes. Quédate quieta, siéntate derecha o te daré la vuelta sobre mis rodillas. Comenzó a sobar mi piel, a pellizcar mi panza y mi trasero. Cómo has crecido. Yo estaba echada, con los ojos fijos en Yvonne, incapaz de salvarme aunque lo quisiera. Las sombras de su rostro tenían una nueva forma y perfil; duros contornos masculinos. El se arrodilló sobre mí y tomó mi mano, y llevó mis dedos hasta algo familiar e incomprensible. Ahora sabrás qué hacen las niñas grandes.

—Vete, por favor —pronuncié esto en mi lengua de bebé. Me arrastré un poco por la ribera y sentí sus uñas que se clavaban en mi trasero, quitante el lodo del río—. No puedo jugar ahora mismo. Además, siempre vuelves donde mamá.

—Recíbeme, Karen —susurró—. Yo recuerdo a Karen. Es una buena niña, estudia mucho, no se meterá con los niños. Karen no saldrá con muchachos ni estará fuera de casa toda la noche. Ella era una buena niña hasta que la soledad la hizo olvidar su promesa.

—Lo siento, papá —coloqué mis manos nuevamente entre sus muslos—. Puedo portarme bien, lo prometo. Nunca, nunca, volveré a hacerlo.

Empujó mi cabeza hasta su regazo. Sentí el calor y el olor de Yvonne y el nuevo aroma del hombre que acariciaba mi cabello. Podía oír el impulso de la noche, el murmullo de las aguas termales, el tono persuasivo de su voz. Lo llevé ansiosa hasta mi boca, como una niña golosa, atraída, el deseo aporreaba mi cabeza. Me sostenía cerca de él, con suavidad durante un instante, como una madre. Cálmate, no te preocupes. ¿Eres realmente mía para siempre?

Trepé encima de él. El estaba dentro de mí, penetraba mi cuerpo, mi mente y mi corazón; eso era lo que siempre decían. Dejé que me meciera en aquel amor perfecto. Papá. Has regresado.

No podía concentrarme en el trabajo que tenía ante mí, un proyecto para popularizar mi tesis. Contemplaba, en cambio, a través de la ventana dos ardillas que se disputaban un pedazo de pan. Un perro esquimal siberiano, que parecía desdichado y defraudado, andaba despacio entre ellas. Las ardillas le ignoraron hasta que su hocico se hallaba muy cerca de su comida, entonces subieron de prisa a una pacana, dejando al perro que contemplara las ramas anhelante. Un estudiante salió del edificio enfrente de mi oficina y le silbó al perro esquimal. Al ver a su dueño, el perro meneó la cola y comenzó a andar tras su amigo.

Había pocas personas en el concurso, no tenía nada que mirar salvo mi reflejo en la ventana. Todos lo habían denominado violación. Mi madre, que me había encontrado sola y desnuda en la margen del río, había utilizado aquella palabra sin vacilar. Mi psicóloga nunca dijo en realidad violación durante mi año de terapia, mas tenía un modo eufemístico y dulce de decir lo mismo. No discutí con ella ni con mamá. Estaba demasiado absorta en mi propio dolor para cuestionar sus explicaciones.

Al menos mi psicóloga me consiguió una prórroga de mi tesis y me otorgaron el doctorado. El público probablemente adoraría la versión popularizada en la que trabajaba en este momento, el elogio de un académico del misticismo americano nativo. No obstante, no había comenzado esta tarea por conseguir fama. La verdadera razón era que ya no poseía la imparcialidad de un académico. Esta era la única tarea que estaba en condiciones de realizar.

Y ni siquiera podía concentrarme en este simple trabajo. La psicóloga reconoció que siempre sería más feliz con una mujer —estaba realmente convencida de que sería desgraciada con un hombre— pero no podía suponer que alguien se adaptara a mi ideal. Buscaba el amante perfecto, la madre y el padre perfecto, el mejor amigo, todos ellos en una misma persona. Quería una bella versión de mí misma, alta y delgada, alguien que no me abandonaría como lo había hecho Vance. La noche anterior había rechazado las insinuaciones de una colega, al darme cuenta de que nunca me permitiría amar nuevamente.

Abandoné la propuesta y me dirigí a mi Chevy. rumbo a los límites de la ciudad. Sólo quería hacer un viaje terapéutico por las carreteras, mas no me sorprendí al encontrarme cargando gasolina en una tienda de autoservicio, a cinco millas del pabellón. Anduve por el sendero polvoriento y aparqué mi coche en el aparcamiento. El césped y los robles vigorosos se marchitaban al sol. Los rociadores en lo alto de las cabañas estaban quietos, y las parras estaban secas. Por una vez, vi el pabellón tal cual era: un puñado de chozas de hojalata de aspecto pobre. Caminé por la margen del río y advertí que estaba aún más profundo y ancho que el año pasado. Mientras las hierbas se marchitaban, el río se volvía más potente, más perdurable.

El viejo roble todavía era verde y sus ramas casi rozaban el suelo. Tuve que caminar a gatas para poder entrar a la cúpula de hojas. Había un nuevo santuario, tallado en cedro, que se levantaba a medio pie encima de mí. Su rostro hermafrodita estaba recién lubricado, y había flores a sus pies. Creían que la violación era el motivo de mi dolor; en realidad, la razón era su desertión. Papá, ¿cómo pudiste dejarme? Me arrodillé a los pies de la estatua y besé sus pies perfumados. Luego me puse de pie para abrazarle. Eché los brazos alrededor de su cuello y presioné mi suave mejilla contra la suya dura. Estreché al hombre lubricado tan fuerte como pude, hasta que sentí que la madera suave y tallada se movía.

Epílogo

Hasta haber leído *Nest of Nightmares* de Lisa Tuttle, creía que la narrativa de terror moderna era un género exclusivamente masculino. La basura que había leído reforzaba esta opinión. Aunque apruebo lo promiscuo del subgénero (de la sala de estar a la calle), me da la impresión de que aun definido por los hombres confirma de modo constante la mitología de que el sexo significa violencia; es lo que aman los chavales incultos. Mas aquí había una escritora que demostraba que el terror tenía en verdad un alcance más amplio que el que pudieran admitir la lectura juvenil vulgar o el relato de fantasmas fino. Aun así no estaba demasiado convencida. Seguramente habría un modo mejor que el terror para hablar acerca de la experiencia femenina, o al menos eso creía.

Y luego me encontré perdiendo el control de este relato común que narra la reacción de una mujer ante el derrumbamiento del matrimonio de sus padres. La trama continuaba desviándose bajo la influencia de algo monstruoso; algo esquivo e indefinible. Decidí que la única manera de hacer salir este monstruo de los márgenes y ponerlo en el papel era colocar un monstruo en la historia y ver luego qué sucedía. ¡Monstruos! objetaba mi

sentido común. Creía que la ciencia ficción era mi hábitat artístico, pero este demonio, tal como lo reconocí al comienzo, se mofa del engreimiento de la ciencia, y se ríe de la tecnología insignificante. De modo que me arriesgué y utilicé un mecanismo del género del terror para hablar de esta bestia sin nombre que, una vez reconocida, estaba demasiado alegre de decirme que se trataba del deseo y el incesto, y la impotencia que todos tenemos, vista nuestra historia personal. Mi opinión sobre el género del terror es muy buena ahora. ¿Qué mejor manera de darle sustancia material a los terrores sin nombre que se encuentran en la mente de una mujer?

El sueño

Este es un sueño. Ella se levanta gritando. Las mantas están enroscadas entre sus piernas y la sostienen como si fueran manos. La habitación está oscura. No se oye ningún ruido. El reloj no hace tictac. Sus hermanos no susurran ni roncan al otro lado del pasillo. Su madre no sube las escaleras deprisa. Sólo se oyen sus gritos. Ella grita y grita. Grita y grita. Sin embargo, la puerta no se abre. La puerta no se abre, mas deja entrar el resto de la casa: la lámpara con la pantalla rosa sobre la mesa pequeña afuera de su dormitorio, el felpudo verde angosto, el papel de la pared floreado, el cuadro de una mujer que camina junto al lago y, abajo, la alfombra persa, las mesas lustradas, el sofá marrón, la otomana donde ella se sienta cuando su madre le lee, las figurillas sobre la repisa del hogar (la bailarina de carita dulce cuyo pie izquierdo se ha cortado, y el joven sonriente), su padre leyendo en su sillón, su abuela junto al hogar conversando con las sombras, el viejo perro negro enrollado a sus pies. No hay ningún ruido; ningún movimiento. Su madre no viene; ella grita y grita.

Este sueño no se parece en nada a los otros sueños feos que Megan tiene a veces, las pesadillas. Pesadillas sobre monstruos ocultos debajo de su cama, o en las que gitanos o brujas la arrebatan, o cuando un buitre gigante la lleva alto hacia el cielo en sus garras. Nada parecido al sueño de la araña o al del tigre, o en el que está perdida y no puede encontrar el camino de regreso a casa. Cuando tiene aquellos sueños ella realmente despierta gritando, temblando y llorando, aferrándose al edredón. Cuando despierta de aquellos sueños todavía puede ver los ojos rojos y brillantes del monstruo o la sonrisa nítida del tigre, puede sentir el calor, el roce de una lengua larga y áspera. No obstante, aun cuando sus ojos están cerrados ella está llorando y gritando, siempre sabe que su madre está subiendo las escaleras deprisa, siempre sabe que en unos pocos instantes la puerta se abrirá y la luz se precipitará hacia su dormitorio desde el pasillo, y su madre estará sentada en la cama con ella, cogiéndola en sus brazos, diciéndole, Ya, ya, cariño, está bien, está bien, sólo fue una pesadilla.

Después de haberse tranquilizado, su madre siempre le prepara una taza de té y se queda con ella hasta que se duerma nuevamente. A veces, después del sueño de la araña y del sueño en el que se perdía, la madre de Megan la lleva hasta su cama, donde hasta las sábanas huelen a ella y si Megan apenas respira, puede oír latir el corazón de su madre.

Fue porque viste aquel cartel sobre el circo dirá su madre a la mañana siguiente mientras prepara el desayuno, hablando por encima del hombro mientras trabaja en la cocina. Fue porque comiste aquel pedazo de torta antes de ir a la cama, Megan dirá su madre limpiándose las manos en el delantal, al colocar el tazón de Megan delante de ella con un ruido sordo. Era demasiado pesada para comer tan tarde. Son los niños que siempre te toman el pelo, Meg. Creen que son graciosos tus hermanos. Simplemente no les prestes atención. Luego de una de aquellas pesadillas su madre le permitirá comer tostadas y tomar leche caliente con azúcar, como un regalo especial. Son aquellas historias que tu padre siempre te está contando dirá su madre; es porque el caballo del lechero te asustó; es la luna llena.

—Todas las niñas de nuestra familia tienen sueños malos —dice su abuela, al partir

en trozos su tostada para echarla dentro del té debido a sus dientes, pues no tiene dientes; ni dientes, ni carne sobre sus huesos, pero sí cabello blanco y fino—. ¿Alguna vez te conté cómo solía yo llenar la casa de gritos? La llenaba de gritos. Y mi hermana, Ellie, tenía doble vista.

La abuela de Megan es una miniatura de mujer siempre vestida de negro o azul marino, toda arrugas y venas, sus tobillos hinchados, sus dedos deformes. Siempre hay algo chorreando (comida, baba, una línea lechosa de té) desde la comisura de sus labios. Megan debe sonreír cuando su abuela habla de cómo ser una niña, como si ella alguna vez lo hubiera sido, pero su madre dice tan sólo:

—Por Dios, Mamá, no empieces a asustar a la niña otra vez.

Ella está en una habitación. Ella está en una habitación completamente sola. Tan sola que puede oír el grifo goteando en la cocina, voces bajas en el otro cuarto, alguien riéndose afuera. Ella está en la habitación del frente, mas no es la habitación del frente; en realidad, no. Si ella no supiera que es la habitación del frente creería que es alguna otra habitación, en un lugar en el que nunca antes había estado. La mayoría de los muebles han desaparecido: la silla de su padre, la enorme lámpara de porcelana y la de latón con la pantalla de raso, debajo de la cual se sienta su madre cuando teje, la mesa redonda y el escritorio. Y en lugar de la alfombra persa hay una de un gris descolorido en el piso; en lugar de las cortinas de encaje, una malla amarillenta. La habitación huele a gatos. En algunos lugares, el papel sucio se desprende de la pared. La habitación es oscura, o quizás no sea oscura en realidad, no tan oscura que ella no pueda ver (ella puede ver el suelo, las ventanas, las paredes, la cama en el rincón donde deberían estar los estantes para libros); sin embargo, todo es sombrío, descolorido, como una fotografía vieja. Ella está de pie ante la ventana y mira la calle. Y la calle, también, es diferente. No sólo porque la lechería de enfrente tiene ahora mesas de vegetales afuera, o porque el olmo ha desaparecido del frente de su casa, sino porque parece tan lejana... Están las casas y las tiendas, las personas que pasan caminando pues van de prisa: colegiales que se empujan, jóvenes jactanciosos, niñas que sonríen totalmente, adultos atareados con lugares adonde ir y cosas que hacer; personas que empujan a sus bebés o que miran sus relojes o llevan sus provisiones, que se detienen para hablarse unos a otros, que sonríen y echan a reír, que asienten con las cabezas, se estrechan las manos, se abrazan en el momento del adiós. No obstante, ella no puede oírles; de alguna manera no puede tocarles, los observa como si estuvieran en una película, allí arriba en la pantalla en otro mundo, ignorando que ella está de pie junto a la ventana, tan cerca que su aliento empaña su superficie. Es un sueño, se dice a ella misma en el sueño. Así son los sueños: todo es igual pero diferente, todo es familiar y sin embargo distinto. En los sueños vemos a las personas que conocemos y ellos no nos reconocen; reconocemos a las personas conocidas pero ellos no son los mismos. En los sueños siempre estamos solos. Ella está de pie en la ventana, sin saber muy bien la estación del año o el momento del día en que se encuentra, mirando el cielo liso en busca de indicios de lluvia. Atrapada detrás del vidrio como un fantasma prisionero del tiempo.

A sus hermanos les gusta asustarla. Eso es muy de niños, dice siempre su madre. Sus hermanos piensan que es muy graciosa la forma en que ella se deja engañar por sus trucos, el modo en que ella se asusta y deja caer la taza que llevaba y cae al piso con un ¡paf!, sujetando a su muñeca con fuerza entre los brazos y con lágrimas en sus mejillas.

—Uuuuuuuu, Megan Coleman —gritará una voz chillona e insegura desde debajo de las escaleras—. Uuuuuuuu, voy a cogerte, Megan, voy a cogerte, cogerte... —le dirá saltando con un grito.

—Ten cuidado, Megan —le advertirá uno de ellos durante la cena, mientras los demás se sonríen burlonamente unos a otros y se echan miradas secretas— vi un monstruo en el jardín anoche, y te buscaba. Contemplaba las ventanas, en busca de tu dormitorio, y luego se echan a reír, se atragantan con la comida, hasta que su padre dice con su voz calma: Ya, ya; es suficiente.

También dejan cosas en la cama de ella: arañas muertas y mechones de crines, calcetines húmedos. Le vendan los ojos a Megan y se esconden. Pero sólo es un juego.

—Es sólo un juego, Megan —ríen ellos y la levantan en sus brazos fuertes y seguros—. Simplemente te estamos embromando, tú lo sabes.

Y luego uno de ellos le dará un caramelo o la llevará al parque, o le arreglará un juguete roto, o jugará con ella durante horas mientras afuera la tarde se oscurece y los olores de la cena que se está cocinando comienzan a llenar la casa. Y ellos la cuidan. No dejarán que nadie más la asuste. Cuando ella camina por la acera con sus hermanos nunca se asusta de los perros, o del tráfico, o de los rapaces que andan juntos en pequeñas pandillas, observando a cualquiera que pasa con alcohol en su aliento y nada en los ojos. Cuando está con sus hermanos ella no se desorienta, nunca se preocupa por perderse o porque la atropellen, o porque la gente le grite: ¿Qué estás haciendo? ¡Quítate del camino! ¿Qué querías? ¿Por qué estás aquí? ¿Es que no puedes recordar qué quieres? No le ocurre lo mismo cuando está sola.

Ella no quiere salir. Sabe que debe salir; hay algo allí afuera que ella necesita, algo para lo cual debe bajar los nueve escalones de la escalinata de entrada e ir hasta la calle, algo para lo cual debe caminar hasta la esquina y cruzar. Deja que la cortina vuelva a su lugar. Tal vez no es que deba salir para coger algo, sino simplemente debe salir. Salir de esta habitación. Mira por encima del hombro. Las paredes se están acercando. Las ve moverse. Está segura de que las ve moverse. Una pulgada por vez. Una media pulgada. No a cada minuto, sino cada unos pocos. Ella se aleja, retrocede deprisa. Minuto tras minuto, hora tras hora, una pulgada o media pulgada, quizás menos todavía. Es por ello que debo salir, se dice, la habitación se está encogiéndose, las paredes se están cerrando. Mira en torno suyo en busca de la puerta, mas la puerta no está allí. Donde debería estar la puerta hay sólo pared. No hay salida al pasillo con la puerta de entrada deslustrada y el espejo y el perchero y la barandilla tan lustrada que brilla. ¿Dónde está la puerta? No puede abandonar la habitación. ¿Quién podría haber movido la puerta?

—Despertaré pronto —dice en voz alta—, despertaré pronto. Mira por encima del hombro. Las paredes avanzan.

Su madre cree que el problema es que Megan pasa demasiado tiempo en la casa.

—Los muchachos son mucho más mayores —dice su madre a su abuela—, ella siempre está sola, divirtiéndose. Estoy segura de que esto ha incentivado en demasía su imaginación

La abuela de Megan toma un poco de la pasta que su madre está enrollando y la coloca rápidamente en la boca. Su abuela solía hacer la mejor tarta de manzana del mundo, pero ahora le duelen demasiado las manos para enrollar la corteza o pelar la fruta,

de modo que se sienta en la mesa y dice cosas tales como: Nunca me gustó demasiado delgada, necesitas un poco de limón y un poco más de canela, Eleanore, siempre unté la parte de arriba con crema.

—Todas las niñas de mi familia tenían una buena imaginación —afirma la abuela de Megan—. La hereda de mí.

Megan y su madre salen juntas. Si van a las tiendas, su madre lleva el abrigo azul con el alfiler de plata con forma de mariposa y un sombrero azul con una única pluma, y sobre el brazo, la canasta. Si van de visita, Megan luce uno de sus mejores vestidos y un moño en su cabello. Andan con paso rápido, enérgico, como marca su madre, uno dos uno dos, Megan va dando un saltito cada unos pocos pasos para no rezagarse, y cruza en la esquina, mira por donde vas, no pierdas el tiempo, no corras, no arrastres los pies, no pises la grieta. Su madre camina erguida con la cabeza en alto, conversando mientras caminan, ¿Has visto aquel cachorro? ¿Qué hay en la ventana? ¿Qué clase de árbol es aquél? Quizás comamos pastel de jengibre para el té. Su madre conoce a todos. Los hombres se tocan el sombrero, las mujeres saludan con la cabeza. Buenos días, señora Coleman, buenas tardes, señora Coleman. Bonito día, buen tiempo. ¿Cómo está la familia? Voy hacia donde usted, permítame ayudarle con sus cosas. Y Megan, dicen ellos, cómo estás creciendo; qué bien te ves, creo que tengo algo en el bolsillo para ti.

Ella está de pie al final de una calle larga. Debe ser la suya. Debe ser la suya pues allí está ella, de pie fuera de la casa, agarrándose del pasamanos de hierro y mirando fijo el número en el travesaño. Es su casa pero la puerta la han pintado de rojo y han cambiado el vidrio grabado al agua fuerte por uno liso. Hay algo raro también en la propia calle. Algo que ella no puede muy bien tocar, y algunas de las casas que ocupan su calle han cambiado de color o de forma, parecen más pequeñas, y una o dos han desaparecido, la de los Begley y los Littlejohn, pero allí está su casa que todavía luce la aldaba que el tío John trajo de vuelta de Italia. Quiere volver a entrar. Hay perros en la calle, perros enormes que corren sueltos, muchachos enormes detrás de ellos que agitan cadenas.

Vuelve a entrar, se dice a sí misma, vuelve a entrar. Su corazón está latiendo con fuerza. Eso es todo lo que puede oír —ni el tráfico, ni los transeúntes, ni los pájaros en los árboles—, sólo el latido fuerte de su propio corazón. Sin embargo, ella debe llegar al final, al final de la calle. Hay un motivo por el cual es muy importante que llegue hasta el final, que llegue a la esquina, mas ella no sabe cuál es. No puede recordarlo. Lo sabía antes, de todos modos; ella está segura de eso: lo sabía antes. Intenta concentrarse. Se dice a sí misma, piensa, piensa, ¿por qué saliste? Mira alrededor. Es un día frío, luminoso y soleado, y la calle está atestada de gente. No obstante, no hay nadie que ella reconozca. Rostro tras rostro. Nadie que ella conozca. El color de unos ojos, un cabello ondeado, la forma de una nariz, un andar, una sonrisa que la obliga a contener el aliento, la obliga a mirar nuevamente. ¿Acaso aquel no es...? ¿Podría ser...? Seguramente aquél es... Pero entonces la persona se vuelve o se acerca, y siempre es algún otro, siempre alguien que ella no conoce. La calle está atestada de gente, mas cuando levanta la mano nadie la ve. Cuando ella grita permiso, permiso nadie la oye. Nadie se detiene para decirle por qué debe llegar hasta el final de la calle. Una voz en su cabeza da un grito: ¿Por qué debo llegar hasta el final de la calle? Su corazón late con fuerza. Debe haber cien personas en la calle, doscientos ojos, ni una sonrisa. Y ella. Ellos saben, deben saber (ella sabe que ellos saben);

mas no la miran, no le hablan. Nadie la ayuda. Comienza a caminar. Un paso y después otro, un paso y después otro, un paso y después otro más. Sin embargo, cuando finalmente se detiene, jadeante, ella no está más cerca del final que aún se encuentra a lo lejos, tan lejos que ella no puede verlo. Un paso y después otro, un paso y después otro, sus pies dispuestos a caminar, su cuerpo a moverse. Empero, cuando alza la vista nuevamente aún está cerca de la casa. Como caminar en la melaza. Caminar en un sueño. Pie izquierdo, piensa ella, pie derecho, pie izquierdo, pie derecho, todos los demás se apresuran a su lado, corren, la empujan fuera de su camino, las bicicletas pasan volando, simplemente continúa caminando, un paso y después otro paso, un paso y después otro paso. Sueño en cámara lenta. Ella debe bajar el bordillo. Se adentra en el tráfico. Los automóviles van a gran velocidad, los cláxones gritan, los frenos bruscos y estridentes. Ella permanece de pie allí. La calle se encuentra a unos pies debajo de ella. Millas debajo de ella. Está en equilibrio al borde de un acantilado y la tierra a millas de distancia. Ella está de pie allí. ¿Hacia adelante? ¿Hacia atrás? ¿A la izquierda? ¿A la derecha? Unas voces la gritan. Muévete. Muévete. Muévete. Las personas pasan empujando. Muévete. Muévete. Apártate del camino. Y ella está de pie allí. Temblando. De pie allí. Estremeciéndose. De pie allí, y está de pie allí y está de pie...

Ella despierta en su cama. La luz del sol entra a raudales por la ventana, y la colcha parece tan blanca como las nubes de verano que flotan por allí afuera, las pequeñas rosas del papel de la pared, tan brillantes como las del jardín. Ella está caliente a la luz del sol, a salvo en su cama, la cabeza contra la funda de la almohada que su abuela bordó para ella con sus manos viejas y rígidas, violeta y madreselva, su nombre en hilo azul, su brazo alrededor de su oso de peluche gastado. Ella puede oír a los muchachos riendo al otro lado del pasillo.

—El último en levantarse es un vago —gritan a través de la puerta de Megan.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! Hoy es la excursión.

—Ella puede oír a su madre en la cocina, puede oler la tarta de manzana. El lechero silba mientras recorre el camino de su casa, y su madre grita escaleras arriba:

—Megan, Megan, no te quedarás echada todo el día, ¿no es cierto? ¿No te quedarás echada todo el día?

Y ella piensa en la excursión, en el paseo en lancha por el río, en que podrá correr por el campo con sus hermanos, el cielo tan azul y los árboles tan verdes, y ella está detrás de los demás y les grita: Esperadme, esperadme, pero ríe, jadeante pero ríe, su madre de pie con una mano para proteger sus ojos del sol, cuidando de que no vayan demasiado lejos: Cuidad a vuestra hermana, ¿me oís? Es una niña otra vez, sus hermanos aún están vivos, aún son niños, su madre vive todavía y es joven aún, y ella, bañada por la luz del sol y el día que la espera para ampararla, para sorprenderla y envolverla en maravillas, ella tan feliz con la vida, tan lejos de la muerte.

Y ése es el sueño.

Epílogo

Con el pensamiento llegó el temor. No el temor animal corriente a la muerte y a la

destrucción, sino el temor real. El miedo como entidad; el temor como compañero constante. Figuraos esto: una criatura solitaria, un hombre digamos, está sentado en una ladera y es de noche. De pronto se ha convertido en un pensador.

—¡Qué bien! —había exclamado para sí solo uno o dos días antes—. Esto es muy atractivo.

Solía caminar penosamente como todos los demás animales, todos los días, intentando encontrar algo para comer, intentando mantenerse caliente y seco, intentando mantener a sus enemigos fuera de su camino.

Mira que era aburrido. Nunca había advertido cuan hermosas eran las puestas del sol, nunca había comprendido la poesía que hay en una campánula azul o en un colibrí, nunca había construido ni plantado nada. Simplemente había consentido cualquier cosa que ocurriera. Y ahora está aquí, desgarrado entre descubrir el fuego e idear la rueda. Ahora está aquí, su cabeza llena de ideas, su corazón de emoción. Pronto será capaz de confeccionar un traje, pintar un cuadro, escribir una canción de amor, inventar el pesebre. Qué poder, piensa él, qué dominio.

El hombre alza la vista. Arriba de él hay un cielo enorme cincelado de estrellas y una porción de luna. Debajo de él está el desierto, o la selva, o la pradera que se extienden para siempre. El hombre se sienta en su colina y oye los aullidos y los gritos y suspiros de la noche. Piensa, y luego cobra conciencia de que está asustado. Atemorizado. Aterrorizado. No de los peligros de los animales que acechan alrededor de él, ni de las cosas que podrían caer de arriba. No, es algo más siniestro, algo contra lo cual no se puede luchar ni puede apartarse. Sentado en la colina siente que está completamente solo. Completamente solo en el medio de la nada. Siempre estuvo completamente solo en el medio de la nada, desde luego, pero entonces no lo sabía.

Y ahora sí lo sabe. Ahora que puede pensar quiere saber; quiere asegurarse. No quiere considerar la posibilidad de que su vida pueda ser para nada. No quiere morir. No quiere lastimarse con nada. Desde luego no quiere estar solo. Se sienta en su montaña y por primera vez se le ocurre que existen cosas peores que el hambre, la sed o el dolor. Cosas peores, incluso, que la muerte. Eso es el miedo. Eso es el temor cuya voz nos susurra por encima del rugido de nuestras máquinas y nuestras ciudades, y nuestras propias voces fuertes al felicitarnos por lo lejos que hemos llegado, por lo mucho que hemos adquirido. Eso es el temor que trota junto a nosotros mientras andamos por nuestras vidas ocupadas. Domesticamos desiertos, llevamos agua a ellos, caminamos entre las estrellas. Sin embargo, aún podemos oír aquella voz.

—Estoy aquí —dice, sorprendiéndose al cepillarnos los dientes o al probarnos un nuevo par de zapatos—. No crean que no estoy. ¡Eeeeeey! —grita cuando abordamos el avión o mientras esperamos el autobús—. No me olvidéis —como si pudiéramos.

Para mí, ése es el miedo que nos produce el horror.

Escuchar

El murmullo comenzó en un restaurante. Irene había limpiado un camarón. Mojó el camarón pelado en una salsa roja condimentada y lo mordió mientras escuchaba. Se imaginó que provenía de una mesa cercana donde una pareja se tomaba de las manos sobre la canasta de pan.

Hablaban acerca del mercado de valores; eso no era inusual. El Lunes Negro había convulsionado a toda la ciudad. Se tocó el pendiente nuevo con su mano limpia, es decir, casi limpia. La limpió nuevamente. Siempre pedía camarones para pelar y comer pues era más barato y también divertido. La mayoría de sus amigos pensaba que era una manía insólita; quitar la cascara con los dedos y hacerlo con precisa delicadeza le proporcionaba a Irene una sensación de poder. Ella amaba los camarones. Los amaba.

Amor. ¿Estarían murmurando algo acerca del amor? Eso tenía más sentido. Arriesgó una mirada fugaz a la pareja. Ellos se habían ido. Desconcertada, Irene bajó la vista a su plato sucio y desordenado.

El susurro la llamaba: Irene...

Echó un vistazo en derredor en busca del dueño de aquella voz sibilante. El camarero la sonrió y comenzó a acercarse, libreta en mano. Ella le detuvo con un movimiento de cabeza; no estaba lista para marcharse.

—Irene, el mercado de valores es un desastre y el hombre que tú amas está pensando en suicidarse.

Eso era algo terrible. John no lo haría. Sin embargo, había invertido arriesgadamente. Aun así, lo peor había pasado. El mercado sólo estaba enmendándose. Además, Johnny no era una persona con tendencias suicidas. Le hizo señas al camarero para que se acercara. El corrió a su lado, arrancó la cuenta de la libreta, y con una sonrisa se retiró con discreción.

—Irene, ve a su apartamento.

¿En la mitad del día? Un rubor cálido inundó sus rasgos, el calor la hizo sudar. Salió corriendo del restaurante, sin siquiera esperar su cambio. Al camarero seguramente le costaría creerlo. Eso la tenía sin cuidado. La calle la devoró entera, la tragó. Lo único que importaba era llegar a Johnny, salvarlo. Se detuvo en el medio de la calzada; daría su vida por un taxi. Bueno, casi. Se balanceaba de manera peligrosa y un hombre que descargaba periódicos se rió de ella. Ella cogió un taxi aún así.

Entrar al apartamento de Johnny era como entrar a Fort Knox. Ella todavía pensaba en montones de oro mientras andaba tambaleante por los pasillos y subía casi flotando en el ascensor. Atrapada como un pez en aceite de oliva, muñéndose. El murmullo no cesó, aunque apenas podía oírlo. Tal vez proviniera desde dentro de ella, a causa de una mente demasiado exigida. Quizás necesitara consultar a un psicoanalista. Cuando llegó a la puerta del apartamento de Johnny la encontró cerrada. Sin embargo, él había contestado a su llamada. Estaba vivo. Con manos temblorosas utilizó su llave y abrió la puerta de un empujón.

—¿Johnny? ¿Cariño, estás bien?

Estaba sentado en la cama con la mirada fija en una corbata roja que tenía en sus

manos.

—¡No...! —gritó Irene.

—Siempre fui un jugador, Irene, ¿sabes? —le sonrió con un rostro macilento y contraído.

John se restablecía, con bastante éxito. Se había mudado al apartamento de Irene y habían comenzado a hablar de casarse en el otoño. Iba a un psicoanalista todas las semanas y se había tomado licencia en el estudio jurídico donde trabajaba. Todos habían sido muy comprensivos. Todo iba a salir bien. Todo estaba bien. Muy bien. Irene conservaba los pies en la tierra y la cabeza en su lugar. La sobriedad los salvaría. Empero, el susurro no cesó. Le advertía sobre peligros, desastres, dolor. Susurros. Le contó algo a Johnny acerca de ellos.

El estaba tumbado en la cama leyendo el Wall Street Journal.

—Parece una voz, una vocecita. Me anuncia lo que va a suceder o dónde podría suceder; sólo me dice cosas, de modo que puedo ser de alguna ayuda. Sabes, me advirtió sobre ti y llegué a tiempo para... bueno, tú sabes a lo que me refiero.

—¿Salvarme? —volvió una hoja con cuidado y alzó los ojos para mirarla somnoliento. Sus ojos eran nubes grises lejanas—. ¿Y si hubiera sido menos ambicioso? No lo sé... —sus dedos largos trazaban figuras sobre el papel del diario.

—¿Acaso no me estás escuchando?

—Desde luego que sí. ¿Voces decías? Podrías hablar con Henry sobre ello. A él no le preocupan las voces. Yo también las oigo. No puedes ignorarlas. Respóndeles. A veces ocurre lo mismo que cuando estás en una fiesta: si no participas activamente, te quedas solo. No me gusta estar solo. Recuerdo aquella vez después del traspie, cuando tú casi tienes el bebé y gracias a Dios que no lo tuviste —quiero decir, nosotros mismos éramos unos bebés— y yo me había ido a vivir con, ¿cómo era su nombre? Brigitte; y ella me echó cuando supo de ti y oyó hablar sobre el bebé.

—El bebé —dijo Irene dulcemente. Había un rumor confuso en su oído. El pendiente tañía discordante y se oía el sonido de un teléfono lejano. Cógelo, Irene. Te dirá que nunca la amó y que el bebé nunca existió.

—Sabes, nunca la amé. Creí que la amaba y cuando me contaste aquello...

—El bebé.

—Sí, me pareció que nunca existió, ni tampoco Brigitte; pero nosotros sí —sus ojos abarcaron el rostro de Irene—. Estaría bien.

—¿Qué estaría bien? —preguntó Irene impaciente.

Las nubes se amontonaron sobre ella por completo, cercándola en una neblina a jirones.

—Todo. Díselo a Henry —él rió de pronto e hizo tintinear el cambio en su bolsillo—. Yo le cuento todo.

—No quiero hablar de esto con un extraño. Pensaría que estoy loca.

—¿Y qué? —tendió los brazos hacia ella, como un niño candoroso. Una sonrisa severa cruzó sus labios, y furtivamente asomó la ira. Irene no podía entenderle. Pero se echó en la cama y permitió que los brazos de Johnny la tomaran y la consolaran—. Eres tú, Irene. Todos oímos voces dentro de nuestra cabeza.

Decidió no contarle nada más acerca de eso. De todas formas, la ducha la había

animado y no había oído nada desde el día anterior, mientras trabajaba, cuando la voz le anunció que despedirían a Cindy Jenson. Y cinco minutos más tarde, Cindy se había presentado en su despacho. Podría haberlo evitado. Podría haber dicho algo imaginativo que la consolara. Sin embargo, la compañía necesitaba a alguien más inteligente que Cindy, más lista, más artística. Cindy nunca debería haber estado en publicidad.

Pero era amable. Sus ojos se habían encontrado con los de Irene encima de la pared baja del despacho. En silencio, estos ojos húmedos le suplicaban que hiciera algo. Irene había apartado la vista culpable. Ella había tocado su pendiente (sólo llevaba uno, pues sentía que de esta manera se protegería de algo desconocido, anónimo). Había buscado en su escritorio un sujetapapeles. El pendiente había vibrado en el aire calmo. Mientras tanto, Cindy había vaciado su escritorio.

El pendiente. Irene lo tocó nuevamente. Había estado usando aquel pendiente día tras día. Se lo quitó y lo miró fijamente. La vendedora de la tienda dijo que provenía de una víbora de cascabel. Irene frunció el entrecejo. Hannah Smith no creía que fuera así. Hannah era de Texas, hija de un ganadero. Era demasiado blanco y demasiado armonioso. Además, se veía en la oscuridad. Hannah trabajaba en contabilidad.

—Irene, te han engañado. Ese pendiente es una verdadera imitación —había dicho.

—Sin embargo, me gusta —contestó Irene con tristeza.

—A mí también —sonrió Hannah.

De modo que continuó usándolo. Su orgullo por el pendiente había disminuido un poco. Sin embargo, la consolaba el susurro dulce cuando se mecía con el viento.

Tal vez fuera el pendiente que le hablaba y le contaba cosas. Su mano se cerró suavemente sobre él. Por lo general le contaba cosas desdichadas para que ella pudiera hacerlas felices; la advertía sobre peligros inminentes. Después de todo, Irene había salvado la vida a John. También había evitado una ruina en Broadway. Había avisado a la policía acerca de un violador y evitado un robo. Aquéllos eran los hechos más significativos. Los menos importantes consistían en advertencias sobre la asistenta que no le había dado bien el cambio y el restaurante que preparaba pescados podridos al que nunca más regresaría. Tantos susurros providenciales, no era algo malo en absoluto.

Irene bostezó. La luz blanca y fría de enero enmarcaba su cabello oscuro. Quería bajar las persianas, mas John no la dejaba. Ella odiaba la manera en que la luz resaltaba los círculos oscuros debajo de sus ojos. John alzó la vista de su escritorio, donde había estado jugando con cifras.

—¿Por qué estás tan cansada?

—Estos últimos días no estoy durmiendo —le respondió.

Por la observación de él pensó que había sido culpa del pendiente; demasiada conversación desgasta a cualquiera. Se lo había quitado la noche anterior, de modo que debería haber dormido en paz. Incluso habían hecho el amor. Sin embargo, ella había permanecido despierta contemplando el artesonado mientras el tiempo se fundía.

—Creo que bebí demasiado café anoche —comentó.

John negó con la cabeza.

—Es la ciudad de Nueva York. Me ha desgastado a mí también. Mudémonos. Me gustaría regresar a Nueva Orleans. ¿Te parece que sería una locura?

—No podrás ganar tanto dinero como aquí —dijo Irene, pues sabía que ése era el

pretexto habitual que utilizaba Johnny para continuar viviendo en la ciudad, aunque en lo más hondo de su corazón, era porque la familia de ella vivía aquí y ella quería vivir en Nueva York.

—Tal vez te agrade. El cambio es bueno para el alma y la vida es un cambio.

—Me gustó cuando fuimos a Mardi Gras. Fue divertido. Creo que podríamos intentarlo —propuso Irene con voz súbitamente aguda e infantil. Se estremeció al salir de la ducha. Tiraba nerviosa de su toalla rosa. Necesitaba el pendiente.

—¿Realmente considerarías una mudanza por mí? —los ojos de Johnny parecían canicas blancas; eran redondos y brillantes. Fue hasta el teléfono excitado—. Debo llamar a Billy y a Crawdad.

—¿Ya les has hablado?

El pendiente no estaba sobre la cómoda. Tampoco estaba en el cuarto de baño, estaba segura. Había limpiado la superficie del neceser de belleza con su esponja. Billy y Crawdad. Los que pensaban que la cocaína era divertida. Los que nunca se volvieron adictos pero estaban —¡ay! — tan preocupados cuando sus amigos sí lo hacían.

—Te apoyamos por completo, hermano. Hombre, lo sentimos tanto, Irene. No supo controlarse, cariño. —Irene cerró los ojos. Sus voces eran melosas. John tenía la mala costumbre de echar miel sobre sus patatas fritas.

—Ellos han instalado esta compañía allí, sólo ellos dos, y quieren que les ayude —la voz de John había perdido su acento neoyorquino, tan suyo. Sus botas estaban siempre en el rincón de su dormitorio, lustradas y fuertes—. Les dije que primero debía hablar contigo.

¿Dónde lo había puesto? Buscó en todo su alhajero mientras el aire helaba su espalda desnuda.

—Ya no se drogan; aquello fue muchísimos años atrás, cariño.

—No dije que lo hicieran.

—Estábamos en la universidad, bueno, acabábamos de salir, y entonces haces cosas tontas —había comenzado a discar un número familiar. No debió buscarlo pues lo había memorizado.

Irene encontró el pendiente y lo apretó. Se volvió y avanzó hasta donde se encontraba Johnny, que hablaba en un idioma extranjero. Tendió su mano libre y acarició el seno de Irene que se había deslizado fuera de la toalla. Ella se apartó bruscamente de él, nerviosa y preocupada. Todo sucedía con demasiada prisa, tal como él lo había planeado al saber que ella diría que sí. Los cardenales en su cabeza le producían comezón. Su piel siempre fue sensible al estrés. Su mano libre quitó la toalla y luego cayó sobre su regazo. El se reía de algo que había dicho Crawdad. Estaban haciendo planes, Nueva York se hundía en el océano Atlántico. El camarón del golfo era fabuloso.

—Querido John —susurró ella. El respondió con un movimiento de cabeza y colocó su mano libre entre sus piernas. Irene se estremeció—. Estoy asustada —dijo. Pero él no la escuchaba.

John partió primero, para buscar un lugar para vivir para ambos, para establecerse en su nuevo empleo. Irene debía avisar en su trabajo, mas no lo había hecho aún. Continuó esperando oír noticias de John. Su vida transcurría con relativa tranquilidad. Había comenzado a empaquetar sus cosas poco a poco, con cuidado, doblando cada prenda de

vestir con una leve reverencia. Era especialmente aficionada a doblar jerseys; también disfrutaba de los álbumes. Empaquetaría las cosas de la cocina en último lugar.

El pendiente había estado en silencio durante un largo tiempo. Lo había dejado en su despacho, en el escritorio durante un mes. Mas dado que mañana era el día de San Valentín, lo había buscado y se lo había colocado con una sonrisa ilusionada en su rostro. Y ahora lo llevaba puesto, en la noche de San Valentín, esperando que él llamara.

El teléfono sonó estridente. Ella cogió el auricular y apenas podía oírle por encima de todo el bullicio. John la llamaba desde algunos de aquellos bares cercanos a Bourbon Street. La melodía de un saxofón lleno de humo se enrollaba alrededor del redoble vibrante de un tambor. Demasiado fuerte, ella no podía oírle. Pero sí podía oír al pendiente.

—Va a romper contigo, Irene. Dirá que todo ha terminado, que no ha encontrado a otra pero que es un callejón sin salida, o una calle que ya no quiere transitar —y luego Johnny le dijo exactamente aquello y aún más. Irene le ordenó que se callara y que volviera a llamar cuando estuviera sobrio.

Volvió a inquirir a la mujer que le había vendido el pendiente.

—Discúlpeme, señora, pero éste no es un auténtico pendiente de víbora de cascabel —respondió Irene a sus protestas vehementes. La mujer se sonrojó e hinchó los carrillos indignada. Mas Irene supo cómo manejarla; no era del tipo de las que toleran las mentiras. La mujer apartó la vista culpable.

—Un tío en Greenwich Village los hace para mí —dijo suavemente.

—No puedo oírte —afirmó Irene. El pendiente la instaba a que averiguara su nombre —. ¿Cuál es el nombre de ese tío...?

—Bruce Thompson —respondió la mujer con voz monótona. Contemplaba a Irene como si hubiera entrado en éxtasis—. Le traeré su tarjeta.

Revolvió la caja registradora y extrajo una tarjeta muy manoseada; se la arrojó a Irene.

—Usted bien sabe que esta tienda no devuelve el dinero por las mercancías de liquidación.

Irene no creía recordar que estuviera en liquidación.

—No dije que quisiera un reembolso.

—Es arte, arte delicado —masculló la mujer—. Las personas no comprenden el arte.

Cerró la registradora con violencia y se volvió a otro cliente.

—Gracias —dijo Irene con la garganta seca y las manos sudorosas por la expectativa.

—Te agradará —afirmó el pendiente en voz alta. Irene echó una mirada en derredor, preguntándose si alguien más podía oír la voz. La mujer y el otro cliente le miraron con ojos muy sorprendidos. Irene salió corriendo de la tienda polvorienta.

Bruce Thompson se acurrucaba debajo de una luz brillante, mientras atizaba y empujaba un pedazo de metal verde.

—Entra, la puerta está abierta —llevaba una camiseta negra y un collar plateado. Su cabello era de un blanco singular y sus ojos, verde brillante.

—Me lo tiño —dijo al señalar su cabello—. La semana pasada era azul pero me cansé de él.

No parecía asombrado de ver a Irene. Llevaba un pendiente como el de ella, sólo que

el suyo era negro.

—Coge una silla.

Irene se dejó caer en un sillón atestado. Los resortes se habían estropeado, de modo que se hundió en él hasta que sus rodillas asomaban como puntas de cuchillo debajo de su amplia falda negra.

—Has venido a quejarte de mi pendiente. ¿Cuál es el problema? ¿Acaso está demasiado fuerte?

—¿Fuerte? —el pendiente rió con suavidad y le dijo a Irene que él estaba loco pero era inofensivo.

—¡Hostias! Soy un genio, mas nadie es perfecto.

La miró fijamente mientras ella contemplaba su apartamento atiborrado de piezas de ordenadores, conos de hojas de aluminio y muebles estrafalarios cubiertos de una película adherente. Desde luego estaba loco. Los restos de varias comidas se acumulaban sobre las mesas y sillas. En un rincón, un gato esmirriado intentaba comer de una lata de atún.

Bruce Thompson continuó empujando la placa de metal con un tenedor de acero inoxidable.

—Esto vino de Venus. Quizá sea la respuesta que he estado buscando para perfeccionar mi obra maestra.

Irene se sentía ridícula. Tendió la mano para coger su bolsa.

El pendiente le dijo que no se marchara. Su boca estaba seca, pero debió preguntarle cómo funcionaba.

—¿Qué hace mi pendiente, exactamente?

El levantó un cono de hojas de aluminio y lo llevó hasta su oreja.

—Esto.

Irene sintió que se hundía más en las profundidades del sillón marrón; de tweed marrón y gris. Ella criticaba el material; Bruce se rascaba el mentón con barba de tres días.

—Señor Thompson, ¿puede hacer que se detenga? —preguntó.

Su boca formó una O mientras él consideraba una idea tan absurda. Silbó y un dachshund acudió a su llamada.

—Kiley, búscalo —el perro desapareció solemnemente a los pies de Irene y nuevamente desapareció.

—Está aprendiendo —explicó Bruce con alegría. Irene se quería morir—. ¿Detenerlo? Nada se detiene. No puedes oír lo que no sabes aún. ¿Detenerlo? Si no quieres oír, quítatelo —Bruce se inclinó de manera conspiradora—. ¿Recuerdas a Van Gogh? ¿Recuerdas cuando se cortó la oreja? ¡Ahí tienes! —batió las manos y se reclinó hacia atrás, satisfecho.

El pendiente de Irene estaba sumido en un profundo silencio. Ella se sentía sofocada, afiebrada.

—Mi pendiente siempre parece advertirme sobre lo malo, lo triste. ¿Por qué no sobre cosas alegres, felices?

—Lo siento. ¿Está segura de que no lo está confundiendo? Tal vez no debiera escuchar todo el tiempo —su silla crujió cuando se levantó y se inclinó sobre Irene. Parecía un gigante pervertido con orejas enormes como conchas marinas. Sus manos también eran grandes, como aquella mano grande y blanca que aparecía en los anuncios de la televisión.

Irene se sentía débil y muy pequeña. El tocó su pendiente suavemente. El suyo se columpiaba de aquí para allá, siseando. El hombre frunció el entrecejo—. El desperfecto está en su oído; no tengo control sobre ello. No hay nada malo en lo que inventé.

Se irguió y escogió otro cono de aluminio.

—De este modo, señora... —estrujó el cono hasta formar una bolita y la arrojó con destreza al bote de basura que desbordaba. La pelotita brillante cayó fuera, sin embargo, y rodó hasta los pies de Irene, junto al calcetín—. Basura afuera, basura adentro, ¿acaso no es la misma cosa? En algún otro planeta aquella hoja y aquel calcetín son oro puro. ¿Comprende lo que quiero decir?

Echada en la cama debajo de una manta eléctrica, Irene repasaba una y otra vez lo que había dicho aquel inventor, lunático o lo que fuere. Ella no era un bote de basura desbordante.

John había comenzado a llamar nuevamente. Había estado en el sur demasiado tiempo; comenzaba a balbucear de un modo incomprensible y etéreo. Alargaba las vocales y continuaba llamándola cariño sin mencionar que todo había terminado. Ella sabía que sólo era una etapa, que todo se solucionaría. El problema era que John estaba bebiendo demasiado. Había dejado de llevar el pendiente pues temía que le dijera que él se estaba volviendo adicto otra vez. Y no llamaría a Henry, el psicoanalista, ni a Bruce, el inventor.

Su madre también la había llamado un par de veces, y la había suplicado que fuera a Long Island a visitarla junto con su hermana Bess.

—Te has puesto entre la espada y la pared —le había dicho—. Ese hombre quiere demasiado de ti.

Fuera de su apartamento la primavera se apoderaba de Central Park con suaves brisas. Adentro, ella continuaba helándose. Sonó el teléfono. Debería haber encendido el contestador. Miró somnolienta el reloj despertador. Tres de la madrugada. Encendió la lámpara sobre la mesa de luz y echó un vistazo al pendiente que allí había dejado. Parecía un reptil enrollado sobre sí mismo, y su origen se hizo elocuente. Algo le dijo que se lo colocara. El teléfono continuaba sonando. Ella esperó oír un mensaje del pendiente. Sin embargo, nada ocurrió. Quizás fueran buenas noticias. Quizás fuera John para decirle que regresaría a Nueva York, que la amaba y que todo estaría bien... ¿era esa la voz de John o la del pendiente? Se colocó el pendiente con una mano y con la otra cogió el auricular.

—¿Diga?

—Es tu querido Johnny.

—¿Qué quieres?

El pendiente rió con suavidad, pero ella no entendió su balbuceo. Irene no logró oír demasiado. Continuó tirando del pendiente hasta que le atravesó el lóbulo de la oreja y la sangre cayó cual lágrimas sobre las sábanas blancas.

—Tú sabes lo que quiero —susurró.

Y ella lo sabía.

Epílogo

Cuando estaba en la universidad me enamoré de la fotografía, y solía ir a Nueva

Orleans de vacaciones. Cierta vez estaba tomando fotos en la calle de lo que me llamaba la atención, cuando vi un maniquí en una cabina telefónica que, aparentemente, hablaba por teléfono. Era algo maravilloso. Aquella fotografía me fascinó. En realidad era sólo una exposición para unos grandes almacenes, pero para mí como artista, significaba muchísimo más. Creo que llamé a la copia Comunicación. Intenté escribir un poema acerca de ella (y en efecto lo vendí a una revista de poca importancia junto con la fotografía a manera de ilustración), mas la idea continuó obsesionándome. Años más tarde, luego de vivir la incomunicación en relaciones difíciles y extenuantes, me encontré observando la fotografía y saboreándola mucho más. Descubrí que otras personas estaban de acuerdo conmigo; en las relaciones, la comunicación es el único punto crucial que continuamente intentamos comprender. Descubrí que lo que oímos es lo que queremos oír. Solemos no escucharnos el uno al otro, y si lo hacemos, lo modificamos, lo modificamos para hacer lo que nos parece. Es un pensamiento cautivante. Por otra parte, una amiga mía compró un pendiente de víbora de cascabel. Reuní todos estos elementos y el relato simplemente floreció.

En realidad no puedo asegurar que sea literatura de terror. Me propongo escribir relatos psicológicos. ¿Realismo mágico? ¿Cuentos esotéricos del sur? Sólo quiero echar un poco de luz, y algunas veces ello perturba. Con todo, quiero que tomemos conciencia de lo que nos hacemos a cada uno. Tal vez entonces seamos más amables los unos con los otros, más atentos. No sé realmente si disfruto al escribirlos. No, no lo sé. Lo hago porque sí. No quiero que las personas prescindan del mal, pues si lo hacemos, el mal ha de triunfar. Para erradicarlo en nosotros mismos o en los demás, debemos enfrentarlo. En mis relatos más horribles —e insisto, eso no es todo lo que escribo— quiero encender la luz para que las personas puedan discernir de qué nos debemos librar.

Embarazada

Llevaba meses embarazada y el bebé en su útero pateaba, se retorció, empujaba donde no debía. Susurraba insinuaciones maliciosas; hacía preguntas difíciles.

¿Por qué esperaste tanto tiempo?

¿No eres, quizá, demasiado vieja?

¿Acaso creíste que él te amaría para siempre?

El bebé le causaba dolor donde no había motivo. Por favor, rogaba la mujer embarazada, te amo.

El bebé respondía con una patada burlona que hacía tambalear a la mujer desde dentro.

Todo continuó de esa manera. Varios milenios habían precedido el embarazo, y quizás ella fuera, en efecto, demasiado vieja.

En presencia de los demás el bebé se comportaba mal. Pateaba, se retorció, con arranques de risillas sofocadas. Hacía presión sobre la vejiga de la mujer embarazada a fin de que ella tuviera que excusarse de prisa y buscar un lavabo. Provocaba el endurecimiento de sus pezones a través de la tela de su ropa, como si ya estuviera amamantando.

¿Es éste tu primer bebé? la preguntaban, y la observaban con amabilidad y compasión.

Su estrategia era mantenerse erguida y firme, estirando su cuello para asegurar la mayor distancia posible entre la cabeza y su panza prominente.

El bebé la fastidiaba. ¿Tú me escogiste?

¿Cuando ellos deberían estar completamente dormidos, en lo profundo de la noche, el bebé fastidiaba con sus preguntas: de todos los miles y miles de millones que podrían haber sido, tú me escogiste?

Cuando ella se sentaba débil y hambrienta, y cogía el tenedor para comer, el bebé en su útero daba una patada cruel. ¡Comiendo! ¡Comiendo otra vez! gritaba. Me repugnas.

Ella replicaba con furia: debo comer; debo alimentar a los dos.

Ella asió el tenedor, inclinándose pálida y sudorosa sobre el plato de comida; allí, en medio del inocente arroz hervido, un único gusano blanco, y entre los vegetales cocidos al vapor, un único mechón de su propio cabello.

Ella apartaba el plato y corría hacia el baño para vomitar.

Todo continuó de esa manera. Un embarazo es toda una vida. Caminaba en las mañanas y en las tardes. Su panza la precedía, rompiendo el aire húmedo.

Rostros como globos se agitaban solícitos y curiosos en su camino. Cómo estás, y de cuántos meses, y para cuándo esperas, y la alimentación es lo principal, y el sueño, suficiente sueño. Y paz.

¡Paz de la mente! se mofaba el bebé.

Al parecer, no había nada que ella pudiera hacer o decir para arreglar las cosas entre ellos.

Así como no hubo nada que pudiera hacer o decir para que el padre de este bebé la amara durante más tiempo del que él deseó hacerlo.

Ellos trepaban un tramo largo y empinado de escalones al aire libre. Trepaban, jadeaban y sudaban. El sol caliente caía como una espada desde arriba. Este extremo del parque era peligroso: un desierto de raíces de árboles expuestas, barrancos erosionados, botellas y latas de cerveza arrojadas en el césped. Los cuerpos durmientes de los vagabundos; zapatos y restos de ropas femeninas más el estruendo de las radios a transistores.

Ella continuaba trepando. Con frecuencia, al aire libre el bebé en su vientre permanecía en silencio, como incapaz de orientarse.

En lo alto de la colina se detuvo en una plataforma de cemento protegiendo sus ojos, mientras contemplaba la ciudad.

¿Acaso era ésta la ciudad en la que ella vivía? Miles y miles de edificios suspendidos en la neblina del calor estival. Ella no podría haber jurado, por el rabillo de sus ojos, que la hubiera visto antes.

Debajo de su ropa deforme su panza había crecido redonda y dura; la piel blanca azulada se estiraba tan firme como un tambor; algún día eso puede explotar.

El bebé insistía: de todos los miles y miles de millones, ¿sabías que sería yo? Lo sabías, y me escogiste?

Ella se mordió su labio.

—Sí —respondió.

¡Mentirosa!

El bebé se retorció en una risa silenciosa.

Se afirmó. Los pies separados, los tacos fuertemente sobre el cemento. El sudor se escurría por sus lados suaves, formando un charco frío en la parte más estrecha de su espalda. ¿Habría ella de ser atraída hacia el borde del barranco e incitada a levantar una de sus piernas de venas rojizas sobre la valla? Recordó que al principio del embarazo el bebé había bromeado sobre el lysol, las hojas de rasurar, las vías del metro... sin embargo, ella había echo oídos sordos.

—Oye, debo alimentar a los dos —le dijo.

La cabeza del bebé era como una roca en la boca del útero. Boca abajo, al parecer, de pura maldad. Empero, casi ablandándose, el bebé preguntó:

—¿Hay un sol al menos?

—Siempre hay un sol —respondió ella.

Y todo continuó de esa manera.

Epílogo

El arte que trata el terror es análogo al surrealismo en su elevación más ingeniosa, de los estados interiores del alma a la condición exterior. Aun cuando en nuestra época no estuviéramos psicológica y antropológicamente capacitados para describir documentos en apariencia difíciles de entender, ya sea cuentos de hadas, leyendas, puras fantarías o tal vez relatos objetivos o reportes científicos, al leer el género del terror, deberíamos saber casi de inmediato, que ése es a la vez real e irreal, así como los estados de la mente son reales (emociones, humores, obsesiones cambiantes, credulidades y aun incredulidades).

Con respecto a las historias de terror atrapantes, tal vez las leamos tan deprisa, con un sentido del temor tan elevado y una anulación tan completa del escepticismo normal, que vivimos el argumento como su propio protagonista y no podemos escapar.

Embarazada es una de las secuencias de relatos breves —las considero pequeñas narraciones— que exploran ciertos estados del alma desde su interior.

En Embarazada el terror se generó, al menos para mí, su autora, por la voz autónoma de un bebé por nacer. Sin embargo, no supe exactamente, hasta haber concluido el relato, que se refería al fenómeno de los impulsos suicidas; si es que de eso se trata en realidad.

Hantu-Hantu

Me coloco el zapato y grito. La enfermera Kelly, la agradable muchacha de cabellos rojizos, Karen, me quita el zapato y me lo enseña.

—Mira, Jane, no hay nada; nada en absoluto. Te lo has imaginado.

Y el nuevo enfermero, el muchacho, le advierte:

—No deberías complacerla; sólo quiere llamar la atención. Deberá aprender a manejarse sola cuando salga de aquí y regrese a la comunidad.

Alguien bromea en alguna parte. Dice algo acerca de zapatos y pies, mas no río. Apreto la mano de Karen en cambio. La había sentido revolverse entre los dedos de mis pies, lista para escabullirse y subir a toda prisa por mi pierna, ocultarse entre mi ropa, caminar por mi cuerpo con sus patitas rápidas y duras...

Karen es una muchacha encantadora. Me lleva hasta donde está servido el desayuno pues advierte cómo tiemblo. Me cuenta acerca de su novio y del recital de rock que irán a ver el sábado. En el momento en que me deja ya me he tranquilizado y me animo a buscar mi cereal. Me cercioro. Sus huevos son los peores, sabéis. Brillantes bultitos marrones, fáciles de confundir con cascara de trigo lacteada. Karen me asegura que en la cocina son muy cuidadosos, y que si todo está bien caliente, no debo preocuparme demasiado. Si están cocidas, están muertas, ¿no es así? Por otro lado, pueden poner huevos sobre cualquier cosa y en cualquier lugar. Esa es la razón de su éxito.

Karen me recuerda muchísimo a Susan. Es vivaracha, de cabellos rojizos. Me agrada Karen, mas cuando no está de servicio trato de no pensar demasiado en ella, pues comienzo a recordar a Su. Estos últimos días que he apartado a Su de mi mente he estado mejor; aunque con esa maldita cosa en mi zapato esta mañana, las imágenes no me abandonarán.

No quise que me cambiaran las tabletas. Se lo comenté a Karen. Ella dice que los médicos son los que más saben y que hay una nueva droga.

Siempre hay una droga nueva. Algunas surten efecto, otras no.

Su era pecosa y de cabellos rojizos al igual que Karen. No era precisamente el color adecuado para alguien que vivía en el trópico. Nunca se bronceaba muy bien, aunque no lo necesitaba. Todos esos militares... casados o no se abalanzaban sobre Su como avispa atraídas a una fruta madura de agosto. Ella podía escoger con mucho cuidado y de hecho lo hacía, mas no era nada formal, nada serio. Yo me maravillaba con ella. Ella salía con todos despreocupada. Yo no podía hacerlo; evitaba a los hombres, era demasiado inhibida. Era la única hija de unos padres de mediana edad angustiados que habían levantado cercas invisibles en torno a sus vidas sombrías, y me habían atrapado dentro de ellas. El sonido de las faldas aún resonaba en mis oídos. Nunca desperté a un nuevo día en aquel país novedoso para mí sin sentirme asombrada y culpable por haber roto relaciones, por haber desafiado las lágrimas de mi madre y las acusaciones de deslealtad de mi padre, que por su silencio no eran menos penetrantes; miradas fijas, suspiros y negaciones con la cabeza cargadas de reproche y pesar ante mi egoísmo por dejar que nos separara medio mundo.

Su y yo viajamos en el mismo avión, a hélice en aquel entonces. Nuestro viaje duró

tres días en los que pernoctamos en Nueva Delhi y Calcuta. Recuerdo el sobresalto que nos produjo la India: la miseria, la pobreza, los olores. Estábamos un poco asustadas por lo que encontraríamos en Singapur después de ver aquello. Sin embargo, Singapur era una ciudad exuberante, verde, envuelta en un sopor colonial. En aquel entonces, la década de los cincuenta, éramos de lo más granado: europeas, más precisamente, británicas. Expatriadas con un sentimiento de superioridad muy arraigado y un modo de vida (al que muy pronto nos acostumbramos) que nos permitían llevar los subsidios que recibíamos del gobierno por servicio exterior.

Su y yo compartíamos un piso en Tanglin. A la escuela donde enseñábamos concurrían los hijos de militares, pero nosotras éramos civiles contratadas durante tres años.

El piso tenía suelos venecianos frescos y un balcón sombreado donde nos sentábamos al atardecer a tomar una cerveza Tiger helada. Un amah de origen chino y sonrisa dorada nos llevaba la casa y vivía en un cuartito al fondo. Aprendimos a conducir y nos compramos coches de segunda mano; también compramos cámaras fotográficas nuevas para tomar fotos de nosotras con pantalones cortos o bañadores, y así deslumbrar a nuestra familia allá en casa. La ropa blanca bordada a mano la comprábamos por nada en C. K. Tand en la calle de River Valley, y también asistíamos a los Sorteos de los domingos para conseguir nuestro almuerzo a base de curry.

Muy pronto nos aclimatamos al calor húmedo y soporífero, capaz de borrar los momentos desagradables de nuestras vidas atareadas. El hedor de la boca del río contaminado era tan fotogénico con su montón de sampanes, sus tokangs y sus culíes sudorosos y andrajosos. La pobreza, la enfermedad y la violencia que bullían en los pintorescos kampongs, y detrás, las callejuelas atestadas y animadas del barrio chino.

Y la vida silvestre.

Siempre había una historia de víboras que contar: la de la víbora ponzoñosa que encontraron deslizándose hacia la cuna del bebé o la del pitón que apareció con el monzón. O también un relato sobre chikchak: el que cayó del artesonado en el escote de una dama, el que aterrizó en la sopa durante una cena de gala. Nunca vi una víbora pero sí me gustaban las lagartijas. Estas al menos eran útiles, pues se alimentaban de mosquitos y polillas. Eran los insectos los que me preocupaban. Los mosquitos.

—Espera un año y verás que no molestarán tanto —aconsejó el viejo operario—. Les agrada la sangre de los recién llegados.

Las mantis religiosas con sus cabezas bulbosas móviles; los diminutos ciempiés de mordida cruel; los pequeños miriópodos de color marrón brillante que al tocarlos se enroscaban herméticamente; las hormigas que se precipitaban dentro como un río negro o marrón en busca de su alimento. Pero sobre todo me desagradaban las cucarachas; las cucarachas gigantes que entraban volando de noche y que vivían en las alcantarillas, en las alacenas de la cocina, en los guardarropas; en fin, en todas partes.

Al principio sólo me desagradaban, aunque eran destructivas, inmundas y un verdadero fastidio. El odio, el horror llegó después.

Su se reía de mí; me llamaba la Reina del insecticida Flit. Nunca iba a ninguna parte sin este enorme aerosol (en aquellos días los envases no eran muy prácticos), ni dormía en ninguna habitación que no hubieran empapado con insecticida. Prendía espirales verdes

que despedían gases y que debían conservar la noche libre de mosquitos. Continué durmiendo debajo de un mosquitero mucho tiempo después que Su. Vertía agua hirviendo y fluido Jeyes sin diluir en cada red, y revestía los estantes de la cocina con papel especialmente impregnado.

Aun así me picaban. Las hormigas lograban llegar hasta el azúcar. Las cucarachas siguieron viniendo.

Sin embargo, a la larga mi prudencia y mis precauciones fueron mi salvación. Aunque hubo momentos, bañados de sangre y llenos de gritos, en los que deseé no haberme molestado tanto.

A veces creo que Su fue la afortunada y este pensamiento me parece de lo más morboso.

—Es un día agradable —dice Karen—. ¿Por qué no llevas tu labor afuera?

Karen intenta sorprenderme. Yo río para hacerle saber que lo sé, y ella me responde con una sonrisa.

—Tal vez, cuando haya terminado esta disminución —le contesto.

La sala de estar realmente se vuelve sofocante. Hay demasiado vidrio en este adusto edificio Victoriano de los sesenta que no queda bien. Es evidente que lo construyeron a precio económico. Está lleno de corrientes de aire en el invierno, y en verano resulta demasiado caluroso. No importa, pronto lo demolerán. El lugar está casi vacío ahora; muchísima gente se ha retirado. Según tengo entendido, lo compró un urbanista para construir casas y negocios.

No quiero abandonar este sitio donde he aprendido a sentirme segura y a salvo. Sin embargo, ellos no me escuchan; no comprenden el peligro. Simplemente sonrían y me dicen que pronto me instalaré en una nueva casa hermosa, con amigos encantadores y con personas amables que cuidarán de nosotros. Que todo va a ser bonito y agradable. Tal vez así les parezca a ellos.

Termino de tejer las pocas hileras y envuelvo la labor en una toalla, luego en las tres bolsas de plástico como de costumbre, y cuando Karen está de espaldas, saco el insecticida de mi bolsa de mano y rocío el bulto. A Karen no le agrada que haga esto; ella me explica lo de la capa de ozono. Coloco el bulto sobre la mesa al sol; allí estará seguro. A ellas no les gusta el sol. Nunca llevaría mi labor al jardín; nunca se sabe qué puede enredarse en él.

—Voy a salir ahora para refrescarme —le digo a Karen.

Ella mira el bulto primero y luego posa su mirada en mí. Sacude la cabeza, exasperada, pero yo simulo no advertirlo y salgo con paso resuelto para demostrarle que me tiene sin cuidado.

Fue idea de Su ese viaje corto durante las primeras Pascuas.

—Harry se está volviendo demasiado molesto —me dijo. Harry era su admirador más reciente, que la asediaba con la misma obstinación con la que había alcanzado su posición—. Cada vez que hay un huracán creo que es él que me vigila. Cojamos el Pontianak y huyamos al norte del país, ¿qué dices?

El norte del país en aquella época era Malaya, y no Malasia. Un hilo frágil de carretera construida por el hombre lo unía a Singapur. Nosotras no habíamos llegado más lejos que Johore Bahru, pues durante las extensas vacaciones estivales solíamos ir hasta Kuala Lampur o a Fraser's Hill, enclavado en las frescas montañas. La situación crítica

había cesado prácticamente; las guerrillas comunistas debieron retirarse hacia el norte. En todas partes se había levantado el toque de queda y zonas enteras se habían declarado blancas.

¿Ir a la costa oeste para Pascuas sin pensarlo dos veces? ¿Por qué no?

El coche de Su era un Pontiac americano; un monstruo gigante y vencido con los bordes oxidados. Ella le había apodado después de oír la leyenda malaya del Pontianak, un vampiro que aterrorizaba a las mujeres después del parto y se escabullía por la selva arrastrando sus tripas y luciendo sus senos sobre la espalda.

Era una broma entre nosotras, por supuesto.

Vampiros; fantasmas, hantu-hantu. Cómo nos reíamos con las crónicas de los periódicos locales. Espectros que atemorizaban a los viajeros en algún tramo de la carretera, plantaciones de caucho o casas antiguas encantadas... Los chinos y los malayos se toman los fantasmas muy en serio, mas nosotras éramos británicas con sentido común.

Nos reíamos de semejantes tonterías supersticiosas y Su apodó a su coche Pontianak. Después de todo, nosotras no pertenecíamos a esta tierra húmeda, calurosa y rojiza; sus demonios no eran nuestros. Proveníamos de latitudes más frías, más crudas. Nuestro único temor al emprender este viaje eran cosas comprensibles como terroristas o incluso tigres, que nos podían coger desprevenidas.

Las carreteras atravesaban interminables avenidas sombreadas de árboles de caucho, diminutos kamponqs contruidos sobre pilotes donde niños y pollos escarbaban la tierra rojiza debajo de los plátanos y los cocoteros; cruzaban pedazos de selva enmarañada donde los árboles crecían altos y escuálidos, ávidos de aire y luz, sofocados por la enredadera trepadora. Aquellos árboles demasiado altos, demasiado cargados y viejos, caían derrotados y se estrellaban contra la vida bulliciosa y serpenteante en el mantillo húmedo del suelo selvático.

La selva viviente está llena de cosas muertas. Algo se muere y otra cosa lo come para sobrevivir. Pero nosotras no pensábamos en eso; sólo nos interesaba su belleza. Las mariposas de alas aterciopeladas negras, amarillas y tornasoladas que batían sus alas en los límites de la selva. Un martín pescador rojo y turquesa que nos observaba desde un poste de telégrafo. Los nubarrones se elevaban hacia el cielo por encima de los montículos de selva verde, oscura y tupida.

Una vez; dos veces; tres; la cámara fotografiaba. Las imágenes se congelaban con una rigidez blanca y negra. Quedarían grabadas para enviarlas luego obedientemente a nuestros hogares junto con la próxima carta que nunca llegaríamos a escribir.

Camino de prisa entre el césped y los macizos ordenados. Camino por la mitad exacta del sendero, mis zapatos taconeán acompasadamente el cemento; giro la cabeza de lado a lado, siempre vigilante. Cerca de los edificios está bien; allí hay muchísimo espacio y ningún lugar para que se oculten. Donde convergen los senderos, cerca de la entrada principal, los arbustos tupidos invaden el cemento y forman un túnel oscuro. Deberían podarlos; ya les he dicho, pero nadie se preocupa. Ciño la falda contra las rodillas y lo atravieso corriendo. Una vez a salvo en el camino principal, echo una mirada hacia atrás, a las matas de hojas oscuras y lustrosas que brillan como esmalte al sol, a los tallos zancudos y encorvados que se yerguen desde un lecho inocente de bolsas de plástico y latas.

No hay nada allí; al menos durante el día, bajo la luz del sol. Nunca vendría por aquí

al atardecer, naturalmente. Conozco los riesgos.

Hace casi treinta años que estoy a salvo en este lugar. Me protege mi cautela, mi temor. Estoy rodeada, vigilada, por personas que se compadecen de mi temor y que me creen loca.

Estuve loca una vez; loca de verdad. Mi cerebro era un caos; todo era ruido y confusión. La violencia de mi terror me transformaba en otro ser. Varios años han transcurrido ahora desde que estuve en las celdas acojinadas, aislada, y sin embargo todavía me pesa la sombra de aquel otro ser, al contemplar a través de las puertas abiertas el embotamiento de la calle.

Mis tutores me explican con suma amabilidad que me he convertido en una víctima institucionalizada de las prácticas médicas anticuadas. Dicen que hace ya varios años que debería haber regresado al mundo real, que estaré mucho mejor cuando aprenda a disfrutar de la libertad que me brindará mi nueva vida.

Son tan eruditos y listos; y tan tontos.

Nos alojábamos en la Casa de Descanso, un edificio largo y bajo que tenía un techo de tejas rojas y amplias galerías inundadas de buganvilla rosa y púrpura. Del otro lado de la calle se extendía una playa de arena amarilla cercada por una hilera de palmeras inclinadas. Nadábamos en las aguas cálidas y turbias del océano Indico todas las mañanas antes del desayuno, o al regresar cerca del atardecer exhaustas y calurosas de nuestro circuito turístico.

—¿Acaso nunca os sentáis y descansáis? —preguntó una noche el Hacendado Ebrio desde las profundidades de su silla de rattan, al vernos entrar corriendo y dejar huellas de arena tras nuestros pasos.

—¿Por qué deberíamos hacerlo? —gritó Su alegremente.

—Permitidme que os invite con una bebida —se ofreció él—. Y podéis contarme qué me pierdo.

—No, gracias —dijo Su, mientras caminaba a toda prisa delante de él.

Su le había bautizado HE, el Hacendado Ebrio, y desechado por ser un pelmazo. Era un joven enjuto, pálido y desanimado; tenía ojos inquietos y su mano no cesaba de revolver un vaso a medio llenar. Cada vez que estábamos adentro él se nos unía. Aparecía desde la oscuridad de un rincón para invitarnos con una bebida; en el momento en que abríamos la puerta de nuestro dormitorio él pasaba delante nuestro, o interrumpía nuestra conversación durante el desayuno con alguna anécdota suya desde una mesa cercana.

Sólo que esa mañana la paciencia de Su se había agotado.

—¿Nos disculpas? Esta es una conversación íntima —le había espetado mientras desayunábamos, al oír su risa sobre algo que me había dicho Su.

Las cabezas de las demás mesas se volvieron a la nuestra. El Hacendado Ebrio dibujó su sonrisa ausente y se concentró nuevamente en su tostada. Nada le acobardaba. Tal vez se debiera a la constante cantidad de alcohol que llevaban sus venas lo que lo inmunizaba de los insultos; de la realidad; de todo, pobre alma perdida.

Una hora más tarde se inclinaba tambaleante sobre mí, su aliento a whisky envolvía mi cuello mientras yo, sentada en la galería, escribía tarjetas postales y Su se lavaba el cabello.

—Bonita muchacha, tu amiga —me decía—. Su nombre es Su, ¿no es así? Es muy

vivaz; me gusta...

Me aparté de él y fingí escribir, pero yo no era como Su. Me habían inculcado los buenos modales desde niña; sonrío, sé cortés, responde a todo lo que te dicen, hasta lo más insignificante. No podía ser grosera con él o armar un escándalo.

Mantuvimos una conversación artificial. En general, él hacía las preguntas, aunque también hablaba acerca de él. Su nombre era Charles Smith. La hacienda de caucho que administraba le había convertido en un ermitaño hasta cierto punto, pues era el lugar más hermoso de la tierra y él odiaba abandonarlo. Hurgó en sus bolsillos y extrajo una foto.

—Aquí tienes. Ese soy yo en el jardín con mis amigos.

Mi reacción, sin embargo, le sorprendió. Al echar un vistazo a la foto, por el rabillo del ojo vi algo que se escabullía de prisa por los tablones de madera de la galería, cerca de mis pies. Di un grito y me alejé de un brinco, dejando caer la fotografía.

—¡Una cucaracha! ¡Allí, allí! —él parecía perplejo y se inclinó para echar una ojeada a la hendidura.

—¡Está saliendo! ¡Aplástala!

Parpadeó pensativo. La cucaracha era grande y gorda; su cuerpo marrón brillaba. HE se agachó para cogerla.

—¿Esto? Me imagino que esta pobre cucarachita no te asusta.

La deslizaba de una mano a la otra, una y otra vez, y la cucaracha corría, bailaba y se escabullía entre los dedos.

—¿Cómo puedes? —pregunté con voz trémula, incapaz de mirar.

—Me sorprende que te hayas asustado —comentó—. Apuesto a que tu amiga Su no está asustada —se acercó hacia mí con un movimiento brusco, mientras aquella criatura pequeña y brillante corría por sus manos—. Aquí tienes. Mira, es inofensiva —su voz adquirió un tono diferente; se divertía.

—¡No lo hagas! —grité dando un paso hacia atrás—. ¡No lo hagas!

—Está bien, está bien —dijo él—. Mira, ha desaparecido.

—¿Hacia dónde? —yo observaba sus manos vacías.

—La arrojé al jardín.

—¡Deberías haberla matado! —mi voz era trémula.

—Todo tiene su lugar en la naturaleza —afirmó—. Hasta la humilde cucaracha —su voz había recobrado aquel tono monótono, insípido. Tendió su mano y tocó mi brazo desnudo. Retrocedí.

—Debo marcharme —me disculpé. Cogí mis tarjetas postales y huí.

Sus dedos parecían haber dejado unas marcas frías e insensibles sobre mi piel. Me encontraba frotándolas distraída en momentos extraños durante el día. No le dije nada a Su sobre lo ocurrido. Estaba íntimamente avergonzada de mí misma por haber actuado como una timorata delante de una cucaracha. Por otra parte, Su en mi lugar le hubiera dicho algo; le hubiera insultado o armado un escándalo.

Froto el brazo contra el forro de mi abrigo. Las cinco zonas insensibles responden con un débil hormigueo frío. Me he acostumbrado a ellas, casi las he tomado cariño. Me recuerdan que debo estar alerta. Los médicos examinaron mi brazo. Me hicieron exámenes, análisis. Su respuesta es que no hay nada. Ellos creen que el problema está en mi cabeza. No podía ser de otra manera; ellos son los cuerdos. Yo soy la loca.

El viento arrastra el polvo y la basura del camino. Las nubes se amontonan por encima del edificio del Ayuntamiento que se encuentra frente al hospital. Lloverá más tarde. El día estaba demasiado claro.

Los coches pasan silbando por delante del portón. Es una calle bulliciosa. Me llevarán por esa calle cuando llegue el momento, en el pequeño autobús del hospital. Pasaremos delante del parque, de las tiendas, atravesaremos las calles de casas ordenadas en los suburbios, hasta llegar a mi nuevo hogar. Afuera, en la comunidad, donde estaré mucho mejor.

Eso es lo que ellos dicen; lo que ellos piensan.

Me gustaría creerlo yo también.

Más tarde, fuimos a curiosear alrededor de las ruinas del antiguo fuerte portugués en lo alto de la ciudad. En aquel entonces no era propiedad de los turistas; no había ninguno de ellos. Las paredes protegían montones de bloques de piedra caídos recubiertos de vegetación. Una estatua de San Francisco Javier a punto de desmoronarse contemplaba con tristeza el mar; la lluvia tropical y el sol implacable habían desdibujado sus rasgos. Las sombras del mediodía oscurecían los ángulos de los muros grises y enmohecidos.

—Mira quien está allí —dijo Su, tirando de mí detrás de un cojín de enredaderas que envolvía un contrafuerte—. Nada menos que nuestro conocido ebrio.

Luego se detuvo y silbó por lo bajo.

—Pero echa una mirada a sus amigos.

Miré por encima de su hombro, entornando los ojos contra el resplandor.

Ellos estaban de pie en uno de los pedazos sombreados. Durante un instante creí ver formas abultadas y oscuras, que parecían apretarse con fuerza contra la pared como retirándose del sol blanco y severo. Pero era un truco de la luz. A medida que mis ojos se adaptaban, pude ver que había tres personas de pie, absortas en la conversación y con las cabezas inclinadas. Charles Smith llevaba sus pantalones de algodón blanco arrugados y una camiseta sin cuello. Los otros dos...

—¿Acaso no son... no es él raro? —dijo Su en voz baja.

Raro.

¿Qué exactamente? ¿Malayo? ¿Chino? ¿Hindú? ¿Alguna exótica mezcla euroasiática?

Raro. Personas áureas.

Los batik marrón y marfil que llevaban parecían relucir y fluir en la sombra. La mujer llevaba orquídeas con pétalos de topacio en su cabello engominado. La cabeza oscura y lustrosa del hombre parecía parte de la propia sombra, su perfil delgado y hermoso, grabado al agua fuerte en ella.

Como si hubiese percibido que los observaban, volví la cabeza.

Retrocedí para que no me viera. Su no se movió. Tiré de su brazo.

—Anda, vámonos.

—En un minuto —dijo ella— debo ver... —su voz desapareció poco a poco. Continuó contemplando alrededor de la enredadera. En silencio. Muy quieta. Podía oír el suspiro rápido y suave de su respiración en el silencio, ver el rubor que había producido el sol en su piel gruesa, pálida, apenas pecosa.

—Vamonos —reiteré. Nos encontrábamos bajo los rayos del sol. El sudor caía por mi espalda—. Si el HE nos ve, sólo insistirá en acompañarnos. No queremos que nos siga a

todas partes toda la tarde.

—¿Qué? —preguntó ella distraída.

—HE —repetí—. Anda, no te quedes ahí de pie.

La empujé hacia atrás a la fuerza. Durante un instante se tambaleó, pues había perdido el equilibrio. Parecía aturdida, distante.

—Perdóname, pero debemos ir de prisa —me disculpé.

No creo que me haya oído, empero me siguió obediente por la senda que atravesaba los pastos crecidos hasta donde nos esperaba el Pontianak para llevarnos hacia placeres frescos.

El viento hiel a mis orejas y mis dedos descubiertos. Me doblo hacia adelante y prosigo con mi paseo, y de pronto quiero volver a la sala de estar con su olor a encierro familiar. Necesito la seguridad de sus muros agrietados y sus ventanas manchadas.

No quiero estar aquí mirando más allá del portón el abismo del futuro.

No quiero pensar en Su.

Detesto las imágenes que pasan por mi cabeza. Al igual que el televisor en la sala de estar, siempre está encendido aunque nadie mire. Sin embargo, no puedo dejar de mirar las imágenes de mi cabeza. No puedo cerrar los ojos y pestañear cuarenta veces, o continuar con mi tejido o disfrutar de mi caminata. Las tabletas nuevas no surten efecto. Se lo diré cuando regrese. Se lo diré a Karen.

No obstante, en este momento nada puede ayudarme.

Camino tan deprisa que prácticamente corro, mas no puedo escapar del noticiario en telenovela que tengo en mi mente.

Regresamos temprano a la Casa de Reposo. Su parecía insólitamente lánguida.

—Me duele un poco la cabeza —confesó—. Quizás haya sido el sol. Tomaré unas aspirinas y luego me echaré una hora.

Fui a nadar, mas no me quedé en la playa durante mucho tiempo. No era lo mismo sin ella. Tenía la sensación de que llamaba demasiado la atención en los acres de arena vacía, imaginaba a los transeúntes de la carretera de arriba intercambiando comentarios groseros acerca de mi cuerpo grande y torpe. Creía que los niños malayos del kampong cercano a la playa, que jugaban como cachorros brillantes en las olas, me veían como una intrusa.

Esperaba encontrar a Su dormitando, pero ni siquiera había corrido las cortinas de nuestra habitación. Su cama parecía inmaculada. Después de bañarme y de vestirme, la encontré en el bar, enrollada en una de las sillas de rattan gastadas. Dos jarras de cerveza a medio llenar descansaban sobre la superficie de vidrio de la mesa. El me vio primero, se puso de pie atentamente, mientras su sonrisa suave se agrandaba.

—¿Qué quieres tomar? ¿Gintonic?

—No creo... —comencé a decir, mientras me preguntaba nerviosa si Su realmente deseaba algo para haberse dejado acaparar por esta persona que tanto despreciaba—. ¿Te encuentras bien, querida? Tu dolor de cabeza...

La mirada de Su se apartó de la mía, pero antes pude ver en ella un destello de exasperación, de impaciencia.

—Siéntate, por favor, si es que te quedas con nosotros —dijo Su malhumorada—. Estoy bien ahora.

Me sentía dolida y sorprendida. Me senté, pues no sabía qué más podía hacer. Los otros dos me ignoraron. Su le hablaba a Charles Smith como si él fuera un nuevo conocido a quien quería impresionar. Como si durante mi ausencia hubieran franqueado juntos la línea divisoria del entendimiento y yo fuera una rezagada a millas de distancia, que se esforzaba por alcanzarlos.

—No sé qué se te metió en la cabeza —dije, todavía enfadada, mientras caminábamos en la noche cálida y aterciopelada hacia las lámparas de presión sibilantes y los puestos asaltados por la multitud del mercado de los amahs construido debajo de las palmeras.

—No se trata de él, papanatas —dijo Su ligeramente, pero con un toque de aquella impaciencia que me lastimaba—. Es el otro. Su amigo.

—¿Su amigo? —pregunté perpleja.

—Aquél que viste allí en el fuerte —echó a reír—. Es él quien me interesa.

La miré boquiabierta, mas ella no me estaba mirando. Sus ojos se habían posado en unas sandalias de plástico llamativas que se exhibían debajo de una palmera, pero tampoco las observaba. Su sonrisa era lejana, soñadora.

—El... ellos... los amigos de Charles, son hermanos. Y nada menos que la realeza. Un antiguo linaje según las palabras de Charles. Seguramente alguna rama menor. Hijos naturales según lo que sé. Aunque muy zalameros con nuestro HE. Viven cerca de él en un istana en la selva, allí en el ulu. Quizás suene un poco tonto decir esto, pero algo ocurrió cuando le miré. Miradas que se cruzan y cosas por el estilo.

—Quieres decir, ese hombre... y tú...

—Nunca creí que pudiera ocurrir. Atracción instantánea. Un momento en el que supe, con seguridad, que él sentía lo mismo —se encogió de hombros—. El destino. Kimset Llámalo como quieras. Pazaam. Ocurrió exactamente allí en el fuerte. Es todo lo que puedo decirte.

La expresión casi suplicante, indefensa y confiada de sus ojos se contradecía con el tono ligero de su voz.

Su confesión me enterneció. Era tan tonta y romántica, algo tan inusual en ella que debía ser verdad. ¿Y quién era yo, por otro lado, cuya experiencia con los hombres, con el amor, estaba cercenada por las inhibiciones de mi educación, para negar que tuviera razón?

—Tal vez no me creas —continuó Su—, pero intenta comprender.

Desde luego que intenté, mas cuando agregó, en tono casi brusco, que Charles Smith nos había invitado a pasar uno o dos días en su casa a nuestro regreso a Singapur, no pude contenerme.

—¡Cielos, no podemos hacer eso! No sabemos nada acerca de él...

—Hemos pasado la época de los tratantes de blancas —espetó Su—. No seas niña. ¿El es un sujeto absolutamente respetable. ¿Estamos juntas, qué puede...? —dejó de hablar, su mirada pasó delante de mí—. Mira —suspiró temblorosa, satisfecha— mira, están allí...

Resguardé mis ojos de la luminosidad de las lámparas de presión. Se encontraban debajo de las palmeras copetudas, y la luz cogía la curva de un brazo, el destello de una joya. Charles Smith nos saludó con la mano. Las figuras a ambos lados de él permanecían en una especie de inmovilidad imponente, vigilante. De la realeza, había dicho Su, pero a pesar de mi escepticismo, el único adjetivo adecuado era real, al parecer.

El hombre había vuelto la cabeza, su mirada fija en Su.

Mi mirada se posó primero en uno y luego en el otro, y comprendí de mala gana que lo que había entre ellos —esta emoción secreta, esta atracción animal, sexual— podía palpase prácticamente en el aire denso de la noche. Al igual que el aroma dulzón y pegajoso de un franchipaniero en flor; aunque el árbol sea invisible, su presencia es arrolladora.

De pronto, me sentí sola y excluida.

La mujer, su hermana, me miró. Me pregunté si ella también se sentiría excluida, sobresaltada. Después de todo, él era su hermano. Y me resultó extraño, pero me pareció que bajó la cabeza en señal de reconocimiento y alzó los hombros con delicadeza, como si ella también percibiera mis pensamientos y se lamentara por lo que ocurría.

Acéptalo, murmuró una voz suave dentro de mi cabeza. Admítelo. Durará lo que una tormenta repentina. No habrá daños. Tú y yo vigilaremos esta pareja exaltada y tonta, hasta que recuperen el sentido. Hasta entonces, tranquilízate, amiga mía. Confía en mí...

Parpadeé sorprendida. ¿Había oído realmente su voz por encima del bullicio del mercado? La miré fijamente, vi el destello de sus ojos, la blancura de su dulce sonrisa. Me encontré devolviéndole su sonrisa, mientras me inundaba una corriente de cálida afinidad hacia ella. Realmente podía confiar en ella. Qué suerte la mía al tener la oportunidad de conocer a una mujer tan interesante y encantadora. Un personaje de la realeza...

Una familia de chinos parlanchina pasó delante de nosotros. Cuando hubieron desaparecido, Charles Smith cruzaba el césped en nuestra dirección. Solo. Oí el grito sofocado de asombro de Su, que casi igualaba al mío.

—Mis amigos deben marcharse. Tenían un compromiso previo —se disculpó Charles—. No obstante, si vosotras tenéis tiempo para visitarnos a su regreso a Singapur, organizaré entonces una pequeña velada. Veréis que son unas personas de lo más cultas y deliciosas —arqueó las cejas inquisitivamente.

Yo fui la que respondí. Me parecía descortés no hacerlo.

—Gracias. Eso nos agradaría mucho.

Ahora veo las ventanas de la sala de estar. Veo a las personas allí dentro ocupadas con sus tareas vanas, jugando a las cartas, mirando televisión, pensando en su próxima comida. Karen está allí. Karen detendrá las imágenes que se suceden en mi cabeza; las peores. Si soy lo suficientemente rápida. Si...

Ya entrada la tarde nos alejamos de la carretera principal y comenzamos a seguir las instrucciones del mapa que Charles nos había dibujado.

No había sido nuestra intención retrasarnos tanto, pero aquélla había sido una mañana de contratiempos. Un altercado con respecto a nuestra cuenta nos demoró desagradablemente. Una hora después de haber comenzado a andar se nos pinchó un neumático y debimos parar una hora calurosa cambiándolo. Luego me equivoqué con mis indicaciones y terminamos en un callejón sin salida polvoriento en el medio de la nada.

De haber creído en semejantes cosas, hubiéramos pensado que los presagios nos eran evidentemente desfavorables; cada vez nos exasperábamos más.

—Conduce tú —dijo Su irritada y enfadada—. Yo leeré el mapa. Sinceramente, es tan simple. Deberíamos haber virado a la derecha, no hacia la izquierda...

Sin embargo, aun ella parecía vacilar a medida que los caminos se hacían más

angostos, la selva nos envolvía y dejamos atrás el último kamponq.

El cielo estaba encapotado. Aunque las ventanas estaban abiertas, el aire dentro del coche era pesado y sofocante. Los árboles selváticos amenazantes tocaban casi el sendero rojizo y lleno de baches en que se había transformado el camino.

—¿Estás segura de que vamos en la dirección correcta...? —comencé, luchando con el volante del Pontianak.

—¡Sí! Mira. Árboles de caucho... y allí está la entrada.

Ambas respiramos aliviadas a medida que la selva se convertía en hileras ordenadas de árboles, en las que cada tronco llevaba la taza donde caían las gotas de látex, cual sangre blanca, desde la hendidura sesgada en la corteza.

Viramos entre postes de piedra del cercado y anduvimos por un camino engravado bordeado por césped y arbustos podados. La casa, construida según el estilo colonial de una época anterior, se levantaba sobre una pequeña pendiente del terreno. De dos pisos y un blanco casi lumínico contra el cielo encapotado y tormentoso, sus persianas estaban bien abiertas para atrapar la brisa. Indicaba orden, comodidad y buena vida.

Sonreímos aliviadas al salir del coche y, sin embargo, algo me inquietó mientras observaba en derredor.

—En la fotografía que me enseñó estaba de pie allí —señalé un terraplén cubierto de hierba flanqueado por cubos de piedra de lirios brillantes—. Y sus amigos... ellos también estaban allí. Ahora recuerdo —fruncí el ceño—. Sin embargo, no era una buena fotografía. Toda desenfocada. No se parecía en nada a esto. Algo así como cubierta por la vegetación; no tan magnífico.

Mas Su no escuchaba, ya se encontraba en la puerta abierta donde Charles Smith aguardaba, vaso en mano, para conducirnos adentro.

Había bebidas de fruta heladas dispuestas en una bandeja de plata en la sala, que tenía el techo alto y estaba fresca. En torno a una alfombra de Tientsin con motivos azules había sillas de ébano labrado.

—Lo encontráis un poco desorganizado —se excusó Charles. En esta habitación elegante y silenciosa, parecía más arrugado, más inquieto de lo que había sido en la Casa de Descanso, paseándose alrededor de nosotras, mientras nos sentábamos en los cojines floreados de las sillas y sorbíamos las bebidas espesas. Tal vez se arrepintiera demasiado tarde de haber invitado a dos mujeres que, después de todo, eran prácticamente desconocidas—. Me temo que hubo una crisis en la cocina. El cocinero no estaba muy bien, de modo que dejé que su señora, la amah, le llevara hasta el curandero chino...

Su voz se desvaneció. Contemplaba a través de la ventana abierta los terraplenes, el césped y las hileras rígidas de árboles de caucho.

—Hemos llegado en un momento inoportuno —dije, pues ya comenzaba a sentirme incómoda—. Tal vez debiéramos marcharnos...

—¡No! ¡No! —exclamó él, volviéndose con tanta prisa que su bebida cayó inadvertida sobre la alfombra inmaculada—. No, deben quedarse. No sois inoportunas en absoluto —sus ojos inquietos se posaron primero en Su y luego en mí. Había una mirada de inquietud en sus ojitos perrunos—. Está todo arreglado —prosiguió, más apacible—. Además, se hace tarde. Pronto oscurecerá. La tormenta está en camino, las sorprenderá, — luego agregó con un toque de cortesía—: No podría dejarlas partir y enfrentarse con

caminos desconocidos en medio de una tormenta. No, no, no. Antes de que hayan tomado una ducha y descansado un poco se restablecerá el orden en la cocina. Mis otros amigos estarán aquí. Será una cena maravillosa, ¿no es así? Algo diferente. Algo... propio del país. Poco común.

—Probablemente sea arroz con gulah Malacca —susurró Su, frunciendo la nariz mientras seguíamos a Charles por las amplias escaleras no muy pronunciadas. Sus ojos brillaban con entusiasmo—. Pero con todo gusto comeré la versión malaya del budín de sagú, con tal que sirvan un hombre guapo de la realeza junto con el café.

El solo hecho de pensar en comida me dio náuseas. La bebida de fruta había sido demasiado dulce y empalagosa. Bostecé.

—Estoy extenuada. Creo que me tumbaré una hora.

—Yo también —el rostro de Su estaba pálido bajo las pecas y nariz pelada—. Espero que tengamos camas decentes... ¡Dios mío! ¡Ya lo creo!

Nuestras habitaciones se encontraban a cada lado del pasillo de arriba. Parpadeamos al verlas desde las puertas abiertas.

—¡No lo creo! ¡Tengo una cama con dosel! Y todos esos floreros de orquídeas y gardenias. Parece un tocador. ¿No habré entrado quizás en la habitación nupcial?... ¡Y el baño! ¡Es enorme! Me perderé camino a la ducha.

Charles sonrió, con aquella sonrisa suave y universal.

—Intento que mis huéspedes se sientan cómodos —unas gotas de sudor humedecían su labio superior—. Las llamaré... a la hora de cenar.

Hizo una media reverencia y regresó por el pasillo.

—Podrá ser un tipo excéntrico, pero debe estar podrido de dinero —dijo Su mientras nos paseábamos por las habitaciones, tocando los adornos, abriendo los cajones—. Mira este plato. ¿Crees que sea Famille Bleu? Oye, obra con el debido cuidado y quizás atrapes un plantador de caucho rico.

Me estremecí, frotando mi brazo al recordar el roce de aquellos dedos húmedos.

—¡Hazme el favor!

Su rió tontamente.

—¿Es un poco tonto, no es cierto? —la venció un bostezo y se dejó caer sobre el cobertor de seda color limón de la cama—. ¿No como mi Príncipe, no...?

Creo que estaba dormida antes de que yo abandonara la habitación. Crucé tambaleante el pasillo y caí llena de dicha en mi propia cama.

La sala de estar está cálida. Cierro la puerta con cuidado y me apoyo sobre ella. Sólo muevo los ojos. Mi cabeza parece frágil sobre el tronco de mi cuello. La puerta sostiene mi espalda. Si me alejo de ella, mis rodillas flojas me traicionarán. Mis ojos se mueven; buscan con desesperación a Karen. Ella no está aquí. ¿Dónde estás, tonta? ¿No ves acaso...? ¿No sabes...? Necesito ayuda. Necesito... necesito...

Había oscurecido cuando desperté. Había oído un ruido.

—¿Su? —gruñí, pues mi garganta estaba seca. Nadie respondió. Aún podía saborear ese zumo de fruta empalagoso. Qué asco.

Me incorporé y tanteé en busca del interruptor de la luz. Un halo de luz mortecina y vacilante iluminó la mesita de noche; casi toda la habitación estaba envuelta en una lobreguez penosa. Me levanté de la cama refunfuñando y encontré la llave de la luz del

techo. No funcionaba. Problemas de electricidad, pensé, todavía aturdida. Quizás aquí en esta zona debieran depender de los generadores. Luego permanecí quieta, escuchando. Ese ruido, ¿era alguien que se movía en el pasillo? ¿Era la hora de la cena? ¿Acaso no había oído la llamada? Dios, ni siquiera me había duchado ni cambiado mi camiseta sudada y mis pescadores.

Me di cuenta, en mi aturdimiento, que la puerta de mi habitación estaba cerrada. No recordaba haberla cerrado. Tal vez la amah había regresado. Tal vez había echado un vistazo dentro del dormitorio, y al verme dormir cerró la puerta. Rogué a Dios que no hubiera sido Charles Smith curioseando.

Avancé a tientas hasta el baño. La luz, gracias a Dios, sí funcionaba aquí, aunque débilmente. Al menos bastaba para ver.

Retrocedí de prisa, al tomar conciencia de mis pies descalzos. Mis sandalias, mis sandalias, ¿dónde estaban? Allí, junto a la cama. Temblando, deslicé mis pies dentro de ellas y los encorvé hacia arriba, luego busqué a tientas mi maleta.

Con el aerosol Flit en mano fui despacio hasta el baño. Malditas criaturitas horripilantes. Estarían en cualquier lado. Aun en un baño magnífico como éste, todo hecho de mármol rosado y azulejos relucientes.

Había tres cucarachas. Estaban allí junto a la rejilla, indecisas, y eran grandes, marrones, brillantes. Apunté mi arma, el aerosol Flit. Disparé.

—¡Les di! —exclamé, mientras las observaba escapar, en un baño de insecticida, por la rejilla—. Fue el fin para vosotras, amigas —dije, con satisfacción implacable.

Al parecer, no había otras más. Avancé con cautela, despacio, bajo la luz amarilla y tenebrosa hasta la bañera y abrí los grifos. Vertí medio frasco de aceite rosado que tomé de la jarra de vidrio tallado que había en el estante y una nube de vapor perfumado subió desde el agua.

Estaba desabotonando mi camisa cuando oí un pequeño tintineo en el rincón junto al caño. Me volví deprisa, y mi mano se tendió automáticamente para coger mi arma, el aerosol Flit. No había cucarachas. Fruncí el ceño. Era extraño. Una lluvia de enlucido había caído desde la pared debajo de la jofaina. Incluso al mirar, se abría una grieta en zigzag desde el charco de insecticida —dos grietas— más. Se desparramaban a través de los azulejos de la pared y por el suelo de veneciano.

Un puñado de azulejos rotos se desprendió del enlucido con un estruendo.

Miré el montón rosado y luego la pared.

Como una especie de contagio alienado, el abanico de grietas continuaba creciendo por la pared, extendiéndose desde el caño hasta mis pies.

El revólver Flit se convirtió de pronto en una carga criminal sobre mi mano sudorosa. El insecticida; debía ser eso. Algún efecto extraño sobre el enlucido; incluso sobre los propios azulejos. Retrocedí hacia el dormitorio. ¿Cómo diablos le explicaría esto a Charles Smith?

Al retirarme, las grietas vinieron conmigo. Habían alcanzado la bañera, corrían por los costados azulejados, luego sobre la propia bañera. El agua comenzó a rezumar a través de ellas, primero como un leve goteo; luego, en grandes chorros gruesos. Yo miraba fijamente, sobresaltada, a medida que las grietas corrían de prisa hacia los grifos. Con unos tos y un gorgoteo, los grifos se secaron súbitamente. En ese preciso momento su destello

dorado y prístino se apagó, se desintegraron hasta convertirse en polvo marrón oxidado y cayeron con un silbido al resto del agua.

¡Esto no podía ser verdad! Todo el baño se desmoronaba ante mis ojos.

Peor aún, fuera de las grietas y las aberturas, pululaba un revoltillo de cuerpo familiares y abominables. Se precipitaban fuera de su refugio que se desmoronaba con sus patas veloces y enérgicas.

Entonces corrí, cerrando la puerta de un golpe detrás de mí, mientras oía el estruendo de los muebles que caían y se pudrían.

—¡Su! —grité—. ¡Su!

Abrí la puerta de mi dormitorio de un tirón, me precipité al otro lado del pasillo oscuro y golpeé su puerta.

Irrumpí en su habitación. Nuevamente estaba todo oscuro; ¿estaría ella allí? ¿Acaso habría bajado ya, abandonándome? Encontré el interruptor de la luz. Gracias a Dios funcionaba. Era débil, no obstante; simplemente amarillecía la oscuridad. Pero bastaba para ver...

Una pesadilla.

Me había cogido, atrapado, formaba parte de ella.

El aire estaba espeso con el aroma de las flores y con otro olor subyacente, que llegó a mi garganta y me hizo callar.

Ellos estaban de pie a los pies de la cama. Su y el bello príncipe que tanto deseaba.

El la rodeaba con sus brazos. Las manos de Su estrechaban su cabeza, y atraían su boca abierta hacia la de ella. Vi el destello oscuro y húmedo de su lengua, los labios rosados, deseosos, sensuales...

—¡No! ¡Su, no!

No sé cómo lo supe o por qué. No lo veía, sino más bien lo percibía en aquella luz débil.

Les sentía. Aquel olor...

Una voz dentro de mi cabeza. Me entibiaba, me tranquilizaba, me calmaba.

—No temas. Ella ha sido elegida. Proporcionará tanto placer...

La mujer avanzó desde las sombras. Su rostro ovalado y leonado, el brillo de sus ojos, parecían más perfectos de cerca de lo que pudiera haber imaginado. Durante un instante me faltó aliento, estaba paralizada ante su belleza, la calidez y la proximidad de su sonrisa acogedora.

Sus manos se agitaron hacia mí.

—Ven, querida. Tú también debes representar tu papel —su voz se hundió en un latido susurrante. En él me parecía oír música, risas, miles de encantos dorados y luminosos...—. Ven a mí y no temas...

Me tambaleé, me calmé, me debilité.

Pero aquel olor, aquel olor fétido que el aroma de las flores no conseguía ocultar...

—¡No! —exclamé con voz entrecortada.

Mi voluntad debió luchar para arrancar mi vista de sus ojos, para suplicarle a Su una vez más.

Mas Su ya no oía.

Su beso estaba sobre ella.

Vi fluir las cucarachas como una corriente marrón, resbaladiza, veloz, desde su boca a la de Su. Dentro de ella, sobre su cuerpo, entre su cabello rojizo y enmarañado, bajo sus ropas. La vi retorcerse, sacudirse y gemir en aquel orgasmo último y terrible, mientras se desplomaban, abrazados en el suelo.

Grité, pero ella ya no oía.

—Ahora te toca a ti, mi querida...

La boca abierta de la mujer resplandecía húmeda. Pude ver sus profundidades rojas mientras respiraba. Tan cerca... tan tentadora...

Levanté el revólver Flit; su peso cual un cañón en mis brazos debilitados. Le eché el líquido en el rostro, en sus ojos lustrosos, en aquella caverna que era su boca.

Sus manos volaron hacia arriba y cayó hacia atrás. Viré el aerosol y lo vertí sobre el revoltillo hirviente y ensangrentado que fuera mi amiga y sobre aquella cosa gigante, roedora y lasciva que saciaba su lujuria y su hambre con ella.

Luego eché a correr.

Corrí hacia el pasillo lleno de agujeros y enlucido que se desmoronaba. Entre las vigas abiertas al cielo parpadeaban los relámpagos. Corrí por las escaleras que se pudrían, rodando y resbalando sobre cosas que crujían bajo mis pies. Pasé delante de ese pobre desgraciado, Charles Smith, que se balanceaba como un cadáver erguido entre las ruinas de allí abajo.

—Regresa —gimió—. No podemos escapar. Tú... yo... seremos castigados... Tú fuiste elegida...

Las llaves del Pontianak estaban aún en mis bolsillos. De alguna manera me introduje en el coche y encendí el motor. Los relámpagos iluminaban la casa, desplomada sobre sí misma, llena de enredaderas, con ventanas cual ojos huecos en un cráneo.

La fotografía. Eso era lo que había visto en la fotografía.

Tal vez la intención no era que la viera, sino que sólo debería ver la ilusión. Mi temor inherente a esas... cosas... había abierto mis ojos momentáneamente de modo que capté una imagen de abandono.

Conduje como la loca en que me había convertido. Gritándole a la selva que casi había devorado los árboles de caucho podridos, rotos, a la tormenta, a Su, a ellos.

Quienquiera que fuesen.

—Cálmate, cariño, está bien —la amabilidad de Karen me inunda—. ¿Estás mejor ahora?

Asiento con la cabeza. Las imágenes se desvanecen, se diluyen a medida que el sedante se apodera de mí.

—Nadie me creyó —digo como en sueños—. Dijeron que los terroristas nos habían tendido una emboscada. Hallaron a Su —lo que quedaba de ella— meses más tarde... toda corroída... Charles Smith vivió allí cierta vez, en aquella casa. Desapareció... Le cogieron los japoneses, eso dicen. La casa es una ruina desde entonces...

—No pienses en ello —dice Karen—. Piensa en cosas más felices. Como el nuevo lugar donde irás a vivir.

—No... no...

—Te encantará —insiste ella—. Será más agradable que aquí. Será como estar en casa. Y hay una persona muy encantadora que vino a hablarte de eso. Uno de los

miembros del equipo que cuidará de ti. Irás a ver la casa por la mañana. ¿No es una bonita sorpresa?... Permíteme presentarte entonces a...

—¡Hola! Encantado de conocerte finalmente, Jane.

Su mano estrecha la mía. No es muy diferente de las otras personas que he conocido a lo largo de los años. Vestido con el uniforme de la época. Vaqueros, una camisa de deporte y una sonrisa formal. Más joven de lo que esperaba. Todos son más jóvenes que yo hoy en día. Como los policías. Incluso él.

—Tú eras más joven —le digo— cuando yo era joven.

Quiero llorar, y sin embargo río. Quizá sea el sedante. Quizá sea porque de pronto estoy cansada de correr, de luchar.

Siento el frío húmedo de las yemas de sus dedos ceñidas sobre mi mano.

—¿Cuántos años han pasado? —le pregunto—. Demasiados para mí... creo que fue aún peor para ti.

Niega con la cabeza y una mirada vacilante oculta su rostro.

—No sé a qué te refieres con ello, Jane...

—Una vez hablaste de castigo —digo con tristeza, en voz baja—. Pobre Charles. Pobre alma perdida. ¿La juventud eterna es tu castigo o tu precio? Prisionero. Forzado a cumplir sus órdenes...

—Con respecto a mañana... —comienza a decir, luego titubea—. Su sonrisa suave no abarca sus ojos desasosegados. Reconozco el terror que hay en ellos que por el momento, aliviado por el sedante, oprime mi propia alma.

—¿Mañana? —repito—. Ah, sí, mañana...

Permanecemos allí en silencio, con las manos estrechadas, como viejos amigos.

Y después de un instante, el sonido dulce de una voz dorada y el murmullo de una música lejana parecen llenar mi cabeza.

Epilogo

En general, mis relatos comienzan con un personaje que me viene a la cabeza con su problema (en su mayor parte es un problema, aunque no necesariamente uno muy grave) que me remuerde la conciencia hasta que lo escribo e intento resolverlo. Con este relato no estoy muy segura si fue el personaje el que llegó primero o si la mezcolanza de ideas que de manera constante se agitan en el fondo de mi mente me hizo ver que las cucarachas podrían ser un tema especialmente provechoso para un relato de terror.

Cualquiera que haya sido, Jane se encontraba de pronto allí, de mediana edad, aterrorizada, reviviendo su pasado, narrando su propia historia.

De modo que, a medida que la relataba, yo anoté todo lo que decía.